Vallejo en los infiernos

Eduardo González Viaña

Esta novela comienza en una cárcel,
y allí continúa porque Vallejo no fue jamás absuelto.
El evangelio de Mateo llama bienaventurados a quienes como él
sufren persecución y prisión por su amor a la justicia.
Personaje y autor les dedican este libro.

Hay un lugar que yo me sé
En este mundo, nada menos,
Adonde nunca llegaremos.

Donde aún si nuestro pie
llegase a dar por un instante
será en verdad como no estarse

César Vallejo

Vallejo por Neruda

Pablo Neruda

Oda a César Vallejo*

A la piedra en tu rostro,
Vallejo,
a las arrugas
de las áridas sierras
yo recuerdo en mi canto,
tu frente
gigantesca
sobre tu cuerpo frágil,
el crepúsculo negro
en tus ojos
recién desenterrados,
días aquellos,
bruscos,
desiguales,
cada hora tenía
ácidos diferentes
o ternuras
remotas,
las llaves de la vida
temblaban
en la luz polvorienta
de la calle,
tú volvías
de un viaje lento, bajo la tierra,
y en la altura
de las cicatrizadas cordilleras
yo golpeaba tus puertas,
que se abrieran
los muros,
que se desarrollaran
los caminos
recién llegado de Valparaíso
me embarcaba en Marsella,
la tierra
se cortaba
como un limón fragante
en frescos hemisferios amarillos,
tú
te quedabas allí,
sujeto a nada,
y así cuando
ya no fuiste, de pronto,
no fue la tierra
de las cicatrices,
la piedra andina
la que tuvo tus huesos, sino el humo,
la escarcha
de París en invierno.
Dos veces desterrado,
hermano mío
de la tierra y el aire,
la vida y la muerte
desterrado
del Perú, de tus ríos,
ausente
de tu arcilla.
no me faltaste en la villa,
sino en muerte.
te busco
gota a gota,
polvo a polvo,
en tu tierra,
amarillo
en tu rostro,
escarpado es tu rostro,
estás lleno
do viejas pedrerías,
de vasijas
quebradas,
subo
las antiguas escalinatas,
tal vez
estés perdido,
enredado
entre los hilos de oro,
cubierto
de turquesas,
silencioso,
o tal vez
en tu pueblo,

con tu vida
y tu muerte,
con tu arena cayendo,
midiéndote
y vaciándote,
en el aire,
en el humo,
en las calles rotas del invierno.
Era en París, vivías
en los descalabrados hoteles de los pobres.
España
se desangraba.
Acudíamos.
y luego
te quedaste
otra vez en el humo
en tu raza,
grano
de maíz extendido,
semilla
de bandera.
Tal vez, tal vez ahora
transmigres
y regreses,
vienes
al fin
de viaje,
de madera
que un día
te verás en el centro
de tu patria,
insurrecto,
viviente,
cristal de tu cristal, fuego en tu fuego,
rayo do piedra púrpura.

Elogio Fúnebre

Esta primavera de París está creciendo sobre uno más, uno inolvidable entre los muertos, bienadmirado, nuestro bienquerido César Vallejo. Por estos tiempos de París, él vivía con la ventana abierta, y su pensativa cabeza de piedra peruana recogía el rumor de Francia, del mundo, de España... Viejo combatiente de la esperanza, viejo querido. ¿Es posible? Y que haremos en este mundo para ser dignos de tu silenciosa obra duradera, de tu interno crecimiento esencial. Ya en tus últimos tiempos, hermano, tu cuerpo, tu alma te pedían tierra americana, pero la hoguera de España te retenía en Francia, adonde nadie fue más extranjero. Porque eras el espectro americano -indoamericano, como nosotros preferías decir-, un espectro de nuestra martirizada América, un espectro maduro en la libertad y en su pasión. Tenías algo de mina, de socavón lunar, algo terrenalmente profundo.

En su lecho de muerte, el viernes 15 de abril de 1938, en la clínica Arago de París

"Rindió tributo a sus muchas hambres" -me escribe Juan Larrea. Muchas hambres, parece mentira... Las muchas hambres, las muchas soledades, las muchas lenguas de viaje, pensando en los hombres, en la justicia sobre esta tierra, en la cobardía de media humanidad. Lo de España ha sido el taladro de cada día para tu inmensa virtud. Eras grande, Vallejo. Eras interior y grande, como un gran palacio de piedra subterránea con mucho silencio mineral, con mucha esencia de tiempo y especie. Y allá en el fondo el fuego implacable del espíritu, brasa y ceniza... salud, gran poeta, salud, humano.

Pablo Neruda

Su gracia nos deja vivir en el misterio

Por Nicanor de la Fuente, Nixa, poeta y periodista en ejercicio hasta su muerte cuando tenía 105 años, 3 meses después de escribir este texto. Contemporáneo del Grupo ¨Norte¨

"Vallejo en los infiernos" es un libro que todos estábamos esperando, o quizás necesitando en el Perú. Un gran escritor relata los días jóvenes, las pasiones tremendas, los dulces amores, los primeros poemas y la infame carcelería que vivió el más grande de nuestros poetas, César Abraham Vallejo.

El novelista y su personaje tienen mucho común además de su nacimiento en el mismo departamento de La Libertad, de sus estudios en la Universidad Nacional de Trujillo, y hasta de su vivienda en la misma calle de Trujillo. Los vincula una común creencia en la literatura como una forma de robarle vida a la muerte, y lograr que la eternidad sea la patria de sus libros, de su pueblo, de su generación y de su tiempo. La militancia en la lucha por el cambio social acerca mucho más aún a uno y a otro. Cualquiera de ellos podría decir que donde hay libertad y justicia, allí está mi vida y allí están mis sueños.

He leído la novela y me he sentido de vuelta en esos asombrosos tiempos que también a mí por suerte me tocó vivir. Juntando realidad e ilusión, las dos mitades de toda vida humana, González Viaña ha descrito las reuniones de los jóvenes bohemios de 1920, nos ha hecho vivir las caminatas de César con María Sandoval, nos ha permitido escuchar la voz profética de Antenor Orrego, nos ha hecho viajar de Trujillo a Santiago de Chuco y por fin nos ha puesto en el barco en el que César Vallejo se marchó hacia París y hacia nunca más.

La elegancia y la precisión de la prosa de González Viaña- acaso la más cuidada de nuestra actual literatura- se juntan con la arquitectura perfecta de una novela que nos hace adictos a su lectura y por fin nos junta en una permanente visión de incandescencia sin término. Para quien lea la poesía

de Vallejo, se hace ahora imprescindible tener a la mano *Vallejo en los infiernos.*

No leo ensayos sobre la poesía o los poetas porque sus interpretaciones suelen quedarse en los límites del ensayista. Prefiero la novela biográfica porque en ella el personaje puede volver a caminar, e incluso a vivir y a escribir, y a explicarnos por qué loca razón o sinrazón tomó el camino de escribir.

La poesía, sobre todo la de Vallejo, es la unión de dos palabras que vivían en páginas muy distintas del diccionario y que parecían injuntables. La unión de las dos no tiene por qué decirnos alguna verdad temible. Su gracia reside en que nos deje vivir en el misterio.

Gracias, César Vallejo, por habernos dado tanta poesía que nos hace temblar y soñar. Gracias, Eduardo González Viaña, porque con tu libro seguiremos soñando y temblando por todo lo que dure este misterio.

La experiencia abismal de Vallejo
Por Antonio Melis, Catedrático de la Universidad de Siena, Italia.

La inquietud creadora permanente es el rasgo más notable de la narrativa de Eduardo González Viaña. Después del éxito extraordinario de su novela El corrido de Dante, una epopeya picaresca de los migrantes mexicanos clandestinos en Estados Unidos, no se ha dormido en los laureles, sino que se ha lanzado en otra aventura muy diferente.

Ha aceptado el reto de contar la vida de Vallejo, a partir de su "momento más grave", el de la cárcel injusta sufrida en sus años juveniles. Ha realizado su empresa narrativa a partir de una profunda identificación con el poeta y su obra. Toda la novela, en efecto, se desarrolla a través de un sabio y refinado contrapunto con los textos poéticos de Vallejo. Los infiernos que aparecen en el título aluden al lugar más sórdido de la prisión de Trujillo pero también a la experiencia abismal que toda poesía auténtica supone. Alrededor de este núcleo central, se evocan los momentos más significativos de la vida del poeta, antes del viaje definitivo a Europa. La religión del hogar es uno de los alimentos fundamentales de sus primeros poemarios. En la novela este repertorio se manifiesta intensamente en la memoria de la madre y de la "numerosa familia que dejamos".

Las referencias al período escolar iluminan el cuento desgarrador de Paco Yunque. Las comprobaciones precoces de la injusticia humana encuentran confirmaciones abrumadoras en sus primeros contactos con el mundo de los trabajadores, especialmente los mineros.

La formación religiosa del poeta se desarrolla entre mensajes contradictorios. Por un lado choca contra una visión formalista y dogmática, fundada en la obsesión del pecado. Por el otro elabora una lectura revolucionaria del Evangelio, que lo empuja a la identificación total con los pobres de la tierra.

Cuando González Viaña relata la violencia ciega que se desata contra el pueblo, advertimos en sus páginas apasionadas algo que va más allá de la época de Vallejo. En el trasfondo, se percibe claramente la referencia a la guerra sucia que ha ensangrentado el Perú en años recientes. No faltan las referencias al contexto internacional, desde la primera guerra mundial hasta la revolución mexicana y la revolución de octubre.

Las historias de amor del poeta juegan un papel fundamental. González Viaña nos ofrece retratos inolvidables de las mujeres que han marcado los años peruanos de Vallejo. Una vez más utiliza con gran acierto las referencias a los poemas de Los Heraldos Negros y de Trilce. Las enamoradas de su juventud son al mismo tiempo personajes reales de una narración y sublimación lírica.

Al lado de los amores, aparecen las grandes amistades. El narrador nos proporciona un cuadro muy eficaz de la "Bohemia" trujillana, ese círculo de escritores y artistas que afirma el protagonismo de la provincia peruana. La figura de Antenor Orrego, el

primero que intuyó la grandeza de Vallejo, sobresale por sus calidades intelectuales y humanas.

La utilización cuidadosa de los documentos es particularmente evidente en lo que se refiere a la pesadilla carcelaria vivida por el poeta. La trágica noche de Santiago de Chuco se reconstruye en todos sus detalles. Pero el tiempo lineal de la narración se altera continuamente, para dejar el paso a violentas inversiones. La deshora vallejiana impone su ritmo marcado por bruscos anacronismos. En estas páginas se manifiesta una compenetración admirable con los estratos más profundos de su poesía.

Toda la novela, en sus distintos registros estilísticos, se halla iluminada por la prosa diáfana de González Viaña. El reto de transmitir la vida de uno de los mayores poetas del siglo XX se transforma en un triunfo literario, donde los recursos admirables del oficio están al servicio de un gesto profundo de amor.

Otros juicios sobre *Vallejo en los infiernos*

¿Quién no ha sentido, o quien no ha vivido el mensaje estremecedor del primer verso, del primer poema de "Los heraldos negros"? ¿Quién no se aferra de ese verso para entender la vida?
He seguido con deslumbrada angustia el encarcelamiento del poeta en "Vallejo en los infiernos". Esa novela biográfica nos hace participar en las reuniones bohemias de 1920, nos invita a vivir las discusiones sobre las vibrantes utopías de entonces, nos permite escuchar la voz dulce de María Sandoval y la profecía de Orrego. Y nos hace entender por fin por qué razón el mensaje nos hace estremecer. Publicar "Vallejo en los infiernos" es una justa celebración del centenario de "Los heraldos negros"
Francisco Távara Córdova
Juez de la Corte Suprema del Perú

Se trata de un escritor tan asombroso como el propio Vallejo al que novela. La suya es una forma terca, apasionada de hablar y escribir en español en Estados Unidos y de apostar por la permanencia de este este idioma y de su gente.
Vallejo en los infiernos es una de las diez novelas escritas en español más importantes de los últimos veinte años.

José Manuel Camacho
Universidad de Sevilla

La dimensión moral y el conocimiento del misterio harán de *Vallejo en los infiernos* una de las grandes novelas de nuestro tiempo.
González Viaña escribe para el futuro. Ya se dice en Estados Unidos que su novela "El corrido de Dante" tendrá para la inmigración la misma importancia que "La cabaña del Tío Tom" tuvo para revelar el rostro temible del esclavismo.
José Antonio Mazzotti, Tufts University, Boston

La gran calidad de su manera de narrar y el Vallejo nuevo que nos muestra son motivos para reflexionar sobre la asombrosa capacidad de la ficción para iluminarnos la historia.

Luis García Montero
Premio Nacional de Poesía de España

El propósito de *Vallejo en los infiernos* es mostrar que los cimientos más profundos de la rebelión del poeta contra los moldes expresivos del castellano surgieron durante una infame estancia en la cárcel… Nunca en España conocimos ese Vallejo. **Eduardo San José. Universidad de Oviedo**

1

Madre, me voy mañana a Santiago
a mojarme en tu bendición y en tu llanto

La noche entró en la cárcel de Trujillo. Se internó en sus interminables pasajes, y caminó apagando conversaciones, encendiendo velas y avivando lámparas de querosene. Descendió hasta las celdas, negreó los aires, borró el suelo y, por fin, se acercó uno por uno a los hombres que allí penaban y les cerró los ojos asustados.

Por el pasadizo entre las celdas, dos guardias conducían a un preso. El hombre, con los brazos juntos y extendidos hacia delante, no hacía ruido alguno y parecía deslizarse o flotar.

—¡Te llevan... te están llevando al infierno! —gritó uno que no dormía.

—¡El infierno! —repitió la voz, y sus ecos atravesaron el inacabable corredor hasta chocar contra una puerta de feroces placas metálicas. Uno de los gendarmes abrió el candado y soltó las cadenas que la aseguraban. El otro liberó a César Vallejo de los grilletes que sujetaban sus manos y lo empujó hacia las negruras del calabozo donde se ablandaba a los nuevos prisioneros. Lo llamaban el Infierno. Allí, la noche era otra noche, más noche y de mayor espesor. En contraste con el ambiente, el poeta estaba vestido con un traje de ceremonioso color negro y una camisa blanca de puño doble. Lo habían apresado en medio de una reunión, y no le habían dejado tiempo para cambiarse de ropa. Todavía conservaba una rosa blanca en el ojal.

La puerta gimió y chilló y por fin se cerró con estruendo. A ciegas, con las manos en el aire como los sonámbulos, avanzó Vallejo hacia el fondo. A su paso, tropezó con un bulto en el suelo y quiso pedir disculpas al hombre tendido allí, pero la voz se le había dormido. Dio un rodeo. Las piernas le temblaban. Aunque libre ya de los grilletes, le ardían las muñecas. Por fin, sintió la pared y, de espaldas contra ella, se quitó la corbata y la guardó en el bolsillo. Se desabotonó el cuello de la camisa. Abrió y cerró las manos para sentirlas. La cal gélida del muro se le pegó a la espalda como se pega a los difuntos y los pinta de blanco fosforescente.

—¡Mierda!

Escuchar ese grito le recordó que todavía no estaba muerto.

—¡Tú, mierda! ¡Tú!

Puso los pies en forma de escuadra para que lo sostuvieran mejor, pero no se sentía cómodo. Su cuerpo cansado comenzó a resbalar hasta quedar sentado en el suelo contra el muro. Un buen rato, hundió la cabeza entre las rodillas y descubrió que la posición fetal es la mejor para el reposo. Después, abrió los ojos a la noche y los volvió a cerrar; cuando por fin los abrió de nuevo, ya podía ver mejor. La negrura se había disipado. La cárcel era una luz espesa en la que se apiñaban espinazos, cráneos, brazos, piernas, rodillas, zapatos, manos, uñas, miedos, ojos y ronquidos.

—¡Qué! ¿No entiendes que estoy hablando contigo? Mierda, ¡quién te crees para venir aquí con esa ropa! ¡Qué! ¿No me ves? ¿No me oyes?

No distinguía al dueño de la voz. Incluso no sabía si se estaba dirigiendo a él. No lo veía, pero seguramente era visto. Tal vez, quien gritaba había pasado mucho tiempo a oscuras y veía como ven las ratas o los murciélagos.

—¿No sabes dónde estás? ¡Estás en el Infierno!

Tampoco respondió.

—¡Ya comenzaste a morir!

El hombre que gritaba parecía no estar en ninguna parte. Acaso estaba disolviéndose en la nada. Tal vez ya no poseía cabeza ni tronco ni extremidades, sino tan sólo pellejo y rabia.

—¡Voy a contar hasta diez! Cuando llegue a diez, te mato... Uno!

César no tenía fuerzas para defenderse de un ataque físico ni voz para responder al que le gritaba. No percibía a sus compañeros de celda, pero se los imaginaba. Como estudiante de Derecho, solía acudir a las audiencias en el tribunal de Trujillo y había visto a los presos conducidos para el juzgamiento. Los gendarmes tenían que arrastrarlos porque algunos no lograban sostenerse. Se hinchaban, apestaban, no entendían a los jueces. Casi no eran hombres. Vivían muriendo. Se les salían el aliento, la sangre y el alma.

—¡Dos!

Después recordó que las tinieblas no tendrían fin para él. La cárcel estaba siempre repleta de hombres que pasaban largos años sin ser juzgados, y al final caminaban como si jamás hubieran visto el mundo, con la mirada extraviada, asombrados de todavía tener ojos y cuerpo. Eso era también lo que le esperaba.

—¡Ya estás muerto, hijo de puta!... ¡Tres!

Sus enemigos habían jurado que no saldría vivo de allí. Emergería de la cárcel sin mente, sin dirección, sin equilibrio, sin control sobre su cuello y sin esa luz del espíritu que reflejan los ojos de los que viven todavía. El hombre que gritaba iba a terminar con él esa misma noche.

—¡Cuaaa... tro! —bramó aquél otra vez y casi de inmediato ululó:

—¡Cin... coooo! —pero la palabra se hizo pedazos, y el hombre dejó la cuenta como si se le hubieran acabado las fuerzas.

Se hizo un largo silencio, y Vallejo pensó que su propia conciencia se había perdido en medio de la negrura.

La tregua no duró mucho tiempo. Pasada una hora, comenzaron a escucharse golpes de mazo contra la pared. El agresor era dueño de un arma contundente y se comía la risa para gritar:

—¡Seis... Siete!... Te voy a dar. Te voy a dar.

El instrumento golpeó la estructura metálica de la puerta. Crujió y brilló como truenos y relámpagos oscuros y malditos.

—¿Sabes lo que es esto? Es una comba y, con ella, voy a partirte la cabeza.

Hizo girar la comba en el aire, y Vallejo pensó que el individuo había decidido matarlo de susto antes de liquidarlo. Era evidente que el hombre lo veía y podía haberle acertado desde el momento de su ingreso. Era obvio que ahora quería aterrarlo.

—¡Ocho!

El tipo comenzó a avanzar. Había enfurecido y estaba dispuesto terminar cuanto antes. Blandiendo en alto el arma contundente, llegó hasta el centro de la celda.

Allí lo vio Vallejo. La proximidad de la muerte le había abierto los ojos. Los objetos adquirieron formas. Una mesa, algunos bultos y varias sillas en desorden se dibujaron en el centro de la sombra escarlata.

En el suelo de una esquina se amontonaban varios presos dormidos o difuntos. A su lado, de pie, como un dibujo en la pared, se divisaba un hombre paralizado por el miedo. En el centro del calabozo, el bulto con el que tropezara era un hombre muy oscuro que se había sentado y observaba la escena. Tenía algo parecido a palillos de tejer en las manos, y eso le pareció extraño a César. No podía creer que la gente se dedicara a esas actividades en medio de un calabozo y a mitad de la noche.

Después, los objetos y la gente perdieron importancia. Sólo existía el matón que avanzaba hacia él. Primero, le veía una panza muy inflada; detrás se movían los brazos y temblaba el martillo. Por fin le vio la cara, y también le pareció enorme.

—¡He dicho nueve, carajo!... Prepárate para morir...

César Vallejo no intentó defenderse. Su cuerpo permaneció inmóvil. Su mano derecha llegó hasta el bolsillo alto del saco y comprobó que el pañuelo blanco estaba allí. Pensó que lo iban a encontrar muerto pero con la ropa digna. Vestidos así, sepultaban a los caballeros en su pueblo. Bajó el brazo y vio más cerca la cabeza del asesino. Arqueaba el pescuezo, tenía los ojos en blanco; los agujeros de la nariz le humeaban como fumarolas.

No miraba él hacia nadie que no fuera su futura víctima. Tropezó con un bulto en el suelo, el mismo que Vallejo encontrara antes. Era el hombre de los palillos de tejer.

—Me choqué con un gato- dijo sin dejar de mirar a Vallejo. Quiso hacerse el gracioso:

—¡Michi... Michi, michi, michi!

No dio un rodeo. No quería pasar por entre la mesa y las sillas en desorden. Se aprestó a pasar sobre el hombre sentado en el centro, pero cambió de idea. Le dio una patada.

—¡Muévete, sal de mi camino, mierda!

Lo decía sin bajar los ojos hacia él.

—Ya pues, maricón, levántate. ¿O estás muerto? ¡Levántate, muerto!

Vallejo permanecía de espaldas contra el muro y no pensaba moverse. El miedo lo paralizaba. Su única defensa era convertirse en algo inmóvil, en la pared, en nadie. Cerca de él, escuchó el suspiro de otro hombre que acaso estaba pensando lo mismo.

—¡Levántate, muerto! —insistía el tipo del martillo y seguía pateando al bulto.

—¡Levántate, y anda!

Rugió otra vez. Quizás el muerto había resucitado y lo tenía cogido de la pierna. Lo hizo caer.

—¡Ay, mierda!

Ahora, el agresor lloraba y maldecía. Comenzó entonces una batalla feroz en el suelo. Se escucharon martillazos y más gritos. César abrió los ojos, y todo lo vio muy claro. Su vista se había acostumbrado a la oscuridad y le permitía divisar a los dos bultos trabados allá abajo en una batalla como las del amor. El muerto, o el gato o el tejedor, hundió sus dientes en el cuello del que lo agredía. Con un difícil movimiento, éste pudo librarse y se levantó, pero la yugular le sangraba a borbotones.

Ambos estaban de pie ahora. El matón de la comba ocupaba mayor espacio por las dimensiones de su barriga. Logró alcanzar en la cabeza al otro y lo derribó. Le lanzó otro golpe para partirle la frente y consiguió su objetivo. A Vallejo le pareció que el tejedor tenía dos cabezas, pero todavía no estaba muerto. Esgrimió un palillo y lo hundió bajo el ombligo de su voluminoso contrincante.

Entonces, Vallejo vio al de la comba volar como un globo. El palillo salió y volvió a hundirse en diversas regiones de aquella panza. En ese momento, se oyó un zumbido y el hombre comenzó a desinflarse y a caer con suavidad como si ya no fuera un cuerpo.

El poeta no quiso bajar los ojos. Se imaginaba que allí abajo el matón ya no era sino pellejo y una ropa asquerosa, y se dijo que los hombres no son sino eso, y también miedo y aire.

Al otro contendor se le escuchó un rugido como el que lanzan las fieras al morir y por fin se hizo un silencio seco. Poco a poco, comenzaron a dibujarse en los ojos de

César las siluetas rojas de dos cuerpos que se estiraban en el suelo. Todavía estaban tibios, pero ya se les había escapado el alma.

—¡Madre! —exclamó el hombre que estaba a su lado.

Amontonados en una esquina, los otros presos dormían sin emitir sonido alguno. No parecían existir. No se movieron durante la pelea, ni lo hicieron después. No era problema suyo.

—¡Madre! —repitió el otro hombre.

César Vallejo prefirió no mirar a su compañero de celda. Alzó los ojos hacia el techo, y el cansancio le cerró los párpados.

César contó después que la primera noche en el Infierno vio, soñó o percibió a su madre. Creyó escuchar campanas. Tal vez estaba dormido cuando el resonar se disolvió, y sólo una frase atravesó el silencio:

—¿Qué te he dicho que debes hacer en estos casos?

Era una voz dulce, y surgía en el vacío como la luna que se sostiene sin hundirse en las inmensidades.

Le pareció escuchar una canción que su madre solía entonar.

—El mundo está dentro de uno, el presente y el ayer —decía.

La voz milagrosa repetía esos versos y le preguntaba por qué se empeñaba en vivir el martirio de hoy si la maravilla de las remembranzas estaba tan a mano.

—¿Qué te he dicho que debes hacer en estos casos? —repetía desde el cielo, y César se acordó de que su madre estaba cantando todo el tiempo, y de que esa era su manera de hablar.

—¿Qué te he dicho que se debe hacer en estos casos? ¿Por qué vivir la pesadumbre de hoy si existe el recuerdo?

En medio de la música, su madre proclamaba que la única propiedad de los hombres es la memoria. Con el recuerdo, los peregrinos y los que habitan en la distancia, tienden puentes hacia el pasado y también hacia el otro mundo.

—Nadie va a matarte. Nadie puede matarte porque tú no eres mortal. Si pierdes la memoria, comenzarás a serlo.

—¡La cárcel, madre. Esto es la cárcel! —quiso decir César, pero no alcanzó siquiera a musitarlo.

En el sueño se decía que todo aquello era un sueño.

La voz venida de fuera del mundo aseguró en otra canción que las cárceles son cárceles de nombre y nada más.

—Tu alma camina más ligero, y nadie te puede aprisionar.

Había pasado el tiempo, pero la voz de la madre no se iba.

No eran únicamente canciones. También llegaba hasta él una visión. Cerró los ojos y los abrió sólo para encontrarse con unos ojos que lo habían estado mirando toda la vida.

Ojos con ojos. Ella y él se miraban. Era su madre, y al igual que hacía de niño, tenía cerrados los ojos para verla.

—¡César! ¡Cesítar!

Silencio. Ahora, todo estaba mudo como el mudo corazón de los difuntos. Las campanas cesaron de resonar. La cárcel había enmudecido. Silencio.

Se desvaneció el techo de la celda. Sólo había cielo. De allí descendió una luz que todo lo bañaba y aquella voz dulce que solamente César podía escuchar.

—Cierra los ojos, y recuerda... Vuelve a Santiago, hijo. Recuerda nuestro pueblo y nuestro tiempo. Y no te hagas mala sangre porque tú vas a sobrevivir cuando todos ya estén bien muertos. Pero, eso sí, anda, duérmete hijito, y dale cuerda a la memoria. Vuelve a Santiago. Sueña con nosotros.

César Vallejo obedeció, y el espíritu quizás se fue. Sobre las oscuridades de la cárcel de Trujillo, se escuchó la voz de un pájaro que cantaba hasta desaparecer.

Una voz asustada interrumpió su sueño.

—¡Oiga!

En el centro de la celda, los cuerpos moribundos daban sus últimos estirones. Un triste vaho amoniacal se levantaba. Grasa, sangre, pellejo, tripas, barro e inmundicia aparecían regados por el suelo. Allí, en medio, yacía una rosa blanca. En algún momento, se había desprendido del ojal de Vallejo, y estaba, por milagro, intacta. Parecía flotar.

—¡Oiga! —insistió el preso que estaba a su costado. Sus ojos ardían como dos espantos. Preguntó:

—¡Oiga! ¿Cree usted que nosotros todavía estamos vivos?

2

Yo nací un día que Dios estuvo enfermo

Terminaba la noche del 6 de noviembre de 1920 y César Vallejo se sintió feliz de tener memoria. Quien no la tiene solamente es polvo y ceniza, más aún si acaba de entrar en la cárcel, y no sabe si algún día va a salir de allí.

—¡Dígame, por favor! ¿Estamos vivos? —repitió su compañero de calabozo, y el poeta no supo qué responderle. A los dos los envolvió por fin la noche. Se encendieron y apagaron la cárcel, los muertos, las paredes, el aire, la conciencia.

César Vallejo había empezado a recordar toda su vida desde su nacimiento en Santiago de Chuco hasta los 28 años que ya tenía entonces, y no supo nunca si la memoria le llegó en la vigilia o en el sueño.

Recordó que, cumplidos los noventa, el padre Hipólito Paredes, párroco de su pueblo, había dejado el servicio religioso y estaba viviendo en Trujillo. Habitaba una casa de la calle del Apuro, llamada también Grau, en un callejón de la cuadra sexta donde lo había guarecido su hijo Santiago. César solía visitar allí al sacerdote, y escuchaba en sus monólogos el recuerdo interminable de la tierra lejana.

—Cuando tú naciste, César, cayó un diluvio de estrellas. Era el 16 de marzo de 1892, fiesta de San Hilario y San Clemente. El cielo estaba lleno de agujeros negros, y las constelaciones se venían abajo y no tenían cuándo terminar de desprenderse. Iban y venían los luceros, y se iban otra vez cielo arriba. Los que veíamos caer habían salido de los confines de lo que está negro en lo negro, de allí donde Dios todavía está creando mundos. Algunas noches, las estrellas volaban hasta un punto del cielo y desde allí se lanzaban en bandada hacia el resto del universo. Descendían hasta la torre de la iglesia y volvían a remontarse. Picoteaban las frutas de las huertas y alzaban vuelo hasta perderse en las montañas del oeste quizás para sumergirse en el mar.

—¿Y usted qué hacía, padre?

—Nada, sentarme en la oscuridad.

César trató de imaginarse al viejo cura sobre alguna de las bancas de la iglesia de su pueblo. Pensó en los rostros de los santos a medianoche con el templo cerrado y los imaginó con la cara vuelta hacia la banca de adelante para observar al sacerdote. Esa imagen lo asustó.

—Recuerdo que era mayo cuando te trajeron a bautizar, y yo me preguntaba si aquella noche se borraría la Vía Láctea. Felizmente, un buen día, o más bien, una bella noche, alzamos la vista al cielo y allí estaban juntas todas las estrellas. Formaban manadas y constelaciones. Silenciosas y obedientes como las ovejas, pasaban frente a nosotros como si estuvieran esperando que les pasáramos lista, o comenzáramos a contarlas. Eso me hizo pensar que la luz siempre regresa aunque haya largos tiempos de negrura.

Hablando de tu bautismo, recuerdo a tu padrino, Manuel Rodríguez. Lanzaba monedas de uno y de dos centavos a la calle. Te juro que lo veo como si fuera ahora mismo y hasta me parece que las monedas se hubieran quedado suspendidas en el aire. Don Francisco, tu padre, muy serio, muy noble, muy gobernador él, me recordó que estaba invitado a su casa para celebrar el acontecimiento. Tú eras el hijo número doce. Tu padre me dijo que te mandaba Dios para que lo sirvieras porque estabas destinado a la iglesia.

—¿Cómo usted, padre?

—¿Humilde pecador como yo?... No, tú habías nacido para ser obispo.

César recordaba que sus abuelos paterno y materno también habían sido sacerdotes, y pensó en el padre Hipólito, allá en Santiago, sentado en la oscuridad y contando las estrellas. ¿Qué habría sido de él si no hubiera tenido hijos? ¿Habría tenido que quedarse viejo y solitario bajo un cielo vacío?

—¿Qué tal si doña Angélica Díaz no le hubiera dado un hijo tan noble como Santiago?

—Calla, calla, César, y no repitas lo que has dicho. Tú eres un intelectual liberal y un universitario, pero la gente común y corriente no entiende de esas cosas. Digamos que Santiago es mi sobrino como lo son Ego y Martina, sus hermanos.

Después, para cambiar de conversación, le habló de los ángeles. Al padre le encantaba relatar que los ángeles pueden volar en cualquier dirección, pero sea cual fuere el rumbo que tomen, su cuerpo y su rostro, siempre encuentran la cara de Dios enfrente de ellos.

Un día, luego de conversar con el padre Hipólito, César Vallejo se encontró con su amigo Francisco Xandóval y le dijo que ahora ya se explicaba por qué caían estrellas en sus sueños.

—Creo que hubo un error en mi nacimiento. Yo nací un día que Dios estuvo enfermo.

Ahora, en la cárcel de Trujillo, se convencería aun más de que era producto de un error en el cielo y escribiría:

Yo nací un día en que Dios estuvo enfermo. Grave.

El padre Hipólito le recordaba su infancia, sus primeros juegos, las lecciones de catecismo, su participación en el coro de la iglesia, el portón de su casa, el ámbar otoñal de aquellos tiempos, todas aquellas lejanas vibraciones de Santiago. Cuando estaba por cumplir los ocho años de edad en 1900, César entró a la escuela municipal para cursar el primer grado de primaria.

Los años siguientes, estudiaría el resto de la primaria en el centro escolar 271. Abraham Arias, el maestro, vestía un abrigo plomo. Su cara era flaca y dura. Sentado en su pupitre, tenía siempre los ojos cerrados como si no necesitara ver para saber. El sombrero no alcanzaba a cubrirle la melena blanca que se le desparramaba hasta los hombros. Cuando hablaba con un alumno, lo miraba a la frente, no a los ojos. Cuando no hablaba con nadie, miraba hacia lo alto. Parecía estar esperando una orden del cielo.

Había vivido unos años en París, y de allí se había vuelto a Santiago de Chuco, pero no hablaba de su vida en el extranjero. Su pasado era un misterio. Algunos decían que había estado envuelto en una conspiración para matar al presidente y que, tal vez, usaba un nombre falso. Otra conjetura lo hacía huyendo de un doloroso recuerdo o de un amor imposible. Eso es lo que César escuchó mientras conversaban sus padres.

Un día, don Abraham llevó a los niños a visitar las ruinas arqueológicas de las Cuevas de Patarata, la Montaña de la Luna y Huashgón, a pocos kilómetros de Santiago.

—Hay que tener ojos de ver para ver el Perú —dijo el maestro—. La nuestra es una tierra que pocos conocen porque no pueden verla, ni oír lo que dice. Pongan el oído en esta roca y escuchen.

Los muchachos lo hicieron y les pareció sentir el rumor de un río embravecido. Otro día les llegó, desde adentro de la roca, un sonido de pasos marciales.

—Dicen ustedes que oyen pasos. ¿No les parece que son los guerreros incas?

Los muchachos continuaron con el oído en la piedra, y cada cual escuchó algo diferente: voces altivas, piedras que rodaban, cóndores que alzaban el vuelo.

—Los que no saben ver ni oír sólo ven en nuestros templos del pasado piedras sobre piedras. Piedras negras sobre piedras blancas o piedras blancas sobre piedras negras, eso es todo lo que creen ver.

—¿Piedras?

—Piedras. Pero quien construye con piedra altera el orden del universo. Los que ponen una piedra sobre otra, los que edifican formas geométricas, los que trazan un camino en la montaña están cambiando el mundo al que llegaron, y el mundo ya no vuelve a ser el mismo después de que ellos han pasado. Igual ocurre con los que inventan palabras.

—¿Se puede inventar palabras?

—Se puede, César. ¿Por qué lo preguntas?

—Yo quiero inventar palabras

—¿Tienes doce años, no?

—Doce.

—¡Doce! Tienes tiempo. Tendrás tiempo. Mucho tiempo para inventar todas las palabras que quieras.

—Pero yo quiero comenzar ahora mismo. ¿Qué puedo hacer para inventar palabras?

Las cejas se le habían arqueado. Eran tan abundantes como un bosque. Parecía querer hipnotizar a su maestro.

Don Abraham prefirió cambiar de tema.

—Centenares de pueblos han caminado por el mundo —prosiguió—. Casi tantos como las estrellas. Pero los más se guarecieron del frío, de la noche y de la lluvia metiéndose en refugios, en cavernas o en carpas que pronto abandonaban. Ellos pasaron nada más, y por eso sus espíritus volvieron al fango y su destino se confundió con el de las otras bestias del planeta. Pero nuestros antiguos padres transformaron las montañas, y al desierto le dieron forma, espesor y habitaciones humanas, y por eso nuestras viejas ciudades son santas, y los fundadores de nuestro mundo se han ido pero no han pasado. Los llaman gentiles, y no han muerto por completo; duermen solamente debajo de esas piedras.

Entonces, los niños le preguntaron si era posible ver a un gentil.

—Verlo, lo que es verlo, no -dijo don Abraham- y además, ¿para qué necesitamos verlo? Pero sí se les puede escuchar. A veces, sin que nosotros lo sepamos, hablan e incluso escriben a través de nosotros.

Al día siguiente de aquello, fue a verlo el padre Francisco, quien además de párroco del pueblo, era el profesor de Religión. Lo interrumpió en medio de la clase.

—¡Usted no puede embaucar a los niños con esas supercherías! —clamó y añadió—: Las ruinas y las creencias de los indios son solamente supersticiones.

El maestro tenía en la mano un cerámico de la cultura Chimú y estaba explicando el arte y la cosmogonía del Perú prehispánico. Lo dejó continuar.

—¡Niños! Si un maestro les habla de gentiles o de antiguos padres, ustedes no deben creer en eso. En la parroquia, hay libros más sencillos y a su alcance que les explicarán la historia. Los incas fueron muy organizados, pero salvajes e ignorantes. No creían en el verdadero dios.

—Esos libros mienten —dijo con una sonrisa el maestro.

—Pero, Dios no. ¡Dios no miente!

—No, no miente. Habla a través de este cerámico, del canto de los pájaros, de la voz de los poetas, de las historias maravillosas y de todas las creaciones del arte.

—Pobre, don Abraham. Se murió muy joven —acotaba en sus conversaciones el padre Hipólito—. Y vaya con el sacerdote que le tocó para sus funerales. Nada menos que el padre Francisco, un cura que me reemplazó durante los años que anduve por la Costa.

Vallejo recordaba al sacerdote vasco, de ojos negros y profundos, tan profundos como el juicio final, que había instalado una suerte de gobierno religioso sobre el pueblo y prohibía los tragos, las reinas del carnaval, las canciones licenciosas y el bailar pegados en las fiestas del Apóstol. El sacerdote se negó a asistir al entierro de don Abraham.

—No iré ni aunque me lo ordene el obispo porque se trata de un francmasón. No puedo negar que era un hombre honesto y de buenas costumbres, pero era un francmasón.

Tiempo después, al padre Francisco, luego de un motín, los vecinos lo sacaron en mula del pueblo, y le advirtieron que no volviera más. Entonces, don Hipólito pasó a ser el párroco, y en ese cargo había permanecido medio siglo hasta que se hizo nonagenario y prefirió irse a la costa. “Padre”, le dijeron los fieles, “usted es como nosotros, quédese siquiera hasta que cumpla cien años”.

Pero no lo convencieron y partió a la costa con dos maletas. La más flaca contenía su ropa, un misal y una sotana de recambio. La otra maleta guardaba una pequeña y vieja estatua de la Virgen de la Puerta. Mucho tiempo atrás, la habían dado de baja en la iglesia y abandonado en el depósito de los santos que dejan de hacer milagros. En ese lugar, los ángeles perdían las alas y el solideo y los beatos de yeso se hacían cada día más viejos.

En aquella maleta, cargaba también alguna ropa de princesa para que de vez en cuando la Virgen se diera algunos lujos. En el domicilio de Santiago, el padre escogió una esquina de la sala y allí le erigió un pequeño altar.

—Anda, recita. A la Virgen le gusta mucho la poesía —rogaba a Vallejo mientras quitaba los zapatos a la pequeña estatua y se los cambiaba por unos botines dorados.

—Con frecuencia, hay que cambiarle las medias y los zapatos. ¡Pobrecita!... Con la que cantidad de cielos que recorre...

Durante toda su vida universitaria, César Vallejo no dejaría de visitar al viejo amigo que tantos recuerdos de infancia le traía.

—Mírala fijamente. Mira cuánto se parece a tu madre.

—Recuerdo que muy niño tú querías ser sacerdote, Cesítar. Nunca habías visto un obispo porque los obispos viven en sus jurisdicciones, y raras veces visitan pueblos chicos como el nuestro. Solamente viajan para dar la confirmación a los niños, y eso ocurre una vez cada década. Sin embargo, tú decías: “Yo voy a ser obispo. Voy a llevar una mitra sobre la cabeza”. Lo decías todo el tiempo.

—Eso no lo recuerdo bien, padre. No entiendo por qué no lo recuerdo. Y no sé por qué no seguí con la idea.

—Fui yo quien te disuadió, César. Fui yo.

Santiago De Chuco es un pueblo pequeño, rancio, gélido y duro como queso de sierra. Se empina sobre la cordillera a una altura de tres mil cien metros sobre el nivel del mar, a unos ciento sesenta kilómetros de Trujillo, que es la capital del departamento de La Libertad. Para llegar de una ciudad a otra, había que viajar unos diez días. Si se viajaba desde la costa, los tres primeros serían en autobús y camión. El resto había que hacerlo a lomo de bestia.

Dos grandes piedras a la entrada parecen los brazos con que se sostiene la ciudad sobre la tierra, o las dos columnas que le confieren la solemnidad de un templo. Al fundarla sobre la antigua Andaimarca, los conquistadores la pusieron bajo la advocación del Apóstol de España. Las casas apenas se desprendían del suelo y parecían llorar cuando la lluvia resbalaba por las tejas. A esa altura, el frío quedaba aprisionado entre el cielo y las techumbres.

Una hilera de gallinas atravesaba la calle larga cuando el día estaba ya partiéndose por la mitad. Se diría que el cacareo lo partía. Allí nacieron los 12 hijos de Francisco de Paula Vallejo Benítez y María de los Santos Mendoza Gurrionero. Se llamaban: María Jesús, Víctor Clemente, Francisco Cleofé, Manuel María, Augusto José, María Encarnación, Manuel Natividad, Néstor de Paula, María Águeda, Victoria Natividad, Miguel Ambrosio y César Abraham. Por la proximidad de sus edades, Miguel y César, los dos hermanos menores, eran inseparables

La visita escolar a las ruinas del pasado desató una incontenible pasión arqueológica en Vallejo. Con su hermano Miguel, su amigo Cristóbal Delgado y los hermanos Ciudad, pasarían noches enteras explorando las ruinas y empezarían a ver mucho más que piedras sobre piedras. La arena se tornaba azul a la luz de la luna y, cuando miraban hacia el final del camino de los incas, veían un polvo que parecía bajar de las estrellas. Se les ocurrió pensar que los antiguos constructores posiblemente tenían ancestros en un lucero distante, y no habían olvidado su origen.

A don Abraham le dio un desmayo en plena clase. Lo llevaron a su casa, y no volvió más a la escuela. Era un cáncer en el cerebro, y se lo llevó tres semanas después. Pero unos días antes de su muerte, cuando la familia Vallejo lo visitaba, el enfermo pidió quedarse un momento a solas con su alumno favorito.

El rostro se le había afilado. Sus ojos ardían como dos tizones en la semioscuridad del cuarto.

—César. ¿Eres César?

—Sí.

—Acércate más.

El niño obedeció asustado.

—¿Te acuerdas de todas mis clases?

—No.

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que querías inventar palabras?

—Eso sí. Eso lo recuerdo todos los días.

—Palabras... frases... libros... Eso es lo que hacen los escritores.

—¿Sí?

—Sí. A los mejores no les basta con inventar frases. Construyen nuevas palabras. Les ofrecen otros sentidos a las existentes. Haz de cuenta que una palabra se ha perdido, hijo, y búscala. O si no, invéntala.

—¿Quiere decir que los escritores son los buscadores de una palabra perdida?

El maestro sonrió. Era su manera de decir que sí. Le resultaba difícil hablar porque la fiebre lo había consumido. Estaba muy débil y pesaba la mitad que antes. En el cuarto contiguo, los vecinos que habían llegado para acompañarlo a morir, decían que estaba delirando.

—Tú vas a ser poeta, César. Te lo dice un muerto.

El pequeño se lo quedó mirando y, de verdad, le parecía ya difunto. Creyó percibir olor de barro en el ambiente. Se le ocurrió pensar que el maestro ya había estado enterrado, pero había regresado a la vida para hablarle. Después iba a morirse de nuevo.

Le brillaban los ojos. Sudaba. Temblaba. A la luz de las velas, su cara resplandecía. Se acercaba el tiempo en que debía salir de este mundo.

—Levanta el brazo derecho con la palma de la mano extendida y promete que no te vas a olvidar de lo que te digo.

César notaba que su brazo estaba temblando. Pensó que no iba a poder levantarlo. Más bien, tenía ganas de llorar.

—Tú vas a ser poeta, César. Tienes que serlo. ¿Me lo prometes?

—Sí.

No pudo levantar el brazo.

—No lo olvidarás.

—No. Nunca.

—Nunca. Mientras vivas.

—Mientras viva.

—Mientras vivas —repitió el maestro—. Mientras vivas.

A don Abraham lo metieron en un ataúd de madera sin pintar. Se quedó allí con el único terno que había usado en su vida. Parecía vestido para una actuación escolar en el reino de los cielos. Le cerraron los ojos. En las sillas alineadas contra las paredes, las autoridades del pueblo y los deudos bebieron pisco y contaron chistes durante toda la noche. La tarde del día siguiente, lo llevaron a enterrar. Al sacar el ataúd de la casa, don Francisco de Paula Vallejo, como gobernador del pueblo, y los tres hermanos del occiso tomaron las cintas.

En el camino al cementerio, César le preguntó a su padre la razón por la que el sacerdote no quería acompañarlos.

—Dijo que era francmasón, y que los curas católicos no acompañan a esas personas...

Se quedó un momento silencioso. Después levantó la voz:

—Pero te aseguro que cuando se muera el padre Francisco y toque las puertas del cielo, don Abraham saldrá a recibirlo.

Cuando sepultaban al maestro, César ya estaba inventando palabras. Por entre los árboles, le pareció escuchar la frase:

—Mientras vivas... mientras vivas...

Nunca olvidó el diálogo con el maestro difunto. En cualquier oscuridad de su vida, lo recordaría. Al salir del cementerio, la hierba murmuraba tristezas bajo sus pies. El día crecía gris y brumoso. El rocío se le confundía con las lágrimas. La mañana se puso al revés como si ya fuera noche.

Aquella promesa le despertó la obsesión de conocer el futuro, de saber todo lo que iba a pasar cuando fuera adulto. ¿Llegaría a ser un gran poeta? ¿Recorrería mares y países? ¿Conocería alguna vez a una mujer misteriosa y escribiría sobre ella? Hablaba con sus amigos sobre eso, y ellos le contestaban que el futuro no se puede ver y que lo que ha de ser, será.

El tiempo se iba veloz. Las nubes se iban cada vez más rápido. La luna parecía a punto de borrarse. Un día, César y su hermano Miguel comenzaron a compartir la facultad de la premonición. Durante la noche, ambos eran devorados por sueños feroces y al alba acababan exhaustos.

Llovía cuando Miguel lo quedó mirando.

—Te voy a decir un secreto.

Su madre los estaba llamando para el desayuno.

—Voy a morirme pronto. Voy a morirme muy joven —le dijo. Y se fue a sentar frente a la mesa sin agregar palabra.

No se hablaron durante el día. Parecían enojados. Dormían en el mismo cuarto. A medianoche, Miguel despertó:

—César.

—¿Qué?

—¿Has muerto alguna vez?

—Estás dormido.

—¿Y yo, César?

—¿Tú, qué?

—¿Crees que estoy muerto?
—Estás soñando. ¡Duérmete!
—¡César, hermanito!
—¡Te he dicho que duermas!
—He tenido un sueño.
—¿Qué has comido, Miguel?
—He tenido un sueño que se repite. Con ésta, van tres veces.
—¡Bueno, pues! ¿Qué sueño? ¿Cómo ha sido tu sueño?
—¡Arde Santiago!, gritó una persona detrás de mí. ¡Santiago está en llamas!
—¿Y por qué no fuiste a apagar el fuego?
—Porque yo estaba muerto, César.
—¿Qué has comido anoche?
—Hay algo peor en mi sueño, César.
—¿Peor?
—¡Peor!... César Vallejo ha incendiado el pueblo, gritaban... Salí a ver qué pasaba... Dios me concedió permiso porque yo estaba muerto... Como te digo, salí a ver, y toda la esquina ardía.
—¿No puedes dormirte de una vez?
—El Apóstol Santiago subía al cielo en medio de las llamas.
—¡Ah... sí! ¿Y qué hacía?
—Montaba un caballo anaranjado.
—Lo que tú has tenido es una pesadilla.
—Todo lo vi como te estoy viendo ahora.
—No, hermano Miguel, no me ves. Estás soñando.
—¡Cuídate, hermanito, ¿sí?
—Me cuidaré.
—La voz proclamó que Santiago ardía por tu culpa. Después, subí al cielo y allí me encontré con mamá y papá. Estaban muy preocupados.
—Ellos están vivos.
—En el sueño, no. En el sueño nos vimos, y estábamos muertos.
—¿Cómo lo sabías?
—Papá, mamá y yo éramos transparentes. Los ángeles flotaban. Los podía ver como ahora te veo.
—No, hermano Miguel. No me ves. Ya te dije. Estás soñando.

No volvieron a hablar del futuro, y Miguel se mantuvo sereno y triste como lo hacen los que han llorado en secreto o los que son dueños de un privilegio temible.

La última vez que lo vio, César ya era estudiante en la universidad de Trujillo, e incluso había pasado un buen tiempo en Lima. Viajó a Santiago de Chuco en julio de 1915, para la fiesta del Apóstol y encontró a su hermano completamente sano. Eso lo animó a hacerle un pronóstico.

—¡Esperaba encontrarte muerto! La verdad es otra: te casarás pronto, y serás escribano. —le dijo y agregó que ya le estaba viendo la cara de escribano, los pelos emergiendo por las fosas nasales y sus dedos haciendo cacarear a la máquina de escribir en una oficina colmada de infamias y expedientes.

Bebieron un poco en casa del mayordomo de la fiesta. César no dejaba un minuto de hablar de Lima. En esa ciudad, había conocido el Palais Concert, una especie de bar, café y teatro donde quien entrara podía decir que había estado en Europa porque los barcos llegaban al Callao transportando espectáculos y orquestas del Viejo Mundo que deberían actuar en el prestigioso establecimiento.

—Las mujeres caminan como si se deslizaran sobre una pasarela y hablan en francés. Una de ellas se me acercó y no dejaba de llamarme “Mon cheri, Mon cheri”.

Pero Miguel no podía contenerse.

—No estés muy seguro, César.

—¿De que tendrás una nariz peluda?

—No estés muy seguro, hermano.

—¿De que serás escribano?

—También sé algo de ti.

Hablaba con la seriedad de los fantasmas.

—¡Pobrecito, César! Más allá de lo que llamas lejos, te irás.

—Sí, algún día. ¡Por qué no!

—Pero no volverás.

—Allí sí que te equivocas. Nunca voy a olvidar mi tierra. No puedo.

—No te he dicho que la olvidarías. Querrás volver, pero será imposible. Morirás lejos, hermanito, y ni siquiera tu cadáver ha de volver.

Los dos hermanos se quedaron callados como si hubiera pasado un ángel.

—César, hermanito, estando vivo vas a conocer el infierno. Para ser poeta, hay que haber caminado por el infierno.

Al día siguiente, César Abraham ensilló un buen caballo, y comenzó el retorno a la costa. Cruzó montañas sin descansar y se infiltró en senderos que solamente los arrieros conocían. Se detuvo en un abra en plena división entre la cordillera y el valle costeño y desde allí miró hacia donde debía estar su pueblo: “Si alguien me impide el regreso, por aquí volveré”, se dijo mientras escuchaba la respiración del caballo.

Cantaban los gallos cuando, varios días después, llegó a Trujillo. Muy cansado, se metió en la cama y no dejó de soñar que moriría lejos.

Ese año, César terminó su tesis sobre el romanticismo en la poesía castellana. El día en que escribía la página de las conclusiones, le llegó el telegrama de su padre avisándole que Miguel había muerto. Era el 22 de agosto de 1915, y las doce palabras del papel no alcanzaban para contarle muchas cosas. Algún tiempo luego, de visita en su tierra natal, preguntó por las circunstancias de la muerte y le respondieron que no había habido muchas circunstancias. Le contaron que su hermano se había sentido mal una tarde, que luego se había acostado y que había amanecido muerto. Nunca se supo qué mal se lo había llevado.

—¿Y por qué te interesa saberlo? —le preguntó su hermano Víctor.

—Las enfermedades son meros pretextos que se nos ofrece para que se cumpla el destino.

—A lo mejor, tienes razón.

—¿A lo mejor?

—Para mí, la muerte es como una puerta —replicó César—. Estás aquí o estás en el otro lado. No sabemos cuándo va a abrirse para dejarnos pasar.

Víctor era hombre de pocas palabras. Se alejó por el pasadizo mientras César continuaba hablando.

—A veces no sabemos de qué lado de la puerta estamos.

Quiso hablar con su madre, pero no pudo hacerlo. Ella había salido a caminar por el monte y cantaba. Sus brazos vacíos parecían mecer a un niño invisible.

Hermano, hoy estoy en el poyo de la casa
donde nos haces una falta sin fondo!
Me acuerdo que jugábamos a esta hora, y que mamá
nos acariciaba: “Pero, hijos...”

Ahora yo me escondo
como antes, todas estas oraciones
vespertinas, y espero que tú no des conmigo.
por la sala, el zaguán, los corredores.
Después te ocultas tú, y yo no doy contigo.
Me acuerdo que nos hacíamos llorar, hermano, en aquel juego.

Miguel, tú te escondiste
una noche de Agosto, al alborear:
pero en vez de ocultarte riendo, estabas triste.
y tu gemelo corazón de esas tardes
extintas se ha aburrido de no encontrarte. Y ya
cae sombra en el alma.

Oye, hermano, no tardes
en salir. Bueno? Puede inquietarse mamá.

Su viejo amigo, el padre Paredes, ofició en la iglesia de San Agustín de Trujillo la misa por el alma del difunto.

¡Miserere. Miserere Nobis! Eran las siete de la noche cuando terminó la ceremonia religiosa, y mientras el sacerdote clamaba a Dios Miserere, Miserere Nobis, César pensó que desde esos cielos tristes caería una lluvia de estrellas y tuvo la sensación de que ahora estaba conociendo mejor el corazón de la noche. Cuando lo apresaron en Trujillo, Vallejo tenía el mismo terno negro que usara en la misa de muertos, y mientras caminaba cojeando y a veces empujado por los gendarmes, se imaginó que a su lado caminaba y cantaba una mujer dulce y dolida.

Ahora, mientras recordaba todo esto, había presenciado un combate entre dos sombras y estaba viendo los estirones que daban los cadáveres en el centro de la celda. Todavía no habían alcanzado el largor ni la dureza de la muerte.

—Esto es el Infierno, señor —le explicó el hombre que estaba a su lado.

Había esperado algunas horas y por fin se había atrevido a llegar hasta los cuerpos. Al volver, le informó a Vallejo en un tono muy bajo:

—Ya los han bolsiqueado —señaló con la vista la esquina donde cuatro presos fingían dormir—. No sé en qué momento lo hicieron. No les han dejado ni los zapatos. Pero estos dos ya están fríos.

—¿Sabe usted qué hora es? —preguntó Vallejo.

—¡Qué hora será! En estos lugares nunca se puede estar seguro de la hora. Solamente cuentan las horas los que no pueden dormir. Todo lo saben ellos y todo lo sienten. Incluso sienten cómo pasa la muerte litera tras litera y nos toma a cada uno la medida de los pies a la cabeza.

Todo olía a melancolía y a desinfectante.

—Están fríos —repitió el hombre. Agregó como si hablara solo:

—¿A quién más le tocará morir?

3

Da las seis el ciego Santiago y ya está muy oscuro

Sentado en el suelo, de espaldas contra la pared, Vallejo pensaba que a lo mejor ya estaba muerto. Había oído decir que los difuntos recientes no saben aún si están en ésta o en la otra vida, y supuso que tal vez era su caso.

La voz de su vecino le hizo cambiar de idea:

—Esta noche no nos tocó morir —murmuró aquél.

Añadió:

—Todavía no era nuestra hora.

Ya podía verlo. Había dejado de ser un dibujo asustado en la pared. Había recuperado su cuerpo. En la penumbra, su cara era una confusión de líneas rojas. Nada de ello llamaba la atención, sino sus dientes enormes y blanquísimos.

—Hace frío, ¿no? —dijo el hombre. Buscaba conversación, pero no la encontraba. Insistió:

—¿Y usted quién es? Es decir, si se puede saber. ¿Quién es usted?

La atención de Vallejo estaba concentrada en los presos tendidos en la esquina. Tal vez dormían, pero no los había escuchado roncar. Sin ser vistos, se habían deslizado hasta los cadáveres para despojarlos de sus pertenencias.

—Mi nombre es César Vallejo.

—Gusto de conocerlo. Mi nombre es Napoleón Chanduví, pero me dicen Mataporgusto.

A Vallejo le comenzó un ataque de risa, pero logró contenerlo. El apodo no correspondía a su vecino en absoluto. Había sollozado cuando el loco blandía y agitaba el martillo. Había llamado a su madre. Era cobarde y humano. Era amigable y cordial.

—Puede reírse. No se preocupe.

Vallejo quiso disculparse, pero el hombre no lo dejó.

—Me pregunto qué lo trajo por aquí.

La dentadura blanquísima se abrió y cerró varias veces.

—Si prefiere, llámeme Napoleón. Usted es un doctor. No creo que le guste usar apodos.

Otra vez la dentadura se encendió y apagó en la penumbra:

—Me pregunto qué lo trajo por aquí.

Antes de que el interpelado respondiera, Chanduví aconsejó:

—Tiene que cuidarse, ¿sabe?

—¿Cuidarme? ¿De qué debo cuidarme?

—Éste es el primer Infierno, la celda de ablandamiento. Hay tres Infiernos, pero nunca traen a gente como usted. Alguien de afuera debe estar interesado en liquidarlo. Un poco antes de que usted llegara, trajeron al Loco.

—¿El loco? ¿El tipo del martillo?

—El mismo. Era un matón a sueldo. Ahora ya está bien muerto.

—Pero yo no lo conozco...

—Le repito que lo metieron en esta celda una hora antes que usted llegara. Apuesto que le habían pagado para que lo asustara a usted, o tal vez lo matara.

—¿Quiere decir que a mí me tocaba morir?

—No. No quise decir eso.

—No le entiendo.

—A usted no le tocaba. Al loco le habían pagado, pero a usted no le tocaba. No estaba de Dios.

Hacía mucho frío. Todos los presos llevaban un poncho cubriéndoles el cuerpo. Chanduví tomó la manta en que había estado recostado el difunto del centro y se la ofreció.

—Es lo único que no les quitaron. Úsela. Huele mal, pero es mejor que morirse de frío.

Le explicó que el hombre del martillo estaba loco. Llevaba mucho tiempo en la cárcel y había matado a varios presos.

—La modalidad es siempre la misma. Les destapa los sesos... Seguro que le dieron el martillo antes de meterlo aquí. Esa es su arma preferida... o más bien, era. Siempre estaba dispuesto a matar. Oía voces, ¿sabe?

Vallejo no quería saber más.

—Una mujer le hablaba. Lo perseguía. Volaba en torno de su cabeza. Una vez me tocó dormir en la misma cuadra que él, y no pude pegar el ojo. El tipo estaba hablando todo el tiempo con esa mujer. A veces, discutían, y él le ordenaba callarse. Después, se lo rogaba a gritos.

Vallejo estaba mudo. El otro lo tomó como desconfianza.

—¡Oh, no! Por mí, no se preocupe. Me trajeron a la Cárcel Pública de Trujillo hace seis años, y todavía no me han juzgado. Ya no recuerdo si soy culpable o inocente del delito del que se me acusa. Pero es normal aquí. Lo que no es normal es que traigan doctores. No es normal que traigan a gente como usted.

—¿Y usted? ¿Por qué está en una celda de ablandamiento?

—También es raro. Trabajo en la carpintería del penal. Alguien se robó unos litros de charol.

—¿Charol?

—Charol, sí. Usted se preguntará para qué. Al charol se le pone jugo de limón, y el barniz queda arriba; el alcohol se precipita. Los presos lo usan para emborracharse. Probablemente un guardia lo vendió, y después me echó la culpa para evitarse una investigación. Por eso me trajeron a la celda de castigos.

—¿Va usted a quejarse?

—¿Quejarme? ¿Ante quién?... No, de ninguna manera. Me llevo muy bien con los guardias. Cuando estén seguros de que no voy a hablar, mañana o pasado, me sacarán del Infierno. A usted, también, lo cambiarán. Cuando le hayan tomado su atestado, le darán una habitación mejor que ésta. Estoy seguro.

—¿Y los muertos?

—No tardan en llevárselos. Los guardias fingirán que investigan, pero no les importa. A nosotros nos harán preguntas. Pero no hemos visto nada. Usted no ha visto nada, amigo Vallejo. Nada.

Estaba en lo cierto. En la oscuridad, no había visto nada.

—Tampoco escuchó nada. Como todos estos señores, usted estaba durmiendo. ¿De acuerdo?

Vallejo asintió. El aspecto del tipo era tranquilizante. Quería preguntarle por qué lo llamaban Mataporgusto, pero no se atrevía. El hombre adivinó:

—Los nombres a veces no dicen nada. Me lo puso Marcos Quesquén, el jefe de una banda al que le caí en simpatía. El hombre era analfabeto, y yo le hacía sus cartas. Se dio cuenta de que yo no era carne de cárcel, y me decía Mataporgusto sólo por bromear. Un día,don Marcos comenzó a correr la voz de que yo mataba en la oscuridad y les c hupaba la sangre a mis víctimas. Me creó un aura de maldito. Lo hizo para protegerme. Después, los otros presos comenzaron a mirarme con respeto.

César lo miró con más atención, pero no podía interrumpirlo. Los incisivos se alzaban y brillaban para narrarle lo que quería saber.

—Si quiere saber por qué llegué a la cárcel, va a ser difícil que se lo explique. Antes de que eso ocurriera, trabajaba en la catedral, y me llevaba de lo más bien con los curitas. Ese fue mi oficio por más de diez años. Sin embargo, una noche, los gendarmes fueron a mi casa a buscarme. Ahora que hago memoria, me acusaban de haber robado unos cuadros coloniales de la iglesia y, sin ninguna prueba, me hundieron aquí. Dos años más tarde, se descubrió que los cuadros estaban en la casa de una familia adinerada que había pagado para que los robaran. Entonces, los curitas lograron que se me diera libertad. La libertad duró muy poco porque dos semanas después me trajeron aquí de nuevo y le juro, señor, que ya no me acuerdo por qué. Eso sí, señor, recuerde la ley de la cárcel: es bien fácil entrar, pero es bien jodido salir.

Los ojos de Vallejo podían ver mucho mejor en ese momento. Ya podía distinguir perfectamente las líneas rojas de la cara de su vecino. Ahora, frente a él se dibujaban con precisión las patas de gallo, las arrugas de las mejillas, las rayas verticales del ceño y la forma de las orejas. Los dientes inmensos le dijeron esta vez:

—Cuando ya esté acostumbrado a estos ambientes, no se olvide de visitarme. Pase por la carpintería.

Ya no estaba tan oscuro. Cuando comenzó el día, se abrió la puerta y dos gendarmes entraron. No les sorprendió encontrar a los muertos ni interrogaron a nadie. Ofrecieron un jarro humeante a los vivos y después se llevaron a los difuntos.

—Es café, señor Vallejo. Tómelo. Le hará bien.

Bebieron sus jarros en silencio. Lo rompió Napoleón:

—¿Usted cree en el destino, señor Vallejo?

A la luz del día, no le brillaban los dientes. Sus ojos se veían ávidos y enormes como si su vida estuviera pendiente de la respuesta.

Vallejo recordó que, con sus amigos, hablaba a menudo del destino. Le pareció extraño tratar el tema en aquellas circunstancias. Chanduví no esperó su respuesta.

—El destino, señor, es un conjunto limitado de cartas. Seis o siete. Usted las recibe de joven. Después se le pierden o se le desordenan. En el futuro, las seis o siete cartas vuelven a aparecer y juntarse, y son siempre las mismas.

Le pareció raro que ese hombre hablara de esa manera. Parecía un actor leyendo un papel que no le correspondía.

—Como esa rosa blanca, señor —El hombre frunció los labios y señaló la rosa que Vallejo llevaba en la solapa cuando lo apresaron. Ahora, estaba en el suelo.

—Seguro que anoche se le cayó a usted, y no va a recogerla, pero algún día volverá a sus manos.

Vallejo la observó. Todavía daba la impresión de flotar con una luz blanca sobre el suelo del Infierno. Quiso recogerla, pero se desanimó. Poco a poco, la rosa y el resplandor se le fueron borrando.

En el Infierno, el primer día, César pensó en un poema, pero no pudo escribirlo porque estaba desprovisto de lapicero y de papel. Lo memorizó y lo escribió días más tarde. Evocaba a un campanero que conoció en su infancia.

Las personas mayores
¿a qué hora volverán?
Da las seis el ciego Santiago
y ya está muy oscuro.
Madre dijo que no demoraría...

Santiago había sido durante toda la niñez de Vallejo, el campanero de Santiago. Subía a tientas hacia la torre de la iglesia e inundaba el mundo con el bullicio de las campanas a la hora del Ángelus. Hacía de sacristán en la misa y nadie que no lo supiera podía advertir que estaba privado de la vista. Puesto que no podía alfabetizarlo, el padre Hipólito leía en voz alta frente a él los Santos Evangelios. Era por esa razón que sus palabras parecían calcadas de los textos religiosos.

Había quedado ciego cuando tenía dos años durante un temible incendio que destruyó decenas de viviendas en Santiago de Chuco. Sus padres murieron allí, y a él lo sacaron muy quemado. El médico del pueblo le ofreció cuidados de emergencia, pero dijo que las pupilas se habían dañado y que el niño no podría ver jamás. Unos tíos suyos, sus únicos familiares, lo llevaron a vivir con ellos, y después de algunos meses se recuperó de las quemaduras y sólo le quedó de ellas una cicatriz en forma de estrella sobre la frente. Esa era tal vez la estrella del infortunio porque cuando llegó a los cinco años de edad, sus tíos murieron víctimas de una epidemia de peste, y el niño quedó solo en un mundo que no podía ver.

A pesar de la pobreza generalizada en el pueblo, la gente se distribuía tareas para ayudarlo, y Santiago dormía en la casa de una familia que sólo podía ofrecerle lecho, recibía un nutrido desayuno en la escuela y llegaba puntual a las seis de la tarde para la merienda en la casa de los Vallejo. Cuando ya era un adolescente, transportaba pesos para un carpintero anciano apellidado Alcántara, ayudaba en la parroquia al padre Hipólito Paredes, tocaba las campanas de la misa, hacía mandados para una y otra familia y ayudaba a cavar zanjas al guardián del cementerio.

Por las voces, conocía a toda la gente del pueblo. Los niños creían que hablaba con los pájaros.

El día en que cumplió 20 años ocurrió un hecho prodigioso. Estaba entrando en la casa del carpintero cuando una de las vigas del techo se desprendió de la principal y comenzó a caer sobre el cuerpo del artesano quien, además de ser viejo y sordo, estaba demasiado concentrado en su trabajo para advertir lo que se le venía encima.

Santiago, que entraba en esos momentos, percibió el sonido que venía del techo y, como si pudiera ver, levantó el rostro en esa dirección. Acaso en ese momento, vio. Saltó o voló hasta donde se hallaba el señor Alcántara y logró alejarlo del peligro. La viga partió la mesa de trabajo, pero no mató al artesano como habría debido ocurrir.

Según contó después, el señor Alcántara vio a la Muerte que le sonreía y le hacía una señal con el dedo para darle a entender que no se lo iba a llevar todavía. Quiso saber si también Santiago la había visto

—¿La viste? ¿Tú viste a la Muerte?

El carpintero se dio cuenta de que estaba haciendo una pregunta sin sentido porque si un ciego no puede ver a quienes tiene enfrente, ¿cómo podría ver a la Muerte?

—¿Cómo es ver?

Quizás Santiago hizo esa pregunta, o quizás sólo la pensó. Mientras tanto, la voz gangosa del señor Alcántara comenzó a transformarse en una silueta y luego en un hombre viejo y asombrado.

Después el mundo comenzó a adquirir para él las formas cuadradas que tienen las cosas hechas por el hombre. En sus ojos, aparecieron las paredes y después se hicieron las sillas. Las puertas, las casas y los perros germinaron. Nacieron los árboles. Brotó la iglesia. El arco del cielo fue inventado. De inmediato una línea incesante trazó montañas, valles y abismos a través del azul, y por fin, las voces que había escuchado toda su vida se fueron transformando en el maestro de la escuela, los niños, los viejos, los jóvenes, los flacos, los panzones, los barbudos y las mujeres bonitas. Era el mediodía y, mientras el sol caía a plomo sobre Santiago de Chuco, los ojos del joven

comenzaron a ser bañados por un color que ni siquiera en sus sueños más fantásticos había imaginado. Era la luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, menos a los ciegos.

A su lado, el señor Alcántara advertía que ya no era necesario tomarlo de la mano para servirle de lazarillo, y no sabía qué pensar ni qué creer.

—¿Qué sentiste?

—¿Qué debo sentir?

—No lo sé, pero supongo que se debe sentir algo cuando se produce un milagro.

—¿Qué es un milagro?

—Algo así como ver de un momento a otro. ¿Crees en los milagros?

—¡Y usted que fuera!

—¿Crees que éste es un milagro?

—¿Y usted?

—Tú eres el que debe creerlo, o más bien debe saberlo.

—Estoy dispuesto a creer o saber lo que usted disponga —dijo Santiago.

—¿Crees que Dios cuida al mundo?

—¡Imagínese!

Caminaron hasta la plaza de armas. Allí lo dejó el carpintero, y desde ese momento, sin lazarillo que lo guiara, el ciego Santiago caminó, danzó, acaso bailó y voló de la misma forma que lo hacía cuando tenía sueños en los que veía imágenes.

Esa tarde, César Vallejo, todavía un niño de 8 años, lo vio llegar a su casa a la hora de la merienda.

—Da las seis el ciego Santiago —se dijo como lo hacía siempre.

Pero esta vez el ciego no llegó a la mesa con los ojos vacíos dirigidos hacia el cielo ni con las palmas de la mano tanteando el aire. Tampoco avanzó con lentitud, acariciando los objetos próximos. Avanzó de frente hasta la silla donde se sentaba el padre de familia y le tomó la mano para besársela. Después fue a la cocina y abrazó llorando a doña María.

—Mamá María —le dijo—, ¿puedo ayudarla a llevar los platos?

Siempre la había llamado mamá. Ahora, la veía por primera vez.

No le preguntaron cómo había ocurrido el milagro porque don Francisco de Paula Vallejo había enseñado a sus hijos a no ser indiscretos, pero Santiago los iba reconociendo por la voz que les había escuchado todos los días a las seis de la tarde.

—Niña Aguedita... Niña Nativa... Niño Miguel... Y tú debes ser el Niño César Abraham. Eres el más pequeño, pero tienes la voz más oscura.

Tampoco en el pueblo, la gente le hizo preguntas porque todos sabían que las cosas buenas o temibles no tienen explicación. Sin embargo, continuaron llamándolo “ciego Santiago”, y algunos decían que además de haber recuperado la vista, también hablaba con los muertos y, aunque era analfabeto, leía el libro de los destinos.

Por su parte, el muchacho continuó sus actividades cotidianas como si nada hubiera ocurrido y, todos los días, daba las seis en la casa de la familia Vallejo. Allí, luego de terminar la cena, cuando los mayores se marchaban a alguna reunión, hacía jugar un rato a los niños y les contaba historias que había aprendido durante su prolongada permanencia en la ceguera. Las penas, en estas historias, aguardaban en los pasillos, flotaban sobre los dormitorios, se ocultaban en los entretechos o corrían asustadas y asustando por los patios de las casas que en vida habían habitado.

Aguedita, Nativa, Miguel,
cuidado con ir por ahí, por donde
acaban de pasar gangueando sus memorias

dobladoras penas

Algunos comentaron por ese entonces que si Santiago había vivido tanto tiempo en la ceguera, por algo había de ser. A lo mejor, percibía lo que no ven quienes viven en medio de la luz. Tal vez su alma continuaba entreverada con la oscuridad y eso le permitía hurgar y adivinar lo que se halla detrás de la distancia y de lo que se puede ver.

Le preguntaban por el paradero de unas vacas que habían desaparecido del corral, y Santiago respondía que o bien estaban en el norte o bien en el sur, y si vagaban por el norte podían hallarse lejos del río o avanzando por él para borrar las huellas. Y los dueños seguían cualquiera de esas rutas y encontraban lo que buscaban. Lo mismo ocurría con las muchachas que se habían hecho humo una noche cualquiera. El ciego tranquilizaba a los padres asegurándoles que o bien la joven volvería a casa arrepentida, o bien se tardaría un poco y regresaría con un niño o con una niña en los brazos, y cualquiera de esos hechos era al final lo que ocurría.

Santiago era el adulto que cuidaba de los niños en sus paseos por el campo. Una tarde, estaban algo lejos de la ciudad cuando César cayó al río por accidente. Santiago dio un salto y se sumergió en las aguas. Para alcanzar al niño, tuvo que nadar largo rato, pero la corriente se lo llevaba cada vez que estaban cerca. Por fin, lo asió del brazo y logró sacarlo hasta la orilla. Allí se encontraron con el resto de los niños Vallejo, pero también con unos tipos bromistas que habían escondido la ropa de Santiago.

—¿Dónde está mi ropa?

—¿Ropa? ¿Ropa, dices? Aquí no hemos visto ninguna.

—Oye —dijo el otro. ¿No es éste el ciego Santiago?... Eran de otro pueblo, y no sabían que había recuperado la vista.

—Sí. Es él. Pero ahora ve cosas que no existen. Está preguntando por su ropa.

—Los ciegos siempre se inventan cosas. Como sus ojos están vacíos, tienen que ver cosas que no existen y escuchar cosas que no hacen ruido.

—¡Oye! ¿Qué me das si te digo dónde está tu ropa?

No contestó Santiago.

—Contéstame unas preguntas y te lo diré. ¿Los ciegos lloran?

—Lloran. Todos los hombres lloran. Para eso se vive.

—Pero supongo que no tienen lágrimas. ¿Tienen?

—Ya no recuerdo.

—Tampoco yo recuerdo dónde vi tu ropa.

—Oye —preguntó el otro bromista. ¿Sueñan los ciegos?

—Sueñan.

—¿Y cómo saben cuando están dormidos?

—Cuando se encuentran en el sueño con personas que no son personas.

—¿Me estás insultando?

El ciego se encogió de hombros.

—A lo mejor, tienes razón. A lo mejor, los ciegos no sueñan ni están despiertos. A lo mejor, son una voz sin cuerpo, y todo el mundo es una invención. Tú mismo sólo eres una sospecha. Un rumor.

Siempre hablaba en ese tono. Ni siquiera él sabía por qué hablaba así. Tal vez, los ciegos hablan así porque saben que lo hacen sin testigos y que nada es real. Sólo le es para ellos la voz que emiten y escuchan asombrados.

Uno de los hombres comenzó a asustarse e iba a devolverle su ropa cuando el otro lo detuvo.

Tomó la mano de Santiago y se la pasó por la cara.

—Yo no soy un rumor.

—Eres una cara, ¿y qué? ¿Estás seguro de que eres algo más?...

Cuando le devolvieron la ropa, el ciego continuaba hablando. Les dijo que en la oscuridad, había aprendido a ver.

—En la oscuridad, el hombre es más hombre —siguió diciendo. Es capaz de inventar más mundo, porfió.

Entonces, los bromistas se fueron, y los niños, incluido César cerraron los ojos y escucharon que la luz es una invención de los hombres porque la tierra y los otros planetas se movían a tientas en un universo negro. Pero esa luz debe de existir y debe estar en lo más profundo del corazón del hombre. Algún día, sabremos más acerca de esa luz y de nosotros mismos, pero será cuando hayamos cerrado los ojos para siempre.

Quizás Santiago era ahora un vidente, como aseguraban los vecinos, pero de tanto abrir ajenos libros del destino, a veces los videntes se olvidan de revisar el suyo. Eso fue lo que le ocurrió cuando decidió irse a Quiruvilca. “Ahora que ya tienes vista”, le habían dicho, “es bueno que vayas a la escuela para que te enseñen a leer. ¡Quién sabe! A lo mejor, aprendes rápido y te vas a la costa. A lo mejor, después te metes al seminario de Trujillo y llegas a ser sacerdote como el padre Hipólito.”

Pero el ciego que podía ver declinó esas deliciosas posibilidades y respondió amable que tal vez estudiaría, más adelante, pero que ahora se sentía ya muy viejo para aprender a leer y que pensaba ganar algún dinero, y después quién sabe. “¿Ganar algún dinero? ¿Y cómo?”... ¿Cómo?... Bien fácil: se iría a Quiruvilca, y allí debajo de la tierra el oro lo llamaría por su nombre, y sería rico, muy rico, y retornaría a Santiago para ayudar a los que vivían en la pobreza.

Durante toda su vida, César Vallejo recordaría al ciego que había vuelto a ver y que daba las seis de la tarde, y sabría que todo aquello era un misterio, pero que nadie quería verlo como tal. Tan solo estar en esta tierra y en esta vida ya era un misterio

Por fin, una madrugada cualquiera, el ciego Santiago se vistió con parsimonia, calzó unas botas más grandes que sus pies, metió sus pertenencias en un maletín negro, se puso al cinto una cantimplora de cuero y, ya fuera de casa, recorrió toda la calle Colón hasta la salida del pueblo por donde se marchan los que caminan tras de una ilusión, y por ese camino se dirigió a Quiruvilca.

Da las seis el ciego Santiago
y ya está muy oscuro.

Debido al encierro permanente, el poeta no sabía si era de día o de noche, si dormía o estaba despierto, si padecía prisión o ya era difunto. A lo mejor, se convenció de que los sueños nos hablan, pero no los entendemos. A lo mejor, pensó que la lengua de los sueños es la lengua que tendremos cuando estemos muertos. A lo mejor, ya era difunto y todavía no lo sabía. Su cuerpo estaba inmóvil, pero se estremecía por dentro. Podía sentir su propia respiración. Le pareció escuchar campanas y adivinó que estaba delirando, y pudo entender que el delirio es solamente un recuerdo vertiginoso y feroz. Ese recuerdo lo llevaba incansable hacia la infancia.

4

Quiruvilca: Los mineros salieron de la mina remontando sus ruinas venideras

Como una ráfaga, el recuerdo de los días infantiles se colaba en el Infierno, y recordaba.

Los días de la infancia se habían amontonado junto a su puerta. En vez de agua, días y semanas llovían. César Abraham miraba hacia todas las direcciones y sólo veía colores mansos, cielos inocentes, tejados rojizos y hierba amarilla, dormilona. Otras veces, el pueblo estaba teñido de un blanco pacífico que provenía de las ovejas, las vacas y los burros. Después volvía el rostro hacia las piedras negras y las montañas holgazanas, rotundas, de color cobre, y no se cansaba de pensar que su tierra tenía todos los colores del mundo, aunque tal vez era algo muda.

César vio a su padre, primero como agricultor; después, como abogado sin título defendiendo a litigantes pobres y, por fin, convertido en la primera autoridad del distrito. Lo contempló día tras día haciendo resonar su bastón ilustre por el empedrado, desde su casa hasta la gobernación. Se sintió orgulloso de él en la escuela, cuando don Francisco de Paula, en representación del gobierno, se ponía al frente y ocultaba su corazón con la mano diestra mientras izaban el pabellón y se cantaba el himno nacional.

Los días terminaron por fin de amontonarse junto a la puerta de la calle Colón 96 donde vivía la familia Vallejo, y ya era hora de que César partiera a continuar estudios secundarios. Antes de morir, el maestro Arias había recomendado a don Francisco de Paula que hiciera un sacrificio para que así fuera, y una mañana de 1905, el joven partió hacia Huamachuco para estudiar allí.

El gobernador pidió a unos arrieros que llevaran a su hijo a la capital de la provincia. Egberto Longaray, el jefe del grupo, le prometió cuidar bien al jovencito, aunque se tardarían muchos días en los caminos debido a sus transacciones de compra y venta de ganado.

—Vas a ser un arriero. Aprenderás lo que son los caminos. Para eso nacemos los hombres. Para hablar con los caminos —dijo su padre. Después, le dio un fuetazo a la mula que lo cargaba. El animal emprendió la marcha.

No había muchos pueblos, pero sí casas dispersas, y, en ese momento de su vida, César aprendió lo que significaba errar bajo la noche. Vendedores y bestias se movían como si fueran esas largas bandadas de aves migratorias que oscurecen el cielo de la tarde a inicios del invierno: reposan y flotan sobre las nubes, se dejan llevar por unas horas y luego retornan al camino.

El niño iba atado a la bestia y, por las noches, pensaba que estaban siguiendo el rumbo de una estrella a la deriva. Por fin, según contaría después, se convencería de que los hombres y las estrellas tienen la misma naturaleza. En el camino hacia Huamachuco, por en medio de la Vía Láctea, una aura inmensa coronaba aquella procesión de jinetes, cornamentas y sombreros.

Un caballo viejo se desbarrancó y los arrieros tuvieron que caminar varias horas hacia el fondo de la quebrada para dar con él. Sentado como el buey que acompaña al niño Jesús en los retablos, el bruto olisqueaba su propia muerte. No se quejaba, pero gruesos lagrimones negros se le escurrían desde los ojos inmensos. El que había sido su jinete llegó hasta él e hizo un gesto negativo. Después se acercó a Longaray para comunicarle que iba a dar muerte al caballo.

Avanzó hasta el animal y, evitando su mirada, preparó la pistola y apuntó hacia la sien derecha. No se atrevía a disparar. Sabía que el caballo sufría inmensamente, pero no quería alterar el orden supremo de la naturaleza que tiene sus hombres y animales contados, y contadas también las horas de nuestra propia vida. Por fin, de la pistola salió una estrella y también una bala. El sonido se fue de cordillera en cordillera retumbando para hacerle saber a Dios que una de sus criaturas había vuelto a Él.

Pero, en vez de quedar inmóvil, con el forado en la sien, el caballo se levantó penosamente y comenzó a caminar. Se dirigía lento hacia alguno de esos luceros titilantes que se llevan a las almas. César permaneció inmóvil. Los vaqueros miraron hacia otro lado y uno de ellos se santiguó devoto. Cuando el caballo se perdió en la curva del camino, nadie se aventuró a seguirlo: sabían que ya estaba muerto y que no se debe turbar la paz de los difuntos.

—¿Qué dice de eso?

—¡Qué voy a decir! ¡Que es un alma!

Discutían dos arrieros. Uno de ellos aseguró que el alma de algún cristiano muerto en ese instante se había posesionado del caballo. El otro sostenía que la propia alma juntaba sus huesos y sus articulaciones. Este último relató que había visto las almas de otros caballos muertos: era algo espantoso, pero a veces muy dulce como sucede entre los humanos. Dijo que si una persona pudiera comprender las almas de los caballos, entendería al resto de los humanos y a todos los caballos del universo.

No era tan fácil pasar de pueblo a pueblo. Lo supo César esa vez porque había tormentas en el camino y, cuando ellas se apaciguaban, podía verse que otras estaban a punto de llegar. Las nubes más negras se movían lentas a lo largo del cielo y extendían por encima de ellos una sombra de ternura triste. Eso ocurrió una vez, y tuvieron que acampar en la saliente de una roca. Desde allí admiraron la aureola azul que flotaba sobre todas las cosas y animales y hombres existentes en el planeta. Bajo ellos, las tierras de pastoreo se escondían cubiertas por una alfombra de color púrpura. Más lejos de allí, hacia el oeste, todo era una línea negra relampagueante de aves que parecían dispuestas a abandonar el mundo.

Acamparon cuando creían estar muy cerca de su destino, pero se equivocaban. Perderse es normal en los Andes aunque te acompañen los mejores guías, y eso había ocurrido con ellos. La noche no tenía orillas, ni muerte, ni resurrección, ni paz, ni descanso. Se perdieron varias veces, y el niño viajero creía que nunca llegarían. Sus ojos enrojecieron cuando le anunciaron que llegaban a las minas de Quiruvilca.

¿Quiruvilca? ¿Era ese mundo negro Quiruvilca? Una sucesión de chozas de barro se erguía en la mitad exacta de la altiplanicie. ¿Era Quiruvilca ese conjunto de paredes tiznadas por el humo? Tal vez sí y tal vez no. Pasaron por las orillas de un inmenso cráter oscuro, y un arriero le explicó que así quedaba la tierra cuando terminaban de sacarle todo el oro. Se preguntó hasta dónde llegaba el agujero y pensó que hasta el otro lado del planeta, pero no hizo preguntas. Prefirió mirar al cielo cuando Longaray, quien cabalgaba silencioso a su lado, le habló.

—Llegamos.

—¿Llegamos?

—¡Llegamos! ¡Claro que llegamos!

Llegaron de noche. La tierra se abría a su paso, aunque a ratos se escondía entre nubes y tinieblas. El cielo era una esfera de plomo limado. No había señales allá arriba de que alguna vez hubiera pasado el sol o girado la luna. Silbaba un viento que parecía soplado por lobos. Rascaba y despojaba las casas y los campos. Hacía mucho frío. Avanzaron hacia la Plaza de Armas. Se detuvieron allí y decidieron acampar. Nadie

tenía la seguridad de que viviera gente en ese infierno. César recordaría todo el tiempo que el dueño del ganado le puso encima una manta.

—Duerme, chico, duerme, y nunca recuerdes esto.

Recordaría también que se soñó volando por en medio de aquellas calles oscuras, y que Jesús iba a su lado.

A la mañana siguiente cuando los arrieros estaban por levantarse, algo les hizo ver que no iban a poder moverse con tanta facilidad. Dos tipos apuntaban sus fusiles contra ellos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó más allá una sombra.

Nadie respondía.

—¿Qué quiere? —inquirió Longaray.

—Estoy preguntando quiénes son ustedes y qué hacen aquí.

Se aclaró el día. La sombra era un hombre con dientes de bronce. Aquél puso el cañón de su fusil en la cabeza del arriero:

—Quiero saber quiénes son ustedes.

El arriero entendió que se hallaba con gente del Supremo Gobierno.

—Arrieros —respondió.

—¿Arrieros?

—Arrieros.

—Ese es un cuento viejo.

—¿Están ustedes buscando a alguien?

—¡Las preguntas las hago yo!

El arriero miró al grupo de gendarmes y se dio cuenta de que el hombre de los dientes de bronce hablaba en serio. Le preguntó:

—¡Qué quieren? ¿Qué es lo que quieren?

—Nada. Quiero que hablemos en castellano.

—¿En castellano? —musitó Longaray— Ah... en castellano. ¿Cuánto?

—Ahora sí nos entendemos. ¿Cuánto, me pregunta usted? ¿Cuánto? Una vaca o dos. Dos está mejor. ¿O qué tal tres?

El hombre sonrió, retiró el fusil de la sien del arriero, apuntó hacía el cielo y disparó.

—A lo mejor, ya comenzamos a entendernos.

Después de una negociación en la que Longaray demostró que sabía tratar con la gente del gobierno, bastó con que entregaran dos vacas para que el hombre de los dientes de bronce se apaciguara:

—Está bien, está bien, pero lárguense pronto de aquí.

El arriero repuso que por lo menos necesitaban un par de días para descansar un poco y comprar algunas vituallas en el pueblo

—¿Dos días?

—Dos.

—Un día. Mañana a esta hora ustedes deben estar ya lejos de aquí.

Quiruvilca vivía días de gran prosperidad en 1905. Las cotizaciones del oro y la plata subían sin cesar en el mercado internacional de los metales preciosos. Gracias a ello, los concesionarios podían manipular a su antojo la Bolsa de Londres. Aunque no reportaba ingresos al Estado, el gobierno consideraba a la mina un orgullo nacional. Los escolares aprendían que se debía honrar el empuje de los generosos empresarios venidos desde lejanas tierras para hacer progresar al Perú.

La empresa norteamericana había recibido esas tierras del gobierno peruano a título gratuito. No pagaba por ellas ni siquiera un canon insignificante, pero los altos funcionarios de la administración estatal estaban satisfechos. Según el presidente de la

república, gracias a ellos, el nombre del Perú aparecía inscrito con letras doradas en los países más remotos.

El gobierno de Lima custodiaba las instalaciones con una fuerte dotación de gendarmes. Se decía que la paz social estaba asegurada, pero de vez en cuando, el ejército se veía obligado a intervenir. Eso ocurría cuando los indígenas se negaban a trabajar o rehusaban vender sus tierras a los empresarios de la mina. Algo de eso había sucedido. Esa misma noche los viajeros se dieron cuenta asustados de que se hallaban en medio de un agujero oscuro.

La prosperidad de las minas atraía a toda clase de gente. Además de los dos norteamericanos que trabajaban en la administración, varios comerciantes de la costa habían puesto tiendas de abarrotes y de ropa especial. Desocupados de otros lugares llegaban en busca de empleo. Los que entraban al socavón eran generalmente peones muy jóvenes que recibían el salario en comida y hojas de coca. Muchos enfermaban y morían, o envejecían prematuramente y eran arrojados a las calles cuando ya eran inútiles e inservibles.

Quiruvilca anochecía colmada de mendigos. Niños inmundos, putas y alcahuetes rodeaban a los viajeros para solicitarles una limosna o proponerles un negocio sexual. El comerciante del ganado había prohibido a los arrieros que se metieran en los bares del pueblo.

César recordaría para siempre al hombre que tan sólo tenía tronco y dos brazos y que avanzaba sobre un indolente carrito. Más allá, los ciegos se amontonaban en la pequeña iglesia. Se acordaría también del gorjeo que lanzaba una mujer extraña a mitad de la noche.

Compraron todo lo que les hacía falta. Entraron en un viejo hotel e hicieron calentar agua para bañarse. Devoraron tres cabritos y un cerdo pagados a precio de oro en un restaurante polvoriento. Temprano, por la mañana, soplaba viento y no había luz de sol, pero había luz, acaso una de esas luces fantasmas que son atraídas por el terror o por la desgracia de los hombres.

Se cruzaron con los gendarmes. El jefe de ellos le guiñó al dueño de los animales y le sonrió con sus dientes de bronce, pero le hizo una señal ordenándole que partieran cuanto antes.

Salieron de Quiruvilca a las 3 de la mañana. Se les ocurrió pasar antes por la iglesia para rezar allí un padre nuestro. Ese fue su error. Una de las puertas laterales del templo estaba abierta, y por allí ingresaron sin adivinar lo que encontrarían. La luz fantasma comenzó a mostrarles a dos o tres docenas de seres humanos que yacían allí con los cráneos como melones incandescentes. Habían sido asesinados. El jefe de los arrieros ordenó que sus hombres salieran del templo, y César pudo divisar a una india vieja arrodillada en una de las bancas posteriores. Se le ocurrió que podía darle el brazo, levantarla y hacerla salir pronto de allí. Cuando lo hizo, la cabeza de la mujer rodó por el suelo porque antes la habían degollado de un machetazo.

Entre la gente, había algunos moribundos. Uno de ellos, muy joven y muy fuerte, logró levantarse y caminar como si estuviera dirigiéndose al altar mayor a recibir la hostia, pero el jefe de los gendarmes se le acercó por atrás, levantó su rifle y lo remató con un disparo en la nuca.

—¿Y ustedes? ¿Qué hacen aquí?... Les ordené que se fueran en un día. Ustedes no tienen por qué meterse en la iglesia ni en cosas de la autoridad...

De manera inesperada, se le ocurrió explicar lo que estaba pasando:

—Hemos tenido que liquidar a un grupo de indios subversivos que no entienden la ley de la conscripción militar. Se les había traído para trabajar en la mina porque aquí está el progreso del país. Pero se han opuesto porque son antiperuanos. O tal vez,

anarquistas saboteadores. No entienden que si no hay gente que trabaje en la mina, tenemos que traerla por la fuerza para que la inversión extranjera no se desaliente. El Perú, señores, es un mendigo sentado en un banco de oro. El Perú es un país rico, pero el peruano es perezoso, y a veces hay que traerlo a explotar lo que es suyo. No tenemos que reclutar gente solamente para ir a la guerra. También podemos reclutarla para que sirva a la nación en las tareas de la paz.

El gendarme decía esto mientras apuntaba con el fusil a los arrieros, pero quizás estaba cansado de matar porque de pronto levantó el cañón del arma y ordenó:

—¡Lárguense!

Repitió la orden, y agregó que nadie tenía por qué saber lo que habían visto.

Los hombres no necesitaban que se les repitiera, pero la orden continuaba siendo repetida por el gendarme que insistía en que nadie debe saber de esto y que las ordenes de la autoridad deben cumplirse.

—¡Lárguense!

Los hombres se fueron cada uno al lado de una bestia, y César caminaba al lado de un caballo como si quisiera pedirle a éste que le explicara lo que estaba ocurriendo. En muy pocas horas, se hizo la noche, y la noche se hizo más noche y se colmó de estrellas, y César se preguntó si aquella era la condición humana, y si todo el dolor del mundo tenía algún límite. Enfrente, las estrellas formaban un arco en el cielo y se prendían y apagaban en la oscuridad sin fin de otros mundos eternos privados para siempre de gente y de Dios.

Una semana antes de caer en la cárcel de Trujillo, le había confiado a su amigo Antenor Orrego:

—Tengo una novela que se desarrolla en Quiruvilca.

—¿La has escrito?

—No pero ya la he vivido.

—Entonces tendrás que escribirla.

—Tendría que llorar para escribirla, tendría que gritar hasta que me escucharan los coros de los ángeles, pero cuando pienso en Quiruvilca también tengo miedo de los ángeles.

Antenor lo tranquilizó:

—No te preocupes. Los libros ya están escritos para quien los tenga que escribir cuando sea su vez.

—Bastaría con que me sentara frente a una máquina de escribir y comenzara con una frase que dijera:

“Hemos recibido un telegrama del señor Prefecto del Departamento que dice así: Sub-prefecto. Requiérole contingente sangre fin mes indefectiblemente. Firmado Prefecto.”

Y el contingente de sangre será formado por indios traídos a la fuerza para prestar su servicio militar obligatorio. ¿Qué sabrán de servicio militar obligatorio? ¿Qué sabrán de patria, de gobierno, de orden público ni de seguridad y garantías nacionales?

—Comiénzala de una vez —dijo Antenor.

—Lo haré cuando esté libre de esta persecución. Comenzaré con la ley. Tiene que ser parte de la novela:

“Ley del Servicio Militar Obligatorio:

Título IV. De los enrolados.

Artículo 46º: Los peruanos comprendidos entre la edad de 19 y 22 años, y que no cumpliesen el deber de inscribirse en el registro del servicio militar obligatorio de la zona respectiva serán considerados como enrolados.

Artículo 47º: Los enrolados serán perseguidos y obligados por la fuerza a prestar su servicio militar, inmediatamente de ser capturados y sin que puedan interponer o hacer valer ninguno de los derechos, excepciones o circunstancias atenuantes acordadas a los conscriptos en general.”

César Vallejo hablaba con los ojos, y con los ojos se le escuchaba.

—Basta, basta —se asustó de verlo así Antenor—. Esos recuerdos no te hacen bien.

—Pero si no los recuerdo ahora, los recordaré por la noche. Son voces que recordaré toda mi vida.

—¿Voces?

—Mi corazón las oye como si estuviera escuchando la voz de los santos pero es una voz que viene desde un cielo de muy abajo. Innumerables difuntos hablan conmigo y me susurran la historia de su muerte ¿qué quieren ellos de mí? ¿qué quieren ellos de mí? Acaso quieren habitar de nuevo en la tierra. Y yo creo que habitan en la tierra, que habitan en nuestros sueños. Estar muerto es muy laborioso.

5

Soñar con una escuela redonda

—¡Ese César Vallejo! ¡Levántese! Tiene que salir.

La puerta se abrió con estruendo. La luz entró a borbotones y, detrás de ella, solamente se veían dos bultos. El detenido tardó en cumplir la orden porque había permanecido varias horas sentado en el suelo, y no le resultaba fácil levantarse. Entonces el bulto que había gritado entró en el calabozo y lo tomó del brazo derecho para llevarlo a rastras hacia afuera. Después de transitar algunos metros en esas condiciones, Vallejo pudo valerse por sí mismo y avanzar.

Todo comenzó a cambiar en ese momento. Pasó de súbito a la luz del día, pero no podía saber qué hora era ni calcular cuánto tiempo había transcurrido desde que lo encerraran. Había soñado mucho en el calabozo, pero en los sueños y en el delirio, todos los recuerdos de la vida transcurren en minutos. Además no estaba seguro de nada, ni de su propia existencia. Entrar y salir de un lugar como el infierno era como estar y no estarse.

Dos gendarmes mudos lo conducían. Lo hicieron atravesar un amplio patio vacío. Pasaron a otra construcción dentro del penal, subieron dos tramos de una escalera de cemento, cruzaron una puerta de acero y atravesaron un pasillo. Luego un hombre uniformado le dijo que entrara, que tomara asiento y que esperara en lo que parecía ser la oficina del penal.

Esperó allí por lo menos una hora. Al fin, apareció un viejo encorvado con un inmenso cuaderno en el brazo y un lápiz entre la sien y la oreja.

—¿Vallejo, César?

No respondió. Tenía mucha hambre. El olfato y la vista se le habían hecho más agudos. La mesa que tenía al frente parecía cambiar de colores. Creía ver pequeñas estrellas en el aire. La voz ya no le alcanzaba.

El viejo se sentó al frente de una mesa colonial de madera negra. Su pelo peinado con aceitillo resplandecía y olía a recién cortado. No había más sillas que la suya y una larga banca en la que se hallaba Vallejo.

Tras del hombre colgaba un almanaque ilustrado con una odalisca árabe algo regordeta.

El viejo la señaló con el índice, guiñó el ojo y esbozó una sonrisa de pillo. Un espeso velo cubría el cuerpo de la mujer. Lo único visible en ella eran un carnoso cachete, unas largas pestañas pintadas de verde y el descubierto tobillo de la pierna derecha en torno del cual bailaban tres aros de oro macizo. El calendario exhibía la página del mes de noviembre.

—¡Cómo se pasa el tiempo! ¿No? ... Ya se nos acaba el año. —comentó y dejó de guiñar. Se puso solemne.

—Se nos acaba el año 20. Después vendrá el 21. ¿Cuándo cree usted que se nos acabará el mundo?

No esperó la respuesta. Abrió el cuaderno que llevaba. Aproximó el tintero. Levantó un lapicero e introdujo la pluma. Vallejo no se explicaba para qué servía el lápiz entre la sien y la oreja. Nunca lo supo.

—Le pregunto si usted es Vallejo, César.

—¿César Vallejo? Sí. Soy César Vallejo.

El viejo dejó reposar la pluma en el tintero. Lo estudió con detenimiento.

—No parece peligroso —dijo. Sonrió.

—Lo trajeron por incendiario, ¿no?

No permitió que el detenido respondiera.

—¡Caramba!... Esto si es grave... ¡Por incendiario!... ¡Ey!... lo apresaron ayer. ¿Y se puede saber por qué no lo trajeron aquí?... Yo, señor, soy el alcaide, la autoridad máxima de este penal, como quien dice el dueño del hotel. Todo detenido debe ser traído ante mí para que yo le tome sus generales de ley.

César Vallejo intentaba acomodarse sobre la estrecha banca de madera. Quería echarse para atrás, pero su espalda no encontraba el respaldo. Sentado de otra manera, con las manos sobre la mesa parecía estar haciendo una reverencia ante el hombrecito gruñón que tenía enfrente.

—¿Y se puede saber dónde lo han tenido?... Sí, señor. Se lo estoy preguntando a usted... Aquí dice que entró a las ayer a las seis de la tarde. Hoy, ya son las dos de la tarde. ¿Dónde estuvo todo este tiempo?

El poeta se extrañó de escucharse responder:

—En el infierno.

El alcaide lo miró con asombro.

—¿Cómo, cómo? Repita eso que no lo he escuchado.

—En el infierno.

Ante el silencio del viejo, Vallejo explicó:

—En el infierno. Me tuvieron en la celda de ablandamiento.

Más silencio. El alcaide miró por encima de la cabeza del detenido. Había tomado el lápiz que tenía sobre la oreja y se hurgaba los dientes. Por fin, dejó el lápiz y golpeó la mesa. Pasó de la ira al gesto conciliador.

—Señor Vallejo, creo que usted está equivocado. En este penal, no hay una sala de ablandamiento, ni mucho menos un lugar llamado el Infierno.

Vallejo comenzó a pensar que soñaba.

—Pero entiendo lo que usted ha querido decir. Usted es un caballero educado y no debe repetir esos nombres infames... Donde usted ha estado es en la Sala de Meditación.

Otra vez, Vallejo quiso hablar, pero el viejo no se lo permitió.

—Lo han tenido casi un día completo allí. Parece que la gendarmería del penal se olvidó de usted.

Otra vez sonrió:

—¡Y todavía está vivo!

Se puso serio.

—Soy Cipriano Barba, el alcaide del penal. Soy un civil, no un gendarme. No tiene nada que temer de mí. Lo primero que tengo que hacer con usted es ficharlo.

—¿Ficharme?

La mayor parte del tiempo, Barba hablaba mirándose la palma de las manos. Parecía estar leyéndose la buena fortuna.

—Sí, ficharlo —De la palma de la mano izquierda pasó a la derecha. No pareció encontrar nada malo en ella. Entonces, levantó la vista para fijarse en las características físicas del detenido.

Le preguntó su edad, el lugar de nacimiento y su grado de educación. Lo hizo pararse de espaldas contra la pared donde estaba pintada una escala métrica. Por fin, escribió un párrafo, y lo leyó en voz alta:

“Registro No. 2.

Ficha 387.- César Vallejo ingresó el 6 de noviembre de 1920 por estar complicado en los sucesos ocurridos en Santiago de Chuco el 1º de Agosto.”

—Está bien escrito, ¿no?... Ahora, filiación. Filiación... filiación... Me dijo usted que nació en Santiago, ¿no? ... ¡Linda tierra... pero hace mucho frío!

“Filiación: natural de Santiago de Chuco. Edad: 28 años”.

—¿Y aquí dónde dice raza, qué le pongo?... Veamos, veamos. Vamos a ver, póngase de perfil contra la hmmmm, contra la ventana... Hmmm, hmmm...

A Vallejo le resultaba difícil seguir las instrucciones porque el viejo no vocalizaba bien. Además, estaba comiendo un pan con chancho.

—Es “mechado”. A mí me gusta el chancho en este punto. No sé qué menjurje le ponen a la salsa, pero queda muy bien. ¿Gusta servirse un pedazo?

Vallejo dijo que no con la cabeza, y el viejo se atragantó con el pedazo de pan que le había estado ofreciendo.

—Aquí enfrente de la cárcel, está el café “Buenos Aires”. ¿Ha ido usted? Hacen el mejor pavo y el más suculento mechado de Trujillo. Debería ir allá cuando salga... Es decir, si sale...

Después, de corrido, escribió:

“Raza: mixta. Cara: aguileña. Color: trigueño...”

—Estado civil: ¿Estado civil?

—Soltero.

—¿Soltero? ¿Dijo usted soltero? ¡Con razón! Si estuviera usted casado, no se metería en política. La política es buena y es mala. Hay que ponerse del lado del que triunfa, pero no meterse en líos, ni mucho menos ponerse en primera fila...!No, hombre, de lejos se ven los toros!

—¿Cuánto mide? ... Póngase de nuevo contra pared. Muy bien, así

“Estatura: 1.70”

—Ni alto, ni pequeño. Los internos no son habitualmente así. Son indiecitos casi enanos. Raza degenerada, ¿no cree usted?... El mes pasado, nos mandaron un negro gigantesco. Medía más de dos metros, pero hablaba con voz de niño. Usted sabe que esos son los peores. Ni los custodios ni yo dormíamos tranquilos hasta que a alguien se le ocurrió la idea de meterlo en la Sala de Meditación... Tres días, y lo sacamos despedazado... Mejor así, ¿no cree? Esos antisociales son mejor muertos que vivos.

El alcaide sacó otro pan del bolsillo del saco, y se lo metió en la boca.

—Hmm... esto es mucho más fácil.

Volvió a escribir de corrido:

“Cabello: negro. Señales particulares: ninguna. Frente: ancha. Cejas: pobladas. Ojos: pardos. Nariz: roma. Boca: grande. Labios: delgados. Barba: poblada”.

—¿Instrucción?... Profesional, ¿no? Vamos a poner aquí “Superior”. Claro Instrucción Superior. La verdad, no comprendo cómo un hombre de su cultura se puede meter en estos líos.

Escribió: “Instrucción: superior. Orejas: grandes”.

—Me estaba olvidando de las orejas. Imagínese. ¿Está usted conforme con esta información?

Por toda respuesta, Vallejo se pasó la mano por la cara. Le había asombrado que el alcaide lo describiera con la barba poblada. No pensaba que hubiera transcurrido tanto tiempo desde que lo detuvieran.

El viejo lo trataba con simpatía.

—No tiene usted que preocuparse. Le repito que soy el alcaide; no uno de los gendarmes. Ellos cuidan. Los civiles administramos. Me pregunto, eso sí, por qué lo habrán tenido tanto tiempo recluido en el calabozo.

Se levantó de la silla. César pensó que luego lo devolverían a la Sala de Meditación.

El viejo se encorvó aun más y le adivinó el pensamiento.

—No. A partir de este momento, usted va a una celda normal. Pero voy a tener que buscársela. Voy a buscar una donde haya pocos internos. Gente en la que usted pueda confiar, que no le hagan daño. Eso sí. Va a tener que esperar un poco.

El alcaide se levantó:

—Lo lamento. No hay aquí libros para que se entretenga. Pero se queda usted en su casa. Puede sentarse en mi silla, si quiere.

Volvió el rostro para mirar de nuevo a la odalisca del calendario. Reparó en un estante de madera donde se apilaban papeles sellados, tinteros, secadores y un reloj despertador sin funcionar.

—¡Ey! —avanzó hacia el estante y sacó de él unos folletos arrugados:

—¡Fíjese, nomás, lo que descubrí! ¡Una colección de almanaques de Bristol! ¡Tómelos! Leerá allí el pronóstico de los eclipses que ya ocurrieron y de los que van a ocurrir en lo que nos queda del año.

Vallejo se sentía confundido ante tanta amabilidad. El viejo dio una vuelta en torno de él. Se le acercó por la espalda y le susurró.

—Su amigo Antenor Orrego se ha interesado por usted. Él me conoce.

Le palmeó el hombro. Volvió a su asiento y abrió el inmenso cuaderno en el que había apuntado los datos del poeta.

—Aquí hay varias cosas raras. Primero, lo ocultan a usted, y yo no sé que ha llegado a la casa del jabonero. Después, sin mi orden, lo meten a la Sala de Meditación. Allí solamente se interna a los criminales peligrosos cuando están causando algún problema para que mediten o mejor dicho para que escarmienten...

César cerró los ojos y puso las manos sobre la mesa.

—¡Y también le pusieron grilletes!... —se detuvo a leer el libro y volvió a hablar:

—El juez que dictó la orden de encarcelamiento es el doctor Elías Iturri. ¡Qué raro!

—¿Raro? ¿Por qué le parece raro?

—¡Hasta que por fin usted habló!... Es raro porque el doctor Iturri nunca ha sido juez.

—Lo han nombrado juez adhoc. La Corte Superior lo ha nombrado para que se dedique por entero a este proceso- explicó Vallejo, pero el alcaide no le hizo caso.

—Al doctor Iturri solamente lo he conocido como abogado de la hacienda Casagrande. Todas las veces que ha venido aquí han sido para interesarse por los obreros acusados por la hacienda de anarquistas y bolcheviques. Estaba interesado en que se les diera el tratamiento de rigor. ¡No me diga que usted es anarquista!... Hmm... No, perdón, usted debe ser un político, pero no un anarquista.

No le dio a Vallejo la posibilidad de que interviniera. Se levantó de la mesa con prisa.

—Usted se queda en mi oficina, y yo me voy. Más tarde, regresaré y le daré su ubicación definitiva. Allí donde está usted sentado, frente a la ventana, hay una buena vista del penal. Mírelo. ¿No le parece una escuela?

Vallejo obedeció. Dirigió la vista hacia el patio del penal y, de verdad, parecía una escuela como aquella donde había estudiado. Volvió al recuerdo.

*****

Una casa redonda como el mundo. El Colegio Nacional de San Nicolás de Huamachuco no era un edificio de forma circular, aunque alguna vez César Vallejo lo describió así. Sin embargo, era la casa más inmensa que había conocido hasta entonces.

En comparación con el centro escolar de su pueblo, las aulas del colegio situado en la capital de la provincia eran gigantescas y las ventanas parecían dar vista hacia todos los lados del planeta.

En el Centro Escolar 271 de Santiago, por falta de docentes, el maestro Abraham Arias pasaba de un aula a la otra para dictar los cursos más diferentes. En Huamachuco había docenas de maestros y auxiliares de educación.

A esa casa redonda como el mundo convergían por la mañana los niños desde las calles principales de la ciudad, los cerros, los barrios y los caseríos colindantes. César Abraham vivía en el barrio de Cinco Esquinas y no tenía mucho que caminar, pero lo hacía casi como escondiéndose porque no se vestía con la elegancia de los niños presumidos y desagradables de la Plaza de Armas de Huamachuco.

Aquellos, los hijos de las familias principales, parecían uniformados con sus ternos de color azul marino y sus zapatos brillantes e iban siempre muy abrigados con chompas rojas tejidas con lana de oveja. Estaban peinados con goma y aceitillo, y su cabellera luminosa parecía una parte independiente de su cuerpo.

Por su parte, César Abraham ostentaba la elegancia de pobre que muchos años más tarde se apreciaría en todas las fotografías. Lo primero que se advertía en él eran unos zapatos a los que daba lustre hasta mirarse la cara en ellos. El saco era siempre el mismo, pero sus ojos renegridos y su rostro dirigido hacia lo alto le daban un aspecto digno y misterioso.

Abismal era la diferencia entre la vestimenta de los niños ricos de Huamachuco y la de los niños del campo que bajaban descalzos desde los cerros y se pasaban una o dos horas caminando para llegar a la escuela. Algunos maestros muy formales se escandalizaban e impedían el ingreso de quienes no tuvieran zapatos, pero el director no pudo hacer otra cosa que autorizarlos porque el número de los más pobres era inmenso.

—No es culpa de ellos —insistía.

—No; de ellos no, pero sí de sus padres —respondían los profesores quejosos.

—No se les puede exigir. No tienen dinero para comprar calzado.

—No lo tienen para comprar calzado, pero sí para emborracharse.

El mayor contraste era entre estos pequeños campesinos y los hijos de los funcionarios de las minas de Quiruvilca. A estos, su familia los había enviado a Huamachuco puesto que en el asiento minero no había establecimientos escolares.

Uno de ellos era Humberto Grieve. Usaba abrigos oscuros de casimir. Llevaba el pelo largo y partido en dos con la raya en medio. Le habían dicho que un día el tendría que hacerse cargo de los negocios de su padre y manejar a centenares de individuos. Entre sus sirvientes se encontrarían para entonces muchos de sus compañeros de clase, sobre todo aquellos que día a día bajaban trabajosamente las laderas de las montañas que rodean Huamachuco.

Humberto ni siquiera los miraba. Su padre le aconsejó no hacerlo so pena de perder autoridad. “Tendrás que mezclarte con los indios —añadió— pero recuerda que... juntos, pero no revueltos”.

Si su mirada se detenía sobre la cabeza de uno de sus compañeros era para pensar que alguna vez aquél se hundiría en los socavones de la mina o trabajaría como sirviente en su casa. Era más alto que la mayoría de los niños. A su lado, se encontraban siempre los estudiantes que procedían de algunas familias de empleados de ese negocio, o de otros elementos de la clase media quienes habían constituido una especie de corte en torno a él.

Vallejo lo recordaría como el Niño Sol porque era rubio y alto, y la cabellera despeinada por momentos le hacía una aureola sobre su cara globular y rosada.

A pesar de las diferencias, en la escuela reinaba la más completa paz social porque los niños de los estratos altos ignoraban a sus compañeros humildes o miraban a través de ellos como si fueran invisibles. Si alguna vez estuvieron a punto de chocar fue por motivo de alguna burla sangrienta sobre la ropa de los indiecitos, pero aquellos no reaccionaron porque sabían que estaba prohibido levantar la mano contra la gente superior.

Durante la hora del almuerzo, a los alumnos les proveían de alimentos desde sus casas o desde algunas pensiones de la ciudad. Las mujeres que llevaban la comida eran hermanas de los niños descalzos. Había largas mesas para la mayoría y una pequeña para Humberto y sus amigos.

Algunos jóvenes bajados de las laderas se echaban a descansar en el campo de fútbol de la escuela para que el sueño les hiciera olvidar la hora del almuerzo.

Vallejo vivía en una pensión de la calle Balta. La casa olía impecable a creso. De ahí salía cargando un portaviandas para aliviar el hambre a la hora del almuerzo. Pocos chicos se sentaban con él, pero ninguno de aquellos formaba parte de la corte del Niño Sol.

—Acaba de comenzar el siglo veinte, jóvenes. Tienen ustedes mucha suerte porque llegan a la vida en un momento muy importante de la historia —dijo Andrés Aguirre Lynch, el maestro de historia antigua.

—Vienen ustedes al mundo en una de las civilizaciones más prodigiosas —añadió, y su discurso continuaba hasta perderse en las cimas de los Andes.

Era muy delgado y casi no tenía cejas. Llegaba a clase mirándose las puntas de los zapatos, pero gradualmente la historia que narraba lo iba transformando en un orador apasionado.

—Desde las cimas de los Andes hasta las turbulentas aguas del Amazonas, desde el bosque más grande del universo hasta la Tierra del Fuego, toda esta tierra es América y dará mucho que hablar en este siglo.

Vallejo pensó que el profesor Aguirre era un alma. El terno azul marino le sobraba, casi le flotaba.

—Les he hablado de los egipcios, de los babilonios, de los griegos, y estamos llegando ya a los romanos. En este siglo América cambiará la faz del mundo.

A lo mejor, era un ángel metido en el cuerpo de un hombre bueno. Su voz remota y suave parecía llegar desde un lugar del pasado.

—Hemos hablado de chibchas y aztecas, mochicas y nazcas, tiahuanaco e incas. Son las razas fabulosas que hicieron de este continente una maravilla que ustedes están obligados a continuar. Los chicos observaban entretenidos los gestos del maestro.

—¿Me están escuchando?

César Abraham asintió con la cabeza.

—¿A que civilización de otro lado del mundo equivale la civilización de los mochicas, alumno Vallejo?

—A los mayas, antes de los aztecas... A la de los griegos, antes de la civilización romana.

—Correcto.

El Niño Sol y su corte se miraban indignados. Desde que había llegado ese advenedizo, procedente de Dios sabe dónde, era él quien contestaba de inmediato a la preguntas del dómine. Al finalizar los estudios del primer año, César obtuvo una cedula honorífica en la clase de Historia Antigua de Oriente, otra en Aritmética Demostrada y una medalla de plata por su aplicación y buena conducta.

Sus dones eran apreciados por los maestros, pero no tanto por los muchachos próximos a Grieve. La razón era que éste había sido, durante toda la primaria, el primer

alumno de la clase y había obtenido todos los diplomas de aprovechamiento y conducta. Ahora, el recién llegado Vallejo le hacía sombra.

Un niño gordito de grandes ojos miraba con embeleso al Niño Sol. Ese amor era motivado por su inclinación ante las clases altas y por el inaguantable magnetismo que lo acercaba a los mancebos. Pepe Quesada era mantecosito y fofo. Sonreía todas las veces que sonreía el Niño Sol y se enfurecía cuando hablaba César Vallejo.

Un día, a la salida de la clase, el profesor Aguirre Lynch llamó a César Abraham:

—Tienes que traer a tus padres.

—No están.

—¿No están ahora en casa?

—No viven aquí.

—¿Vives solo?

—Solo no. En la pensión de la señora Desposorio.

—Que venga ella

—Ella no puede venir

—Necesito hablar con una persona mayor. O alguien que sea tu tutor. Alguien de tu familia.

—Mi hermano Víctor viene de vez en cuando.

—Que venga él. ¿Es mayor de edad?

—Es el mayor de la familia.

—Dile que venga.

Un mes más tarde, Víctor Vallejo escucharía los comentarios del maestro.

—Se trata de un niño brillante. Hay que procurar que termine la secundaria. No vaya a ser que abandone la escuela como tantos chicos que se quedan en el primero o segundo año.

Víctor sonrió halagado.

—No quisiera que Cesítar termine de vendedor en una bodega. El sirve para cosas muy importantes, mucho más altas.- repitió el maestro Aguirre Lynch y se quedó silencioso. Sentado e inmóvil, parecía una estatua de piedra emergida de un antiguo adoratorio indígena.

En el salón de clases había 47 alumnos. De ellos, 35 no tenían zapatos, pero el más pobre se llamaba Francisco. Además de pobre, tenía un defecto visual y aparentaba ser muy débil. La corte del Niño Sol lo había tomado de punto.

—Paco, Paco ¿cuantos dedos hay aquí? —le preguntó un día Pepe Quesada, el niño fofo.

—¿Cuantos dedos hay aquí? —Repitió mostrándole su dedo gordo. Quería que Francisco se confundiera y dijera que había dos dedos. Quería, además, merecer una sonrisa de Humberto Grieve.

—¡Paco!

Paco bajó la cabeza.

Era la hora de salir y ya no había nadie en la escuela. Solamente, se hallaba la corte acompañando a Humberto Grieve que esperaba a su chofer. De repente divisaron a Paco que salía solo. Bastó con que se miraran para iniciar las acciones.

—¡Apane! ¡Apane! —gritó alguien y todos comenzaron a dar de golpes con sus maletas sobre la cabeza del niño hasta que lo tiraron al suelo.

—¡Hay que apanarlo!

Ese fue el momento que aprovechó Pepe Quesada para patearlo en el suelo y luego saltar con su culito gordo sobre la cabeza del caído. Se frotaba sobre él y sentía alborotadoras delicias al hacerlo.

En la clase de religión, el padre Cristóbal Herrera les explicó la naturaleza del pecado.

—Es pecado faltar a cualquiera de los diez mandamientos. Es pecado mirar a las chicas. Es pecado permitir que se nos cruce un pensamiento malo. Los malos pensamientos son los pecados más graves. Cuando los cometemos, estamos añadiendo una espina más sobre la corona de espinas de Cristo. Cristo llora en silencio, niños. Nadie lo escucha, pero llora. Cuando ustedes cometen pecados en silencio, cuando los cometen en el baño, están dando de martillazos a Cristo. Igual, igual que los judíos. A veces, cometemos pecados en el sueño. En ese momento, también estamos taladrando sus manos y sus pies como lo hacían los malvados judíos. Niños, Dios nos ve. Niños, hay unos ojos que los están mirando todo el tiempo. Niños, esos ojos los están siguiendo. Niños, esos ojos los persiguen. Niños, nunca se crean libres de esos ojos.

El padre Cristóbal tenía especial preferencia por Humberto.

—Grieve, ¿podrías decirnos cuáles son los Mandamientos?

Humberto se levantó y recitó al pie de la letra uno por uno, tal como había aprendido en el libro del catecismo.

—Todos ustedes deben ser como Humberto Grieve. Él estudia en su casa. Se nota que no está con el pensamiento fijo en objetos impuros. En cambio, hay otros que ni siquiera se acercan al confesionario.

Humberto miró a todos sonriendo, y su mirada se quedó prendida sobre la cabeza de Paco. Paco no podía acercarse ni al confesionario ni a la iglesia porque tenía que caminar hasta su pueblito y no podía regresar el domingo para llegar a misa.

—¿Quién es Dios, Vallejo? A ver, Vallejo, ¿Quién es Dios?

César Abraham no lo sabía de memoria. Comenzó a decir su propio concepto de Dios aunque sabía que, de todas maneras, el padre Herrera no concordaría con él.

—Entonces quieres decir que el Padre es Dios.

—Sí, sí lo es.

—¿Y el Hijo es Dios?

—Sí, sí lo es.

—¿Y el Espíritu Santo?

—También es Dios.

—¿Dijiste la palabra también? ¿Quieres decir que hay tres dioses?

Humberto levantó la mano e interrumpió a Vallejo:

—Tres personas distintas y un solo Dios verdadero.

—Eso es. Tienes que estudiar, César Abraham, o te convertirás en un hereje.

—Pero eso es lo que estaba diciendo.

—No me digas lo que estabas diciendo porque mientes. Lo que estabas diciendo es que el Hijo es de diferente naturaleza que el Padre. ¿O no has dicho que el Hijo es diverso que el Padre?

Vallejo se quedó pensando muy confundido.

—Arriano. Vallejo es un arriano. Los arrianos fueron los herejes que dijeron que era Cristo era hijo del Padre, pero que no era Dios. Niños, estos herejes son los que entregaron España a los moros.

Vallejo bajó la cabeza:

—¿Puedo sentarme?

Cuando bajó la cabeza, Grieve y sus amigos rieron a carcajadas.

—¿Sentarte? Lo que tienes que hacer es salir al patio y quedarte allí castigado.

El padre Cristóbal continuó explicando los terribles daños que los arrianos le hicieron a la Cristiandad.

—Hay personas que no merecerían estar en este salón de clase.

Todos guardaron silencio.

—Hay niños que podrían estar trabajando en la calle en vez de venir a estudiar secundaria. Así servirían mejor a la patria. Como dice el doctor Deustua, el más notable filósofo peruano de nuestro tiempo, la escuela no tiene por qué ser para todos, en todos sus niveles. Está bien que la primaria lo sea, pero a la secundaria solamente deben venir los que van a dirigir las empresas, las provincias y los departamentos.

A pesar de la hostilidad de algún profesor, Vallejo obtendría cada año cédulas honoríficas en la mayoría de los cursos. Además, aunque no era fuerte, algo había en su mirada que infundía temor. Los jóvenes del séquito del Niño Rey sentían por él un raro temor, y cuando se hallaba presente, se inhibían de martirizar a Paco porque sabían que él acudiría en su defensa.

Un día, César estaba estudiando sobre una baranda del colegio que daba a un abismo. Estaba muy concentrado y no advirtió que muy en sigilo el grupo de Grieve se le había acercado para hacerle alguna broma.

Pepe Quesada se adelantó y, aprovechando la distracción de Vallejo, le clavó un puñete en la sien derecha con tal fuerza que el joven estudiante cayó de costado.

Desde el suelo, Vallejo lo vio por un instante. Después, todo se le nubló.

—¡Te odio, mierda! —gritó Pepe Quesada.

Sus amigos se acercaron, y al ver inconsciente a Vallejo, miraron al agresor con aire de pregunta.

—¡No sé. No sé por qué lo hice, pero lo odio!

—Creo que lo has matado —dijo el Niño Rey.

—No sé por qué, pero lo odio. Odio a estos cojudos inteligentes. Los odio.

Después miró a los ojos del Niño Rey. Le solicitó una sonrisa, pero no la obtuvo.

—Mejor nos vamos de aquí —ordenó aquél, y toda su corte lo siguió.

Media hora más tarde, Vallejo abrió los ojos y se encontró con la mirada inquisitiva del Capitán Guerra, encargado de la disciplina del plantel. Lo llamaban con ese grado, pero no había llegado más allá de un nivel subalterno en la institución militar. En el colegio, entrenaba a los alumnos en artes castrenses y decía que todos debían estar preparados para una segunda guerra con Chile.

—¿Y ahora que has hecho, César Vallejo?

Desde el suelo donde se hallaba tendido, César alcanzaba a ver en primer plano las botas embarradas, la panza desbordante y por fin, en perpetuo movimiento, las manos enormes del disciplinario.

No respondió. Al principio, no sabía cómo explicarse. Después comenzó a recordar el cuerpo fofo de Pepe Quesada estirándose hacia él. Recordó el puñete del niño gordo. Quiso hablar, pero no pudo. Lo interrumpió Guerra quien todo el tiempo hablaba mirándose las uñas. Estaban muy bien recortadas. Parecía estar muy orgulloso de ellas.

—Te voy a decir lo que hiciste si no lo recuerdas. ¿O lo recuerdas?

No hubo respuesta. El capitán continuó:

—¿No lo recuerdas? Bueno, estabas en esta baranda intentando escaparte del plantel. Querías tomarte el día libre, y de aquí te ibas a descolgar por alguno de los árboles próximos. Pero te falló, Cesítar.

César respondió con los ojos y movió la cabeza en signo negativo.

—¿Quieres decir que miento?

—No.

—¿No, qué?

—No, capitán Guerra.

—Ah, eso está mejor. A los superiores hay que tratarlos por sus grados. Pero ahora resulta que tú eres el que miente.

—No, no tampoco.

—¡Tampoco, mi capitán! —corrigió Guerra.

—¡Tampoco, mi capitán! —repitió el niño atemorizado.

—Aquí el único que está mintiendo eres tuuuuú, Ceesiiiítarr —El militar se tragó la palabra Ceesiítaar. Después la hizo pasar por los dientes superiores y la escupió.

—Cesíiiitar.

Repitió:

—Ceesítarr. Intentaste escapar del plantel y te caíste. Dios castiga.

—No, no fue así.

—Repite, carajo: ¡No fue así, mi capitán!

—¡No fue así, mi capitán!

—Ah, ¿no fue así?

—Le digo que no fue así, capitán.

—¡Capitán, capitán, carajo! ¡Acostúmbrate a decir mi capitán! Haz de cuenta que el mundo es un cuartel, y en un cuartel hay subalternos y superiores. A los superiores hay que llamarlos mi teniente, mi capitán, mi mayor, mi comandante... ¿Entiendes?

César no entendía, y no dio señas de que iba a entender alguna vez. El capitán Guerra volvió a la carga.

—¿Quieres decir que Humberto Grieve está mintiendo. Él fue a mi oficina y denunció lo que habías hecho. Deberías agradecerle porque gracias a él he venido por ti, para que no te hagas más daño. Pero no estás herido. Tan sólo te has quedado dormido media hora. ¿No querrás que te levante en los brazos y te lleve a la enfermería?

Mientras hablaba con César, el disciplinario tomó un cortaúñas y comenzó a arreglarse la mano izquierda.

En esos momentos, el grupo de Humberto Grieve se acercó, y Guerra guardó a toda prisa el cortaúñas en el bolsillo superior de su chaqueta.

—¿No es cierto, niño Humberto? ¿No es cierto que usted lo vio en el momento que se escapaba?

—Eso es lo que dije.

—Y así es. Ceesiítaar —Otra vez el capitán Guerra hizo pasar la palabra César por sus dientes superiores.

—Ceesiítaar, esta vez te quedas castigado. No vas a salir el fin de semana ¿entiendes? Además te vas a pasar arrodillado toda la tarde.

—¿Y las clases? ¿Y las clases, capitán?

—¿Las clases? ¿Qué clases?

—Las clases de la tarde, capitán Guerra.

—¡Te querías escapar y ahora extrañas las clases!... Eso no está bien. No está bien.

Los chicos rieron a todo dar. Pepe Quesada buscó los ojos del Niño Rey y le sonrió otra vez. Esperaba que esta vez le correspondiera, y así ocurrió. Entonces, ambos intercambiaron una mirada plena de estrellas y de halagos. Pepe sintió un escalofrío por todo el cuerpo y pensó que Humberto Grieve se iría a solas con él y le enseñaría algunas de esas cosas que él todavía ignoraba. Todo eso que, con la carne en piel de gallina, ansiaba en la oscuridad de su dormitorio cuando pensaba en el cuerpo bienamado del Niño Rey.

—Tú.... al salón de castigos.

Guerra tomó del brazo derecho de César Vallejo.

—¡Avanzando, carajo. Avanzando!

César obedeció.

—Muy bien, tienes que escribir en este papel doscientas veces: No volveré a escaparme del colegio. Aquí arriba, pones tu nombre y el de tu pueblo.

El niño escribió:

César Abraham Vallejo.

Calle Balta Nº 2, Huamachuco.

Ciudad de procedencia: Santiago de Chuco.

Luego le extendió el papel y comenzó la tarea.

—Un momento, creo que aquí hay un error. Has puesto bien tu nombre y tu dirección. Pero luego de ciudad de origen escribiste "Santiago de Chuco."

César no respondió.

—Hablo contigo.

—Sí. Eso puse.

—Santiago de Chuco no es una ciudad. Es un pueblo.

El niño no entendía cuál era la diferencia.

—Es un pequeño e infecto pueblo. Un pueblo donde viven indios y gente ignorante. Cuando hables de Santiago de Chuco no puedes decir ciudad. Aquí las únicas ciudades son Huamachuco, capital de la provincia de Huamachuco, departamento de la Libertad. Y si quieres seguir añadiendo ciudades puedes decir Huamachuco, Trujillo, Lima. Etcétera y etcétera.

Cuando terminó de escribir la frase doscientas veces, el regente ya no estaba en su oficina. Tuvo que esperarlo durante una hora hasta que volviera.

—¿Y?- preguntó mientras devoraba un pan con pollo.

—Ya terminé, mi capitán.

—¿Escribiste la tarea?

—Sí, ya la terminé, capitán Guerra.

—Vamos a ver. A ver. A ver... Otra vez, mintiendo. Has puesto doscientas veces la frase pero yo no te he dicho doscientas sino quinientas. Vuelve a comenzar.

Vallejo levantó el lapicero y lo hundió en el tintero. Pensó que su tintero se le iba a acabar y que no tenía dinero para comprar otro. En consecuencia, ya no dispondría de tinta para hacer sus tareas escolares. Miró al encargado de disciplina para pedirle que lo exculpara, y aquél pareció comprender.

—No va a ser necesario que lo hagas. En vez de eso, abre esa puerta.

Vallejo observó el lugar. Era una pequeña alacena incrustada contra las paredes, y allí se guardaban los útiles escolares

—Te he dicho que la abras.

El reloj de la iglesia cercana dio cinco campanadas.

César Abraham no podía comprender que ya fuera tan tarde y el capitán insistiera en castigarlo por una falta que no había cometido. Creyó que sólo trataba de asustarlo.

—Entra, te he dicho —Lo empujó. Luego cerró contra él la puerta de la alacena y le puso un candado.

—Bueno, nos vemos mañana —gritó—. Espero que para mañana ya habrás decidido no volver a escaparte de la escuela. —Se fue, y dejó el espacio impregnado de un penetrante olor a pollo.

En el interior de la alacena, César trató de mirar hacia todos los lados, pero todo era negro, y la oscuridad se iba acrecentando. Después, comenzó a tener miedo, mucho miedo. El espacio en que se encontraba debía tener dos metros de largo por dos de

ancho y la altura de un hombre sentado. Sin embargo parecía contener todas las oscuridades de la tierra y del infierno. Estaba preso. Ansiaba quedarse dormido.

En medio de las sombras, el mundo de los muertos se metía en sus ojos, sus oídos y en sus fosas nasales. Creyó que iba a estar preso toda la vida. Trató de cerrar los ojos, y se quedó dormido.

Esa fue la noche más larga de su adolescencia. Soñó que gritaba, pero que nadie podía escucharlo. Soñó que estaba en Santiago de Chuco, pero debajo de una piedra y que se hacía tarde y que toda su familia había salido a buscarlo. Vio a su padre y a su madre y a todos sus hermanos corriendo por las llanuras y llamándolo a gritos. Subió y bajó montañas y luego se perdió en los cielos. Soñó que se volvía loco y que lo castigaban por eso. Soñó que desarrollaba mal el examen de religión y que lo sometían a un tratamiento especial para convertirlo en inteligente y en un buen cristiano. Soñó que llegaba la mañana y que lo encontraban muerto en el piso de la celda.

En el sueño, su cuerpo era enterrado bajo una acacia. Vio sus miembros desparramados y conservados en formol. Llego a oler el formol y sintió que otra vez juntaban sus miembros y los ponían sobre una mesa de operaciones donde lo armaron y desarmaron varias veces. Le hicieron los tres hoyos reglamentarios en toda autopsia: uno en la cabeza, otro en la garganta y otro en la boca del estómago, y un hombre se acercó y lo olió.

Luego llegó el capitán Guerra, vestido de impecable blanco como un médico, y le abrió la cabeza. Después le sacaron el corazón, y lo metieron dentro de un libro para disecarlo. Más tarde, los estudiantes del curso de anatomía se reían a carcajadas.

Durante toda esa noche, el tiempo cambió. El día estaba despertando y corría un cierto frescor por el aire. De uno y otro lado del mundo, llegaba el canto de los gallos. Alguno entonaba un grito de asombro ante la luz del día y otro le respondía con un discurso de mayor volumen. Cantaban y se respondían los unos a los otros, y se notaba que habían estado haciéndolo desde el comienzo de los tiempos.

Con la llegada de la mañana, César sintió los pasos de los niños inundando los patios y los corredores. Quiso gritar para que supieran que estaba allí, pero escuchó otra caminata y supo que era el capitán Guerra. Una breve claridad cruzaba los intersticios de la puerta, pero él ya había cambiado del todo y no sería el mismo jamás.

El capitán trataba de abrir la puerta porque ya había terminado el castigo. En ese momento, César Abraham se había hecho diferente. Era dueño ahora de una conciencia cristalina que le permitía saber que había seres santos y malvados, generosos y mezquinos, civilizados y bárbaros. Tal vez, en lo oscuro se había enterado de que el mundo pertenecía a las bestias. Tal vez, en el cautiverio sus ojos habían aprendido a ver el corazón de los hombres. La mano abrió por completo la puerta, y Guerra se materializó a contraluz, su porte militar, su cabeza pequeña y erguida, sus manos gigantescas, sus uñas resplandecientes y sus botas en posición de firmes.

El niño parpadeó y se puso de pie. Durante la larga noche, había perdido su inocencia. Ahora, ya sabía que era hijo de una patria perversa en la que los mestizos y los ricos humillaban y masacraban a los pobres y los indios. En ese conflicto perpetuo, había que estar en un lugar, y él lo ocupó. Iba a estar con Paco Yunque, con los indios degollados en Quiruvilca, con los luchadores sociales, con los que padecen prisión, con los pobres del mundo.

—¡No vas a decir a nadie lo que ha ocurrido!

Vallejo calló.

El capitán Guerra aprovechó del silencio para mirarse las uñas y dejó escapar una sonrisa de complacencia.

—¡No lo dirás! O te vas a quedar en ese hueco para toda la vida —repitió. Después, se guardó las manos en los bolsillos.

Vallejo no podía hablar. Luego de tantas horas en el calabozo, la luz lo cegaba y paralizaba. Estaba sumido en el sopor y en el aroma de una revelación.

Se abrió la puerta, y Vallejo por fin cruzó el patio. Todavía los niños no jugaban a esa hora. Le pareció que algo volaba hacia el cielo, y no supo si era una pelota o si era todo el planeta que se le iba.

Allí, en el dintel, se encontraban el Niño Rey y Pepe Quesada tomados de la mano y mirándose el uno al otro con una expresión boba y muy dulce.

6

Son dos viejos caminos, blancos, curvos

Las campanas del vecino templo de Santo Domingo llamaron a los fieles y Vallejo pensó que era una misa de difuntos. Se le ocurrió que las campanas hablaban y le decían que jamás saldría de la prisión. El alcaide no había regresado a la oficina. En la banca de madera, César ya había releído los almanaques de Bristol y se dolía de no tener un libro consigo. En vez de recorrer letras y palabras, sus ojos caminaban tras los pasos de una hormiga sobre las paredes amarillentas. Varias veces se levantó a mirar tras la ventana, pero nadie había afuera. El sol era hasta ese momento un sol adusto, pero rápido perdió calor y luz, y a las cinco de la tarde, se transformó en una estrella vieja.

Sus ojos conocían de memoria todo el recinto de la oficina e incluso las maderas levantadas del piso. Advirtió, al fondo, un pequeño cuarto. Tenía candado pero había un resquicio entre las puertas entreabiertas. Para César, era posible acercarse y espiar lo que se guardaba allí, pero no lo hizo porque temía que don Cipriano Barba entrara y lo sorprendiera en esa tarea.

A una hora indefinida, le habían ofrecido un jarro de un café muy diluido, pero no había probado bocado alguno. A las cinco y media de la tarde, sentía que ya era parte de esa habitación, pero le dolía la cabeza y le palpitaban las venas de las sienes. Recién entonces, percibió pasos acercándose y pensó que el alcaide llegaba con la noticia de que por fin le había encontrado una celda adecuada. La puerta de la oficina se abrió y por allí entraron dos gendarmes. Cada uno conducía una carretilla y, sobre ella, un bulto oculto bajo sábanas sanguinolentas. César adivinó que los bultos eran los cadáveres de los dos presos que se habían matado durante la noche en el infierno.

Los gendarmes con su macabro cargamento hicieron como si no lo hubieran visto. Sin detenerse a mirarlo, pasaron al cuarto contiguo y depositaron allí su carga. Después salieron, volvieron a poner el candado e hicieron como si César no existiera. Se abrieron camino hacia el patio central.

Ya eran más o menos las seis de la tarde, y el preso seguía esperando al alcaide. Hasta entonces, se había paseado por todos los espacios del recinto, e incluso en esos momentos estaba sentado en el lugar que ocupara Cipriano Barba cuando le tomó sus generales de ley.

Otra vez se abrió la puerta de la oficina y un gendarme hizo pasar a un hombre viejo con cara de ratón y un sombrero bastante desproporcionado para su cabeza.

—¡Buenas...!

El hombre con cara de ratón se quitó el sombrero frente a Vallejo quien se limitaba a mirarlo.

—Parece que ustedes han subido sus precios.

El hombre suponía que Vallejo era funcionario del penal. Éste no le respondió.

—¿Nuevo? ¿Nuevo en el puesto? Ah... ya sé. Usted debe ser la persona que viene a trabajar con don Cipriano Barba... ¡No me diga que ya lo echaron al viejo!

El hombre continuó monologando.

—Claro, escobita nueva barre bien. Usted es el nuevo alcaide y ha subido las tarifas para darle al negocio mayores ganancias. ¿Podría ver el material?

Sin que Vallejo le respondiera, el hombre se acercó a la puerta del cuarto contiguo y levantó con facilidad el candado que sólo estaba puesto. Entró en el cuarto y se tomó un tiempo. Desde allí, grito:

—Están bastante caras, pero valen su precio.

Luego regresó otra vez y sentado junto a Vallejo le dijo:

—Si usted quiere, me las puedo llevar de una vez, ahora mismo. Claro que una pequeña rebaja me ayudaría mucho. Usted puede contar siempre con mis servicios.

Le extendió una mano fláccida.

—Mi nombre es Vladimiro Valverde. Pero nunca me llame así porque nadie me reconocería y porque el nombre a veces trae mala suerte. Llámeme, como me llaman los amigos y los clientes, "Pato Negro". Cuando quiera me tiene a su servicio. Hago trabajos en Moche y, no es porque quiera alabarme, pero dicen que soy de los mejores en todo el norte.

A pesar de que Vallejo no había levantado la mano para aceptar la invitación, la mano fláccida y sucia del "Pato" alcanzó la suya y la estrechó.

—Usted se preguntará para qué necesito las cabezas. Eso quieren saber todos, pero nunca les respondo. Sin embargo, usted me cae bien, y se lo voy a decir.

La nariz del hombre con cara de ratón se acercó a la oreja derecha de César.

—La cabeza es el órgano más noble del ser humano. Eso es indiscutible. Después de muertos, nuestras cabezas siguen viviendo. Cuando hago mesas de brujería, les pregunto a ellas. Les pido que rastreen lo que yo quiero saber. En el caso de dos bandidos como estos, sus cabezas serán muy útiles para saber lo que hay detrás del infierno. En otras situaciones, las calaveras pueden decirme qué hierba debo recetar a un enfermo, con qué mujer se deleita un marido caprichoso, por qué caminos transita una mujer fugada, qué se hace para darle la contra a un hechizo, de qué manera logras que los jueces te absuelvan, cómo fabricar un amuleto que sea bueno contra la pobreza, el odio, la enfermedad, el frío, la injusticia, la falta de amor... Y ahora que ya lo sabe, ¿me deja ir a hacer mi tarea?

Los ojos del ratón se iluminaron y todo su cuerpo pareció repletarse de fuerzas. Entró de nuevo en el cuarto contiguo provisto de un pequeño serrucho y se quedó allí más de media hora. Sólo se escuchaba un sonido rítmico y la voz del hombrecito:

"Aserrín, aserrán,
Los maderos de San Juan
Piden queso, piden pan.
Aserrín, aserrán..."

Parecía un carpintero. Regresó con una alforja manchada de sangre. Cerró la puerta con cuidado.

César creía que estaba soñando. En ese instante, entró el alcaide en la habitación. Sus ojos se posaron de forma alternativa en el preso y el curandero.

—Ah... se conocen.

Se le notaba furioso. Se dirigió a Vallejo:

—Le tengo malas noticias.

*****

Mi padre duerme. Su semblante augusto
figura un apacible corazón;
está ahora tan dulce...
si hay algo en él de amargo, seré yo.

Hay soledad en el hogar; se reza,

y no hay noticias de los hijos hoy.
mi padre se despierta, ausculta
la huida a Egipto, el restañante adiós.
Está ahora tan cerca;
si hay algo en él de lejos, seré yo.

Don Francisco de Paula Vallejo Benítez siempre soñaba lo mismo. Apenas cerraba los ojos, veía volar bandadas de cóndores. Uno tras otro, los cóndores rodeaban su casa, cercaban Santiago de Chuco y dibujaban por fin una línea negra en el horizonte que impedía ver el sol de los crepúsculos. Despertaba sobresaltado pensando que lo estaban vigilando desde el cielo. Observaba la ventana y temía hallar alguna de esas criaturas mirándolo. Los oídos le zumbaban por razón de haber escuchado el volar de las aves durante todo el tiempo de sus sueños. Dormía muy poco durante la noche; por el día, tomaba largas siestas. Otras veces, se recostaba en el poyo de la casa a pensar de dónde le venían esos sueños tan extraños.

Cuando César Abraham nació, sus hermanos mayores ya estaban fuera de casa; unos habían fundado hogar y habitaban en el pueblo, y otros se habían ido a ciudades de la Costa para ejercer profesiones diferentes. A don Francisco de Paula, se le ocurrió que los cóndores eran expresión de su temor de no ver más a los hijos, cuyas cartas esperaba y a veces tardaban mucho en llegar. Sobre la puerta, su esposa había colgado tallos de ruda para alejar los malos espíritus y espantar las voluntades compactadas de los enemigos. Fuera de esos miedos, era un hombre ecuánime que había desempeñado la gobernación del pueblo con equilibrio y sensatez, y era aceptado por todos. Los indios de las afueras del pueblo, no tan sólo lo querían. Lo tenían como un protector.

¿Serían esos cóndores oscuros las señales que auguraban el destino glorioso pero infeliz de alguno de sus hijos? Más de una vez lo conversó con su mujer. Una noche, libre del trabajo cotidiano, pero muy temprano para ir al lecho, se tumbó sobre una mecedora a pensar en los tiempos que corrían. Se quedó al instante dormido.

Soñó que alguien perseguía a un pequeño cóndor para matarlo. Se vio metido en un paraje blanco en el que un cazador disparaba contra el cielo a la espera de que cayera el ave. Se había quedado dormido con la mano sobre el lado izquierdo del pecho para auscultar el bombeo de su corazón sobre las costillas.

De pronto, apartó la mano y agitó el dedo índice como quien emite una sentencia.

—Tendremos que cuidarlo —le dijo.

—¿Cuidarlo? —preguntó su mujer que tejía una chompa sentada en el sillón de enfrente.

—¡Cuidarlo!

—¿De qué?

No respondió. Se limitó a mirarla con dolor.

Ella volvió al comienzo.

—Dices que debemos cuidarlo. ¿A quién? ¿A quién te refieres?

Por toda respuesta, don Francisco de Paula se levantó, corrió hacia la habitación del pequeño César y lo encontró en la placidez del sueño. Hizo un gesto de alivio y se dirigió hacia la ventana. Afuera, resonaba un estallido perpetuo de grillos y arriba, estrellas que volaban, se atropellaban y se perdían por siempre jamás.

—Está vivo —dijo. Respiró aliviado. Volvió a la mecedora y se dejó caer sobre ella. Horas más tarde, su esposa lo despertó y lo llevó al lecho. Sus sueños allí fueron mejores. Toda la noche, reía y festejaba en sueños.

—¡Bravo, bravo. Ése es mi hijo! —fueron las palabras que doña María entendió. Después, el viejo masticó letras y palabras. Temprano cantó el gallo y cloquearon las gallinas. La casa se inundó de un intenso rojo, pero don Francisco no despertaba. Su mujer se levantó temprano para dedicarse a los quehaceres del día. El hombre estaba tan feliz que prefería seguir durmiendo.

El color rojo se convirtió en plateado. El gallo cantó otra vez. El padre se pasó los dedos por los ojos. Se levantó. Escuchó cantar a su esposa. Todo era lo mismo, y su hijo estaba vivo. El sol brilló como loco. Un picaflor pasó ante sus ojos como una bala.

Y mi madre pasea allá en los huertos,
saboreando un sabor ya sin sabor.
Está ahora tan suave,
tan ala, tan salida, tan amor.

Hay soledad en el hogar sin bulla,
sin noticias, sin verde, sin niñez.
Y si hay algo quebrado en esta tarde,
y que baja y que cruje,
son dos viejos caminos blancos, curvos.
Por ellos va mi corazón a pie.

César pasaba unos días de vacaciones en su pueblo. Dentro de poco volvería a la escuela de Huamachuco. Sintió que sus padres estaban conversando y fingió dormir para que ellos pudieran hablar a su gusto, pero allí terminó el diálogo. Su madre se le acercó y le acarició la cabeza.

—Mamá, mamá, ¿quieres decirme algo?

—Quiero que sepas, hijito, que voy a estar contigo todo el tiempo mientras viva.

—¿Mientras vivas?

—No te preocupes hijo. Para ti, siempre estaré viva.

Volvió a dormir. Se despertó muy temprano, pero su padre caminaba ya por el campo y un perro flaco paseaba con él. Entonces, César se levantó, dobló la colcha, alisó la almohada y se metió al baño. Afuera daban las seis de la mañana. Los árboles estaban inquietos como si esperaran viento y lluvia. El aire frío daba vueltas de un lado para otro.

Después, escuchó los pasos de su madre trajinando en la cocina y tarareando una canción. Su voz era sobrenatural. Iluminaba los espacios y hacía que se perdieran el peso y la densidad de los objetos. Escuchándola y sin darse cuenta, César dejó caer la taza de café y aquella no hizo ruido al chocar contra el suelo. Cuando la madre caminaba cantando, el mundo recuperaba la naturaleza musical de su origen. La luz se partía. Los arroyos y las montañas, el viento y los árboles parecían que cantaban. Llegaba la noche, y hasta la luz de la Luna comenzaba a temblar.

Por todo eso, César recordó que su madre siempre estaría viva para él. Una canción cualquiera se la recordaría. Los días eran grises y grumosos cuando volvió a Huamachuco y el cielo estaba algo vacío. La escuela le daba conocimientos, pero no saciaba su soledad, ni lo ayudaba a entender lo que había visto en Quiruvilca. Poco a poco descubrió que los años eran cada vez más breves y que los días menguaban. Se sintió crecer. Soñó que crecía enormemente, que sobrepasaba el techo de su cuarto y seguía creciendo. Después, en sueños fue un puma, una rana, un gato, una mecedora, y por fin un cóndor.

7

Olor de sangre con miel de chancaca

—La mala noticia es que usted no va a salir de aquí —proclamó el alcaide mientras examinaba el rostro de César Vallejo. Trató de saber qué impresión causaban sus palabras. Continúo:

—Averigüé acerca de su caso porque no lo conocía y me parecía extraño que lo tuviéramos en la Sala de Meditación. ¿Un profesional allí? Hmm, me dije. Eso es raro. Pero su caso es feo. Hay pruebas de todo lo que se le acusa. El abogado de la familia Santa María ha pasado varias horas en el penal y me ha contado algunas historias sobre usted que yo desconocía.

Vallejo le dijo que, de acuerdo a ley, no podía estar incomunicado.

—Quiero saber por eso cuándo puedo recibir visitas y cuándo llega el juez instructor.

—Olvídese de leguleyadas. Ya sé que usted es abogado o algo así. En este mundo, el que puede, puede. Su caso es muy serio, amigo Vallejo. Todavía no podrá ser visitado por nadie.

Terminó su discurso y esperó en vano una reacción. Pensó que su preso estaba apabullado y decidió tomar ventaja.

—Usted estuvo conversando con el "Pato Negro". ¿No es cierto?

El "Pato Negro" emergió del rincón donde permanecía casi invisible. No parecía un pato, sino un ratón.

—No, no es cierto —aclaró—. Fui yo quien le habló. Creo que él ni siquiera me escuchó. Lo tomé por un funcionario o por algo más porque su ropa no es para estar alojado en estos sitios.

—¿Quieres decir que no te hizo preguntas?

—El caballero no sabe nada. Creo que es mudo... Pero dígame, nomás, a quién debo pagarle por las cabezas.

—¡Silencio! —bramó don Cipriano Barba—. Los negocios entre nosotros no tienen que ser presenciados por extraños.

Con un rostro que expresaba simpatía, se dirigió entonces a Vallejo:

—Todos nos equivocamos a veces, ¿no es cierto?

Se fue con el brujo a la habitación contigua y, un rato después, regresó muy contento.

—No siga subiendo los precios porque en ese caso voy a tener que trabajar con calabazas.

—Silencio, animal. Vete cuanto antes no vaya a ser que te quedes aquí en calidad de preso.

El hombre con cara de ratón comenzó a reír. El alcaide lo acompañó en la risa. Dos dientes de oro destacaban en la mandíbula del alcaide. El chamán era desdentado.

—Eso sí, amigo Vallejo, me permito darle un consejo. Usted no ha visto ni oído nada. Como usted comprenderá, en esta profesión tenemos que ganarnos algunos extras. El gobierno no nos paga lo suficiente.

El hombre con cara de ratón había desaparecido, y sólo volvió por un minuto para tomar su sombrero que había olvidado. El alcaide continuó explicando a Vallejo las normas para vivir en la cárcel de Trujillo y la conducta que había de guardar para que la relación entre ambos fuera buena.

—Ahora, las buenas noticias. La primera, mañana es domingo y viene a visitarlo su amigo Antenor Orrego.

—¡Antenor!... Pero no me decía usted hace un momento que no puedo ser visitado...

—No me guarde rencor. Olvídese ya de eso... ¡Fue un malentendido!... Me pareció que usted conversaba con el "Pato Negro"... y no me gustan los curiosos... En cuanto al señor Orrego... ha tratado de verlo desde el primer momento, pero no se lo han permitido. Órdenes de arriba, ¿sabe?...

Hablaba con los ojos vueltos hacia el suelo como si hubiera perdido algo hacía mucho tiempo y todavía lo estuviera buscando. Después, miró hacia uno y otro lado para evitar testigos y se le acercó más. Le dijo en tono de secreto:

—Su amigo Orrego llegará muy temprano, a las 7 de la mañana, y podrá hablar con usted aquí, en mi oficina, durante una hora... Es lo máximo que he podido conseguirle... ¿sabe?... No conviene que se quede más tiempo porque no quiero tener problemas con nadie.

Volvió a mirar hacia el suelo:

—Con nadie, ¿me entiende? No, ya veo que no me entiende. Se lo voy a explicar mejor... Como le dije antes, el abogado de la familia Santa María ha estado por acá y ha dejado órdenes de incomunicarlo. Además, se ha hecho muy amigo de algunos gendarmes. No me extrañaría que les haya dado dinero. Usted sabe bien... si fuera por esa familia, usted debería pasarse la vida arrinconado en una celda.

—¿Qué dice usted? ¿Que el abogado de la otra parte ha dejado órdenes? ¿Cómo puede ser eso?

El alcaide Barba lo miró con lástima.

—Tal vez estoy hablando demasiado, pero no importa. Es mejor que usted sepa cómo son las cosas aquí, y no son como las estudió usted en la universidad en sus clases de Jurisprudencia. Es mejor.

Tomó el lápiz que sostenía con la oreja, y con él hizo algunos dibujos sobre el papel que tenía enfrente. Dibujó un muñeco:

—Éste es el abogado —dijo.

Dibujó otro.

—Y éste es uno de los magistrados.

Después dibujó el símbolo de la libra esterlina.

—El dinero. El dinero compra todo lo que hay en el universo...

Vallejo seguía con la vista los movimientos del lápiz sobre la hoja de papel, pero aquél se detuvo.

—Además, usted tiene un problema mayor, amigo Vallejo: la política. ¡La política!

Volvió a ponerse el lápiz entre la sien y la oreja. Habló de corrido:

—El abogado de los Santa María le explicó al vocal que el incendio no era tan sólo un atentado criminal, sino que tenía motivaciones políticas. "No me venga usted con esas. Ese joven Vallejo no es político", le respondió el vocal. Entonces el abogado se le acercó como si quisiera hablarle al oído, pero yo también escuchaba y le dijo: "No es solamente terrorismo, no es solamente política. Son ideas, y de las peores. Este joven Vallejo está ligado con un grupo de poetas, y ya sabe usted cómo es esa gente". "¿Cómo es esa gente?", le preguntó el vocal. "Anarquistas y bolcheviques de la peor especie", respondió el abogado. "El peor de todos es Antenor Orrego. Desde su periódico, ha defendido siempre a los peones de Casagrande, de todas las haciendas azucareras".

—Espero, espere, no he entendido bien- pidió Vallejo. Pero el alcaide no estaba dispuesto a repetir sus palabras. Solamente agregó que los administradores de Casagrande estaban personalmente interesados en el asunto.

—"Quieren que ustedes lo hundan en el infierno" "¿Cómo es eso si todavía no se ha probado nada? A lo mejor, Vallejo es inocente", "Inocente o culpable. Hay que hundirlo", dijo el abogado. "Hay que dar un ejemplo a esos jóvenes intelectuales que se están solidarizando con los obreros."

—¿Y el vocal le dio órdenes a usted para que me incomunicara?

—No me las podía dar. Sólo se dan por escrito. Pero me dijo que lo ajustara. Mientras tanto, el abogado hablaba con algunos gendarmes. Pero no se preocupe, señor Vallejo. No voy a proceder de esa forma con usted... Los poetas me caen bien.

Por fin, pareció olvidar todo lo que había dicho antes y se puso ejecutivo. Habló moviendo los dedos:

—A partir de hoy, las normas son simples: usted podrá caminar por todo el penal durante el día. En el patio de la cárcel podrá adquirir todo lo que usted desee e incluso hacer amistades. A las seis de la tarde, se recluirá en la excelente celda que le he conseguido.

Abrió y cerró las manos.

—Me lo han recomendado para evitar el reumatismo —explicó.

Volvió a abrir las manos. Se miró las palmas con cierto cariño.

—La tarde del domingo, tendremos dos visitantes, el padre Toño y el "Pato Negro".

—¿El padre Toño y el "Pato Negro".

—¡Claro! El padre Toño y el "Pato Negro". ¿Quiénes si no?

La mirada del alcaide se dirigió hacia la despejada frente del poeta. Movía las manos mientras hablaba como si amasara las palabras.

—El "Pato Negro" viene todos los domingos por la tarde para curar a algunos presos y ayudarlos a arreglar su destino. Le juro que ese no es negocio mío. El Padre Toño es un cura joven y buena gente. La gente dice que es un místico y que anda perdido en el cielo. No sabe nada de lo que ocurre en Trujillo, pero se le ha ocurrido hacer misa aquí todos los domingos, aunque ya le han explicado que no se puede ofrecer el evangelio a las bestias. Anda a la caza de almas el pobre, pero ya se le pasará... La misa se oficiará en ese lado del patio donde hay un pequeño crucifijo. Por supuesto, nadie está obligado a ir.

La cárcel de Trujillo estaba edificada sobre los terrenos del antiguo convento de los dominicos. Durante la época colonial, los presos de la Inquisición eran internados en los oscuros subterráneos de esa orden religiosa. En 1885, el Municipio de Trujillo ordenó que se construyera una prisión sobre esos terrenos.

Por orden de Cipriano Barba, Vallejo fue conducido esa noche a una celda bastante larga y luminosa. Tenía dos compañeros. Aunque no conversó con ellos porque ya dormían, observó que uno de los presos apilaba alrededor de veinte libros sobre la mesa contigua.

Como lecho, le tocó una hornacina dentro del muro colonial. La cama estaba limpia y olía a desinfectante. Se acostó vestido sobre ella, miró el techo y la luz se apagó. Pensó que todas las luces del universo se habían borrado para él.

Durmió de un tirón y no tuvo sueños, pero a las cinco de la mañana lo despertó la conversación que sostenían sus compañeros. Pensó que era hora de presentarse. Se sentó sobre la cama. Abrió y cerró los ojos para cerciorarse de que ya no dormía, pero antes de que alcanzara a hablar, uno de los hombres le preguntó:

—¿Quién es usted? ¡No parece de los nuestros!

—¡Tranquilízate! En la cárcel, todos somos de los nuestros —musitó el otro que parecía viejo y sabio. Enfatizó:

—De los nuestros.

—¿De dónde viene? ¿Dónde lo tuvieron antes de llegar aquí? —insistió el hombre que parecía furioso.

—No tienes que hacerle esas preguntas al caballero. Lo estás incomodando.

—¡Pero yo quiero saber de dónde viene y dónde lo tuvieron antes de llegar hasta aquí!

—¿De dónde vengo?... Francamente, ya no lo sé. Me dieron un nombre, pero el alcalde lo llama con otro. Todo estaba muy oscuro —repuso Vallejo.

—Y olía a mierda, ¿no?

Los hombres lo miraron con mayor interés.

—Le he preguntado si olía a mierda. Bueno, la cárcel siempre huele así. A mierda, más que a cualquiera de los olores de este mundo.

Vallejo asintió con la cabeza.

—Entonces lo han tenido en el “Infierno”. Allá sólo van los locos o los malditos. ¿Qué es usted?

No hubo respuesta.

—Usted no está loco. ¿Es usted un maldito? ¿El capo de una banda?

Vallejo sintió que lo miraban con respeto.

—¡Qué!

—¡No ves que es un doctor... y ya quieres tú que sea un jefe de banda, un maldito. Lo más seguro es que lo han traído aquí por razones de la política.

Hizo un silencio.

—Perdón, me llamo César Vallejo. Soy de Santiago de Chuco.

El preso tranquilo no hacía gestos al hablar. Era bastante viejo. Infundía respeto. Estaba tan arrugado como una papa madura. Se presentó:

—Salomé Navarrete, para servirle —agregó:

—Llevo cinco años aquí.

Vallejo se preguntó por qué razón habían arrestado a un hombre de esa edad.

—Mucho gusto —respondió, y se quedó callado. Los silencios en la cárcel son largos, pero no se notan demasiado.

—¿Y a mí no quiere conocerme? ¿No quiere saber cómo me llamo ni por qué estoy aquí?

—¡Vaya, vaya! Estás sociable con el señor Vallejo. Claro que quiere saber cómo te llamas. Díselo de una vez.

—Yo, señor, me llamo Pancho Marrón, pero me dicen el Negro Marrón, y estoy aquí por haber partido en dos a un jijunagranputa...

Se quedó callado para ver qué impresión causaba, pero ni Vallejo ni Navarrete parecieron interesados en el asunto.

—De arriba para abajo... El primer hachazo se lo di en la quijada y se la partí en dos. Después, me entusiasmé. Le di hachazos por toda la mitad del cuerpo. Mi hacha estaba bien afilada. Al fuego, me la había afilado un herrero... Continué en el pecho y en el ombligo. Sólo me detuve cuando, en vez de uno, hubo dos jijunagranputas.

Mientras hablaba, su brazo derecho se alzaba y bajaba dando círculos.

Nadie hizo comentario alguno.

—Fue cuestión de faldas, ¿saben?... Siempre que me he metido en problemas, ha habido una mujer en medio.

El silencio se extendió por más tiempo. El Negro Marrón recorría la celda mientras hablaba. Seguía dando cuerda a su cuerpo con el brazo derecho. Parecía seguro

de que esa extremidad era un hacha. Sin embargo, el silencio lo obligó a callar. Caminó hasta su cama, y de un saltó cayó sentado sobre ella.

—Y todo por una vieja puta. Lo que somos los hombres, ¿no?... Somos jodidos... ¡Sí, señor! Cuestión de faldas. Siempre cuestión de faldas —parecía muy orgulloso del asunto. Agregó:

—¡Qué diría mi difunto padre...!

Se tendió a mirar el techo con expresión complacida. Se le cerraron los ojos. Roncó como lo hacen los hombres felices.

Después de un silencio que no podía ser medido por el reloj, Vallejo notó que el hombre furioso lloraba como un niño, y no temía ser escuchado.

—¿Qué le está pasando? ¿Se puede saber?

—¡Van a matarme!

—Aquí nadie va a matar a nadie —lo interrumpió Navarrete.

—¡Van a matarme!

Vallejo hizo a Navarrete un gesto de pregunta.

—No le crea. Es un exagerado. Eso me dijo a mí cuando llegué.

—¡Van a matarnos a los tres!

—Hablas como una bruja.

—¡Van a matarnos! Lo sé porque lo he soñado. Acabo de soñarlo...

—Parecías feliz en el sueño. Estabas riendo.

—No reía. Estaba viendo gente que entraba a esta celda, y no podía gritar. Sólo movía los labios, pero no encontraba mi lengua. Vinieron para matar al señor —señaló a Vallejo y continuó:

—La cabeza del señor la pusieron en lo alto de una estaca. Parecía un monumento. Como no querían testigos, nos destriparon a todos.

—¡Descansa! —le aconsejó Navarrete. Enfatizó:

—¡Descansa en paz!

El Negro Marrón se sentó sobre su cama y habló como si no fuera él:

—¿Que descanse en paz? ¿Puede alguien de este mundo descansar en paz?

Se contestó.

—Ningún ser humano descansará en paz.

Después el Negro Marrón volvió a ser el Negro Marrón. Se olvidó de su sueño. Habló de nuevo con orgullo de su crimen:

—Lo corté en dos mitades perfectas de arriba para abajo. Parecía corte de carnicero. Las dos partes deben estar que se buscan en el otro mundo... ¡Jijunagranputa!.

A las seis de la mañana, el portón de la celda se abrió, y allí, en medio de la luz del alba, se repitió una escena anterior. Una silueta gritó:

—Ese César Vallejo. ¡Afuera!

No sabía si la silueta y el grito eran parte de una pesadilla, y no se movió. La voz repitió el llamado.

—He dicho que salga César Vallejo.

El hombre entró, lo tomó de los hombros y lo llevó hasta la puerta.

—¡Sígame! Tengo órdenes de conducirlo de inmediato a la oficina...

Vallejo se dejó llevar como un fantasma. Al llegar a la oficina se encontró cara a cara con Antenor Orrego.

—Debes tener confianza, César —dijo éste mientras lo abrazaba—. Vamos a pelear por ti.

Se mordía los labios para no mostrarle sus impresiones frente a la prisión mugrienta. Quería infundirle la tranquilidad que él mismo estaba a punto de perder. Tiempo después escribiría que Vallejo, en ese momento, estaba abrumado por la

desdicha. Se sentía infamado y cubierto de ignominia. En la calle tenía enemigos frenéticos que harían todo cuanto les fuera posible para perderlo. En su rostro pálido y afilado, en sus rasgos más característicos, se adivinaba la desesperación.

Sacó fuerzas y repitió muchas veces que todo tendría que aclararse.

—Sólo confío en ti, Antenor. No me abandones en estos momentos.

Hizo una pausa.

—Las otras gentes huirán de mí como un apestado.

—Hermano, ten confianza, te sacaremos de aquí.

—Huirán de mí como un apestado —repitió Vallejo que parecía no haber escuchado a su amigo.

—Hay algo que debo advertirte, César. Aquí también corres peligro. Come tan sólo de donde todos coman. No aceptes bebidas ni alimentos que sólo estén destinados para ti. Nosotros trataremos de hacerte llegar frutas por medios seguros.

Continuó:

—Fue una suerte que José Eulogio y Zoila Rosa fueran testigos de tu captura... A propósito, ¿por qué estaba Zoila Rosa en la plaza de armas a esa hora? ¿Te habías citado con ella?

Le guiñó:

—¿O la llamaste por telepatía?... Ah, mi querido César, siempre habrá una mujer muy bella en el momento más grave de tu vida...

Vallejo sonrió, y se dio cuenta de que no lo había hecho en mucho tiempo. Pensó que, a pesar de la desgracia, era muy feliz por tener amigos tan extraordinarios. Antenor le siguió contando:

—Apenas José Eulogio Garrido vio que te conducían a la cárcel, corrió a informarme. Nos hemos organizado para defenderte.

—¿Has llegado a saber en qué estado se encuentra la instrucción?

—Ha habido cambios. Muchos cambios. Como bien recuerdas, al comienzo sólo eras un testigo de los hechos de Santiago. Pero, también sabes que cambiaron al juez instructor y que nombraron un juez ad-hoc.

César lo sabía, pero le resultaba difícil creerlo.

—No sé qué ha hecho el nuevo juez para darle la vuelta a toda la instrucción. Eras una víctima. Ahora eres inculpado. Se te ha perseguido porque, según él, no eres testigo sino inculpado.

—¿Inculpado?

—Ahora que ya estás en la cárcel, eres el principal inculpado. Según el juez Elías Iturri Luna Victoria, el primero de agosto de 1920, en Santiago de Chuco, muertos los gendarmes que guardaban el orden en la ciudad, tú le prendiste fuego a la casa de los Santa María.

—¿Y mi abogado? ¿Qué dice el doctor Ciudad?

—La mala noticia es que te detuvieron en su casa. El juez ha amenazado con encausarlo por obstruir la administración de justicia. No sería raro que, además, lo mezclen en los asuntos de Santiago en vista de ser hermano del ciudadano que asesinaron los gendarmes. Para no perjudicarte, el doctor Ciudad no va a continuar asesorándote, pero lo va a hacer el doctor Carlos Godoy... Godoy aceptó de inmediato. Es una excelente persona. Tú lo conoces bien.

Por un rato se quedaron sin decirse palabra.

—Ahora, las buenas noticias. ¡Tengo una...! Luego de efectuar la instrucción, el juez Iturri ha regresado a Trujillo. Tu abogado lo ha acusado de parcializado, y está pidiendo la nulidad de la instrucción. Si lo consigue, al fin de la semana estarás fuera de aquí.

Se abrió la puerta, y era el alcaide llamando a Orrego. Éste se le acercó y charlaron a solas por muy breve tiempo.

De regreso, Orrego explicó:

—Dice que el tiempo se acorta...

—Es un viejo loco...

—No tan loco... Nos ha pedido algún dinero por protegerte y hemos hecho bolsa común... Pero, confiamos en él. Es fiel al dinero. Es sensato. Tiene cabeza...

—¡Cabezas! —replicó Vallejo y estalló en la risa. Orrego, que no conocía el motivo, saldría de la cárcel asombrado. A las 8 de la mañana se despidió.

Marcharse temprano era lo convenido por Orrego con el alcaide. De esa manera, los enemigos de Vallejo no se darían cuenta de que se había roto la incomunicación carcelaria.

Una canasta con alimentos quedó en manos de César, y también la sensación de seguridad. Sus amigos pelearían por él. Se sintió feliz por primera vez en mucho tiempo y caminó por el patio de la prisión envuelto en un mar de campanadas. Venían todo el tiempo por los cielos. Le recordaban que era domingo y que había misas a toda hora en las iglesias de Trujillo. “Bendita sea el alba y el Señor que nos la envía”, solía cantar su madre. Las campanas se desbandaban en la Catedral, en San Agustín, en Santo Domingo, en San Francisco, en San Lorenzo, en Santa Ana y quizás en la lejana iglesia de Huamán. Por primera vez César se sintió feliz y quiso creer que también llegaban a sus oídos las campanas del templo de Huanchaco, frente al mar, a veinte kilómetros, y sintió que estaba allí y que veía los pies del viento brillando a lo largo del mar.

Contó catorce feligreses en la misa del padre Toño. Las diez bancas largas les sobraban. Se habían sentado en fila de cuatro por banca, a pedido del sacerdote quien quería imaginarse que su rebaño iba a crecer.

En el resto del patio todo era jolgorio. Los presos recibían a sus familiares. Se permitió que ingresaran vendedores ambulantes. Un muchacho corría por el patio vendiendo cachangas.

Vallejo se sentó en la última banca y pensó que de nuevo era niño y escuchaba misa en la iglesia de Santiago de Chuco. Durante el tiempo que duró la celebración, unas veinte personas se fueron sumando a la grey. En su mayoría, eran mujeres que estaban de visita. Cada vez que llegaba alguien, tenía que avanzar hasta alguna de las bancas delanteras todavía libres. En ese momento, los fieles tornaban la cabeza al unísono como si fueran un grupo de marionetas.

El padre Toño había cumplido treinta años, pero su rostro era tan infantil como el de un monaguillo. Su cuerpo delgado, sus mejillas enjutas y sus ojos desesperados revelaban ascetismo y lucha a muerte contra el demonio. Había querido hacerse misionero para convertir a los salvajes de la Amazonía, pero su familia logró que la orden religiosa se lo impidiera. El superior estaba constantemente prohibiéndole los ayunos y los azotes, y toda la suerte de sufrimientos que el místico se imponía.

Al comienzo del Evangelio, habló de la pobreza y dijo que Jesús era hermano de todos los pobres del mundo.

—¿De los que viven en esta mierda...? ¿De los presos también? —preguntó la voz de alguien que no estaba en las bancas. No se supo quién preguntaba, pero de inmediato vino la respuesta:

—¡De los presos también. Por supuesto!

A mitad de la homilía, un súbito silencio en los otros lados del patio distrajo la atención de los asistentes. Alguien había entrado al penal, y su presencia provocaba mutismo entre visitados y visitantes. Después se escuchó un taconeo que se dirigía hacia donde se celebraba la misa.

Los asistentes prefirieron seguir mirando hacia el altar, pero a Vallejo la curiosidad lo venció. Volvió los ojos y se encontró con la mujer más extraña que había contemplado nunca. Era muy alta, y su cabeza remataba en una peluca de tipo Pompadour que la hacía crecer mucho más. Sus pestañas avanzaban antes que su rostro. Acentuadas por el rimel, parecían hechas de alambre y se balanceaban a su paso. Luego venían los ojos encerrados dentro de una ojiva de maquillaje dorado. El vestido breve y estrecho acentuaba formas que alguna vez habían sido muy atractivas. Era increíble que toda esa estructura se sostuviera sobre unos diminutos zapatos de taco aguja.

—¡Es doña María Pipí!... dijo una señora sentada delante del poeta.

—¿Doña María Pipí? ¡La "mami" del burdel! ¡Increíble! —replicó otra señora.

El sacerdote estaba incómodo, pero no quería mostrarlo ni decirlo. La mujer había ido a buscarlo a su parroquia, y él se negó a recibirla. En la calle, se le acercó a rogarle que la escuchara, pero le pareció impropio hablar en público con una libertina.

Aunque todos habían oído hablar de ella, pocos la conocían de vista. Las muchachas de su burdel se paseaban rozagantes por las calles, pero ella prefería no ser vista. Por la noche, reinaba en un local cercano a la muralla de Trujillo en el que se reunían los jóvenes elegantes y algunos viajeros sospechosos.

La prostitución estaba prohibida, pero las autoridades de la ciudad la toleraban. Además, recibían jugosos cupos pagados por la "mami", quien por ese motivo, gozaba de gran poder e influencia.

La recién llegada buscó una banca donde no hubiera gente, y allí se sentó. Un preso quiso reír, pero su risa fue ahogada por el silencioso respeto de los otros. Las mujeres dejaron de rezar para contemplar a la madame como si quisieran compararse. Entonces, María Pipí dio dos palmadas para que la gente no continuara mirándola y eso permitió que la ceremonia religiosa continuara.

Todo volvió al silencio. Una tribu de palomas había decidido establecerse en el techo más cercano al altar. Cruzaban de uno al otro lado la vastedad del patio y arribaban zureando y causando estrépito. A la hora de la Consagración, los feligreses levantaron la cabeza algo molestos hacia las aves como para reclamarles silencio, pero ninguna de las palomas les hizo el menor caso.

Los presos que no participaban de la ceremonia religiosa habían dejado espacio a los creyentes y los trataban con respeto.

De pronto, se oyó un grito:

—¡Mierda!

El hombre que lo lanzó era el mismo que, hacía un momento, había interpelado al sacerdote. Aparentaba cuarenta años. Parecía borracho, y después de gritar la interjección, dio la cara a los congregados y la espalda al sacerdote.

—¿A quién buscan?

Dos presos cercanos lo tomaron de los brazos e intentaron llevárselo. El hombre, por igual, reía y lloraba. Preguntó y respondió:

—¿A quién buscan? ¿A Dios?... ¡Dios ya no vive aquí!

Tenía una fuerza considerable. Extendió los brazos y se desprendió de quienes lo sostenían. De un empellón, los mandó de vuelta a su banca. Luego esgrimió un filudo cuchillo y gritó que mataría al que se acercase.

—¿Dónde vive Dios? ¿Dónde dijo que vive Dios? —interrogó al padre Toño e hizo el ademán de acercarse a tomar el copón.

Nadie podía detenerlo, ni siquiera los dos guardias que asistían a la misa. Estaba armado, era muy fuerte y no parecía temer a Dios. El religioso se puso de rodillas ante él, y le rogó que no cometiera el sacrilegio.

—¡No lo hagas, por amor de Dios! —comenzó a decir, pero se quedó callado. Era inútil clamar el nombre divino ante alguien que proclamaba su inexistencia.

El hombre se alejó del cáliz, pero se quedó junto al altar. Parecía decidido a divertirse. Buscó la jarra que contenía el vino sin consagrar, y se la bebió en unos cuantos sorbos.

—¿Quieren ver a Dios? Muy bien, ahora van a verlo. Va a bajar del cielo para salvar a uno de los suyos.

Puso el cuchillo en la garganta del sacerdote que continuaba arrodillado, y con la otra mano lo tomó del pelo. Estaba dispuesto a degollarlo, y nadie lo podía impedir.

Atrajo por la cabellera al sacerdote y señaló el cuello.

—¿Dios está aquí? —preguntó.

La punta plateada señaló el corazón.

—¿O aquí?

El padre había cerrado los ojos, pero se le derramaban las lágrimas.

—¡Abre los ojos, carajo, para que veas a Dios!

No había manera de contener al hombre. Nadie se atrevía ni siquiera a rogarle que dejara al padre Toño.

—¡Ahora mismo, todos vamos a ver a Dios!...

Las palomas se callaron. Estaban posadas en línea sobre uno de los muros. Parecían contemplar la escena.

—¡Alto!

Toda la gente se volteó a mirar el lugar de donde salía la voz. De una de las últimas bancas, se levantó la madame. Vallejo sólo alcanzó a ver la peluca Pompadour avanzando hacia el altar.

—¿Tú? ¿Tú, puta de mierda?

María Pipí hizo como si nadie hubiera hablado con ella, y continuó su marcha.

—¡No te acerques! ¡Voy a cortarle el pescuezo al cura, y después te lo corto a ti!

Sólo se escuchaban sus tacos aguja. El penetrante olor de su perfume “Verbenas de París” inundó el espacio y se sobrepuso sobre el místico incienso que humeaba allí.

La mujer ya estaba al lado del hombre y de su futura víctima. El cuchillo brillaba.

—¡Les aviso que Dios no está aquí!

La madame no dijo palabra alguna. Tan sólo miró a los ojos del asaltante, y se mantuvo así por un buen rato. Por fin, habló:

—¡Dame el cuchillo! ¡Dámelo! —repitió con voz de madre.

Había interpuesto su voluminosa anatomía entre el sacerdote y el asesino.

—¡Dámelo, te digo! ¡Dámelo, hijito!

Nadie pudo recordar lo que ocurrió entonces. El hombre dejó al cura y se dirigió hacia la mujer con el arma en la mano. Al llegar frente a ella, cogió el cuchillo con las dos manos y lo levantó.

Se lo entregó llorando, y se fue. Entonces María Pipí levantó al joven sacerdote que apenas podía caminar e hizo que se sentara en una de las primeras bancas. Ella se puso a su lado.

El miedo había tornado débil al ministro de Dios. Algo quiso decir, pero la mujer se puso el índice en los labios para imponerle silencio. Después, comenzó a hablarle casi al oído. La gente se retiró. Sólo César Vallejo caminó hasta situarse en la banca tras de la pareja. La mujer lo miró con tristeza, pero lo dejó escuchar.

—Eso es todo lo que le pido, padre. Ya sé que es mucho, pero usted puede hacerlo.

No se entendía al sacerdote. Estaba tan asustado que se comía las palabras.

—¿Relación? ¿Me pregunta usted qué relación me unía con Odilón Bocanegra? ¡Era mi marido!... No, padre. No lo era ante la iglesia, pero eso no es lo que importa...

Volvió a hablar el sacerdote.

—¡Cómo que no lo conoce!... Era ladrón de ganado... ¡El más famoso ladrón de ganado de Cajabamba! Venía a Trujillo a visitarme, y la policía lo respetaba. ¡Cómo está, don Odilón y cómo le van los negocios!, le decían. Ayer por la tarde, los gendarmes lo cercaron en Moche. El se dejó arrestar pensando que le pedirían dinero y luego lo soltarían, pero no fue eso. Alguien les había hecho creer que mi Odilón era revolucionario y que se entendía con los anarcosindicalistas. Le dijeron que iban a hacerle unas preguntas, y mi Odilón sabía cómo es esa gente cuando hace preguntas. Me han contado que comenzaron el interrogatorio y, de entrada, le rompieron las muelas. Cuando intentaban desnudarlo, mi hombre logró levantarse. ¡Usted sabe lo fuerte que era! Le quitó la pistola a uno de los guardias y se batió con el resto. No pudo contra tantos. Cuando ya lo habían herido por todo el cuerpo y estaban por atraparlo de nuevo, se disparó en la boca, y allí quedó... ¡Padre, he pagado todo lo que me pidieron los gendarmes, y ahora tengo el cadáver velando en mi casa!

El cura logró levantarse. La voz le había sido devuelta.

—¡Te debo la vida! ¿Qué quieres de mí?

—¡Padre! He movido cielo y tierra para poder enterrarlo en el cementerio, pero la iglesia no me lo permite. Dicen que un suicida no puede ser enterrado en tierra consagrada. Aunque sea, abriré una zanja para él, pero quiero que antes venga usted a mi casa, y le dé su bendición. Para eso, vine a buscarlo...

La mujer se puso de rodillas. El sacerdote hizo lo mismo frente a ella. Le reclamó a gritos y con lágrimas que no le pidiera eso. Le explicó que él era sólo un miserable sirviente del Señor, y que no era nadie para contrariar las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia. Admitió que estaba obligado con María Pipí, y dijo que incluso podía pedirle su vida, pero nunca, jamás en la vida, podía reclamarle lo que le estaba reclamando. Lo decía a gritos y con los ojos cerrados. Cuando los abrió, advirtió que nada había cambiado en el universo. Allí, frente a él y de rodillas, continuaba la mujer.

—Padre, por favor, si usted no lo bendice ahora, su alma no va a descansar jamás.

Le respondió que Dios era temible en su venganza, y que su voz poderosa clamaba desde el otro lado del océano. Agregó que los impíos no pueden esperar sin —l otra cosa que una vida infame y una eternidad en las tinieblas.

El sacerdote extendió los brazos para explicar las dimensiones de su Dios ilimitado, sin centro ni circunferencia, sin perdón ni olvido para los pecadores, y comenzó a dar pasos como si estuviera predicando.

Entonces, César recordó a su amigo, el padre Hipólito, y pensó que él no habría rechazado a la pecadora, ni mucho menos al bandido suicida. Miró a la mujer y le pareció que ella le había leído el pensamiento cuando exclamó:

—El padre Hipólito lo habría hecho. Varias veces fue a visitarme, y me confesó. Me perdonó todos mis pecados. Me enseñó que la bondad del Señor era infinita, y que no había pecado ni crimen que no estuviera dispuesto a perdonar.

También, la mujer hablaba a gritos.

—Me aseguró que Dios era infinitamente más grande que mis pecados. Le respondí que la iglesia me había condenado siempre. Se puso a pensar, y dijo que Dios estaba y no estaba en la iglesia. Me hizo ver que una congregación de solteros difícilmente podría comprender al Señor.

—¿El padre Hipólito dijo eso?... Se nota que está muy viejo. No comprendo por qué lo dijo. ¿Y por qué no has recurrido a él?

—¿No lo sabe, padre? ¿En dónde vive usted? Murió hace un mes, pero antes pidió que lo enterraran en Santiago de Chuco.

César Vallejo no quería continuar allí. Se puso de pie. Vio al padre detenerse, y lo escuchó clamar:

—¡No insistas, mujer! Al matarse, ese hombre se ha puesto lejos de la gracia infinita del Dios misericordioso. Ni siquiera Dios podría perdonarlo.

Sus ojos parecían los de un difunto vuelto a la vida y recién desenterrado. Olía a tierra de sepulcro.

La mujer lo quedó mirando asombrada. Reparó en los ojos dulces y en la boca cruel del joven religioso y, luego de un instante, cambió de actitud. Dejó de rogarle. Parecía sentir lástima por él.

—¡Pobre Toño!... Debes sufrir mucho, hijito —le dijo y lo atrajo hacia su cuerpo.

El sacerdote obedeció como hipnotizado. La mujer le sonrió con ternura. Recordó que en sus mejores tiempos, la habían llamado la desvirgadora. Era la especialista en convertir a los adolescentes de Trujillo en caballeritos, pero no iba a intentar eso; sólo quería darle un poco de afecto.

Lo hizo sentar a su lado. Lo tomó por la cabeza y le agitó el pelo. Luego lo peinó con la mano, lo calmó y lo acercó a su pecho.

—¡Pobre niño! Debes haber sufrido mucho...

Vallejo no podía creerlo. La cabeza del padre Toño descansaba ya sobre el escotado regazo de su salvadora, y el joven parecía sentirse muy a gusto. Ella le murmuraba al oído, y él no hacía más que aspirar y espirar lentamente como si por primera vez percibiera un olor aceitoso y deseable. Lo único que pudo escuchar Vallejo fue la orden:

—Ahora, sí. ¡Vamos para que lo bendigas!

El aire olía a sangre mezclada con miel de chancaca y perfumes de París.

Salieron juntos.

Siento a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece.
Con él anochecemos, Orfandad...
Pero yo siento a Dios. Y hasta parece
que él me dicta no sé qué buen color.
Como un hospitalario, es bueno y triste;
mustia un dulce desdén de enamorado:
debe dolerle mucho el corazón.
Oh, Dios mío, recién a ti me llego
hoy que amo tanto en esta tarde; hoy
que en la falsa balanza de unos senos,
mido y lloro una frágil Creación.
Y tú, cuál llorarás..., tú, enamorado
de tanto enorme seno girador...
Yo te consagro Dios, porque amas tanto;
porque jamás sonríes; porque siempre.
debe dolerte mucho el corazón.

8

¿Quién es César Vallejo?

En 1910, la vocación del joven Vallejo se orientó hacia la Medicina. Sin dinero para estudiar en Lima esa carrera, se matriculó en el primer año de Letras de la Universidad Nacional de Trujillo. Esperaba conseguir algún empleo en esa ciudad para sufragar sus gastos universitarios, pero los meses transcurrieron sin lograrlo. Un restaurante lo quería como camarero, pero no le daba tiempo para los estudios. En las escuelas no necesitaban maestros hasta el año siguiente. Una familia quiso contratarlo como preceptor de dos niños, pero sólo le ofrecían alojamiento y comida. Cuando sus recursos se volvieron insuficientes para sobrevivir, emprendió el regreso a Santiago.

En su camino, se preguntaba si alguna vez haría estudios universitarios y si de veras iba a cumplir la promesa de ser poeta que hiciera ante su maestro moribundo. Eso le recordó que en Quiruvilca vivía un gran amigo de don Abraham. “Si alguna vez pasas por Quiruvilca, dale mis saludos. Es como mi hermano, y te ayudará”.

Hacia Quiruvilca se dirigió el joven entonces. El Juez de Paz de ese enclave minero, Eleodoro Ayllón era alto, delgado y narigón. Usaba inmensos anteojos de carey con marco negro. Estaba sentado frente a una pequeña carpeta con un alto de folios a un lado, varios sellos y un polvo para secar los documentos. Tras de él, había un retrato del presidente del Perú y una escupidera.

Su pluma acababa de salir de un frasco de tinta índigo y arañaba un papel. El juez decía en voz alta lo que iba escribiendo. Era como si hablara con el papel. No dejó presentarse a Vallejo porque estaba contándole al papel la historia de una pareja a la que había reconciliado.

“En base de lo cual, Santiago Roncal y Florcita de Roncal convienen ante este juzgado perdonarse de forma recíproca y abandonar la querella que presentaron...”

Lanzó una risotada al final y quiso conocer la opinión del joven tímido que tenía enfrente. Alzó la vista hacia él, y lo miró por encima de los anteojos:

—¿No le parecen un par de mentecatos? ¡Usted que fuera...! ¿Le contaría a un extraño todo lo que pasa en su casa y en su cama? ¿Todo?... !Por favor!... Debían de haber buscado al doctor Sigmund Freud, y no al Juez de Paz de Quiruvilca.

César no pudo contestarle porque no había estado atento a la historia.

El juez le rogó que se sentara, y siguió escribiendo. Ahora, dirimía el litigio de dos campesinos con tierras colindantes. Las vacas de uno se metían a pastar en el terreno del otro.

“Por todo lo cual, por ante mí y ante este Juzgado de Paz, el dueño de la vaca conviene en ceder un litro de leche diario a su vecino...”

Se le agotó el tintero. Alzó otra vez la vista y comentó:

—Todo lo que hay sobre la tierra, necesita de mí para hacer constar su existencia.

Vallejo había querido presentarse. Pensó que estaba frente a un alucinado y dudó, pero no se contuvo:

—¿Por qué dice eso?

—¡Porque soy un hombre! —replicó el juez— y ninguna de las criaturas de la naturaleza existe antes de que el ser humano la descubra y le dé un nombre...

Tocó la tierra:

—Esto es mío —dijo—. Como hombre, soy soberano de la naturaleza y de mi propio destino.

No es un necio —pensó el joven y se presentó:

—Me llamo César Vallejo. Mi maestro fue don Abraham Arias. Me dijo que si alguna vez pasaba por este pueblo, lo buscara.

—¡Abraham!... ¡Mi hermano!... Pero dime, muchacho, ¿qué quieres de mí?

—Busco trabajo. Venía a decirle que busco trabajo. Pero me doy cuenta de que usted, además de juez, es un filósofo. ¿Qué podría decirle? Creo que en vez de trabajo, lo que busco es mi destino. Sólo encuentro fracasos. Fracaso tras fracaso.

—¿Fracasos? ¿Quieres que te aplauda? ¡Si solamente encuentras fracasos, ya estás cerca de tu destino...! Fracaso tras fracaso, lo que tienes que buscar es tu nombre y la razón de ese nombre. Tienes que averiguar qué quieres ser, hacia dónde vas y quién eres ¿Cómo dices que te llamas? ¿Dijiste César Vallejo? Entonces debes preguntarte quién es César Vallejo. Cuando lo sepas, comenzarás a caminar hacia tu destino, y nadie va a poder detenerte.

Le ofreció trabajo como escribano. Disponía de poco dinero, y se lo dijo, pero César aceptó. Ahora, tenía la sospecha de que llegaría de todas maneras a la universidad y adonde quisiera llegar. Por eso, cualquier puesto, por malpagado que fuera, le daría posibilidades de esperar.

Muy poco tiempo después, César reemplazaría al señor Ayllón en numerosas diligencias. Lo hizo con ecuanimidad y sentido de justicia hasta el punto casi increíble de que, muchas veces, una y otra parte quedaban felices con su fallo. Los recurrentes del juzgado comenzaron a mencionarlo como “el doctorcito” por sus escasos dieciocho años, su sapiencia y su mirada misteriosa.

Una semana después de su llegada, se encontró en la puerta del mercado con un hombre corpulento y barbado que le sonreía. No lo reconoció al principio y pensó que el tipo lo había confundido.

—¡Niño César! ¿No me reconoces?

Cerca ya, supo quién era. Tras las barbas amarillentas, la sonrisa del ciego Santiago era inconfundible.

—¡Ciego Santiago! ¡Tú!

Aunque había dejado de ser ciego, le había quedado la costumbre de mirar a las personas en la frente.

—¿Qué? ¿Qué me miras? —preguntó César, pero recordó que así miraban los ciegos, y tal vez también los ex ciegos.

Seguía trabajando en el socavón. Dirigía dos cuadrillas de mineros. Se había casado. Era feliz, y no necesitaba de mucho para serlo. Sus ojos brillaban. Se verían cada domingo. Algún tiempo después, en Trujillo, Vallejo dijo a sus amigos que la luz del planeta está en los ojos de los hombres. De no ser así, giraríamos en una tenaz oscuridad. Lo descubrió en los ojos de Santiago.

La ciudad era más grande y oscura de cuando pasara con los arrieros rumbo a Huamachuco. Uno de los cerros que viera en su infancia había sido cortado desde las faldas. En su lugar, ostentaba su negrura un cráter. La empresa fracasó en su intento de hallar mineral y lo dejó abandonado. De su interior, todavía emanaban cenizas y gases, un humo y un olor insoportables que envolvían las casas durante la madrugada.

Los conflictos entre cónyuges, granjeros y pequeños comerciantes eran fáciles de resolver para el juez y su ayudante. Sin embargo, había un grupo de gente sobre el que no tenían jurisdicción, y eran los feroces gendarmes de Quiruvilca. Aquellos robaban en las casas, violaban a las muchachas y más de una vez hicieron desaparecer en el misterio a algún vecino. No había juez permitido de juzgarlos.

Como todas las empresas, la mina tenía una guarnición a su servicio. El estado peruano asignaba un pelotón del ejército a las entidades de producción para defenderlas

contra las protestas de los trabajadores. De esta manera, aseguraba el Supremo Gobierno desde Lima, se protegía la libre empresa, la inversión extranjera y la santidad de la propiedad privada contra los males de la agitación social.

En Quiruvilca, la protesta estaba latente entre los trabajadores. La semana laboral duraba seis días. Se descansaba el domingo, pero era obligatorio asistir a la misa y escuchar un largo sermón que casi siempre versaba sobre el pecado de la agitación social. La jornada comenzaba a las 6 de la mañana y terminaba a las 8 de la noche, les pagaban menos de lo pactado y no se tomaban medidas para prevenir la frecuencia de los accidentes. La mujer y los hijos de las víctimas no contaban con ayuda alguna, y casi siempre terminaban recurriendo a la mendicidad para sobrevivir.

La empresa era propietaria de la única tienda de comestibles y de los dos bazares de ropa y calzado, y en cualquiera de esos lugares los trabajadores recibían los productos en forma de un crédito que era descontado cada mes de sus miserables salarios. Los altos intereses convertían esa deuda en permanente. En esas condiciones, salir de Quiruvilca era imposible. Quien se fuera debiendo dinero era considerado un delincuente al que la gendarmería perseguía y cazaba como animal en fuga.

Miles de hectáreas del campo habían sido devastadas por los humos de la mina. Sus propietarios no sabían qué hacer frente a la tierra muerta que sólo producía plantas enanas y yerba mala. Los enganchadores, entonces, les ofrecieron trabajo en una empresa extranjera que, según la propaganda, pagaba excelentes salarios e incluso ofrecía ropa, comida y todo tipo de provisiones. La realidad era, por completo, diferente.

Por su parte, los militares gozaban, además del sueldo del estado, de una paga adicional. Se la abonaban los dueños de la mina para comprar su fidelidad más completa. Sin embargo, no enfrentaban levantamiento popular alguno porque la jornada era tan larga y de tanto desgaste que los mineros no tenían fuerzas para iniciar una protesta.

Desde Lima, los superiores exhortaban a los gendarmes a justificar su sueldo. Les enviaban telegramas y cartas. Los urgían a descubrir y apresar agitadores anarquistas. Según las cartas llegadas de la capital, el país estaba lleno de anarquistas. En la calle y en las fábricas, esos hombres propagaban la idea de que, un día, todos serían iguales y vivirían como hermanos. Para entonces, no habría ni ricos ni pobres, ni dueños ni esclavos, ni armas ni ejércitos, ni propiedad ni odio.

Hubo algunos enfrentamientos entre las fuerzas del orden y los obreros, pero no podía decirse que se tratara de una subversión organizada. El 11 de abril de 1910, un socavón se vino abajo y decenas de obreros quedaron sepultados. Los que lograron salvar la vida estaban seriamente heridos, y la empresa los despidió. Los familiares de las víctimas se dirigieron en marcha hasta la administración para exigir justicia, pero fueron recibidos a balas. Ocho mujeres muertas fue el resultado. El jefe de la gendarmería festejó la acción y aseguró que las viudas habían ido a reunirse en el cielo con sus cónyuges.

Tienen su cabeza, su tronco, sus extremidades,
tienen su pantalón, sus dedos metacarpos y un palito...

Otra vez, la fuerza armada esperó en la boca de la mina a los que se quejaban del alza del precio de las mercancías. Querían darles un escarmiento, pero los trabajadores estaban preparados, y alguno de ellos que no se pudo identificar lanzó un cartucho de dinamita que le voló la mano a un gendarme. Entonces, la fuerza del orden optó por retirarse.

Los mineros salieron de la mina
remontando sus ruinas venideras,
fajaron su salud con estampidos
y elaborando su función mental,
cerraron con sus voces
el socavón en forma de síntoma profundo...

Ese fue el momento en que el alférez Carlos Dubois decidió ganarse los galones del ascenso. El joven militar los necesitaba con urgencia porque era un "gringo pobre". En el Perú, los que nacen blancos se sienten con derecho a ser ricos e importantes. Cuando no es así, los llaman "gringos pobres". Ese era su caso. Tan pobre y tan falto de influencias se hallaba que lo habían enviado a servir en lo que él llamaba "el culo del mundo". En vista de que no había logrado el ascenso en el Ejército, había pasado a la Gendarmería con la función de comisario.

Pero ahora todo iba a cambiar para él. Dubois quería ascender a teniente cortando la garganta a una revolución social antes incluso de que ella se gestara. Eso impresionaría a sus superiores en Lima. Por lo tanto, había que encontrar al supuesto líder de los anarquistas y darle un castigo que aterrorizara a sus compañeros.

La noche del 28 de julio, reunió a sus hombres y habló con ellos sobre los colores de la bandera.

—El blanco significa la pureza de nuestras conciencias y la nieve de nuestras cumbres. El rojo, la sangre de los que se sacrificaron para darnos libertad...

Los hombres estaban fastidiados porque ese era un día de asueto, y el jefe, con su discurso, les estaba haciendo perder un tiempo muy valioso.

Pasó de allí a relatar la historia de la guerra. De pronto, se acercó a un sargento desprevenido.

—¿Por qué nos vencieron los chilenos? —preguntó.

—Francamente, no lo sé, mi alférez.

—¡Cómo! ¡Cómo que no sé! Nos vencieron porque nosotros estábamos desprevenidos. Cuando Chile compra un barco, nosotros debemos comprar dos.

Los hombres asintieron con la cabeza. Uno de ellos lo hizo con el dedo índice de la mano derecha.

—Nos vencieron por generosos. Nosotros somos muy generosos. Cuando Miguel Grau echa a pique a la "Esmeralda", ¿qué hace con los marineros vencidos?... A ver quién sabe...

Nadie respondió.

—Los salva de ahogarse y los lleva en su barco. ¿Nosotros debemos ser así?

—Sí, mi alférez, por supuesto. Como Grau debemos de ser —respondió el sargento.

—¿Está usted loco? Por eso perdimos la guerra... No podemos ser tan generosos que nos tomen por cojudos. A los chilenos, debieron haberles partido el cráneo con los remos.

Una risotada general asintió.

—Ni generosos ni desprevenidos. Por eso, aquí en Quiruvilca, debemos encontrar a los anarquistas y liquidarlos. Partirles el cráneo.

Asintieron.

—¿Y dónde vamos a encontrarlos?

Nadie respondió. Pocos sabían lo que significaba ser anarquista.

—¿Saben lo que es un anarquista? ¡Cómo! ¿No lo saben?... Un antiperuano. Uno de esos que quieren repartir las tierras a los indios. Esos que proclaman que la educación deber de ser gratuita. ¿Ustedes conocen uno aquí en el pueblo?

Todo el mundo calló.

El sargento dijo que había leído acerca de anarquistas en Lima, pero que felizmente todavía no habían llegado al Quiruvilca.

—¿No han llegado?... El jefe de los anarquistas es ese tal Santiago, el de la estrella sobre la frente.

—Pero, alférez. Ese hombre es analfabeto. Los anarquistas son hombres cultos —replicó el sargento.

—Puras tácticas. Es el más fuerte de todos. Todos lo estiman. Se reúne con todo el mundo. Lo más seguro es que ha organizado ya un grupo de saboteadores.

A las 9 de la noche, fueron a buscarlo en la vivienda. A su esposa le dijeron sólo estaría fuera dos horas porque la superioridad quería hablar con él.

—No se preocupe, señora. No estamos deteniendo a su marido. Sólo lo estamos citando.

Lo llevaron al destacamento. Como el alférez se hallaba en una fiesta, no lo interrogaron todavía, pero lo dejaron atado a una estaca en el corral junto a los caballos.

Las sogas eran innecesarias porque Santiago no quería huir. Pensaba que todo era una equivocación y que luego de aclarada, el alférez lo dejaría irse. Aunque hubiera podido desatarse y escapar, se quedó en el pajar hablando con los caballos cuyos ojos luminosos ardían con lentitud en la noche espesa de Quiruvilca.

Cerca de las 3 de la mañana, lo llevaron a la oficina de Prevención. Ya estaba allí Dubois y quería interrogarlo:

—¿Tus generales de ley?

—¿Mis qué?

—Oye, Ramírez —llamó a uno de sus subordinados.

—Sí, mi alférez.

—¿Ya le tomaron sus generales de ley a este hombre?

—Sí, mi alférez... Perdón, no mi alférez. Perdón, mi alférez, ¿qué son los generales de ley?

—¿Cuánto tiempo estás aquí, animal? Llamamos generales de ley al nombre, los apellidos, la edad, la procedencia, la religión, el grado de educación del acusado.

—Estuvimos esperando que usted viniera, mi alférez.

—¿Tenemos que perder el tiempo así? Entonces, ¿qué estuvieron haciendo con él? ¿Jugando a la baraja?

—No, mi alférez. Disculpe, mi alférez.

—¡Está bien, está bien!... Pase por hoy... Le tomaremos los generales después de interrogarlo.

Prendió un cigarrillo. Fingió que leía un periódico. Después escupió.

—¿Te llamas Santiago, ¿verdad? ¿Reconoces este papel? ¿Ésta es tu letra?

—No sé escribir.

—¿Que no sabes qué?

—Escribir.

—Escribir, señor. Aprende a decir “señor”.

—Escribir, señor.

—Tal vez, esta noche vas a aprender a escribir y a leer de corrido. ¿Reconoces este cuchillo?

—No, señor. ¿Ya me puedo ir?

—Este cuchillo es tuyo, mierda. Mis hombres lo encontraron junto con otras armas punzo-cortantes que ustedes almacenaban para dar un golpe y matar a los patrones. Quiero saber quiénes son tus cómplices.

—¿Mis cómplices?

—Fácil. Nos das sus nombres y te vas por esa puerta.

No entendía nada de lo que veía. No entendía por qué lo colgaban de los brazos. No entendía por qué lo azotaban. Pasó tres noches así como un cerdo muerto pendiente del gancho del carnicero. La mayor parte del tiempo estaba inconsciente. Durante las interrupciones de la tortura, de un baldazo de agua lo hacían despertar. Entonces, veía el bigote delgado del alférez exigiéndole que confesara.

Al cuarto día, lo bajaron del gancho y lo sentaron frente a Dubois.

No podía alzar la cabeza. El cuello no le obedecía.

—Átenlo contra el respaldar de la silla. Este tipo ya me cansó, carajo.

Lo inmovilizaron. Era innecesario porque no podía siquiera sostenerse. Se le habían terminado las fuerzas. No había resistido los tres días de hambre, los azotes, la castración, el dolor de las muelas destrozadas, la exposición al frío, la infección de las heridas sin curar.

El alférez Dubois se levantó del lugar donde había estado interrogándolo. Dio un rodeo por el cuarto y se le acercó por la espalda. Pero Santiago no lo sentía porque se había quedado dormido.

—¿Duermes? Parece que duermes.

Le puso los dedos sobre las cuencas de los ojos.

—Me han dicho que antes has sido ciego. Ahora vas a volver a serlo.... A menos que cambies de idea y nos des una lista de tus amigos.

Santiago despertó y miró la cara del alférez.

—Ve dando los nombres de tus amigos, y el sargento tendrá la amabilidad de ir apuntando.

Fue lo último que vio. Sintió que los dedos del joven militar se le incrustaban y experimentó un dolor mayor que todos los que ya había sufrido. Después, todo se le fue haciendo oscuro. Volvía a la oscuridad de donde había salido hacía algunos años. O tal vez regresaba a la oscuridad infinita de donde se viene cuando se llega a este mundo.

—Parece que éste ya se nos fue, alférez. Se nos ha ido, y no ha dicho una palabra.

—No te preocupes. Yo sé hacer que hablen los muertos. Sargento, usted va a ser el secretario. Este es el atestado policial. Copie estos nombres. Estos son los nombres que Santiago nos iba a dar....

Avisados por la esposa de Santiago, ese día César Vallejo y un grupo de ciudadanos se presentaron en el destacamento para solicitar noticias del desaparecido.

—¿Cómo dice, sargento? ¿Que vienen a exigirme noticias sobre ese hombre?... ¿Son insolentes, o terroristas? No, no los voy a recibir. ¿Quién dirige el grupo? ¿César Vallejo? ¿Quién es César Vallejo?

—César Vallejo es el ayudante del juez.

—¿Quién es César Vallejo, dijiste? ¿El mocoso que trabaja con el juez de paz?... Ey, espérense, mejor cortamos el asunto de una vez. Díganles que me esperen, que voy a hablar con ellos.

Salió a hablar con el grupo.

—¿Qué desean?

—Venimos a que nos explique qué ha pasado con Santiago... —comenzó Vallejo.

—Un momento... Si quiere usted hablar conmigo, diríjase en la forma adecuada. Diga usted “Venimos, mi alférez...”.

—No voy a decir eso porque no soy su subordinado.

Dubois no pudo reaccionar de inmediato. Estaba acostumbrado a que los humildes poblanos bajaran la cabeza. Se preguntó quién podía ser este tipo que se atrevía a desafiarlo. A lo mejor, era importante y de buena familia. De repente, era sobrino del Coronel Vallejo Uribarri. Se lo preguntaría en otra ocasión. Ahora, prefirió ser prudente.

—¿Qué quieren ustedes? ¿Que salga la fuerza armada en busca de un tipo que se ha escapado de su mujer? —Soltó la risa y quiso que el sargento lo acompañara en la broma, pero no lo logró.

—Esas no son las informaciones que tenemos —replicó Vallejo—. Sabemos que Santiago fue detenido hace tres noches por sus gendarmes y no ha vuelto a su casa.

—¡Ah, caramba! Me estoy equivocando de persona. Ustedes se refieren al terrorista que fue apresado el martes por la noche.

—Nos referimos a Santiago Castillo, trabajador en la mina. No es un terrorista.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿No será su compañero de partido? ¿No será usted también anarquista?

—La pregunta es cómo lo sabe usted. ¿De dónde ha sacado que Santiago sea terrorista? No ha habido ningún acto de terror en Quiruvilca. Además, queremos saber dónde está.

—¡Terrorista y antiperuano! ¡Saboteador de nuestros recursos naturales! ¡Antiperuano y vendido a los chilenos... como todos estos indios!

—Señor Dubois: Todos los hombres de esta tierra, con sus padres y sus abuelos, han dado su sangre en defensa de la patria. Cuando los extranjeros invadieron el Perú, fueron ellos los que formaron guerrillas. A ellos, el enemigo no les perdonó la vida. Cientos de hombres y mujeres. Por donde usted mire, está regada su sangre. Ellos son los que acompañaron a Cáceres. Ellos son los herederos de Grau y Bolognesi. Ellos son el Perú, y no unos cuantos miserables. No uno cuantos cobardes que hoy se disfrazan de soldados.

Ahora, Dubois estaba seguro de que Vallejo tenía un pariente importante. No podía hablarle de esa manera si no fuera así. En esos momentos, el juez Ayllón se había sumado al grupo de los que reclamaban noticias sobre Santiago. El alférez se moderó.

—Cálmese, señor Vallejo. No me falte el respeto. Ese señor fue detenido porque estaba organizando un complot contra la mina. Iban a asesinar al superintendente y a su familia. Lo supimos a tiempo y cortamos la conspiración.

—Queremos saber dónde está Santiago. ¿Dónde lo tienen detenido?

—¡Dónde estará!... Si usted lo llega a saber, avíseme. Fue detenido el martes, pero cuando lo traían, escapó. Quiso matar a uno de mis gendarmes, y escapó... Ahora, retírense. ¡Retírense, por favor!

El Juez de Paz, Eleodoro Ayllón, recibió cuatro días después un telegrama de la Corte Superior de Trujillo en el que lo separaban del cargo en que había trabajado más de treinta años y le daban las gracias “por los importantes servicios prestados a la nación.”

—¡Es por mi culpa, señor juez!... Usted no estaba en el grupo al comienzo.

—Me duele que no me avisaras, César. No estoy tan viejo. Me uní a la protesta porque tenía que hacerlo. Me lo dictó mi conciencia.

La luna estaba en el oeste, bajo la oscura silueta de las montañas. Si lo que dijo el alférez era cierto, por esos rumbos se iría Santiago hacia la Costa. Si no era así, su espíritu estaría alzando vuelo. Para el juez y su ayudante, también era hora de irse.

César preguntó:

—Y ahora, ¿no le parece que me persiguen los fracasos?

—¿Fracasos, muchacho?... Ahora ya sabes para qué existes. Ya sabes también a quiénes defiendes. Dentro de poco, sabrás por completo quién es César Vallejo.

—¿Y usted qué va a hacer?

—¿Qué voy a hacer?... ¡Mis maletas!... La administración de la mina me ha comunicado que debo dejar mi casa al próximo juez.

Se le acercó su esposa.

—Me voy con ella a Trujillo. No hemos tenido hijos. Ella está vieja y, si me ocurriera algo, se quedaría en la soledad más espantosa. Y tú también, sal de inmediato. Tú puedes ser el próximo terrorista, la próxima víctima del Alférez Dubois.

El juez alto, delgado y narigón se sentó por última vez frente a la mesa de su despacho, levantó la pluma, la mojó en tinta de color índigo y comenzó a arañar una página.

—¿Y ahora qué escribe? Más bien, ¿a quién le escribe?

—¡Cómo! ¡A la Corte! Me han dado las gracias por los importantes servicios prestados a la nación...

Escribió dos líneas y vertió sobre ellas el polvo secador. Como si hablara con la página, murmuró: Señora Corte, Señora Nación: Váyanse rapidito a la puta que las parió.

Sin puesto de trabajo, César siguió el consejo del juez y marchó hacia su pueblo. Se iba a tardar un poco en llegar. Mientras tanto, ocurrieron varias cosas en Quiruvilca.

El alférez y dos soldados de su confianza llevaron el cadáver de Santiago a la alameda que sale del pueblo. Era de madrugada y nadie los vio mientras buscaban un árbol bastante alto. Allí colgaron al muerto.

Al terminar la tarea, el militar se alejó unos diez metros. Como si fuera un artista, contempló extasiado su obra. El muerto se mecía como si fuera un espantapájaros.

Dubois escupió:

—También deberíamos haber colgado al otro —dijo.

Tres días después, hizo que bajaran del árbol al muerto. Luego, ordenó que un gendarme llevara a Santiago de Chuco una caja con los restos y la entregara al cura del pueblo.

—Manda decir el alférez que allí le manda a su campanero. Quiere que sus fieles se enteren de lo que les ocurre a los rebeldes anarquistas.

Dubois no ganó los galones de teniente. La superioridad quedó muy impresionada por lo que los periódicos el primero de agosto de 1910 titulaban “Debelan temible foco de agitación anarcosindicalista. Terroristas en fuga” Al día siguiente añadieron: “El pueblo se hace justicia. Humildes campesinos capturan al terrorista y lo cuelgan de un árbol.”

Pero no le dieron el ascenso a Dubois. Otro blanco de Lima, con más influencias, lo obtuvo.

César Vallejo acudió con su familia al entierro de los restos del campanero. Llovía duro en el cementerio. Levantó la diestra y la extendió con la palma vuelta hacia el cielo.

—Gotean los recuerdos. ¡Cómo olvidar!

A la salida del panteón, el agua había formado una laguna. César se miró en ella y pensó que ya no era el César de ayer. El rostro que lo miraba desde el agua había recibido golpes tremendos de la vida. Era otro. Sus pies hacían huellas en el lodo:

“Es como si contara mis pisadas”.

9
Rita de junco y capulí

César Vallejo no tenía futuro. Había fracasado en sus intentos universitarios en Lima y Trujillo por falta de dinero. La reciente experiencia de Quiruvilca le hacía ver que su libertad tampoco era segura. Llegó a Santiago el 19 de febrero de 1911 y, mientras entraba, se dijo que los derechos y la propia vida de las personas tenían menos importancia que la propiedad de los ricos en una patria tan feroz como la suya.

El hombre que conducía la reata de mulas dijo "¡So, So!" a la entrada del pueblo para detener a sus bestias y dejar allí a los viajeros. Eran las siete de la mañana y, provisto de un ligero equipaje, el joven inició la caminata hacia la casa paterna.

De repente, una muchacha llegó corriendo hasta donde él caminaba, y se puso a trotar a la misma velocidad.

Le pareció gracioso y la saludó con una inclinación de cabeza. Ella le sonrió y le dijo con aire festivo:

—¡Hola, hola!

Era una chica bastante bonita y no dejaba de reír y de trotar a su lado. Daba la impresión de conocerlo.

—Te llamas César Vallejo, ¿no?

Iba a preguntarle cómo lo sabía, pero por linda que fuera la chica, estaba de prisa y no quería provocar una conversación irrelevante.

—¡Ajá!

Ella trotó entonces a más velocidad, pero cuando se encontraba a una cuadra de distancia, dio la vuelta para encontrarse de nuevo con él.

—Se saluda, ¿no?

—Creo que ya te saludé. Además, no sé tu nombre.

—¡Qué ingrata es la memoria de los hombres! —dijo la muchacha. Tiró la cabeza hacia atrás e hizo el tono de una mujer mayor. Arrancó un tallo de la hierba y empezó a mordisquearlo. Lo miraba de soslayo.

—¿Qué haces?

—Ya ves. Llego de viaje.

—Se nota, pero no sé que hacías fuera de Santiago. Ah, ya sé. Eres universitario y también juez de paz.

Luego golpeó una piedra con la punta del zapato.

—¡Gooool! —gritó.

—¿Me dejarás pasar?

—Ya.

Comenzó a reconocerla.

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué te importa?

—No. Imposible. ¿No serás...?

—Soy Rita. Y tú eres un viejo amnésico.

Entonces, ambos rieron a la vez. César arregló el maletín sobre la espalda y avanzó con Rita a su costado jugando a quien arrojaba más lejos con el pie las piedras del camino.

Era su vecina. La había dejado de ver cuando todavía era muy pequeña, pero ahora era una quinceañera muy guapa. De niña, ella le pedía su pañuelo y lo planchaba. Ahora, en el momento en que llegaban a la casa de la familia Vallejo, le dijo.

—Nos veremos, ¿no es cierto? Tenemos mucho que hablar.

César estaba asombrado y se preguntaba qué era lo que tenía que hablar con la muchacha.

—¿Por cuánto tiempo vienes? ¿Por las vacaciones?

—Digamos que sí. Por las vacaciones.

—Tendremos tiempo. Quiero que me cuentes cómo es Trujillo.

Pureza amada, que mis ojos nunca
llegaron a gozar. Pureza absurda!

Yo sé que estabas en la carne un día
cuando yo hilaba aún mi embrión de vida.

Pureza en falda neutra de colegio;
y leche azul dentro del trigo tierno...

Se siguieron viendo. César solía detenerse junto a la ventana de Rita. Los barrotes y la celosía eran lo único que podía ver. Hablaba como si lo estuviera haciendo a solas mientras que Rita le seguía el juego y hablaba también desde adentro. A veces, no podía contenerse y abría la ventana.

Se acabó el extraño, con quien, tarde
la noche regresabas parla y parla...

Los padres de la muchacha advirtieron que esas conversaciones eran muy frecuentes, y no se sentían felices con la posibilidad de un idilio. La distancia social entre los dos jóvenes era insuperable.

El muchacho procedía de una familia de la clase media del pueblo, pero no era un pretendiente ideal. Los dueños de la gigantesca hacienda Julcán suponían que, llegado el momento, su hija debía casarse con algún muchacho de alto nivel social y económico. Mejor, si provenía de Trujillo o de Lima. Los jóvenes se vieron y conversaron mucho durante lo que quedaba de 1911. En 1912, los padres dieron un paso drástico. Rita fue enviada a Trujillo bajo el estricto cuidado de las madres dominicas francesas que regentaban el colegio Santa Rosa.

Aunque la educación allí era la adecuada para su rango, se trataba de una acción preventiva. Casi, de un castigo. En Santa Rosa, se impartía primaria completa, pero lo más importante eran las clases de administración del hogar y de refinamientos sociales a fin de convertir a las jóvenes en mujeres cultas y mundanas, capaces de encontrar un buen partido en el momento más adecuado.

En 1913, llegó César a Trujillo y, hacia la mitad del año, se volvió a iniciar la relación. Todo era tan secreto que siquiera los amigos de César lo sabían. El estricto régimen de internado le impedía a Rita salir a la calle. Sólo lo hacía con sus compañeras para ir a la iglesia catedral a escuchar misa los domingos. Luego, las educandas recorrían, en filas de a dos, por la vereda, las cuatro cuadras que separan a la basílica del centro de estudios. César Abraham esperaba en la intersección de las calles Progreso y Orbegoso y allí se miraban largamente. Después, había que esperar hasta el próximo domingo.

César Abraham logró hacerle llegar algunas cartas que ella respondió por el mismo conducto. Necesitaban la complicidad de un amigo y encontraron la de Carlos Valderrama. El músico ingresaba al colegio para tocar el piano del coro. Rita, que era soprano, se le acercaba e intercambiaban las misivas.

Un día se animó a hacerle la confidencia.

—Gracias, Carlos. Te lo debo contar. Creo que amo a Rita desde siempre. Tal vez, me acerca a ella su voz, que canta todo el tiempo como cantaba mi madre. No sé si es eso. Lo cierto es que el domingo luego de la misa, la miré y la miré, y supe cómo he de morirme.

Por fin, lo que había sido una conversación de adolescentes en Santiago de Chuco se transformó en Trujillo, debido a la prohibición de los padres en una tormenta difícil de contener y presta a estallar en cualquier momento. ¿Qué otra elección puede hacerse frente al viento que dejarse llevar? La pasión no era para ellos sólo un sentimiento; era un destino.

"Me llevan de regreso a Santiago de Chuco, César. No les basta el internado. Saben que estás en Trujillo y quieren alejarnos para siempre. Mis padres se escriben con la directora y le han indicado que me sacan del colegio. La madre Marie Antoinette me lo ha contado. Van a tenerme unas semanas en la hacienda y luego me llevarán a Lima. Parto el 14 de marzo. Quizás esta carta es lo último que sepas de mí..."

César se dio cuenta de que su historia habría de ser siempre la de una pérdida total de todo lo que amara.

"Lo entiendo. Te amo. Lo entiendo..."

No pudo escribir más. Ella le respondió:

"A Menocucho, voy por tren. Allí me esperan el caporal y alguna gente armada para escoltarme hasta Santiago. Se me ocurre que yo puedo llegar un día antes que ellos. Tú puedes tomar el tren anterior y esperarme."

Eso fue lo que decidieron.

La esfera terrestre del amor
que rezagóse abajo, da vuelta
y vuelta sin parar segundo,
y nosotros estamos condenados a sufrir
como un centro su girar.

Los vagones del tren giraban lentos y pesados. Giraban sus ruedas. Giraban los vagones mientras entraban y salían de túneles abruptos y aparecían entre valles y cordilleras, por encima y por debajo del mundo. Desde una ventana del tren a Menocucho, surgió la mirada de César Vallejo y se posó en el último y en el primero de los vagones cuyas ruedas como la esfera terrestre del amor daban vueltas y vueltas sin parar un segundo.

Por fin el tren se detuvo en una estación soñolienta. Allí, junto a decenas de viajeros, César avanzó sin saber por completo si estaba entrando dentro de un sueño o saliendo de él.

El poeta avanzó hacia una posada situada al final del pueblo. Las calles eran dos líneas paralelas con casas como para pájaros y tejados sobre los cuales picoteaba de rato en rato algún ave salvaje. Por fin penetró en la posada, le dieron una llave y subió al segundo piso. Su habitación era enorme, y estaba dotada de una cama y un ropero con un espejo que le devolvía en la oscuridad húmeda su mirada brillante.

En el patio, se dibujaba un asno junto a una mata de geranios y varias macetas primorosas. Debía esperar allí tres días hasta que el próximo tren venido de Trujillo le trajera la aparición deseada. Durante ese lapso, que le parecería eterno, su vida estaría reducida a unas cuantas actividades elementales como sentarse en la cama, tomar un papel, tratar de escribir, descubrir que no podía hacerlo y por fin acercarse a la ventana

y ver al burro dibujado y la mata de geranios y a lo lejos, vaporosa, la estación donde todavía no había llegado el tren siguiente.

Aunque soñó mil veces que no llegaba, el tren arribó por fin. El sonido precedía a la imagen y otra vez, César escuchó las centenares de ruedas que sollozaban y se rezagaban y que daban vueltas y vueltas sin parar un segundo como la esfera terrestre del amor. Era el tren que llegaba de Trujillo a las seis de la tarde cuando ya las oscuridades se habían apoderado de Menocucho. Pero él debía continuar esperando. Había sido convenido que no la esperara en la estación, sino en ese albergue. Pudo observar al grupo de viajeros que caminaban hacia las diversas posadas del pueblo.

Se iban a ver por última vez sobre la tierra mientras la noche, negra y cálida, daba vueltas en torno a la hacienda Menocucho. El cielo parecía inundado por un agua oscura en la que surgían por oleadas miles de luminarias.

No debía hablar con nadie ni preguntar por la joven, sino resignarse a esperar.

Cuando eran las seis y media y todo estaba a oscuras, Vallejo salió por fin de su habitación, dio unos pasos y penetró en la de al lado que estaba entreabierta. A pesar de que cada cuarto contaba con una lámpara de querosene, la luz de esa lámpara se proyectaba en millares de mosquitos, pero no iluminaba ni daba cuerpo a los dos cuerpos que se acercaban y que estaban tratando de encontrarse.

Por fin se acercaron lo suficiente como para convencerse de que existían y estaban solos. Como dos astros perdidos en el silencio del universo. Como dos estrellas que bajan juntas al abismo. Todo el universo había desaparecido, excepto los luceros, pero se estaban derritiendo. Ellos parecían convertidos en dos soles giradores y ardientes. Alguien apagó la luna.

—Dios mío, Dios mío.

Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita
de junco y capulí;
ahora que me asfixia Bizancio, y que dormita
la sangre, como flojo cognac, dentro de mí.

Dónde estarán sus manos que en actitud contrita
planchaban en las tardes blancuras por venir,
ahora, en esta lluvia que me quita
las ganas de vivir.

Qué será de su falda de franela; de sus
afanes; de su andar;
de su sabor a cañas de mayo del lugar.

Ha de estarse a la puerta mirando algún celaje;
Y al fin dirá temblando: "Que frío hay.... Jesús!"
Y llorará en las tejas un pájaro salvaje.

Toda la noche llovió. Las tejas hablaban con la lluvia. Eran lo único que hablaba aquella noche.

Debajo de las tejas alguien lloraba. O tal vez soñaba que lo estaba haciendo.

—Está a punto de llegar el alba.

—Sí.

—¿Estas seguro de que estás aquí? ¿Estás seguro de que estamos juntos?

—No puedo estarlo. Creo que dormimos un rato y creo que aún en el sueño te seguí viendo. Esto puede ser el sueño.

—Estás muy delgado.

Ella casi no tenía aliento para hablar; él callaba. Sólo se le ocurría decirle que no había pensado que fuera tan hermosa.

—¿Estás seguro de que estás bien? —preguntó Rita.

—De una sola cosa estoy seguro.

—¿Sí?

—De que todo está predeterminado, y de que el tiempo está corriendo.

—¿Pero, crees que todo esto tiene sentido? Digo... si sólo vamos a vernos esta vez en toda la vida —volvió a preguntar, y ella misma se respondió:

—Sí. Lo tiene —aseguró como si en ese momento hubiera alcanzado la plena madurez—. Esto no dura dos días. Esto no transcurre.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Esto que vivimos no es un día. Es más largo que eso. Es un recuerdo. Es uno de tus poemas.

Lo besó sin pasión como lo hace la brisa en los jardines. Lo besó solemne como el mar besa la imagen de la luna. Lo volvió a besar sin pausa como si hubiera vuelto la tormenta.

Más tarde, bajaron a tomar desayuno. Nunca habían estado juntos en ningún lugar público, pero ambos tenían la sensación de que todo aquello ya había ocurrido, o continuaría ocurriendo por siempre.

Habían pasado la noche y ahora probaban el desayuno sin que los viajeros o los dueños del hospedaje repararan en ellos. Aunque juntos, eran dos personajes invisibles que trataban de mirar únicamente el café, pero cuando ella levantó los ojos, estaba llorando.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo lo supieron? —inquirió César.

—¿Lo supieron? —Rita contestó con una pregunta.

—No lo sé. Supongo.

—¿Qué es lo que tendrían que haber sabido?

—No sé qué es lo que tendrían que haber sabido.

—¿Es esto lo que debemos decirnos esta vez que es la última vez?

—Te he dicho otras cosas —insistió César.

—Me has dicho cosas que son imposibles.

—¿Imposibles?

—César, por Dios. Vivimos en un tiempo que no es el nuestro. Llegarán épocas diferentes, pero no son las que nos estaban reservadas.

—Me resisto a creer en imposibles.

—Tú sabes más que yo que lo son. Escaparnos, huirnos juntos. ¿Hacia dónde? Ya hemos hablado bastante. No sirve que sigamos pensando en ello.

—¿Entonces, en qué pensamos?

—Mis padres fueron a Trujillo hace seis meses y me preguntaron si continuábamos viéndonos. Les pregunté que cómo podíamos hacerlo. Ellos se quedaron mirando y prefirieron no responder como para no darme ideas.

—Pero si nunca hemos estado tan cerca. Si es la primera vez en la vida.

—En esta vida. ¿Crees que habrá otra?

—No sé.

—Siguieron preguntándome y yo les respondía siempre con la pregunta de qué cosa podríamos hacer para vernos. Tal vez fueron ellos los que me dieron la idea de todo lo que estamos haciendo.

—Dijiste que lo estamos haciendo. ¿Estás segura?

—¿Y tú estás seguro?

El cerró los ojos. Se llevó ambas manos a la cara. Repitió la pregunta.

—¿Les dijiste algo?

—¿Qué podría decirles?

—No sé. Algo.

—Les dije que éramos amantes.

César Abraham sonrió. Nunca habían estado a una distancia más corta que dos o tres metros. No se habían conocido, sino en sueños... hasta ahora.

—A lo mejor dije la verdad. A lo mejor vamos a serlo toda la vida.... en la otra vida.

—¿Y tu padre? ¿Qué dijo tu padre?

—Me miró.

—¿Cuándo fue eso?

—Ellos llegaron de Santiago y fueron al colegio. Conversaron con la madre superiora y le dijeron que tenían mucho que hablar conmigo y también con ella.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó Vallejo, y unos segundos más tarde advirtió que eso era imposible.

—¿Por qué les dijiste lo que todavía no éramos? —cambió la pregunta.

—No sé. Fue la arrogancia de mis padres. Me dolió.

Ella volvió a mirar el café. Él no había levantado los ojos todo el tiempo. Tan sólo había movido los hombros cuando hablaba.

—No llores, Rita. Por favor, no llores.

—Hablaremos de eso después. Déjame que te arregle el pelo —Rita comenzó a mesar la melena de César mientras sonreía.

—No, este mundo no está hecho para nosotros. No, mi querido Beethoven. ¡No, no, no!... Te lo repito. Nosotros y estos días somos solamente un recuerdo.

—Son días maravillosos.

—Milagrosos, eso es lo que son. Los recuerdos son siempre milagrosos.

Mientras hablaba, no estaba segura si sonreía o lloraba. De todas maneras, sacó un pañuelo y se secó los ojos.

—Sólo nos quedan estas horas. Estaba escrito que nos veríamos durante cuarenta y ocho horas. Digo... es como si estuviera escrito.

—¿Estas seguro de que nos estamos viendo?

—Tú dices que estaba escrito.

—En un libro —exclamó ella y repitió:

—Estaba escrito o estará escrito.

Volvieron a la habitación. Dormirían a ratos.

—¿Sabes? Te he visto en un extraño sueño.

—¿Y esto no es también un sueño?

—En ese sueño, tú estabas muerto, rodeado por gente extraña. No se veía tu mirada brillante. No estaba más sobre el planeta

—¿Sí?

—Creo que ha sido cuando ya se estaba terminando la noche que te vi. Todo el mundo estaba llorando. Las monjas de mi colegio rezaban, rezaban y rezaban. Tu madre lloraba desde el cielo. También lloraba yo y gritaba que me iba contigo en el tren.

Arriero, vas fabulosamente vidriado de sudor.
La hacienda Menocucho
cobra mil sinsabores diarios por la vida.

Las doce. Estamos a la cintura del día.
El sol que duele mucho.

Dolía el sol. Volvieron al hotel, y se abrazaron como si estuvieran intentando formar un rompecabezas. Querían dormir para no despertarse más.

—No puedo hacer lo que me pides —dijo ella—. Tú sabes bien que no podemos huir juntos. No sabemos ni siquiera a qué pueblo iríamos.

Agregó:

—No estoy ni siquiera en la edad del matrimonio.

Él la miró y supo que el tiempo estaba pasando y que los actos de su vida siempre lo conducirían hacia un imposible.

Quisieron convencerse de que estaban juntos y avanzaron por las dos calles de Menocucho tomados de la mano. El viento venía desde una quebrada, daba vueltas en torno de los últimos árboles del valle y se acercaba a ellos. El sol estaba cada vez mas cerca de ellos y el mundo se tornaba rojo.

En la pequeña plaza del pueblo se sentaron, y la puerta de la iglesia estaba abierta, pero no entraron a hacer ningún juramento porque no había nada que pudieran jurarse. Únicamente se miraron. Tal vez en esos momentos comenzaban a hacerse invisibles para siempre.

Quizás Rita temió que toda la escena fuera un sueño. Para convencerse de que estaba despierta, asió fuertemente a César de la mano y se levantó con él en dirección del hospedaje.

La última conversación entre ellos fue la siguiente:

—¿Crees que nos consideran amantes?

—¿Acaso no lo somos?

—Digo. Desde siempre, desde antes de antes.

Tal vez esta conversación discurrió en la noche. Tal vez ella cerró los ojos y el le aconsejó:

—¡Duérmete!

Ella volvió a soñar con él, y entre sueños preguntó:

—¿Crees que nos consideran criminales?

—¿No lo somos?

—¿Cuánto tiempo te gustaría dormir?

—Mil años por lo menos. Duérmete.

10

Trujillo es un espejismo

En 1913, llegó César a Trujillo. Allí debía proseguir los estudios universitarios que antes abandonara por falta de dinero.

—Trujillo es un espejismo —le dijo al despedirse el juez Eleodoro Ayllón.

Según él, todo era intenso en esa ciudad como si todo y todos, las calles y la gente, quisieran prevalecer sobre las ilusiones del prolongado desierto peruano.

—Las casas están pintadas de un color amarillo muy manso, pero los amores, las pasiones e incluso el viento, son vivos y vehementes allí —le advirtió.

—La ciudad es un oráculo —añadió—. Los chamanes dicen que está colmada de mensajes. Afirman que cuando se llega a Trujillo, basta con dormir una noche para entenderlo todo en la vida, o casi todo. El resto, según ellos, tiene que ser vivido.

Le habló de Chan Chan, a dos o tres kilómetros de allí, y le dijo que era la ciudad de barro más grande del mundo en los días en que Cristo predicaba en Jerusalén.

—En la región no llueve nunca —le informó—. O tal vez, sí. Estallan tormentas una o dos veces por siglo, y pueden llevarse una ciudad o una civilización.

Ambos tenían que partir cuanto antes, pero el viejo juez de paz se remontaba al final de la era Jurásica.

—El aire frío del Océano Pacífico avanza hacia la Costa y choca con los Andes. En una región que debería de ser caliente y tropical, el aire encajonado establece la eterna primavera. Debe ser por eso, que todo anda como guardado allí, y el tiempo parece que no transcurre.

Para conseguir algún dinero, Vallejo trabajó en la hacienda Roma, una moderna empresa de caña de azúcar con más de cuatro mil peones.

Como todos los empleados, habitaba en una vivienda colectiva. El propietario de la hacienda, don Víctor Larco, había instituido una especie de internado. Establecía horas para el descanso obligatorio de sus empleados y se daba el lujo de esperarlos a la puerta o de entrar en alguna fiesta para recordarles que ya era tiempo de acostarse. Había que levantarse temprano a la mañana siguiente e ir a trabajar.

De todas maneras, César no podía quejarse. En contraste con la suya, la vida de los macheteros era infame. Muchos quedaban mutilados o desfigurados y no tenían más alternativa que abandonar la hacienda y formar parte del contingente de inválidos que exhibía su miseria en las plazas e imploraba piedad y limosna a la vera de las iglesias.

Todos los días, en el inmenso patio de la empresa, presenciaba un espectáculo doloroso. Los peones se ponían en fila y pasaban lista cuando apenas eran las cinco de la mañana. De allí iban a los cañaverales a trabajar hasta el sol poniente con tan sólo un puñado de arroz cocido por alimento.

—De allí salí marcado —contó después.

En febrero de 1913, pensó que ya era suficiente. Recibió la última paga de la hacienda y se dirigió a Trujillo. El régimen casi monacal impuesto por Larco a los empleados le había permitido ahorrar. Ahora, tenía dinero para matricularse en la universidad y vivir con modestia durante un año. Metió sus escasas pertenencias en una pequeña maleta y tomó el tren.

—Estoy marcado —se repitió en el vagón que lo conducía.

Llegó unos minutos antes de que cerraran la Portada de Mansiche con llave, como solían hacerlo a las seis de la tarde. A pie, se encaminó hacia la Plaza Mayor. Las cúpulas de la catedral flotaban suspendidas sobre una neblina densa. Se quedó mirando

el viejo edificio conventual de la Universidad. Le pareció ver las sombras de los jesuitas que transitaron allí hasta el siglo XVIII. Los vio huyendo apresurados frente al decreto de Carlos III que los expulsaba de sus reinos por conspirar a favor de la independencia y les daba un plazo perentorio para marcharse. Recordó al Libertador Bolívar quien convirtió el convento en la primera universidad de la América independiente. Sus amigos viejos, el maestro Abraham Arias y el juez Eleodoro Ayllón le habían dicho que allí comenzaría a cumplirse su destino. Sonrió como si lo hubiera sabido desde siempre. Resonaron las campanas de la catedral.

Tristes campanas muertas, sepultadas
en el féretro gris del campanario,
son como almas de bardos olvidadas
en un trágico sueño solitario.

Abstraídas, silentes, enlutadas,
cual sombras de un martirio visionario,
por los rayos del véspero doradas
son lágrimas que vierte el campanario...

Apenas llegado, consiguió un departamento en el viejo Hotel del Arco, a una cuadra de la Plaza Mayor. Al día siguiente, muy temprano, ya estaba iniciando los trámites de su matrícula en la universidad. El primero de ellos fue hacer un tedioso examen médico en el que debía contestar decenas de preguntas sobre su salud y la de sus padres. Luego le pusieron una vacuna en el brazo derecho y le advirtieron que probablemente le iba a arder y le ocasionaría fiebre. Por fin, le dieron instrucciones de incorporarse a un grupo de postulantes de pie frente a una larga banca de madera.

—Uno, dos... uno, dos. Cuando yo diga uno, suben a la banca. Bajen cuando diga dos.

Subió y bajó durante media hora para demostrar que no padecía enfermedad cardiaca alguna.

Era la última semana de febrero de 1913. César terminó de matricularse en el primer año de Letras de la Universidad de Trujillo luego de todo un día de cumplir las exigencias burocráticas correspondientes. Se había pasado la mañana en ayunas esperando al médico que pasaba revista a los futuros estudiantes. Había tenido que certificar en la Notaría Chávez que su partida de bautismo era auténtica. Había corrido con sus papeles de una a otra oficina y por fin tenía la cédula de registro en un bolsillo del saco cuando ya eran las cuatro de la tarde.

Descansó en una de las bancas de la Plaza Mayor y, allí otra vez, contemplando el inmenso cielo, se preguntó por su destino. Dormitó y ya despierto, tomó los ejemplares de “La Industria” que había llevado consigo para leer en los ratos libres del día de la matrícula.

En todos los ejemplares, la palabra México destacaba con tipografía enorme. Se informaba sobre las convulsiones de una revolución social que ya llevaba más de dos años de iniciada y parecía que no iba a terminar jamás.

Somos partidarios de los principios y no de los hombres. Nuestro postulado es “La tierra es para quien la trabaje con sus manos”. Nuestro lema: Tierra y Libertad.

Francisco Madero, el primer presidente democrático, estaba en problemas. Había sido él quien, armado solamente de su coraje y de su honorabilidad, diera fin a la larga tiranía de Porfirio Díaz. Pero había dejado intacto el ejército, y los militares se habían sublevado.

Vallejo leyó de corrido los titulares:

Domingo 9 de febrero de 1913.- Los sublevados liberan a Bernardo Reyes y Félix Díaz. Madero se dirige a Cuernavaca en busca de Felipe Ángeles para que se defienda la Plaza.

Lunes 10.- Los diarios capitalinos no aparecen. Temor general. No hay transporte y las tiendas permanecen cerradas.

Martes 11.- Se bombardea la Ciudadela. Son aniquilados dos batallones.

Miércoles 12.- Escapan los presos de la cárcel de Belén. La ciudad queda sin servicios.

Jueves 13.- Recrudece la lucha en la ciudadela y sus alrededores. Se disparan mil cañonazos por minuto.

Viernes 14.- Varios edificios públicos son dañados. Muchos civiles mueren por causas de "balas perdidas".

Sábado 15.- Madero rechaza a los senadores que le piden su renuncia. La ciudad se llena de humo producido por los cadáveres incinerados.

Domingo 16.- Se pacta un armisticio que es roto al poco tiempo. Mueren cerca de 300 civiles ajenos a la lucha.

Lunes 17.- Continúan los enfrentamientos.

Martes 18.- Se celebra el Pacto de la Embajada entre Félix Díaz y Huerta con la aprobación del embajador norteamericano, Henry Lane Wilson, Madero y Pino Suárez son aprehendidos al Salir del Palacio Nacional.

Miércoles 19.- Madero y Pino Suárez son obligados a renunciar. Tres días después son asesinados alevosamente. Huerta asume la presidencia.

En una página interior, leyó la confesión orgullosa del sicario Francisco Cárdenas, asesino de Madero:

Los prisioneros, al ver aquello, comprendieron lo que les esperaba y protestaron con frases duras para mi General Huerta. Más como la orden tenía que cumplirse, a empellones los hice entrar al interior de la caballeriza donde los puse al fondo para que mis muchachos tiraran. El Vicepresidente fue el primero que murió, pues al ver que se le iba a disparar comenzó a correr, di la orden de fuego y los proyectiles lo clarearon hasta dejarlo sin vida, cayendo sobre un montón de paja. El Sr. Madero vio todo aquello y cuando le dije que a él le tocaba, se fue sobre mí, diciéndome que no fuéramos asesinos, que se mataba con él a la República. Yo me eché a reír y cogiéndolo por el cuello, lo llevé contra la pared, saqué mi revolver y le disparé un tiro en la cara, cayendo en seguida pesadamente al suelo. La sangre me saltó sobre el uniforme.

Le pareció que aquella historia también podía haber ocurrido en el Perú. Sí, ¿por qué? La foto le recordaba a alguien.

“Francisco Cárdenas es físicamente el doble del Alférez Dubois. Entre criminales se parecen” se dijo.

Las otras páginas eran más alentadoras.

Emiliano Zapata, el caudillo del Sur, avanzaba por el prolongado mapa de México despojando a los ricos y entregando las tierras a los campesinos pobres. En el norte, Pancho Villa aterrorizaba al mundo.

De pronto, se sintió observado.

—Eso también va a ocurrir en el Perú, ¿no cree?

Alzó la vista y se encontró con un muchacho alto y delgado que había visto en el interior del claustro universitario.

—Me llamo Víctor Raúl Haya de la Torre —dijo— y parece que vamos a ser compañeros de clase.

Iban a ser amigos para toda la vida.

Haya de la Torre le presentó a Antenor Orrego, un joven que a pesar de ser tres meses menor que Vallejo y de tener apenas tres años más que Haya, sería el orientador de ambos y dejaría su marca en todo cuanto ellos hicieran.

Ocupaba Orrego la jefatura de redacción de "La Reforma", un periódico que, además de mantener una actitud progresista frente a la lucha social, se abrió a la publicación de ensayos y de poemas.

En esos días, se comenzaba a reunir un grupo de jóvenes escritores y artistas conocidos como la "Bohemia de Trujillo". No se daría en el Perú un caso similar en el que se congregaran tantas mentalidades que rayaban en el genio y cuya propuesta social y estética trascendería fronteras.

Había poetas como el propio Vallejo, Alcides Spelucín, Francisco Xandóval y Oscar Imaña. Carlos Valderrama era el músico del grupo. Macedonio de la Torre, el pintor. El pensamiento político y filosófico de Orrego y Haya de la Torre se convertiría en una propuesta continental para que toda la América al sur del Río Grande se uniera, escogiera un camino socialista y rechazara cualquier injerencia de los Estados Unidos en la construcción de su destino. América Latina era para Orrego un Pueblo Continente.

En Orrego, los jóvenes hallaron al director de la orquesta y, al mismo tiempo, la persistente advertencia de que estaban llamados a cumplir una misión en la historia.

Varios eran los cenáculos en que se congregaban. Uno era el departamento de José Eulogio Garrido, a pocos metros de la Plaza de Armas, frente a la catedral.

Había que contar, además, la vivienda del propio Antenor Orrego en la primera cuadra del jirón Salaverry, el departamento de soltero de Juan Espejo Asturrizaga y la mansión familiar de Macedonio de la Torre.

Artistas y escritores de otros lados del país llegaron a visitarlos. El poeta Juan Parra del Riego habló de ellos en un artículo publicado en la revista "Balnearios" de Lima en 1916 donde cuenta su reunión con el grupo en la *garçonnière* de Garrido:

—El poeta Parra del Riego —remedaron veinte voces.

—Señores, tanto gusto —sonrisas, apretones de manos. Doblamientos vertebrales. Ya éramos amigos. Nos sentamos. Y el periodista Garrido habló:

—Ahora le debo explicar a usted lo que es nuestra "Bohemia". Todos estos señores que usted ve acá, poetas, novelistas, sicólogos, algunos genios... (Risas. Comencé a conocer el carácter burlón de Garrido)... nos reunimos en esta sala de mi casa los miércoles y sábados para "hacer dos horas de lectura". Naturalmente, vinculados por este eslabón intelectual, nos paseamos juntos, de cuando en cuando almorzamos en grupo o hacemos también en grupo excursiones a las ruinas de Chanchán por las tardes o en noche de luna a las playas vecinas. Esta es nuestra terrible bohemia, señor Parra.

Abraham Valdelomar los recordó en sus crónicas de viaje:

"Noches de luna sobre la solemne ciudad muerta de Chanchán; alegre sol sobre los verdes arbolillos de Ascope; hostilidad salina en Salaverry; morro frente al mar, coronado por las tumbas del cementerio, donde las tumbas son como mástiles de una escuadra fantástica en Pacasmayo...".

Nunca había conocido César Vallejo tanta gente que se le pareciera. En el colegio nacional de Huamachuco, los adolescentes de su edad lo habían hecho sentir como una persona diferente. No tenía muchos temas en común para conversar con ellos, y eso lo empujaba a la soledad. El mundo de los libros era solamente suyo, no lo compartía con muchos amigos. En cambio, aquí, en Trujillo todo era diferente.

Culminó con honores los años de Letras. En 1915, su tesis era aprobada y calificada de brillante. “El romanticismo en la poesía castellana” apareció en un pulcro ejemplar de la Tipografía Olaya. Era su primer libro.

La Reforma, 24 de setiembre de 1915

GRADO NOTABLE

Fue el que optó anteayer a las 5 de la tarde en el General de la Universidad el alumno César Vallejo, quien leyó para el caso una brillante tesis sobre el Romanticismo Literario, demostrando su vasta preparación en el punto y que le mereció prolongadas ovaciones por los numerosos concurrentes y las felicitaciones consiguientes. Objetaron la tesis los señores Boloña y Quevedo, a quienes el graduando replicó con galanura y fluidez en el estilo, obteniendo con tal motivo la nota de diecinueve puntos. Terminado que fue el acto, el indicado señor Vallejo invitó a sus compañeros de aula al Bar Americano, agasajándolos con una copa de champagne.

*****

Aunque estaba anunciado para las ocho de la mañana, el “Pato Negro” entró en el penal a la una de la tarde. La prisión tenía un médico pagado por el Estado, pero aquél nunca llegaba. Por eso, el curandero era la solución. Curaba las enfermedades con yerbas que él mismo ofrecía, y no exigía un pago por ello. Los enfermos que podían hacerlo retribuían sus servicios con dinero o con alimentos traídos por sus familiares.

Durante la mañana, mientras lo esperaban, muchos aseguraron que era el mejor maestro del norte. Ni el “Caballo Blanco”, ni el “Águila Negra” se le acercaban en importancia. Petra Divina era su discípula, y eso era mucho decir. En la cárcel le tenían especial fe a la famosa Petra porque se transformaba en chancha y en burra, y sobre todo porque volaba. Los gendarmes que hacían la guardia nocturna aseguraban que la habían visto pasar agitando las alas. Sólo había un conjuro para salvarse de ser embrujado cuando pasaba sobre uno la Voladora. Había que ponerse a orinar y hacer la señal de la santa cruz sobre la arena.

Nadie protestó por la tardanza porque ya estaban acostumbrados. Los enfermos, sus familiares y también algunos guardias pugnaban por acercarse a él y saludarlo. Toda la tarde, desfilaron bajo el toldo del “Pato Negro”. El hombre los atendía uno por uno en privado. Les tomaba el pulso, les miraba a los ojos y escribía la receta en un papel. No pasaba más de un minuto con cada uno. En otro ambiente de la cárcel, un ayudante entregaba a los interesados el remedio prescrito.

Pronto terminaba el trabajo. Más tiempo le quitaban los que no iban a buscarlo por razones de enfermedad sino por deseo de informarse sobre los enemigos que estaban afuera, la conducta de sus mujeres o el futuro veredicto de los jueces. El maestro los limpiaba con escupitajos de agua florida o les entregaba un seguro especialmente fabricado para ellos. Cuando se le pedía un trabajo particular, el cliente le entregaba un objeto de su uso privado que el “Pato Negro” se llevaba para auscultar durante la sesión nocturna de la Mesa. En casa, bajo el auspicio de las cabezas y de los médicos muertos que trabajaban con él desde el otro mundo, el chamán devolvía la tranquilidad a sus clientes y la armonía al universo.

A las tres y media de la tarde, luego de haber atendido a todos los de la fila, el curandero dio por terminada su visita. Su farmacéutico anunció que el doctor volvería el próximo domingo. Por su parte, un guardia cuya vida había salvado se acercó a ponerse a sus órdenes.

—Lo que usted diga, maestro.

—Voy a quedarme un rato más.

—La hora de visita es hasta las seis, pero usted sabe que puede quedarse hasta cuando lo desee.

—No, no, sólo un rato más. Quiero conversar con un amigo, y que no me interrumpan- le ordenó. Dudó un instante:

—Espera, espera. No lo veo en el patio. Tal vez esté en su cuarto. Quiero que traigas al poeta... al poeta...

—¿Se refiere al señor Vallejo?... Creo que está en tratamiento especial...usted sabe. Tiene prohibidas las visitas, pero no se preocupe. Voy y lo traigo.

Un instante más tarde, el buscado entraba en el pequeño toldo.

Se saludaron con la mano. Vallejo estaba algo desconcertado.

—¿Sí, dígame?... El guardia me informó que usted deseaba verme. ¿En qué puedo servirlo?

—¡No, usted no! ¡No, por ahora!... Soy yo el que va a servirlo.

Antes de que el poeta reaccionara, el Pato Negro le rogó que se pusiera tranquilo y que tomara asiento en el lugar que le estaba ofreciendo.

—Le traigo encargos de un amigo común.

César no podía adivinar quién podía ser ese amigo, ni qué encargo podía enviarle con aquel personaje tan extraño.

El Pato les ordenó a su ayudante y al guardia amigo que se retiraran, y tomó un bulto disimulado entre los sacos de yerbas. Era un paquete envuelto en papel periódico. Cuando lo abrió, Vallejo no lo podía creer: Allí, frente a él estaban las “Cartas a un joven poeta” de Rilke, “La inteligencia de las flores” de Maeterlink, y por fin, el libro que siempre había querido leer “Las flores del mal”. Aunque ese texto de Baudelaire databa de 1857, la censura religiosa en España demoró en más de medio siglo su traducción.

—¡Aquí tengo para leer y releer durante un año! —exclamó fascinado. Después, se dio cuenta de que se había pronosticado un año en el infierno.

—¡Mejor, dos! —le respondió el brujo mientras le entregaba otro atado. De él emergieron, “Los cuatro jinetes del apocalipsis" de Blasco Ibáñez, “Los miserables” de Víctor Hugo y “El resplandor de la hoguera" de Valle Inclán.

—Me los dio Francisco Xandóval. Usted sabe que sus amigos tienen ciertas restricciones... Es decir, está prohibido que lo visiten... pero yo soy amigo de sus amigos... de algunos, por lo menos.

Una nota afectuosa del remitente confirmaba sus palabras.

—¿Se tomaría un café conmigo?

A una señal suya, el ayudante trajo una jarra humeante. Al lado, había algunos quesos y asados ofrecidos al maestro por los pacientes. Conversaron. El poeta estaba asombrado de lo simpático y mundano que resultaba ser el chamán.

—Lo imaginaba a usted un poco más pegado a la dieta —le dijo. La mano derecha del chamán sostenía en esos momentos una gigantesca pierna de pavo—. Un chamán, usted sabe, en otras latitudes es un hombre sometido a dietas y privaciones. Digamos, un asceta.

—¿Asceta?

—Sí, asceta.

—Es que aquí, los chamanes no podemos ser ascetas. Somos muy pobres.

Después se acercó en tono de confidencia.

—Hay algo que quiero hacer por usted, amigo Vallejo, y le ruego que me lo permita.

De asombro en asombro, César no se imaginaba qué podía hacer por él su interlocutor. De pronto, lo imaginó. Claro, a los presos que tenían algún dinero les hacía seguros a la medida.

—No, amigo. La verdad es que usted se ha equivocado. No soy hombre de dinero...

—¿Y quién habló de dinero?... Tengo la sospecha de que usted es víctima de un maleficio.

Ahora fue Vallejo quien arrancó a reír.

—¿Maleficios?... Mire usted, no creo que la maldad dé para tanto... Me han acusado de un delito. Me han perseguido. Me han empujado hasta la cárcel. Estoy incomunicado de mis amigos, de mi gente... No, la verdad, no creo que además se entretengan haciendo brujerías.

—¡Déjeme probar, ¿quiere?

—Haga usted lo que desee. Para decirle la verdad, lo único que me obsesiona es cómo salir de ésta, y cuanto antes. No me interesa ni siquiera saber el nombre de mis enemigos.

—¡Está bien, está bien, amigo César!... No voy a pedirle mucho... Ni siquiera voy a hablarle mucho. Tan sólo quiero que beba conmigo un vaso de Sanpedro.

—¿Sanpedro? ¿Se refiere usted al cactus que crece en el desierto?

—El mismo. Los maestros lo usamos en este trabajo, y nos da buenos resultados.

—¡Sanpedro!... ¡Me va a quitar usted el maleficio con Sanpedro!

—No se lo he dicho, ni quiero mentirle. Nadie va a quitarle maleficio alguno. En vez de eso, pienso en algo mucho más importante. Quiero que sea capaz de verse.

Le explicó que el Sanpedro le permitiría ver, pero ver de verdad.

—¡Ver lo que es ver! ¡Ver más allá de lo que los sentidos nos permiten! O sea, vernos. Cuando nos logramos ver, podemos saber adónde nos dirigimos y cuál es nuestro destino.

Agregó con entusiasmo:

—El Sanpedro lo lleva a uno por los mares, las montañas y las selvas. Lo lleva hacia donde uno quiera, y sin que uno se mueva. Pero lo más importante es que también puede llevarlo hacia sí mismo.

Explicó:

—Quiero que vea lo que sólo se puede ver cuando se tiene los ojos cerrados...

Vallejo cerró los ojos.

—¡Todavía no lo haga! ¿Ve esa redoma?... Contiene Sanpedro que ha hervido toda la noche. Lo he mezclado con floripondio. Tiene un saborcito agradable. Un sabor... un poquito acre. Casi como una cerveza: una cerveza así, medio flaca.

—¡Sanpedro! ... Es un nombre bastante curioso, ¿no?

—Tal vez se lo pusieron porque San Pedro tiene las llaves del cielo... No importa si usted no cree. En todo caso, no le va a ocurrir nada. Ambos vamos a beber juntos.

—Si se trata de eso...

—Póngase de pie, por favor.

De pie Vallejo, el brujo lo rodeó de sahumerios. Después bañó su cabeza con un líquido oloroso.

—¿Esto es agua florida?

—Mezclada agua de cananga. Es para ordenar sus auras.

César no podía creer lo que estaba haciendo. Su amigo Xandóval, adicto a todo lo que fuera esoterismo y saberes secretos, le había hablado de eso. Nunca pensó que se sometería a un tratamiento.

—¡Ahora, sí! ¡Salud, señor Vallejo!

Cada uno bebió hasta el final el líquido contenido en una pequeña calabaza.

—¡Ahora, descanse! —le mostró un poncho con una almohada sobre el suelo. Son las cuatro. A las cinco, vuelvo a buscarlo. Creo que todavía me quedan algunos pacientes.

—Lo dejó bajo el improvisado toldo.

—No estoy sintiendo nada. Nada extraño.

—Le ruego que descanse. Ya vengo.

No sabía por qué obedecía. Estaba muy cansado. Se tendió sobre el poncho, cerró los ojos y se sintió próximo al sueño, pero no durmió. Sus sentidos se pusieron en alto.

Oyó el trote de un caballo, el cascabel de una serpiente, el bufido de un toro, el chillido de una lechuza, el vuelo pesado de un ave muy oscura y un aullido de lobos que pedían misericordia.

Se vio caminando en la oscuridad con los ojos vendados guiándose tan sólo por sus manos, y palpó la desgracia. Palpó la pobreza. Palpó la muerte.

Olió tierra de sepulcros. Olió alguna sangre amada.

Movió la lengua y saboreó un sabor ya sin sabor.

Vio el río. Vio hombres y mujeres vestidos de blanco. Vio una montaña que no terminaba de crecer y detrás llegó la lluvia y se lo llevó hasta el océano. Vio un caballo en el cielo. Vio un barco. Vio de nuevo el barco, y se vio de pie en un muelle junto a dos amigos, y escuchó la voz del chamán.

—¡Tome ese barco, tómelo pronto! Si no sube a tiempo, va a quedarse para siempre en los infiernos.

Vio, oyó, olió, saboreó, palpó.

Junto al barco que soñaba estaban sus amigos Julio Gálvez y Antenor Orrego.

—¡Toma el barco, César! ¡Tómalo cuanto antes! —le rogó Antenor.

—Vas a viajar conmigo —le dijo Julio.

—¡Si no tomas el barco, te quedarás para siempre en los infiernos!

Continuó tendido bajo el toldo del chamán en un estado que no era la vigilia ni el sueño. Todos sus sentidos estaban aguzados. Se veía junto a un barco y luego, navegando por mares y nubes, pero tenía perfecta conciencia de hallarse en la prisión de Trujillo.

—¡Parece que vuela, verdad! —le gritó un hombre de blanco que quizás era el capitán del barco. El viento hacía temblar la nave y el agua estaba bañando el puente. El mar rompía con violencia sobre el flanco inclinado del barco.

—¡No se preocupe, señor Vallejo! —le dijo el capitán—. El barco se encabrita cuando está saliendo del infierno.

Las olas tenían color de tinta china, y estaban todo el tiempo cayendo a bordo. El capitán se fue corriendo a ocupar su sitio —¡A París!... ¡A París! —gritaba. Chapoteando, llegó hasta la proa. César quiso abrir por completo los ojos y despertar, pero de nuevo escuchó las voces de Antenor Orrego y de Julio Gálvez rogándole que por nada del mundo abandonara el barco.

Una masa de agua entró por la cubierta, y César sabía que era una masa de sueños, pero temblaba.

Por fin, se vio en alta mar, y seguro. Vio un mapa en relieve. Vio las costas de Europa. Vio un puerto y se le ocurrió que era el puerto de El Havre, y que allí a unos kilómetros de distancia estaba París.

Recién entonces, despertó por completo y decidió levantarse para ir a ver qué es lo que estaba haciendo el Pato Negro.

Mientras tanto, el chamán había encontrado a un hombre tendido cerca de su toldo. Era un enfermo. Estaba encogido, tenía los ojos abiertos, pero en blanco. Nada en él se movía. Lo único vivo eran sus manos largas y casi azules que temblaban por ratos. El resto del cuerpo no parecía tener prisa en vivir.

—¿Y éste? —preguntó.

Un hombre se acercó al “Pato Negro” y le hizo recordarlo.

—Se lo trajimos para que lo curara. Usted nos ordenó que lo hiciéramos reposar.

—Ah... verdad, pero no... Ya no hay nada que hacer.

Movió la cabeza.

—Este hombre ya no está aquí. Ya está en el infierno.

El pariente del enfermo le recordó cuánto le habían pagado por él.

—En todo caso, no me hago responsable.

El pariente del enfermo insistió, y su tono era amenazante.

El curandero prendió un cigarrillo negro y lo aspiró. Siguió fumando hasta que el cigarro estuviera por la mitad. Se tragaba el humo. Nadie vio que saliera humo de su boca. Por fin, se acercó al enfermo y le sopló en la cara tres veces.

—¡Sal, alma, sal! —repitió con devoción.

De su boca, emergían círculos blancos y rodeaban la cabeza del hombre tendido. Aquél no reaccionaba.

—¡Sal, alma. Sal, almita. Te lo ruego! —insistió. Ahora soplaba humo blanco y negro sobre la boca, el tórax, el estómago y los sobacos.

El pariente del enfermo lo miraba con ferocidad.

—¡Sal, almita! ¡Apúrate, por favor!

Siguió intentando resucitar al probable difunto. Lo había envuelto en una nube de humo, pero el hombre no reaccionaba.

Repuesto ya del sueño provocado por el alucinógeno, Vallejo se acercó al pequeño grupo y advirtió que el curandero abría la boca del enfermo para que todos pudieran gozar del espectáculo de su inmensa lengua blanca.

La nube del cigarrillo envolvió a los presentes. Nadie podía explicarse dónde había guardado tanto humo el Pato Negro.

—¡Sal, almita, y haz que este hombre camine. Que despierte de una vez!

Hizo que lo sentaran. Entre la camisa desabrochada y el pantalón caído se desparramaba la masa de carne gorda y blanquecina. El Pato Negro lo abrazó.

—Ya pues, almita, sal. ¡Sal, carajo!

Todos miraban perplejos la barriga del enfermo. Mientras eso, con la otra mano y sin que nadie se diera cuenta, el curandero apagó el cigarro en la rabadilla del muerto que por fin reaccionó a gritos.

El hombre resucitó aquella misma noche, y al día siguiente estaba de nuevo haciendo trabajos en la carpintería.

11

Tú no tienes Marías que se van

Los vientos de San Andrés corrían aullando por el cuadrado perfecto de Trujillo en noviembre de 1915. Volaron por sus calles amarillas de largor infinito, pero no encontraron muchos transeúntes. La mayoría prefería la solemne oscuridad de sus iglesias, la discreción de sus casas, o la intimidad de algún libro.

En la biblioteca de la Liga de Artesanos, César Vallejo leía una traducción del Rubaiyat cuando un olor parecido al de las hojas del naranjo comenzó a apoderarse del ambiente. El parco jardín de esa institución no contaba con otras plantas que una centenaria vid, sesenta metros lejos de allí al fondo de la casa.

—Las uvas no huelen —se dijo.

Aquella fragancia irradiaba paz y le infundía seguridad. Se parecía a la esencia que se desprende de las cáscaras de lima o de las ásperas hojas de la hierba luisa. Su vista recorrió los anaqueles y las mesas, pero no había allí nada ni nadie que respondiera por ese aroma.

—Las uvas no huelen. Pero la poesía sí... La poesía tiene que tener un olor —sonrió y decidió que la culpa de todo la tenía Omar Khayyam.

Volvió la vista hacia el libro que estaba leyendo y se encontró con una página donde el antiguo persa vaticinaba que su tumba estaría en un lugar en el que, durante primavera, los vientos del norte harían llover flores de inagotable aroma.

Podía imaginar que la poesía tuviera olor, pero no entendía de qué manera los textos filosóficos pudieran despedir un perfume similar. La semana anterior, lo había envuelto esa fragancia mientras leía “La ciencia moderna y la anarquía” de Kropotkin. “El universo no es sino materia en perpetua y libre evolución,” decía el príncipe ruso. “Existe una anarquía de los mundos. Esa anarquía de la evolución es la ley de las cosas.” ¿Podía aquel pensamiento oler de esa manera?

Después, había leído, en un texto de Bakunin, que toda la historia es una negación progresiva de la animalidad del hombre. Por consiguiente, el hombre cuando se rebela contra una sociedad injusta, obedece a su propia naturaleza, se hace más hombre.

—¿Despedían perfume las páginas de los filósofos?

Bakunin agregaba que el hombre es bueno, inteligente y libre. Por lo tanto todo Estado, como toda teología, supone al hombre esencialmente perverso y malvado. Algún día, concluía, mereceremos no tener policía ni gobiernos.

Eran las lecturas que le había recomendado Antenor Orrego, pero ellas no podían explicar la fragancia que ondulaba por las salas de la espaciosa biblioteca. En todo caso, esos libros le recordarían el combate prolongado y los sacrificios de aquella liga obrera en su lucha para que la sociedad cambiara.

A fines del siglo XIX, el anarquismo había llegado al Perú desde Argentina y Chile, e incluso desde Italia. Manuel González Prada había sido su apóstol laico. El maestro había divulgado sus principios entre los intelectuales, los artesanos y la naciente clase obrera.

Los anarquistas señalaban que la libertad era la primera condición de toda revolución social. Aspiraban a la destrucción del Estado esencial para el establecimiento de una sociedad sin clases y recurrían a la violencia para conseguir sus objetivos. Mantenían a la clase trabajadora al margen de la política, a la que se oponían en forma contundente, y dieron los pasos iniciales para la organización del sindicalismo peruano.

Su amigo Víctor Raúl Haya de la Torre calificaba a los anarquistas de santos laicos, tal era la generosidad y desprendimiento con que se entregaban a una lucha sin esperanzas. Sus votos de pobreza y su honestidad a toda prueba les daban el aspecto de miembros de alguna sociedad evangélica. Con Víctor y con Antenor, César leía, casi recitando un texto de González Prada que por fin aprendió de memoria:

"No quiere decir que nos hallemos en las vísperas de establecer una sociedad anárquica. Entre la partida y la llegada median ruinas de imperios, lagos de sangre y montañas de víctimas. Nace un nuevo cristianismo sin Cristo, pero con sus perseguidores y sus mártires. Y si en veinte siglos no ha podido cristianizarse el mundo, ¿cuántos siglos tardará en anarquizarse?".

La Anarquía es el punto luminoso y lejano hacia donde nos dirigimos en una intrincada serie de curvas descendentes y ascendentes. Aunque el punto luminoso fuese alejándose a medida que avanzáramos y aunque el establecimiento de una sociedad anárquica se redujera al sueño de un filántropo, nos quedaría la gran satisfacción de haber soñado. ¡Ojalá los hombres tuvieran siempre sueños tan hermosos!

En Trujillo, el divulgador se llamaba Julio Reinaga. También lo era el muy joven escritor Antenor Orrego. En esta ciudad, se había fundado la Liga Artesanos y Obreros del Perú que mantenía la biblioteca. Las estanterías contenían allí más volúmenes que las de la universidad. Estaba abierta a grupos de personas tradicionalmente excluidas de la lectura como los artesanos o las mujeres.

Una bandera roja con un triángulo blanco en el centro era el símbolo de la Liga, y la Marsellesa era su himno.

La más importante acción sindical tuvo lugar en abril de 1912 cuando se inició una huelga de braceros en la hacienda Casagrande, adquirida por capitalistas alemanes de la familia Gildemeister. Incendios en los campos de caña fueron las primeras acciones. Después vino el saqueo del tambo que proveía de alimentos a los trabajadores, y los convertía en deudores perpetuos. La huelga recibió de inmediato el apoyo de los periódicos "La Razón" dirigido por Benjamín Pérez Treviño y "El Jornalero" de Julio Reinaga.

Todo, al fin, fue una sola llama. Los trabajadores de la hacienda Laredo se plegaron a la huelga en acto de solidaridad, y luego lo hicieron otros gremios. Sobrevino la dura represión policial y militar. Quince trabajadores murieron en el primer enfrentamiento armado entre la tropa armada de fusiles y los braceros provistos tan sólo de machetes.

El ejército apresó a Reinaga y Pérez Treviño, y clausuró sus periódicos. La huelga duró más de un mes. Fue sofocada por tropas que llegaron de Lima y dejaron un saldo de un centenar de muertos. Para la primera quincena de mayo llegó la calma,

Hasta entonces, los anarquistas eran considerados en el Perú como tontos con buenas intenciones. Su rechazo a participar en la lucha por una curul parlamentaria o por la presidencia del país los hacía ver como inofensivos. Los corruptos políticos de las cúpulas limeñas no los tomaban en cuenta. El Congreso era la sede del entendimiento y la repartija entre los líderes de uno y otro bando. El gobierno podía llegar allí a fáciles acuerdos secretos con los líderes de la oposición. A los dueños del país y a los empresarios extranjeros les bastaba con negociar, o comprarse a los parlamentarios. De ese tiempo, data la entrega a los extranjeros de las minas peruanas, consideradas entre las más ricas del mundo, sin que el Estado percibiera "royalties". Lo importante era, según los gobernantes, propiciar la inversión extranjera creadora de puestos de trabajo. En Lima, el maestro de anarquismo, Manuel González Prada, renunció al círculo político que él mismo había creado cuando aquél se enredó en las componendas parlamentarias.

En ese momento, los periódicos comenzaron a dar otro significado a la palabra “anarquista”. Ahora, comenzó a significar revoltoso, criminal y genocida. La batalla semántica fue guiada por los dueños del país. Entonces, bastó que alguien descubriera su visión del futuro como una sociedad sin abusos para que la palabra infamante le fuera adjudicada y se hiciera reo de la persecución policial y del terrorismo del Estado.

El espíritu de libertad de la clase trabajadora apenas había nacido, y no sería exterminado con facilidad. Los anarquistas estaban seguros de que sólo la educación los haría libres, y por eso su principal trabajo en las ciudades era lograr que mucha gente acudiera a sus bibliotecas. La de Trujillo fue fundada en 1885.

Vallejo había sido testigo de cómo autoridades y propietarios tenían reducidos a una condición infrahumana a los mineros de Quiruvilca y a los peones agrarios. En todas las haciendas azucareras del valle de Chicama, aquellos trabajaban desde el alba hasta bien entrada la noche. En vez de dinero como salario, recibían raciones y algunos servicios. Los peones solteros dormían hacinados en sucios galpones comunitarios. Diminutos cuartos albergaban a las familias. No había para ellos descanso en los fines de semana. En compensación se les daba hoja de coca que los hacían más resistentes a todas las faenas.

Además, la hacienda administraba su propia justicia contra los peones que eran acusados de ladrones o de holgazanes. Algunos recibían azotes, otros desaparecían misteriosamente. Una inscripción en la torre del reloj público de Casagrande proclamaba la filosofía de la empresa: “Tace, ora et labora”, y los capataces se encargaban de recordarles que eso significa “Calla, reza y trabaja”.

César solía pedir varios libros y pasar de un texto a otro durante toda la tarde. En ese momento, halló bajo su vista un libro de González Prada en el que las letras parecían salir de la página:

“La condición del indígena puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduele al extremo de conceder el derecho de los oprimidos, o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores...”

Levantó los ojos para observar el emblema anarquista que lucía sobre la pared, y volvió con las frases de su admirado González Prada refiriéndose siempre al indio:

“... Si en un rincón de su choza o en el agujero de una peña escondiera un arma, cambiaría de condición, haría respetarse propiedad y su vida. A la violencia respondería con la violencia escarmentando al patrón...”

No, no, aquellos libros podían traerle a César el aroma del azúcar quemada y acaso envolverlo en una atmósfera de dolor, pero no eran la causa de aquel verde resplandor de hojas de naranjo. Se levantó y comenzó a pasear por la sala solitaria. Tampoco había lectores en la sala contigua, pero en la tercera le pareció ver una sombra.

Avanzó hasta ese lugar y comprobó que no se equivocaba. Una mujer se había levantado de la mesa de lectura y estaba devolviendo varios libros a los anaqueles correspondientes. Cuando terminó su tarea, volvió a sentarse. Entonces, César la vio.

Era la muchacha ojerosa y bonita que vivía a una cuadra de su casa, frente a la iglesia de Santa Ana. La veía por las tardes, pero nunca se había acercado a saludarla. ¿Por qué? Tal vez por respeto. La veía, y le parecía uno de esos seres descritos por Chocano que son una mitad misterio y la otra mitad, milagro.

Quiso retirarse para no molestarla, pero ella le había dirigido una sonrisa de saludo.

Tímido no era, pero esta mujer tan bonita y capaz de producir cambios en los olores de la naturaleza le infundía cierta cortedad, y pensó que su falta de audacia era natural y que es urgente huir de las aves y de las apariciones angélicas para no

espantarlas. Correspondió a la sonrisa y bajó la cabeza pensando que ya habría de llegar la oportunidad de ser presentados.

—Eres César Vallejo, ¿no es verdad?

No podía creerlo.

—Mi nombre es María.

Por supuesto, tenía que llamarse María.

Su nombre completo era María Rosa Sandoval. Era la bibliotecaria de las tardes. César no la había visto a su entrada porque lo había atendido otra persona.

—¡Dios mío! Pero es verdad que por fin puedo hablarte. Parecía que estuvieras huyendo de mí. ¿Te doy miedo?

Estuvo a punto de confesarle que sí, que le daba algo de miedo, pero cerca de ella el aroma de flores de naranjo lo envolvía y relajaba. Se dejó caer sobre la silla que la chica le estaba señalando.

—Es increíble que seas tan tímido. Te he escuchado el 23 de septiembre.

El día de la primavera de 1915, con ocasión del desfile de los estudiantes, Vallejo había recitado desde uno de los balcones de la Plazuela O'Donovan, ante la Corte Superior de Justicia, su poema "Primaveral". De memoria, sin papel alguno, fue diciendo los dieciocho cuartetos de versos endecasílabos que lo componían con una voz tan profunda que parecía arrancada de las entrañas de la tierra.

César se dio cuenta de que el día de primavera partía en dos su vida. Hasta entonces había sido invisible y, desde ese momento, tenía cuerpo. Había conocido entonces a la mayoría de quienes iban a ser sus amigos por el resto de su vida, y su nombre había comenzado a ser mencionado con admiración en todo de Trujillo.

—¡Excelsa juventud! ¡Jardín de oro! ¡Palpitación de amor! ¡Gloria de Oriente!, ¿Qué sigue —preguntó María Rosa?

—¡Del ritmo celestial, eco sonoro! ¡Tú que llevas un sol en cada frente! Pero no me vas a obligar a recitar, ¿no es cierto? Mucho menos aquí. En las bibliotecas, no se debe levantar la voz.

—¿Eso quiere decir que me invitas a caminar contigo? Por supuesto, yo acepto. Eso sí, sólo será de aquí hasta mi casa. Es la hora en que tengo que regresar.

Magro, de mediana estatura y frente amplia, el joven Vallejo de esos días exhibía un perfil similar al de Beethoven así como una copiosa, lacia y desordenada cabellera, pero el rasgo que todos recordarían de él serían unos ojos oscuros, sumergidos a pique en dos cuencas profundas, casi abismales. Así lo describiría Antenor Orrego para quien aquellos ojos parecían explorar el enigma de la vida.

Por salir apresurado de la biblioteca estaba dejando olvidada su chaqueta y un cuaderno negro. Se lo hizo notar María Rosa sin dejar de sonreír, y juntos avanzaron las seis cuadras que los separaban de la plazoleta de Santa Clara.

Caminaban lentos y evitaban pisar las líneas de la vereda como deben hacerlo quienes desean que su tiempo se convierta en una eternidad. Tocaron muchos temas, pero ninguno de los dos recordaría después de qué hablaron. Los vientos de noviembre se hundían fragorosos en las solitarias calles de Trujillo. Los negros cabellos de César se retorcían, se despeinaban, y por ratos le cubrían la visión. María Rosa parecía deslizarse, levitar. La ciudad resistía majestuosa y amarilla bajo un cielo pálido.

Al llegar a la inmensa Plaza Mayor, ya era de noche. Alguna estrella cayó. El paisaje estaba dominado por el cielo.

—¡Dios mío! —dijo ella—. Me pregunto si habrá otros mundos como éste. Prefiero que éste sea el único.

El camino era real y también lo eran los dos caminantes. Eran reales César y María, el cielo y la calzada con adoquines de piedra. Todo era real y, sin embargo, todo parecía un sueño.

Quedaron en verse otra vez. Era noviembre de 1915 cuando la historia comenzó. Ella acababa de cumplir entonces 21 años y era huérfana de padre y madre. Vivía frente a la iglesia de Santa Ana, en casa de unos parientes, con Carmen, una hermana bastante mayor y su hermano Francisco, de 15 años, quien entonces estudiaba en el Seminario de San Carlos y San Marcelo.

Una semana más tarde, Vallejo fue a recoger a María y ella lo esperó en la puerta. Después, tomaron el camino de Mansiche, y pronto empezaron a caminar sin rumbo fijo.

Ella quería saberlo todo acerca de él: ¿Qué se proponía escribir? ¿Guardaban sus otras composiciones líricas la misma forma y cadencia que "Primaveral"? ¿Qué libros leía? ¿Prefería qué música?

A César le bastó con callar para no tener que hablar de sí mismo y saber más acerca de ella. Así supo que María Rosa escribía un diario íntimo.

—Hay que dejar escrito lo vivido para que sea eterno —aseveró la muchacha, pero al instante se arrepintió de lo que había dicho:

—¡Y sin embargo, no es posible!... Lo pienso, lo sueño y luego lo escribo, pero sólo me salen tonterías. Te confieso que no sé escribir.

—Tampoco, yo. Nadie lo sabe. Pero se insiste. Escribes y escribes, y un día dices lo que querías decir.

La muchacha entornó los ojos.

—¿Y si nunca llego a decirlo?

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—¿Cómo?, ya te dije, María. María Sandoval.

—No, no te llamas así.

—¿No?

—¡No!

—Entonces, ¿cuál es mi nombre?

—Tú te llamas María Baskirchief.

—¿Baskirchief? ¿Baskirchief?

—Fue una rusa... —comenzó Vallejo.

—... que escribió su diario cuando tenía veinte años de edad —completó María—. Claro que me acuerdo. Murió hace pocos años.

—¡Eres como ella!... Y también te llamas María. Estás obligada a escribir todos los días.

—No tengo tanta libertad para hacerlo todos los días —respondió ella. Le ocultó que sus tíos los consideraban, a ella y a sus hermanos, como unos arrimados. ¿"Y qué escribes?", le habían preguntado. "Mi diario", contestó avergonzada. "!Bah! Ociosidades. Con diarios no se va al mercado".

—Te he preguntado qué te propones escribir.

No respondió de inmediato César. Ambos callaron, pero siguieron avanzando. Pasaron el Óvalo de Mansiche, y el camino los conducía hacia Chan Chan.

—No sé lo que me propongo escribir, pero todos los días me lo pregunto. Quisiera ir más lejos, mucho más allá de la poesía convencional. Quisiera que una palabra dijera mucho más de lo que dice en el diccionario. Quisiera dejar a la palabra sola en el campo como una oveja perdida y ver hacia dónde se dirige.

Ella declaró que no sabía si una poesía de ese tipo existía ya.

—No. No creo que exista. Hay que inventarla —al decir esto César miró hacia el cielo como si allí quisiera buscar la nueva poesía. Ella cambió de tema:

—¿Qué piensas del siglo veinte?

María Rosa tenía la sensación de haber nacido en un tiempo que todavía no era el mejor para los seres humanos. No le parecía lícito que existiera la pobreza y el hambre, la guerra y el culto diabólico de la propiedad.

—Los dueños de las haciendas —aseveró— van a la misa de las doce en la catedral —dijo, y añadió— pero en la noche del sábado, le besan al demonio las patas y la cola.

—Sí, tienes razón. Y, sin embargo, tengo confianza en este siglo. Creo que va a ser el tiempo de las grandes revoluciones. Tendrá que serlo. Al final, no habrá ni ricos ni pobres, ni guerras ni fronteras. Los hombres del futuro pensarán que nosotros vivimos en una era de caníbales.

Coincidieron en todo eso, y también en Juan Sebastián Bach.

—Tal vez lo quiero porque, al igual que yo, a los diez años ya había perdido a su padre y a su madre.

—No puede haber dolor más grande —comentó Vallejo. Añadió que únicamente el dolor podía haber conducido al gran artista a ese esplendor de la música del barroco.

—Te lo digo, María. Sólo el dolor explica tanto misticismo, tanta inocencia expresiva y toda la influencia que ejerció sobre Beethoven y Mendelssohn.

—Y también Chopin. ¿No dijo alguna vez que el Maestro se apoderaba de su alma?

—¿Y en poesía?

—¿En poesía? Rubén, claro que Rubén.

—Mi padre y mi maestro —exclamó César.

Ella miró hacia las nubes que ya comenzaban a rodearlos. Recordó la noche. Recordó sus propias noches. Escuchó la voz de César:

Los que auscultasteis el corazón de la noche
los que por el insomnio tenaz habéis oído
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche
lejano, un eco vago, un ligero ruido...
en los instantes del silencio misterioso,
cuando surgen de su prisión los olvidados,
en la hora de los muertos, en la hora del reposo,
sabréis leer estos versos de amor impregnados...

La noche estaba sobre ellos. Mientras argumentaba, César caminaba a largos pasos y se había alejado algunos metros de la muchacha. Reparó en eso y volvió hacia ella buscándola con los brazos como hacen los ciegos. Tal vez, entonces, ambos sintieron la música de las esferas. Él le tendió la mano y ella se la tomó. María Rosa era tan pálida como el cielo y parecía estar ardiendo. Ahora ya no la veía César, pero podía adivinarla por el olor minucioso de las hojas del naranjo. La veía y dejaba de verla. Ambos comenzaron a arder sin llamas como la luna que ardía sobre las altas pirámides truncadas de Chan Chan. Acaso, ella le rodeó el cuello con el brazo. Tal vez fue él quien lo hizo. Nunca lo sabrían. Nunca.

—No me hables más.

—¿Me quieres?

—Oh, Dios mío, sí, María. ¡No sabes cuánto!

El trabajo de César como maestro de primaria en el Colegio Nacional de San Juan y las diversas actividades de María Rosa impedían que estuvieran juntos todo el tiempo al que aspiraban. Sin embargo, se verían casi todos los días aunque fuera un instante o en una esquina. Eso nunca ocurriría en el domicilio de María Rosa porque sus tíos le habían advertido que no pondrían buena cara a “ese muchacho peludo con quien te exhibes por calles y plazas”.

A pedido de Vallejo, aceptó prestarle un cuaderno de su diario. Lo escogió bien. Por supuesto, le daría las páginas que no contuvieran indiscreciones.

—Te dije. Te dije. Tú eres María Bashkirtseff.

—No sólo relato mis vivencias. También apunto allí mis impresiones sobre algún libro. Pero, más que todo, dejo allí mis sueños bellos o misteriosos.

Cerca de Navidad, un sábado a las seis de la mañana, César fue a sacarla de casa.

—A esta hora, nadie dirá que la nuestra es una cita romántica —bromeó María mientras caminaban a la estación del tren.

Viajaban a la hacienda Chiclín donde César iba a ofrecer una lectura de sus poemas. Antenor Orrego no iba con ellos, pero había sido quien lo comprometiera a participar en el evento. La Liga de Artesanos y Obreros organizaba charlas semanales en las empresas agrarias. En ellas, los conferencistas, en tono de divulgación, hablaban de cualquier tema, fuera éste científico, filosófico o literario.

Tras una demoledora semana de trabajo, los hombres del campo acudían en masa a las actuaciones y participaban en ellas con multitud de preguntas e incluso con agasajos a los compañeros intelectuales que los visitaban. Para Vallejo, ésta era la primera vez. El evento iba a realizarse antes de mediodía. El tren de la tarde los traería de vuelta.

En algo más de una hora, la larga hilera de vagones alcanzó la Cumbre y comenzó a descender por las tierras del desierto. A pocos kilómetros el viento hacía brillar los cañaverales ondulantes. Al oriente, no dejaba de acompañarlos la silueta ploma de los Andes.

Dibujándose contra el cielo, los cerros de la región ostentan una prolongada línea horizontal que sólo se rompe frente a la hacienda Chiquitoy.

—¿Lo ves? —preguntó María—. ¿No adviertes que hay un cuerpo extraño? Allí, allí, sobre el cerro.

—Parece una roca.

—Parece.

—¿Qué puede ser?

—Dicen que es un ídolo. Una altísima calavera de piedra. Sus ojos huecos miran hacia el Oriente.

—¿Trae mala suerte mirarla mucho rato?

—También dicen eso.

—Entonces, nada va a ocurrirnos —aseveró César. En vez de observar el paisaje, la pareja no había dejado de mirarse.

—¿Quieres que me sonroje?

El poeta no alcanzó a responder. De súbito, el maquinista detuvo el tren. Se escucharon golpes, estruendos y silbidos al chocar cada vagón con los inmediatos. Habían llegado al inicio del valle del Chicama, y un grupo de hombres armados ingresó.

Pasaron de carro en carro observando cada uno de los ocupantes. Nada les preguntaban, pero detuvieron a una docena de viajeros y les ordenaron bajar. Luego los empujaron hacia un camión que los esperaba. Cuando terminaron de cumplir su cometido, uno de los soldados anunció:

—Este tren está detenido hasta nuevo aviso. Todavía no sabemos si podrá continuar hacia el valle, o regresa a Trujillo. Señores pasajeros, ustedes no tienen nada qué temer. Mientras esperamos la orden, pueden bajar del tren y estirar las piernas. Esto tiene para varias horas.

Por salir tan temprano, no lo sabían. El ejército cumplía la tarea de aterrar periódicamente a los trabajadores del campo, y ahora le había tocado a la hacienda Chiclín. Allí, un grupo de gendarmes vestidos de civil tomaron el pueblo durante la noche. Los recién llegados cortaron las salidas y pernoctaron en la placita central donde los esperaban varios empleados de la empresa con dos canastas de butifarras y un barril de cañazo. Mientras los jefes se emborrachaban, los hombres entraron en las casas y sacaron de ellas a cerca de veinte hombres. Nadie sabía cuál era la razón del atropello.

—¡Conque no sabes! ¿Eres o no simpatizante de la causa?

—¿De qué causa? —atinó a preguntar un joven.

—¡No hagas preguntas. ¡Vamos. A la plaza. A la plaza!

Las mujeres reclamaban a sus hombres; los niños, a sus padres. Era un griterío.

—¡A esos cojudos no les va a pasar nada! Sólo vamos a interrogarlos...

—Señor, mi hijo es un niño. Tiene doce años.

—¡Y quién les dijo que escucharan a los anarquistas!

—¿Anarquistas?

—Voy a re-pe-tir-les: ¡A esos cojudos no les va a pasar nada! Sólo vamos a interrogarlos... Ustedes, vuélvanse a sus casas.

Los llevaron a empellones. A las mujeres las encerraron en un depósito de la hacienda cuyas puertas metálicas cerraron con candado.

A medianoche comenzaron a escucharse los balazos. Eran como los cohetes que se lanzan en las festividades religiosas. Dispararon varias veces sobre cada uno de los hombres hasta cerciorarse de que estaban bien muertos. Prendieron fuego a algunas viviendas. Al alba, los asesinos abandonaron Chiclín.

Casi de inmediato, llegaron veinte hombres de la policía uniformada y se hicieron cargo de la situación.

—Ustedes, entierren a sus muertos esta misma tarde. Tienen toda la mañana para velarlos —dijo el jefe de la policía.

—Hay que evitar que los agitadores se aprovechen y traten de culpar al Supremo Gobierno —agregó.

Por su parte, el hacendado pidió calma a la gente y les aseguró que se haría justicia, pero no les reveló quiénes eran los asesinos ni por qué razón sus empleados les habían proporcionado licor y butifarras.

El tren en el que viajaban César y María logró pasar el cerco y llegar a Chiclín cuando ya era la tarde.

—Han ocurrido hechos de sangre —dijo un gendarme muy joven que iba con ellos en el tren. Aclaró que las autoridades estaban investigando sus causas.

—Señores pasajeros, se les ha permitido ingresar para no perjudicarlos. Es urgente que hagan lo que vinieron a hacer, y abandonen Chiclín después.

De pronto, el hombre pareció reconocer a Vallejo. Avanzó hacia la pareja y se sentó frente a ellos.

—Señor Vallejo: Usted no me reconoce, pero yo sí a usted. Soy de Santiago de Chuco y me acuerdo de cuando su padre era el gobernador...

Observó hacia el pasillo para ver si alguien venía. Luego habló más quedo.

—Váyanse cuanto antes. La tropa está buscando a un dirigente anarquista, un tal Montoya. No lo hallaron en Chiclín, y han matado a varias personas... Tenemos órdenes

de capturar a cualquier sospechoso. Usted es un estudiante de la universidad. Puede ser que usted y su novia peligren...

No dijo más. Se levantó apresurado.

De pie en el pasillo del vagón de pasajeros, otro gendarme observó los rostros de los viajeros y sonrió.

—Regresen a Trujillo en este mismo tren. Ustedes no quieren ser considerados sospechosos, por supuesto. Ustedes no son sospechosos. Por ahora...

Salieron de la estación y emprendieron el camino sin saber exactamente a dónde ir. Algunas chozas todavía despedían humo. Oyeron balazos aislados. Los perros hurgaban entre los cadáveres. En el mismo sitio donde habían sido ultimados, los difuntos yacían sobre papel periódico. Los familiares habían prendido velas en torno de cada cuerpo. Dos viejos iban de un lado a otro dando vueltas sin sentido. Parecían no haber encontrado a su muerto. Enjambres de moscas verdes los perseguían.

Un carro tirado por dos mulas conducía, uno por uno, a los difuntos hasta el camposanto. El conductor del carro iba llorando.

César y María se tropezaron con diversos grupos de dolientes cuya marcha convergía en el camino al cementerio. Confundidos entre la gente y arrastrados por un grupo, avanzaron entre tumbas recién abiertas, mujeres vestidas de negro y ancianos que miraban al cielo. María divisó a una muchacha de rodillas junto a una fosa y un montón de tierra. La abrazó y quiso levantarla, pero la chica no reaccionó. De pronto salió de su mutismo, la tomó de una mano y señaló un bulto:

—Era mi hermano.

Como el resto, iba a ser enterrado sin ataúd. Dos hombres avanzaron hacia ellos y levantaron el cadáver. Luego, lo depositaron con respeto en el fondo del hoyo. Uno de ellos atinó a ponerle los brazos en forma de cruz. Luego comenzaron a verter paladas de tierra sobre el difunto.

—¿Por qué... Por qué?

Después, los hombres trajeron otro bulto y lo colocaron donde había estado el anterior. Un hombre provisto de lentes de aumento leía el Salmo 23. Su voz se alzaba por encima de los quejidos y de los golpes de palana.

"El Señor es mi pastor y nada me faltará.
En lugares de delicados pastos, me hará descansar.
Junto a aguas de reposo me pastoreará."

Repitieron mecánicamente la operación. Levantaron el otro cadáver y lo introdujeron en una fosa cavada al costado. Lo habían vestido con un terno dominguero. Tal vez, era el único que tenía. Cuando le echaron la primera palada, la muchacha dio un grito feroz.

"Entonces, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Y el centurión que estaba cerca de él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios".

El pastor leía ahora el evangelio de Marcos, pero no pudo continuar porque la voz se le rompió. César y María quisieron consolar a la muchacha, pero ella estaba tendida y sus ojos enormes miraban cielo:

—¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Otro hermano? —preguntó César al pastor.

—Su marido. Recién casados. Ya no le queda nadie.

César y María querían acompañar a la joven de vuelta a casa. Con un gesto, el pastor les rogó que no insistieran.

"Aunque me encuentre en valle de sombra de muerte,
No temeré mal alguno porque tú estarás conmigo;
Tu vara y tu cayado me infundirán aliento".

El hombre que leía la Biblia guardó con prisa el libro en un maletín, y tomó del brazo a César.

—Por favor, váyanse. Tomen el vagón de regreso a Trujillo. Ahora. Ni yo mismo estoy seguro.

Regresaron. Al día siguiente, sólo "La Reforma" publicaba el despacho telegráfico. No hubo más noticias porque las autoridades prohibieron mayor publicidad bajo pena de clausurar el periódico e iniciar una acción judicial contra su propietario.

En enero de 1916, María Rosa comenzó a frecuentar las veladas de los jóvenes intelectuales. Una noche, se atrevió a leer uno de sus "Sueños", y su intervención hizo que la confirmaran con el nombre de María Bashkirtseff.

Todo el mundo llevaba seudónimos en el grupo. César había sido bautizado como Korriskosso; a Antenor Orrego se le dio el nombre de Fradique y a José Eulogio Garrido el de José Matías, en los tres casos por personajes de Eça de Queiroz, a quien todos leían. A Federico Esquerre lo llamaban Ruskin; a Julio Gálvez, Julito Calabrés; a Víctor Raúl Haya de la Torre, el príncipe de la Gran Ventura; a Macedonio de la Torre, el reyecito, por el personaje de una tira cómica, a Eloy Espinoza, lo llamaban Benjamín y al precoz poeta Francisco Xandóval, hermano de María Rosa, el moro Tarrarura.

Entre las jóvenes, María Bashkirtseff conocería a Carmen Rosa Rivadeneyra que escribía como Violeta, pero a quien todos llamaban Safo; a Marina Osorio, apodada Salomé, a Lola Benítez, llamada Cleopatra y a Isabel Machiavelo, quien aceptaba el nombre de Carlota Braema.

Eran frecuentes las reuniones del grupo. Una mesa de café o el departamento de alguno, las ruinas de Chan Chan o la grama de Mansiche, eran el escenario de sus veladas. Orrego les leyó, antes de publicarlos, los artículos que escribiera sobre Emerson, quien acaba de ser traducido al castellano. Rodó, Unamuno y Nietzsche dominaban las conversaciones. María Rosa leía en francés para ellos los textos de Baudelaire, Samain, Verlaine, Laforgue. Casi todos dominaban ese idioma. César recibió lecciones de María.

Juan Espejo Asturrizaga, miembro del grupo, recordaría después que nunca había visto tan feliz a César Vallejo. De todas las chicas que le interesaron durante su etapa de estudiante en Trujillo —dijo— fue ella la más inteligente y la que más comprendió o percibió de forma misteriosa su destino. Era la que más cariño inspiraba a todos.

Con ella acudió el poeta al departamento de José Eulogio Garrido el 10 de febrero de 1916 para rendir un homenaje a Rubén Darío, quien acababa de morir. Se leyeron entonces poemas de "Prosas Profanas", "Cantos de vida y esperanza", "Los raros" y "Azul". A María Rosa le tocó leer "Lo fatal". Leía con lentitud como si aquella fuera una sesión de espiritismo y el poeta estuviera hablando a través de ella.

Y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no sabemos y acaso presentimos.
Y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber adónde vamos.
¡Ni de dónde venimos!...

En esos días, Víctor Raúl Haya de la Torre, que ya residía en Lima, llegó a Trujillo y se reunió con sus compañeros del grupo para alentarlos a emprender una vasta campaña por la redención de la clase proletaria. Juntos recorrieron algunas haciendas y se entrevistaron con los dirigentes de las ligas obreras.

La primera plana de los diarios esos días daba noticias de la Gran Guerra que fulguraba con luz sangrienta en Europa y parecía a punto de envolver al mundo. Los alemanes asaltaban Verdún. "Cultura Popular", la única librería de la ciudad, trajo por esos días el "Juan Cristóbal" de Romain Rolland que hacía un año había ganado el Premio Nóbel de Literatura.

Escrito entonces, y supuestamente perdido para siempre, un cuaderno de los diarios de María hallado noventa años después le sirve de autorretrato.

15 de marzo de 1915

Hoy me ha sorprendido verme desnuda, de cuerpo entero, en el espejo.

He visto mis hombros, mis brazos firmes y largos, mis senos. He mirado con atención mis muslos, fuselados y fuertes; el ángulo, en fino dombo, del sexo, mis pies pequeños y ágiles.

En tanto, repaso el aire de mi frente, antigua y muda, vista todos los días. Noto la expresión de mis ojos, son negros. Observo el cerco umbrío de las pestañas de donde pende el sueño.

Bien; no soy hermosa, ya lo sabía.

Ahora me detengo en las manos. Las miro. Éstas son, pues, mis manos, las mismas; las conozco de siempre. Las muevo y hablan; cogen, aprehenden, viven.

¿Mis manos? ¡Qué raro! Son distintas, son otra cosa. Ahora miro con extrañeza, y el concepto, el hilo, la forma, se evaporan. ¿Mis manos? Veo filamentos, hebras, arañas. Manos... signos... manos... manos... signos... arañas... manos... La palabra ha perdido el sentido. Siento un leve desmayo. Sólo veo mi cuerpo, largo, en el espejo, como si fuera una persona distinta.

Me ruborizo y paso rápidamente a vestirme. ¡Qué tonta!

A pesar de que vivían a una cuadra de distancia, los jóvenes se escribían todos los días. Las cartas de uno y otro eran depositadas entre el follaje de uno de los árboles del parque de Santa Ana.

18 de febrero de 1916 (2 p.m.) César, mi amor: Hoy te envío dos pétalos del humilde geranio que vive en la iglesia frente a mi ventana. Pronto cambiarán de color, y cuando ello ocurra estallará el milagro. El jardín entero hablará, y ya no será posible que te resistas ante las fuerzas misteriosas que nos han juntado y entreverado en esta vida.

¿Y las hojas que te envié el mes pasado? ¿Qué te dicen?

12 de marzo de 1916 (casi medianoche): María, María, María: Hoy, según el úkase de tus tíos, no es día de verte, pero nos veremos cuando ya sea la medianoche. Entonces, yo te hablaré desde aquí lejos y tú me escucharás aunque ya estés durmiendo. En eso hemos quedado, ¿no es así?

Bueno, me he pasado el tiempo esperando a que llegara la medianoche para estar contigo, y ya es la hora, y ya me sientes. Me sientes y estamos juntos y para siempre se abre para nosotros la vida.

Tú lo sabes, María, porque me recibes cada día y porque, a nuestra hora, la tierra gira al revés, el tiempo se desboca, el mar se olvida de vivir y las estrellas se pierden para siempre, y nosotros ni nos enteramos porque al fin estamos juntos.

¿Sabes lo que es una pasión? Ésta lo es y significa estar juntos aunque no estemos juntos y hacer y vivir el amor todo el tiempo hasta que el tiempo se desboque y las estrellas corran como locas a buscarnos.

Tú lo sabes, y ya sabes lo que te espera. César, por supuesto.

3 de abril de 1916 (mediodía): María, marimarimarimaría: Había neblina esta mañana y era tan densa que, sinceramente, no sé si llegué al "San Juan" montado sobre una nube o sobre un camino. O tal vez nunca sabré si de veras llegué y si había un camino. Quizás se lo comió la tristeza. César, el de siempre.

Aquello se convirtió en una considerable colección de breves cartas de Vallejo que María Rosa guardaba celosamente en su oficina.

Entre los papeles de María Rosa, se conservarían después páginas de su diario escritas antes y después de conocer al poeta, imágenes de sus sueños y algunas breves misivas de Vallejo. Un día, de súbito, la comunicación terminó. Todos los papeles se borraron.

12

Un artista, señor, es un hombre sospechoso

18 de mayo de 1916 (por la noche): Beethoven, loco Beethoven: Me pides que te hable de mi madre. Madre velaba por mi alegría, por mi sustento, por mi pureza de muchacha pobre. Mi hermano menor y yo éramos dos cosas alegres en la casa.

Madre era extraordinariamente buena, dolida y mansa. Era más que las otras. Madre, hermana y amiga. No era culta, pero en la frente llevaba el sello del espíritu. Era erguida y sufrida, varonil y arrogante. Para mí es su recuerdo algo así como una canción antigua.

Pd: Mis tíos no cesan de hablar de tu melena. Por eso, te llamo hoy Beethoven. Mi Beethoven.

Se sabía de memoria esa carta porque la había leído muchas veces. Al recordar que María lo llamaba Beethoven, César Vallejo se pasó la mano por la cabeza y sonrió. Toda la tarde había estado leyendo en la pequeña capilla de la cárcel, y de rato en rato, le parecía escuchar los sones de una armónica. Al principio, pensó que era una fantasía, y no le hizo caso. Más tarde, el rumor de los "Conciertos de Brandenburgo" se acercó hasta él y se retiró tan pronto como quiso prestarle atención.

Se dijo que era imposible escuchar a Bach dentro de aquel rebaño de hombres desventurados. Además, la ejecución parecía provenir del cielo. La armónica tiene una ventaja sobre todos los instrumentos soplados por fuelle: el tono y la afinación de cada nota pueden ser transformados dramáticamente por alma y decisión del músico, y eso es lo que estaba ocurriendo. La música reverberaba y era, a veces, susurro y en otros momentos, estruendo. Imposible que ese hombre estuviera en la cárcel. Quizás lo que el viento traía de rato en rato provenía alguna casa cercana. Pasaron varias horas y, luego de algunos silencios intermitentes, la música no desaparecía. Al poeta le pareció extraño que el ejecutante no se cansara.

Eran ya casi las seis de la tarde, y los reclusos debían regresar a sus celdas. Ante esa premura, César tomó el camino más directo pero menos recomendable. Avanzó por el corredor que llevaba a los Infiernos. Desde allí subiría unas gradas y llegaría al segundo patio donde estaba la habitación que le correspondía.

El piso de ese corredor no había sido lavado. Conservaba manchas de sangre y de grasa humana. De pronto, se detuvo frente a una puerta. Arriesgaba ser castigado con una noche en el Infierno por no recluirse a tiempo, pero la curiosidad pudo más que esa amenaza. De aquella celda salían, con nitidez, los acordes de la armónica.

Miró a través de la ventana, y lo vio. El músico se materializó ante él como un hombre muy flaco sentado frente a la única mesa. Tres hombres recostados sobre sus camas lo escuchaban absortos.

Cuando quiso asomarse, uno de los hombres gruñó, rugió, se levantó y corrió hacia la ventana en actitud ofensiva. Vallejo no pudo olvidar ese rostro cerca del suyo. Supuso que así debía haber sido la cara del hombre del martillo que vislumbrara en las penumbras de su primera noche en el infierno. Parecía una bestia enjaulada.

Se dio cuenta de que ofendía la privacidad de los internos y que, en esas circunstancias, aquello era sumamente peligroso. Se retiró de inmediato y caminó sin detenerse. Alcanzó a entrar en su celda cuando daban la última campanada de las seis y comenzaban a sonar los pitos de los guardianes.

—Se le hizo tarde —comentó Salomé Navarrete.

—¿Lo ha escuchado? ¿Usted lo ha escuchado?

—¿Escuchar? ¿A quién?

—Hay un hombre que toca la armónica. Se ha pasado toda la tarde interpretando a Bach.

—El camino que usted ha tomado no es el más recomendable —replicó Navarrete. Usted ha pasado por en medio de una cuadra muy peligrosa. Se trata de hombres que realmente son criminales. Si no lo fueron antes de llegar aquí, aquí se convirtieron. Perdieron el cascarón de humanos. Era su única forma de sobrevivir.

—Le preguntaba si escuchó al hombre de la armónica.

—Usted debería de haber pasado por el otro corredor. Ya se habrá dado cuenta de que allí la mayoría son campesinos de las haciendas del valle. Hombres honestos, sin pasado alguno. Fueron llegando aquí cada vez que algún patrón se ponía nervioso o el gobierno quería mostrar que era inflexible con la agitación social. La tropa tomaba una hacienda a medianoche y, luego de matar a unos cuantos, capturaba al azar a los que encontraba a mano. Así ha sido siempre. Entiendo que así debe ser ahora, ¿no?

—He visto más o menos cuarenta —dijo Vallejo.

—Hay más. Hay muchos que no salen jamás de la celda. La enfermedad, ¿sabe? Las tercianas, la tifoidea, la tuberculosis. Más de la mitad de la gente del penal está enferma.

Vallejo insistió en su pregunta sobre el hombre de la armónica.

—Está lloviendo. ¡Qué raro, no! —respondió Navarrete.

El hombre eludía el tema, o tal vez no le interesaba en absoluto.

—¡Lloviendo!... En la Costa nunca llueve...

Navarrete se levantó de la silla donde leía, y se acercó a la ventana que daba al patio. Caía mucha agua. Allá afuera, el cemento del suelo comenzó a brillar y a despedir fulgores. Agitadas por el viento, las gotas caían en zigzag y a veces rebotaban.

En la celda, el poeta bajó la vista y se quedó mirando el suelo. Así lo hacía todo el mundo en su pueblo cuando llovía. Cuando insistió en la pregunta, su compañero no pudo escucharlo. Se había quedado dormido. La lluvia continuó su minuciosa tonada. Tal vez escampó a medianoche, y entonces salieron a dar vueltas la Luna y los luceros.

19 de mayo de 1916 (6 de la tarde).- Carta de pájaros: Te sigo contando, María,

Mariísima: Eran como las seis de la mañana y caminaba hacia Huanchaco. Con Julito, Antenor y Macedonio de la Torre habíamos decidido llegar de esa manera.

De pronto el cielo queda cerrado y pertenece solamente a las aves marinas. Podría hacer una descripción de sus vuelos, pero no bastaría. Te podría decir que avanzaban en formación de una V invertida y que cada tribu estaba constituida por unas veinte aves, y además mi descripción puede añadir que todos los grupos formaban una V gigante en los cielos que comenzaba en el templo del Dragón y terminaba en la playa. Entonces, yo me detuve y observé, y me di cuenta de que el cielo también se mueve y que son los pájaros los que se lo van llevando.

Pero hasta allí nada más podría contarte. No te podría decir qué le ocurre a un hombre que mira hacia el cielo. Tú sabrás tan sólo lo que ese hombre te confiesa ahora: que hay que ser muy hombre para hacerle frente a la memoria.

Las tardes siguientes, desde su rincón de lectura en la capilla, César escuchó el Magnificat, la pasión según San Juan, la Misa en Si Menor, la pasión según San Mateo, la Sonata para Flauta, el Concierto para Oboe y violín, el Concierto para Clave... y el repertorio de Juan Sebastián Bach no se acababa. El hombre de la armónica no salía al patio, y Vallejo no se atrevía a pasar otra vez junto a la celda. Tampoco tenía medios

para persuadir a Salomé Navarrete de que le contara algo más sobre aquel músico fantástico.

Mientras tanto, la situación anímica del poeta sufría altas y bajas. Se sintió feliz cuando Orrego primero, y después sus otros amigos, pudieron visitarlo. La presencia del abogado Godoy lo llenó de esperanzas de que todo terminara pronto. La larga espera entre una y otra diligencia judicial lo deprimió. Algunas noticias sobre los actuados infames del juez Iturri Luna Victoria terminaron por tirarlo contra el suelo. Una tarde no salió al patio.

En ese momento, le daba lo mismo la penumbra de la celda que el sol quemante del patio. Para quien desconoce cuánto va a durar su reclusión, terminan por confundirse el día y la noche y se vuelve vago el curso del tiempo, pierde precisión la vigilia y, en vez de caminar, parece que los humanos flotaran en el universo. Por eso, Vallejo se quedó recostado en la cama mirando el techo. Recién entonces, Navarrete recordó el tema de la música.

—¿Me hablaba usted de esa armónica?

Ahora, fue el poeta quien no respondió.

—Usted se refiere al Músico, amigo Vallejo. Lo llaman así. No sé su nombre. Pero sí, claro... es un hombre extraordinario...

Después avanzó hacia la mesa y levantó una tetera. Llenó un jarro con una infusión de hierba luisa y se lo ofreció:

—¡Sírvase! Está bien caliente...

El poeta pareció animarse. Sentado sobre la cama, extendió el brazo, sostuvo el jarro y quiso agradecer, pero antes declaró.

—Mañana voy a ir a hablar con él.

—Eso es imposible...

—¿Imposible? ¿Por los tipos que lo custodian?

—No, no es por ellos...

—¿Es muy huraño?

—¡Peor que eso! ¡Es mudo, señor Vallejo! ¡Es mudo!

Ante el silencio asombrado de Vallejo, Navarrete le explicó que no había sido siempre así.

—Debe haber entrado a la cárcel hará diez años. Cuando yo llegué, todavía hablaba. Creo que le dio tuberculosis, o cualquier otra enfermedad respiratoria. Se le complicó la laringe. Se quedó mudo.

El Músico era un hombre culto y de clase media. Eso era todo lo que sabía sobre él. Don Salomé no podía contar mucho más.

—Parecía joven cuando lo trajeron. Ahora tiene el aire de los que ya viven en la muerte. ¿Que cómo llegó aquí? Me gustaría saberlo. Una venganza cualquiera, supongo. Y después... de aquí no se sale. ¿Le extraña a usted que haya perdido la voz?... Es normal. Entrar en la cárcel es como entrar en la muerte. Como los muertos, uno comienza a desencarnar.

César Vallejo no sabía qué decir. Se asomó a la ventana y miró hacia el patio.

—A desencarnar. Sí. A desencarnar. Se pierden la vista, la razón, la voz... A menos, claro, que uno viva sostenido por una pasión temible.

César quería pensar que estaba soñando. En algún momento, tendría que salir de esa pesadilla.

—En el reino de los muertos, los difuntos comienzan por perder el rostro. Después se hacen invisibles.

El poeta movió la cabeza como hace la gente cuando quiere despertar.

—Yo no quería hablarle a usted del Músico porque usted se le parece demasiado... en muchos aspectos.

Afuera estaba el patio. Colosales muros lo cercaban. Tras de los muros se hallaba la libertad, pero, ¿dónde estaba César? ¿Allá o acá? Allá, afuera, se balanceaban las palmeras en la plaza mayor, el viento corría aullando, la tierra crepitaba caliente y la gente se hacía saludos con el sombrero. ¿Estaré allá o acá? —se preguntó y sintió que pisaba aire, como si la tierra hubiera comenzado a abandonarlo.

—¡Una venganza! ¡Debe de haber sido eso! —gritó de pronto Navarrete—. Estoy seguro de que ha sido eso.

Vallejo no comentó.

—Los hombres con quienes comparte la celda son asesinos temibles. Hay uno del que dicen que es un caníbal. Mató a otro preso y comenzó a devorarlo. Al Músico lo pusieron allí para que se muriera de a pocos. Para que el miedo se lo comiera.

La lámpara de querosene comenzó a parpadear por falta de combustible.

—Pero no lo lograron, ¿sabe?... El Músico los ha domesticado. Toca la armónica y los tranquiliza. Se convierten en niños, le ruegan que los haga dormir.

César aguzó el oído y le pareció que la armónica continuaba resonando.

—Lo llevaron a esa celda para matarlo. Ahora, los asesinos lo defienden a él...

—¿Y sus enemigos? ¿Qué han hecho sus enemigos?

—Parece que ya se cansaron, o acaso se murieron. Nadie se acuerda de él, ni siquiera para hacerle daño.

—Si ya no existen sus enemigos, entonces podría reabrir su causa y pedir su libertad.

—¿Su libertad?... No creo que la desee...

Cuando la lámpara de querosene se apagó, Navarrete explicó entre las sombras que, perdidas las otras facultades, a uno también se le olvidan la sazón, el olor y los múltiples sabores de la libertad. No habló más del asunto.

15 de junio de 1916 (no sé qué hora es).- Carta sobre una nube: Mariísima: Hoy solamente te escribo esta carta, y en ella te declaro que una de los acontecimientos más importantes de mi vida me ha ocurrido hoy. Hoy te he visto a mi lado. Hoy estábamos viajando sobre una nube, y todo el mundo sabe que las nubes no mienten.

Sin fecha: César, loco mío, hoy he sentido un terror extraño: no querría morir. Mi cuerpo es joven y desea nutrirse.

Yo amo. Yo amaba. Yo amaría. Conjugación del verbo: ¡amábamos, amábamos, amábamos!

Me siento tranquila. Pero mi cuerpo cederá mañana. Bajo los años.

Quedarán los rosales. En el jardín, las rosas volverán a brotar. Habrá otros niños y otros amantes. El día, el sol, el aire; todo estará lo mismo. Pero mi cuerpo cederá con los años.

Conjugación: pretérito del verbo: amaba, te amaba, me amabas... Pero ya será tarde, cuando el tiempo, el cuerpo, el sueño y los rosales se destiñan.

Lloverá...

Noviembre de 1920 fue un mes de neblina. Los patios de la cárcel de Trujillo eran hasta el mediodía un blanco territorio de fantasmas. Libres para transitar por ellos desde las seis, los presos daban vueltas sin que unos y otros pudieran verse por completo. El suelo estaba cubierto por una arena dorada que el viento traía del mar, y sobre ella diminutas gotas de agua lanzaban destellos. Parecían estrellas caídas. El último día del mes, César Vallejo, que caminaba sobre ellas, se preguntó de qué

material estaban hechas las estrellas y de qué material habían sido fabricados los hombres.

—Señor Vallejo, ¿se acuerda de mí? —escuchó que le preguntaban.

Un hombre de camisa blanca se le acercó. A pesar de la espesa niebla, lo reconoció por la voz y por la inmensa y blanquísima dentadura. Era el preso que lo acompañara durante sus primeras noches en el Infierno.

—Señor Chanduví.

—Llámeme Mataporgusto, o como quiera, pero no me diga señor. No lo soy. En todo caso, usted dijo que me haría una visita en la carpintería del penal, y nunca se ha asomado por allí.

Conversaron. El hombre le habló de su tierra, de sus padres, de su escuela y de sus amigos de infancia. Era como si acabara de separarse de ellos. La libertad deja un gran vacío cuando falta, y ese espacio es ocupado por los recuerdos. El poeta no lo escuchaba, sólo lo dejaba hablar, y era eso todo lo que el otro esperaba.

Le preguntó si sabía algo acerca del Músico, y Mataporgusto se quedó asombrado.

—¡Qué raro! Había soñado que usted me preguntaría por él —dijo.

Después miró hacia uno y otro lado como si fuera a revelar un secreto.

—¡Qué coincidencia! —exclamó por fin—. Usted y él se parecen mucho, y da la casualidad que con los dos me ha tocado compartir el infierno.

—¡El infierno!

—Sí. El Infierno. Me habían llevado allí por no recuerdo qué motivo. Los gendarmes siempre encuentran uno bueno. Estaba allí con dos hombres, dos animales como los que usted vio en la celda del Músico. Felizmente, soy un ser casi invisible. En realidad, la mejor manera de protegerse, señor Vallejo, es no ponerse en el campo visual ni en el espacio de los otros, y eso es lo que hago mejor. Me pego a la pared y no me ven. No le voy a decir que no tengo miedo. El terror me come las entrañas, pero hasta hoy sobrevivo.

Chanduví miró a todos lados para cerciorarse de que nadie los observaba. Cuando estuvo seguro, ordenó:

—¡Sígame!

Avanzaron juntos hasta la pequeña capilla.

—Haga lo mismo que yo, por favor.

Se colocaron enfrente de la cruz como si estuvieran conversando con el Señor.

—¿Sabe usted una cosa? El Chancho Marino era un tipo bueno.

—¿El Chancho Marino?

—El mismo.

—¿Quién era el Chancho Marino?

—El hombre con quien al músico y a mí nos tocó estar recluidos. Como le decía antes, el Chancho no hablaba bien, pero era bueno. ¡Legal, legal!... Era una bestia de casi dos metros de alto por no sé cuántos kilos de grasa. Liquidó a varios tipos en la cárcel. Les quebró el espinazo o los ahorcó. Era su especialidad, pero la ejercía porque no sabía hacer otra cosa. Los gendarmes se lo ordenaban y lo premiaban con comida. Usted y yo podemos sobrevivir con el pan de tropa y la paila de caldo que nos sirven a mediodía, pero no una de esas bestias.

—¿Lo empleaban para matar?

—Para eso. Pero los animales no son completamente animales, señor. Un día se ven el rostro y sienten dolor por sí mismos. Creo que eso ya le estaba pasando al Chancho. Estaba solo siempre, en esa esquina del patio solo. Estaba allí tirado con el cuerpo inmenso bajo el sol. Era como un hacha esperando ser usada.

—¿Un hacha?

—Creo que en algún momento se cansó de ser hacha. Y chancho. Y bestia.

Chanduví hizo una pausa. Suspiró.

—No creo que se sintiera feliz en el papel de verdugo, pero lo era. Aquí se aplica la pena de muerte, señor. Los gendarmes hacen de jueces, deciden a quién le toca morir y lo ponen en uno de los infiernos entre las bestias. Por supuesto, antes reciben el pago de alguien que, desde fuera, ordenó la ejecución. Después, se dice que todo fue una reyerta entre criminales, un ajuste de cuentas, y se ordena una investigación. Todo queda en eso.

Chanduví levantó los ojos al cielo y habló como si no hablara con Vallejo.

—Me acuerdo como si fuera ahora que me encerraron al lado del Chancho y pusieron sobre la ventana una lámpara de gas. Estaba yo de lo más asombrado. No sabía quién podía querer mi muerte, pero rápido me enteré que la cosa no era conmigo. Un gendarme entró y le dijo al Chancho que tenía un trabajito. Le entregó una soga y le hizo saber que el pago eran dos semanas de ración doble.

—Si el asunto no era con usted, ¿para qué lo tenían allí?

—Siempre es así. Necesitan por lo menos un testigo para que salga a contar, y el asunto sirva de escarmiento. Los gendarmes necesitan que la gente les agarre miedo... El Chancho tomó la soga entre las manos, la miró como un profesional y le pasó la lengua. Pensé que se la iba a comer, tanta era su hambre, pero no fue así. Como todo profesional, quería conocer su instrumento. El gendarme le explicó que su víctima era un judío y le contó que los judíos habían matado a Cristo, y que a lo mejor el tipo también era anarquista.

—¿Judío?

—Cuando lo trajeron, Marcos era rubio y erguido. Parecía extranjero. Para los guardias, todos los extranjeros pobres son judíos.

—¿Y qué hizo el Chancho?

—El Chancho... El Chancho se lo quedó mirando con una cierta dulzura y volvió a pasar la lengua por la soga.

—¿Entonces trajeron al Músico?

—¿Al Músico? Ah, sí, claro. Al Músico. Déjeme contar la historia, señor Vallejo. Pero eso sí le digo, cualquier cosa que le hayan dicho sobre él es falsa.

Vallejo aseguró que nadie le había contado nada. Añadió que ni siquiera conocía el nombre del Músico.

—A mí sí me lo dijo cuando todavía podía hablar. Se llama Marcos, y vino de Lima. Trabajaba de pianista en el teatro, y creo que le iba bien. No le voy a decir que fuera un concertista. No, él no tenía dinero; no era un señorito que pudiera dedicarse por entero al arte. Todo lo que hacía era ponerle música a las películas.

César recordó las proyecciones de cine en el único teatro de Trujillo. Un pianista, junto al ecran tocaba sin parar una partitura de Camille Saint-Saéns, siempre la misma, pero cambiaba de velocidad según las emociones evocadas en el film. El estruendo del proyector, las interrupciones en los cambios de rollo y las expresiones del público formaban parte del ruidoso espectáculo. Había breves silencios para escuchar la voz del explicador de películas quien leía los títulos para que los espectadores analfabetos estuvieran al tanto del argumento. La música del piano cambiaba de acuerdo con el ritmo de la historia e imponía severidad y ambiente a la proyección.

En esta parte del relato, Chanduví volvió a mirar hacia atrás para comprobar que no eran observados.

—De repente, el pianista se volvió loco. En vez de la música que debía ejecutar, no paraba de tocar una melodía de... ¿le suena Chopin?... Sí, eso fue lo que me contó.

Chopin. Se había enamorado, y quería impresionar a una chica que todos los días estaba en la sala... Lo peor fue cuando estrenaban “El gran robo del tren”. En el momento en que se persigue a los bandidos, Marcos debería haberle dado fuerza y frenesí al piano, pero se entregó a un “Nocturno” de amor. Lo despidieron del teatro.

—¿Y por eso lo mandaron a la cárcel?

—El dueño de la sala era el padre de la joven, y quería casarla bien. Le pareció que Marcos estaba ahuyentando a pretendientes de buenas familias. Quiso que le dieran un escarmiento, y lo denunció por robos en la taquilla. Por fin, logró que lo metieran en la cárcel, y como siempre, aquí las cosas se complicaron... Un artista, señor, es un hombre sospechoso. Los gendarmes lo vieron elegante, culto y pobre... y de entrada, lo calificaron de anarquista.

—¿Y la muchacha?

—La muchacha... Ah, sí, la muchacha. Supongo que de inmediato entró en razones porque nunca lo vino a visitar. Así pasa siempre, ¿no, señor? Así es el mundo. No sé por qué Dios no toma cartas en el asunto y, de una vez para todas, nos apaga el sol.

Calló por un momento. Después miró el cielo como si estuviera aguaitando a Dios.

—Me estaba usted contando que el Chancho iba a matarlo...

—Parte por parte, amigo Vallejo. Le conté que habían dejado una lámpara de gas encendida en la celda para facilitar la tarea del verdugo. Tirado en el suelo, yo fingía dormir, aunque no podía cerrar los ojos porque el miedo me los había trancado. Claro que el gendarme no lo ignoraba, y me habían puesto allí adrede para que contara la historia, pero se equivocó. Ésta es la primera vez que lo hago, y lo hago porque usted es un señor escritor. Usted lo narrará, y si no es usted, lo hará otro cuando cuente esta parte de su vida.

Las precauciones de Chanduví para no ser escuchado por otra gente del penal resultaban innecesarias porque el patio era inmenso, y cada preso daba vueltas por él como un planeta particular con sus propios problemas. Además, el sol caía a plomo sobre los hombres y los volvía transparentes.

—Lo que viene no lo podrá creer, señor. El Chancho se acercó a su futura víctima y le midió el cuello con la soga como si estuviera tratando de venderle una corbata. Después, se pasó un rato tratando de lograr un buen nudo corredizo que hacía y deshacía como todo un perfeccionista. El gendarme se acercó a la ventanilla de la puerta y nos ordenó a gritos que no jugáramos. Luego soltó una carcajada, y sus pasos se alejaron.

Cuando el nudo estuvo listo, subió sobre la mesa y pasó un extremo de la soga por la viga del techo. Todo lo hacía con extrema finura. Pensé que le iba a pedir ayuda a su víctima. ¿Y sabe lo que hizo después? Puso la lámpara de gas en el suelo y volvió a subir sobre la mesa. Tomó el nudo corredizo y lo probó sobre su propia garganta.

Me preguntará qué hizo Marcos entonces. Marcos estaba paralizado por el terror, pero sabía que le había llegado su hora y se preparó a morir. Supongo que a lo mejor es judío y debe ser eso lo que hacen los judíos antes de morir. No sé. Sacó del bolsillo una pequeña armónica y comenzó a tocarla. El verdugo no se opuso. Creo que lo dejó cumplir su último deseo.

Era una melodía muy triste. Tan triste que yo me decía: es el tiempo, debe ser el tiempo el que dobla las canciones y quiebra las guitarras. Sentí que la música se iba detrás de la cordillera y me llevaba hasta mi pueblo. Recordé a mi madre y, sin darme, cuenta, comencé a llorar.

Señor Vallejo, yo no estaba bebido. No me había emborrachado. Le juro que vi al Chancho Marino arrodillarse. Se prosternó y comenzó a llorar también. Bajó de la mesa y se acercó al Músico. No gemía, pero se le caían las lágrimas. Era como si un árbol estuviera quejándose sin quejarse, sin hacer ruido. Había olor de muerte. Créame, señor. La celda estaba repleta de sombras esperando llevarse a alguien al infierno. Clarito yo las sentía.

Calló otra vez. Vallejo no quería interrumpirlo por temor de que cambiara de conversación.

—El Chancho Marino volvió a subir sobre la mesa, y otra vez lamió la soga para asegurarse de que era poderosa y resistente. Pasó su cabeza por el nudo y se lo puso en la garganta. Después, dio una patada en la mesa y quedó colgado. Dio unas patadas contra la nada hasta que le faltó el aire. Por fin, se estiró y se puso inmenso. Casi llegaba hasta el suelo.

—¿Y ustedes qué hicieron?

—¿Qué hicimos? Nada, por supuesto. Si alguien grita o llama al guardia en esas circunstancias, podría ser complicado. Más bien, le hice una seña a Marcos para que dejara de tocar la armónica. Luego, me acerqué a la lámpara y la apagué. A la mañana siguiente, un guardia me pidió ayuda para bajar el cadáver. No se volvió a hablar del asunto. Al Músico lo dejaron tranquilo por un tiempo. Después le buscaron una celda definitiva, la que comparte con esas otras bestias.

—Me han dicho que está tuberculoso. No entiendo de dónde saca fuerzas para seguir tocando la armónica.

—¡De dónde! ¡Y usted me lo pregunta! ¿Quién ejecuta la música? ¿La lengua? ¿La sangre? ¿El corazón? ¿Los pulmones? ¡No, señor! ¡Es el alma!. Ese hombre se va a morir pronto, y el alma ya se quiere ir. El alma está saliendo, y eso es lo que escuchamos cuando escuchamos la armónica.

En septiembre del 16, a siete meses de iniciada su relación amorosa, María desapareció. Parecía haber sido borrada por los vientos. No fue a la biblioteca ni salió a la calle un solo día. Pasaron dos semanas de eso, y César no sabía qué pensar. Recordaba sus frecuentes resfríos. Cuando le venía uno de ellos, no podía siquiera asomarse a la pequeña ventana de calle Zepita, pero había algo muy raro en todo eso.

A comienzos del mes, Francisco, el hermano de María, había tomado el barco para ir a Chimbote. Iba a trabajar en la municipalidad y existía la posibilidad de que se quedara por allí un buen tiempo. En consecuencia, Vallejo no podía contar con él para enterarse de lo que ocurría, ni mucho menos tocar a la puerta de la casa e indagar ante los tíos cancerberos. De aquellos días es la misiva que el poeta introdujo por la ventana y cayó en el dormitorio de Francisco, quien la encontró a su regreso y la guardaría para toda su vida.

15 de septiembre de 1916.- Carta a ciegas: ¿A dónde estás mirando, María, ahora que ya no me miras y adónde caminas si ya no caminas a mi lado y qué escuchas si ya no puedes escucharme y quién eres si ya comienzas a dejar de ser y quién soy yo si ya estoy perdiendo el rostro, y quiénes somos ambos, por fin, si ya se pasó la hora en que podíamos vernos y amarnos, y dónde quedaron nuestras sombras ahora que sólo somos sombras y traspasamos el umbral y dejamos de ser los que fuimos y comenzamos a convertirnos en sombras?

Así como así, del aire al aire, te hago estas preguntas aunque ya hayas perdido el rostro que usabas para mí desde el día previo a la creación de los rostros y las luces.

Aparécete de nuevo. Tú sabes cuánto te necesito. Aparécete!

A partir de entonces, no se verían más. A César, solamente le llegaron unas palabras duras y tristes en una carta que ella había colocado en el correo local y que había tardado más de un mes en llegar al destinatario.

Adiós, César. Cuando recibas esta carta, ya me habré marchado. Te ruego que no me busques. Para que los sueños sean sueños, es mejor que no se vuelvan a soñar.

No me pidas explicaciones. No las hay. Sólo hay palabras como aquellas en las que hemos estado viviendo durante todo este tiempo maravilloso. Diez meses como diez años, o diez siglos. ¡Qué importa cuántos cuando se ha sido feliz!

Vallejo miraba el papel, y en efecto sólo vio palabras. Después, pensó que de piedras negras sobre piedras blancas estaba hecho el universo. Sólo por un momento, se dibujaba María en medio del aire. Después todo se borraba. Como en el decorado de un teatro, venían los obreros y se llevaban enrollados Trujillo, el mar, las montañas, los árboles, el amor, las palabras y los pájaros.

Te repito, no me pidas explicaciones. Conténtate con saber que leeré tus poemas hasta el último día de mi vida. A veces, es necesario entender que es precioso cerrar un libro. Hemos terminado de leerlo.

No lo podía creer, pero tenía que ser así. Toda su historia era la de una pérdida, total y terrible, de todo lo que amara, sin explicaciones. De toda aquella destrucción, sólo podía resultar seco, o dueño de una nueva y definitiva belleza indestructible. Sólo la poesía podía salvarlo.

Las palabras se alargaban y cambiaban de forma. Pero allí estaba, la dura, implacable resolución de la muchacha:

No hay explicaciones. No he podido hablar de esto contigo. No podría mirarte a los ojos.

13

La niña de la higuera

El lunes, en la cárcel, César durmió hasta mucho más tarde de lo que acostumbraba. Hablar con su amigo Orrego, caminar todo el domingo por el patio y dormir en una cama, por fin, eran demasiada alegría junta. La historia de María Pipí lo hacía sonreír, pero las ilusiones sugeridas por el vuelo con el Sanpedro lo desconcertaban. ¿Un barco lo sacaría de la prisión? ¿qué tenía que ver Antenor con ese barco? ¿y el destino era París? ¿por qué París? "Usted mismo lo sabrá algún día", le dijo el chamán y agregó "Hay que tomar los sueños más en serio."

Tuvo un sueño muy largo. Transitaba el río de su pueblo, el Tablachaca. Por él, se asomaban sus padres. En el sueño, jugaba con sus hermanos y se preguntaba sin detenerse "¿Hasta qué hora da las seis el Ciego Santiago?" Después, vio venir al Ciego Santiago. Llegaba hasta él sin dejarse ver el rostro y le preguntaba: "Niño César, ¿hasta cuándo todo esto va a seguir siendo así? ¿Hasta cuándo este valle de lágrimas a donde yo no dije que me trajeran? ¿Hasta cuándo?"

"Ya va a venir el día", quiso César responder en el sueño. "Ya va a venir el día, hermano, ponte el alma". Cuando Santiago quiso ponerse el alma, no podía encontrarla. Tampoco pudo encontrar su cabeza degollada. Las habían escondido los soldados y los empresarios de Quiruvilca.

Se despertó gritando. De pie frente a su lecho, se erguía Salomé Navarrete, el preso que había conocido el día anterior.

—Yo también conocí a Santiago —le dijo.

César alzó la vista y se preguntó si este hombre que lo miraba tenía la facultad de ver los sueños de los demás.

—Se lo digo porque también soy de Santiago de Chuco —añadió sonriendo el tipo. Eso explicaba la referencia, pero lo dejó con la suposición de que le había leído la mente.

—Salí de allí hace mucho tiempo... cuando usted era niño. Al Ciego, lo conocí en Quiruvilca.

Navarrete no hacía gestos. Ninguna línea se movía en su rostro colmado de arrugas y hendiduras. Tenía unas manos inmensas y hablaba con lentitud como si estuviera orando.

—No se preocupe por el otro preso. Se lo llevaron muy temprano y no va a volver. Estaba medio loco... Queda un lecho vacío. Ya veremos a quién nos traen en su lugar.

—Adivino que usted es un hombre de libros —continuó don Salomé. Añadió:

—Los libros que usted puede ver están a su disposición. Quizás voy a estar un buen tiempo por aquí y me he dedicado a instruirme. Estaba leyendo a Camille Flammarion.

—Ahora déjeme adivinar a mí. Usted estaba leyendo "La vida después de la muerte" y quiere conocer mi opinión ¿Me equivoco? —Vallejo se sentía con buen humor.

—Acertó. Parece cierto que la prisión nos otorga ciertos poderes. A lo mejor usted se convierte en mago durante el tiempo que le toque vivir aquí. De repente, nos hace invisibles y escapamos.

La conversación fue interrumpida por unos toques discretos en la puerta.

—Señor Vallejo... tengo que hablar con usted —era el alcaide.

—Don Cipriano, ¿puedo saber a qué hora va a llegar mi abogado?

—¿Su abogado?... De eso quiero hablarle...

—Antenor me dijo que vendría hoy. ¿Será en la tarde?

—Ante todo, póngase cómodo —señaló la pequeña mesa donde los presos comían, leían o conversaban. Los compañeros de cárcel se retiraron discretamente a sus camas.

—Venga por aquí.

—¿Va a venir o no va a venir?

—¡No se ponga así! ¡Déjeme explicarle!... Pero si pone esa cara, tengo que decirle que no. No va a venir... Es más, la familia Santa María ha pedido y logrado que la incomunicación continúe.

—No se me puede negar al derecho a la defensa.

—Eso es lo que ha dicho su abogado y ha conseguido que le permitan verlo... Eso sí, tendrá que esperar una semana.

—¡Otra semana más!... ¿Me viene usted a decir que estoy de nuevo incomunicado?

—Teóricamente, sí... pero no va a ir a la Sala de Meditación. Eso no lo voy a permitir. Estará aquí con este señor. Ya veo que han hecho amistad ustedes... El único problema es que no podrá recibir visita alguna.

Cipriano Barba se retiró. Vallejo se quedó sentado durante horas con los codos sobre la mesa y las manos sosteniendo la cabeza.

A las doce, les llevaron comida, pero César no probó bocado. Hasta ese momento, había confiado en que se le daría libertad provisional antes de que la Corte viera su caso puesto que no era un inculpado peligroso y no pensaba ni podía fugarse. Ahora, advertía que trataban de aplastarlo.

El otro preso respetó su silencio. Salió un momento al patio, que le estaba prohibido a Vallejo, y por la tarde volvió para acompañarlo.

Buscaron después una conversación que no trajera malos recuerdos. No querían hablar de los delitos que les eran imputados, sino de los sueños.

Salomé Navarrete aseveró que los sueños eran mensajes de Dios y abrió una página de la Biblia en la que se hablaba de visiones proféticas. Estaba interesado en saber si un sueño repetido en el que volaba significaba que estaba próxima su libertad. Le pidió a Vallejo su opinión.

—No puedo saberlo sin conocer de qué se le acusa. Pero no se lo estoy preguntando.

—¿Quiere saberlo?

—Si usted lo quiere.

—Dicen que estoy aquí por hereje.

El poeta estuvo a punto de soltar la risa, pero el hombre era viejo y había hablado con seriedad.

—No existe ese delito en el Código Penal.

—Me detuvieron hace cinco años cuando todavía estaba vigente la prohibición de ejercer una religión que no fuera la católica.

—Pero la Constitución de este año ya no los proscribe.

—Así es. Hace dos meses, mi abogado presentó un recurso solicitando mi libertad. Pero ahora me han inventado un nuevo delito.

Navarrete era un curandero muy conocido en Chocope. La gente de Trujillo tomaba el tren y lo visitaba para pedirle curación frente a diferentes y extrañas dolencias. El hombre atendía sentado en un sillón. No examinaba al paciente ni le preguntaba cuáles eran sus dolores. Sólo lo miraba fijamente y examinaba los ladeos de

un péndulo. Eso bastaba para su diagnóstico. Yerbas de uno y otro lado del país le servían como poderosas medicinas. Se hablaba de numerosos desahuciados a quienes había devuelto a la felicidad y a la vida.

—¿Quiere decir que usted es colega del Pato Negro?

Don Salomé soltó una carcajada.

—El Pato Negro es un brujo. Se dedica a la magia negra. Celebra mesas nocturnas para amarrar a los amantes y dañar a los enemigos. También hace pequeñas curaciones. Vende amuletos. Dice que los difuntos le dan consejos. No, no, yo solamente me dedico a sanar a los enfermos. Digamos que soy un curandero. No tengo nada que ver con otro tipo de asuntos.

Navarrete tampoco reclamaba un pago determinado por sus servicios. Los pacientes agradecidos depositaban, por su propia voluntad y de acuerdo con sus posibilidades, algunas monedas en un cajón de madera. De allí, tomaba él lo indispensable para su subsistencia y para comprar yerbas. El resto se lo ofrecía a una pequeña iglesia pentecostal.

—El párroco del pueblo fue a buscarme y me amenazó con acudir a la justicia si continuaba apoyando al culto protestante. Para hacerle la historia corta, en octubre de 1915 los gendarmes fueron a buscarme y me trajeron a la cárcel. Primero, me acusaban de hereje. Ahora, se han añadido delitos contra el cuerpo y la salud. Sostienen que mis yerbas son venenosas y que he causado un aborto. Todo eso es falso. Pero si usted me lo pregunta, francamente sí, creo que soy un hereje.

En 1916, Europa continuaba incendiada por la Gran Guerra. César Vallejo daba una ojeada a las noticias del periódico, pero no podía concentrarse y olvidaba el mundo. Desdoblaba entonces la carta de María, la alisaba y trataba de entenderla. A veces pensaba que sin querer la había ofendido. En otras ocasiones, la supuso infiel. No faltaron momentos en que la creyó muerta. A su infaltable terno negro, había sumado una corbata del mismo color que le daba el aspecto de viudo doliente. En su pensamiento, no había otra mujer en el universo que María. María, María, María. Si la mar que por el mundo se derrama, se colmara de amor y no agua fría se llamaría por amor, María y no tan sólo mar como se llama. Decenas de veces, la carta funesta que recibiera de parte de ella, dibujaba otro significado. Por fin, presumió que 1916 era el año de las sombras y que María tal vez ya no estaba en el universo

El 13 de febrero de 1917, Zoila Rosa Cuadra decía todo el mundo que ya tenía 16 años, pero recién los cumpliría el 20 de septiembre. Asistía a una exposición de pintura, y quería sentirse mayor. Varios acontecimientos sacudían su vida. El primero fue enterarse de algo que ocurría en un país remoto, pero que estaba destinado a trastornar el mundo y a influir decisivamente sobre la vida de los jóvenes que entonces conociera.

“La Industria” comenzó a informar sobre una revolución increíble. En Rusia, el imperio de los zares estaba acorralado por una demoledora rebelión de obreros, campesinos y soldados que enarbolaban una bandera roja.

Todo empezó cuando el mantenimiento del orden en las calles de Petrogrado fue encomendado al ejército, que estaba integrado por jóvenes mal alimentados y sometidos a una disciplina humillante. Cuando se les dio orden de disparar sobre los trabajadores en huelga, los soldados se amotinaron y fusilaron a sus oficiales. Al día siguiente, fraternizaron con los obreros, liberaron a los presos políticos y procedieron a la formación de consejos de obreros y soldados llamados soviets. Este hecho transformó el movimiento popular en un pronunciamiento revolucionario cuya verdadera significación no percibieron ni el Zar ni los círculos oficiales. ¡Todo el poder para los Soviets!, era la consigna. Las propiedades de los terratenientes en toda Rusia tendrían que ser

transformadas en cooperativas, y los siervos de la tierra debían ganar la libertad de caminar, leer, enamorarse, vivir, conversar y existir como seres humanos.

El segundo acontecimiento en la vida de Zoila Rosa fue trabar amistad con los jóvenes de la llamada Bohemia de Trujillo. De estrecha aldehuela con pretensiones aristocráticas, la ciudad había pasado a ser un centro cultural que irradiaba influencia sobre todo el país. Varios de estos muchachos sentían que habían llegado al mundo con la misión de incendiarlo y de cambiarlo para siempre.

El tercero y último de los acontecimientos, el más importante para ella, fue conocer a un hombre que le llevaba diez años y era dueño de una impresionante melena. Acaso de allí emanaba la fuerza misteriosa de sus ojos y el magnetismo de su rostro que parecía tallado a martillazos. Se llamaba César Vallejo y encontró con él cuando asistía a una exposición de escultura de Macedonio de la Torre.

Había leído algunos poemas suyos y lo había visto de lejos, siempre vestido de negro riguroso. Tendría 25 años. Mientras apreciaba las obras, había pasado junto a ella, pero ni siquiera la había mirado. Por la adustez de su rostro se lo imaginó víctima de un desengaño. Le apenó no ser ella la causante.

Algunas personas sienten cuando alguien, desde atrás, las está mirando. El poeta giró hacia ella y, por supuesto, no la vio. La joven le dijo “hola” y le hizo un gesto. Pero él miró hacia el lugar donde se encontraba Zoila Rosa y, nuevamente, sus ojos pasaron a través para detenerse en un asombroso ícono de Macedonio.

Ella insistió en acercársele, pero en ese momento, Vallejo conversaba con un amigo.

—¿Artista?... Macedonio no es un artista. Es un alma —dijo Vallejo.

—No, para mí, es un ave. Yo cierro los ojos y lo veo como un colibrí buscando los colores y el secreto de la naturaleza.

—Hay algo más que eso. Macedonio considera a la naturaleza como la salvación del hombre.

—Querido César: En vez de crítico de arte, pareces un monje, un ciego o un viudo. Ni siquiera te has dignado mirar a la mujer más bonita de la sala. Ella parece estar tras de ti.

El amigo se alejó. Recién, entonces, César reparó en la chica que le decía:

—Señor ¿es usted poeta?

—Eso dicen mis amigos.

—Usted tiene las trazas de ser un gran poeta.

Vallejo sonrió complacido:

—¿Y tú? —corrigió— ¿Y usted, señorita? ¿Cómo se llama?

—Zoila Rosa.

El poeta hizo un gesto de simpatía e iba a retirarse, cuando ella tuvo una idea. Extendió sus manos hacia la mesa próxima, tomó una fuente y se la acercó.

—Creo que no le vendría mal tomar un bocado.

—Gracias.

—Supongo que todo el mundo quiere comer algo.

—Supone usted bien.

Ella tomó un bocadillo:

—Supongo que no están tan malos.

Ella ya no lo miraba. En vez de ello, se miraba las manos.

—¿Qué le parecen los bocadillos? —preguntó mientras observaba la parte alta y central de la frente de su interlocutor.

Vallejo respondió.

—¿Me está usted mirando el tercer ojo?

—¿Cómo?

—Creo que usted quiere meterme un balazo entre ceja y ceja.

Fueron explorando asuntos que pudieran llevarlos a una conversación hasta que de pronto ella propuso un tema inusitado:

—Me apasionan los caballos.

Zoila Rosa había sido criada en una hacienda de su familia cerca de Cajabamba, en las serranías de Cajamarca. Insegura, pensó que no había sido escuchada, y repitió:

—Me apasionan los caballos.

Como si hablara consigo misma, dijo que los caballos tenían alma como los hombres. Afirmó que había visto las sombras de los caballos muertos pasando a través de las nubes. Aseguró con vehemencia que si una persona conocía el alma de un caballo, podría entender lo que es la nobleza y lo que es la dignidad.

A Vallejo le parecía haber escuchado decir eso cuando era niño.

La hacienda de la familia de Zoila Rosa criaba vacas y caballos de paso. A ella, las vacas no le interesaban en absoluto. Las sentía muy dóciles y algo tontas.

—Es como si fueran verdes. Se me ocurre que en realidad son el pasto que camina. Las vacas son verdes: ¡verdes, verdes, verdes!

Vallejo no había intervenido a lo largo de todo ese monólogo. No quería interrumpirla. Estaba fascinado. Se lo dijo.

—Estoy pensando que pretendes entrar en mi vida.

—¿Me lo permitirías?

César se quedó por un instante silencioso. Después cambió de tema.

—¿Por qué esa fascinación por los caballos?

—No sé. Tal vez porque son libres.

—¿Libres? Forman parte de una manada Y le pertenecen a algún ganadero.

—Aún así son libres.

Le preguntó si había un cielo para los caballos.

—¿Para qué? —respondió ella—. ¡Para qué!

—Te estoy preguntando si crees que hay un cielo para los caballos.

—Y yo te respondo que no lo necesitan.

Vallejo llevó el tema hacia la reencarnación.

—Creo en ella pero ya seremos otros y estaremos muy cansados.

En ese momento apareció su amigo Antenor Orrego.

—Seguimos comentando las obras de Macedonio —dijo—. Sus esculturas son asombrosas. Parecen moverse.

—Y sus pinturas son un pasto eterno. ¡Verde, verde, verde! —exclamó Vallejo.

Vallejo y Zoila Rosa se quedaron mirando y repitieron juntos:

—Verde, verde, verde.

—Ya veo que tienen ustedes una conversación secreta —observó el recién llegado sonriendo e hizo ademán de alejarse, pero en ese momento Víctor Raúl Haya de la Torre se unió al grupo y comentó los últimos acontecimientos de la revolución de febrero.

—Se están apoderando de toda Rusia.

—Seguro —acotó Antenor—. Pero muchos nobles están en París esperando la hora de la vuelta y la restauración del antiguo orden.

—Tendrán que esperar un poco, supongo. Un poco más que un poco- subrayó César, y todos acogieron con sonrisas su observación.

—Siempre se pensó que los obreros no podían autogobernarse —dijo Orrego—. Pero vean ustedes lo que está pasando en Rusia. Van a edificar un estado socialista, y están decididos a propagar la llama de la justicia social por el mundo. Europa arde.

Víctor Raúl abundó en el tema:

—Si aquí se hace una revolución, lo primero que nuestros campesinos deben recuperar es la condición humana.

—Tienes razón. Hasta eso les ha sido cercenado —opinó Orrego.

Al grupo se habían juntado varios amigos entre los cuales se encontraban Alcides Spelucín, José Eulogio Garrido y Carlos Manuel Porras.

—Si triunfan los bolcheviques, ¿crees que puede haber una contrarrevolución encabezada por las potencias europeas?

—Nada se descarta —aseguró Orrego—. Aunque me parece difícil. Creo que todos los soldados están muriendo en la Gran Guerra.

—Tenemos que hacer una revolución como esa —repitió Haya de la Torre.

Vallejo y Zoila Rosa seguían el dialogo, pero, en vez de mirar a los interlocutores, se miraban el uno al otro. Tan sólo ellos existían en el mundo.

—Algún día organizaremos un partido político capaz de hacer la revolución

—proclamó con vehemencia Haya de la Torre.

—Partido, no. Lo que se debe hacer es una escuela —replicó Orrego.

—Partido de las clases oprimidas, de los mujiks peruanos, de los campesinos, de los indios, de las clases medias.

—Yo te digo que partido, no —insistió Orrego—. Te diré por qué.

Pensó un instante:

—Terminarías como Manuel González Prada que organizó un partido, y tuvo que renunciar a él. Lo hizo porque sus compañeros lo utilizaban como una herramienta para llegar al Congreso. Tú lo sabes bien.

—Eso no sucederá en el partido que yo forme —dijo Haya de la Torre.

—No mientras yo viva —agregó.

—Tienes razón. No, mientras tú vivas, pero luego los políticos se harán dueños de tu partido.

Ni uno ni otro hablaron por un rato como si un ángel estuviera pasando.

Más tarde, agregó Orrego:

—No siempre es lo mismo político que revolucionario. A veces, son por completo diferentes.

—¿Podrías explicarnos la diferencia?

—Por supuesto. Los revolucionarios entregan su vida y su libertad por una idea o por una causa. Los políticos, entregan la causa para lograr el poder y la fortuna.

—No exageres.

—No soy yo quien exagera. Son los políticos. Su voracidad nunca queda saciada. Sus Ideales son lo primero que devoran.

—A lo mejor, me has convencido. Creo que debemos formar una gran escuela para que los indios, los campesinos y toda la gente comiencen a conocer sus derechos y, a la larga, luchen para conquistarlos.

—Y en esa escuela no debe haber sitio para los políticos —recalcó Orrego.

—¿Qué tienes contra ellos? No debemos tomar las lecciones de los maestros anarquistas hasta ese extremo.

—Ya te lo digo, los políticos se harán dueños de tu partido. Si no es durante tu vida, será después y borrarán uno a uno tus principios. Los irán mediatizando hasta hacerlos desaparecer. La revolución no existirá para ellos, sino el parlamento y los gozos del poder.

Para Orrego, era necesario constituir una alianza de trabajadores, jamás un partido:

—Partido no. Movimiento. Cooperativa. Escuela. Alianza fraternal. Como quieras llamarlo...

Añadió:

—En una alianza, o una fraternidad no hay jefes. Los obreros toman el poder y acaban con el estado burgués. No edifican otro estado que a la postre sería tan brutal como aquél que los oprime. No edifican un partido político porque el partido político termina por devorarlos.

Orrego, como periodista, había participado en las luchas sociales al lado de los obreros insurrectos del valle de Chicama en tiempos en que todavía no se había iniciado la revolución rusa. Con Vallejo, conversaban del tema estético, pero la visión del mundo era la misma. En Trujillo y no en Lima, en la tardía y lenta ciudad colonial, el grupo pretendía cambiar el mundo.

Vallejo y Zoila Rosa, sin hablarse, comprendieron que había llegado la hora de escapar. Se hicieron una seña con la mirada y se apartaron del grupo camino de la puerta.

—Tengo que ir a casa. No me dejan salir hasta muy tarde.

—Me había olvidado de que eres una niña.

Zoila Rosa no respondió, pero lo miró furiosa.

—Hasta luego, o tal vez hasta nunca.

—No te ofendas. Por favor, no te ofendas.

—No me he ofendido. Acepto que me acompañes.

Debían recorrer unas cinco cuadras. Los caballos volvieron a acaparar el tema de la conversación.

—Los pájaros creen que están libres, pero míralos. Míralos en los aleros de las casas. Todos están juntos mirando hacia el mismo lugar.

—¿Y qué deduces de eso?

—Que se creen libres pero no lo están. Obedecen a la especie. Ocurre lo mismo con nosotros los seres humanos.

La chica le contó que cuando conocía a un caballo le tocaba la cara. A veces juntaba su mejilla con la mejilla del animal.

—Creo que los caballos reconocen el alma.

—¿No crees que si el caballo desapareciera del planeta, se borraría también su alma porque ya no habría cuerpo que llenar?

—Dios no permitiría un mundo sin caballos. El mundo de los hombres es un mundo incompleto porque le falta la libertad. Por eso existen los caballos. No puede haber mundo sin un animal rápido y libre.

—Me gustaría verte otra vez.

—Es muy difícil.

—Dije que me gustaría verte. No dije que lo haría.

Es muy difícil. A mis tíos no les gusta que tenga amigos. Y ahora me he escapado para ir a la exposición. Si quisieras visitarme tendrías que ir a mi casa.

—Lo haré.

—Pero no te permitirán entrar.

Entonces Zoila Rosa le contó que ella pasaba la mayor parte del tiempo sobre una rama de la higuera en el segundo patio. Allí había leído a Eça de Queiros, a Romain Rolland y a Rubén Darío.

—¡No sabes cuánto me gustaría que leyéramos Rubén Darío sobre la higuera!

—Si no se puede ir por la puerta, ¿podría yo ir por el cielo?

14

Dios mío, si tú hubieras sido hombre

—Creo que soy un hereje —aseguró con firmeza don Salomé Navarrete. Las venas de su frente se le llenaron de sangre, pero no se alteró ninguna de las líneas de su rostro.

—Lo que pasa es que no creo en la autodeterminación. No somos los hombres quienes escogemos. El destino nace antes que nosotros. Nomás al gatear, ya estamos caminando hacia donde tenemos que ir. A veces, intentamos abandonar ese rumbo y creemos que lo hemos logrado, pero nos equivocamos. Creemos que nos hemos detenido, pero el camino se mueve bajo nuestros pies.

El hombre puso la mano derecha en arco sobre la mesa y luego hizo como si sus dedos caminaran.

—Se nos asegura que el Señor nos ofrece el poder de decidir, pero las personas que penan en este infierno no lo eligieron. Se lo aseguro. Van cinco años que los conozco. Desde que succionaban el seno de la madre, ya estaban condenados a venir aquí.

Hizo que sus dedos tocaran un piano imaginario y sonrió.

—¡Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si! Usted, señor Vallejo, es un intelectual. Sabe mucho más que yo. Lo que le estoy diciendo es lo que he visto en este tiempo... Y no he conocido en la cárcel a una sola persona que no estuviera predestinada para bajar a este infierno.

Vallejo miró hacia la pared. Le asombró encontrarla tan limpia. Navarrete continuó:

—Una cárcel es como una peluquería. Aquí todos saben lo de todos. El crimen tiene público como allá afuera, pero aquí estamos cerca de las fuentes. Todos estos hombres, créame, hasta los que parecen bestias, fueron empujados hacia el mal... Otros seres humanos nacen para ser abusivos o para gobernar. Supongo que también hay los que nacen para santos... Nuestros caminos están marcados y todos conducen hacia el hoyo. Fingimos que no lo sabemos.

Vallejo lo miró a los ojos. Quería decirle que estaba cansado del monólogo.

—A veces, tratamos de ignorar incluso que vamos a morir. ¿No le parece necio? No somos más que seres condenados a la brevedad...

Vallejo guardaba silencio.

—En uno de estos libros, he leído que nacemos caminando. Y mientras caminamos, nadamos hacia lo que nos está reservado. Se habrá dado cuenta de que movemos los brazos al caminar. Es que el aire es agua.

—¿Alguna vez ha tocado piano? —quiso saber Vallejo.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Mientras habla, está todo el tiempo tocando piano sobre la mesa.

—No le importa, ¿no?

—No. No me importa. Me hace recordar a mi amigo Carlos Valderrama. Es un gran pianista y todo el tiempo hace lo mismo que usted.

—¿Me está preguntando si he tocado el piano?

El curandero elevó los ojos al cielo como si buscara allí una respuesta.

—Sí. Alguna vez, toqué. No era un piano. Era un órgano. No se lo he contado a nadie aquí. Fui seminarista.

—No tiene que ocultarlo.

—Seminarista, curandero, evangelista, hereje. Hay mucha iglesia en mi vida.

—También en la mía.

—Pero no estoy hablando de mí.

—¿De quién entonces? ¿De mí?

El curandero sonrió. Se le podía notar la sonrisa porque le iluminaba los ojos. La voz se le quebraba. Las arrugas de su rostro permanecían imperturbables.

—Ni de usted ni de mí. Estoy recordando a un hombre que nació condenado a ser un bandolero, a vivir y a morir de esa manera... Murió varias veces, pero nunca se dio por avisado. Tal vez conocía su destino y cuando todos lo daban por muerto, él no se lo creyó... Le voy a hablar de él, pero no voy a decir su nombre.

Sus dedos pulsaron otra vez teclas imaginarias.

—¡Si, La, Sol, Fa, Mi, Re, Do...!

Habló Navarrete. Alternó silencios largos con melodías de piano que sus dedos tamborileaban. A veces se detuvo más de una hora para recordar algún detalle. César Vallejo se dio cuenta de que, suprimida la noción del tiempo, en la cárcel, una persona puede relatar una historia sin preocuparse de saber si es escuchada y sin hacer la menor concesión a su público.

El poeta observó al orador, pestañeó, cerró los ojos y volvió a mirarlo por educación, y allí estaba todo el tiempo, Salomé Navarrete tamborileando sobre la madera como sobre un piano y recitando su historia, o desatándola:

“Digamos que se llama Pedro. Ya está retirado, pero sigue siendo una leyenda y un nombre que los pobres corren de boca en boca. Hijo de peón golondrino en una hacienda próxima a Chocope, conoció allí el hambre. Su padre enloqueció y se fue caminando por el desierto que lleva a Pacasmayo. No sé si a su madre la devoró la tristeza o la mató un terremoto. Da igual. Lo cierto es que ambos murieron cuando él era muy pequeño.

En los campos azucareros, escuchó a los trabajadores anarcosindicalistas que leían a Prouhdon y a Eliseo Reclus. Ellos le revelaron que la pobreza no es un fenómeno natural como lo son los árboles o los ríos, sino una aberración producida por hombres infames. Pero no se dedicó a fundar sindicatos. Hizo algo más allá de eso. Aburrido de su condición de peón, se convirtió en bandolero.

Perseguido por los servicios de seguridad de Casagrande, llegó a Quiruvilca. Era el terror de los grandes tenderos y de los explotadores. Los asaltaba y les robaba, les convertía la casa en cenizas. Solía aparecerse en la casa de una familia pobre para dejarle algún dinero. Se convirtió en un héroe popular. Todo estallaba en fuego cuando él aparecía.

Muchas veces hubo batidas contra él, pero siempre salvó la vida. En una ocasión lo conducían preso y junto a un peñasco, con los brazos atados, le dijeron.

—¡Negro, te llegó la hora!

Pedro intentó desatarse y arrojarse sobre sus verdugos, pero varias descargas de fusil lo alcanzaron.

—¿No te dije, Negro?... ¡Ya eres hombre muerto!

No se sabe cuántas balas entraron y salieron a través de su tórax. Desde el suelo, sintió un puntapié sobre las costillas. Un soldado le dio el tiro de gracia. Era noche de tormenta y los gendarmes se alejaron. El hombre quedó tendido pero, horas más tarde, sus ojos se abrieron. Aquello no era el paraíso ni el infierno. Seguía siendo el cielo índigo de Quiruvilca.

Le puedo asegurar, señor Vallejo, que este hombre sabía cuándo le tocaba, o cuando no le tocaba morir. Sabía que las balas entraban y salían, pero todavía no le iban a tocar el alma. Si hacemos cuentas, todos lo sabemos.

Una vez fue a Chocope para que yo lo curara. No recuerdo de qué mal me dijo. Yo no lo conocía entonces, pero le toqué el pulso y estaba perfecto. ¡Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si!... No, le dije, don Pedro... Usted sabe que todavía no va a morir. ¿Por qué vino?

Por curiosidad, me dijo.

¿Curiosidad de qué?, le pregunté yo.

Quería conocer a un hombre que le roba almas a la muerte. Que regatea con Dios.

¿Y usted, Pedro? ¿Tiene muchas cuentas con Dios?

Como dice la canción, mis cuentas no son con Dios. Son con los hombres.

Ah, ya, con el gendarme.

¿A eso le llama hombre?

Con el hacendado.

A lo mejor, pero tampoco le llamo hombre.

Le hice algunos masajes para que se le fueran las tensiones, y se fue."

—¿Qué me pregunta usted?

Vallejo no había hecho pregunta alguna.

—¿Que si tenía convicciones políticas? ¿Aparte de saber cuál es el origen de la pobreza? No, señor, él no las tenía. No creía en el poder de los hombres para actuar con sabiduría por el interés común. Él era un bandolero.

O tal vez no era eso solamente. A lo mejor, era heraldo de algo que él mismo desconocía. Estaba seguro de que en este mundo, podía existir, un orden mejor y diferente, pero mientras ese orden llegara, su misión en la vida era reducirlo todo a cenizas. Ese era el destino para el que había sido acunado.

Ahora fue Vallejo quien puso sus manos sobre la mesa. Pero lo hizo con las palmas hacia arriba. Se las observó con fijeza y habló con lentitud:

—Creo... Creo que sé quién es ese hombre —dijo.

—¿Usted cree que un hombre así puede creer en una divina providencia? —continuó Salomé Navarrete sin escucharlo...

—¡No! De ninguna manera —respondió a su propia pregunta. Agregó:

—En este valle sólo se puede ver perversidad y miseria. Vea usted las caras de los peones. Observe las de los mineros. Métase en los ojos de los presos. Ciérrele los párpados a un difunto. No, amigo. Nada puede cambiar el destino de los pobres.

Hizo una pausa. Habló luego mirándose la palma de la mano derecha:

—¿Me pregunta si ese hombre dejó de creer en Dios?

—Nada le he preguntado —quiso decir Vallejo, pero Navarrete no lo escuchó.

—No, amigo, está equivocado —Navarrete continuó su discurso—. Ese hombre sí cree en Dios, pero cree cosas terribles de Dios...

"Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero tú, que estuviste siempre bien,
no sientes nada de tu creación..."

—¿Me escucha? —preguntó Navarrete. Insistió—. Ese hombre soñaba con Dios.

Soñaba que lo veía, pero tenía que hacer cola para ser atendido...

—Le digo que conozco a ese hombre —insistió Vallejo, pero Navarrete no le hizo caso alguno.

—Tal vez una noche se vio sentado frente a Él. Había tanta luz en el cuarto que Pedro se había tornado transparente y no hacía preguntas. No sabía para qué había ido a

ver a Dios. Lo encontró muy solo. Estaba sentado en la gloria de su propia soledad. Movía los dedos, y tejía la nada y las estrellas. Se distrajo de esa tarea y le sonrió. Solamente le lanzó una mirada, y Pedro entendió. Entendió que, hasta entonces, no había entendido nada.

—Ese hombre se llama Pedro Losada, y le dicen el Negro —aseguró Vallejo, seguro de no ser escuchado tampoco esta vez.

—Pedro Losada, sí, así se llama... Fue él quien reconstruyó la iglesia después del terremoto del año del cometa. Gastó mucho dinero. Al final, parecía un templo de cristal. La cúpula es lo más asombroso, Obsérvela, usted amigo, una noche de luna. La verá flotar en la atmósfera como sostenida por el cielo. Dicen que va a durar hasta después del Juicio Final.

Vallejo quiso saber en qué creía Navarrete, y por qué era un hereje.

—Dudar de la autodeterminación de los hombres no es renegar de Dios. Ser un hereje es una forma de preguntarse por Él y de quererlo entrañablemente. Aunque algunas iglesias no me quieran entre los suyos, a Él lo quiero. Lo quiero y lo festejo, y estoy seguro de que algún día prevalecerá. Pero, mientras tanto, amigo Vallejo, tenemos que arreglarnos las cosas nosotros mismos. Como Pedro Losada que anda por uno y otro lado, incendiando el mundo.

Calló un instante. Preguntó:

—¿Y usted, César, cree en la providencia?

—No sé si creo en la providencia, pero creo en la Gracia. No entiendo el misterio de la Gracia. Sé solamente que nos encuentra como somos, pero no nos deja como nos encontró. No nos deja jamás.

—Claro. Usted es poeta. La Gracia opera a través de usted. A propósito, ¿ha soñado con Dios?

Vallejo se quedó pensando. Cerró los ojos.

Le dio un trapo

—Séquese las lágrimas —ordenó.

Vallejo no le hizo caso. Continuó con los ojos cerrados.

—Yo no lo sueño, pero lo he escuchado —intervino Navarrete—. Es como un murmullo. También se puede sentir en un lugar como éste. ¿No recuerda usted que Jesús descendió a los infiernos?

Ahora fue Vallejo quien no le hizo caso.

—Conozco al hombre de quien habla. Es Pedro Losada. Pedro Losada me salvó la vida —aseguró, y esta vez sí fue escuchado.

—Lo creo. Hay momentos en que somos auxiliados por alguien. La providencia se cansa de ser tan débil y envía a alguien para ayudarnos. No me crea tan pesimista. Los pies son ciegos, amigo, y usted ha de salir de este infierno. Sus pies lo sacarán de aquí. Pero ahora, amigo César. Ahora, tiene que vérselas solo.

A la mañana siguiente, don Salomé salió a visitar enfermos. Lo hacía en secreto porque le estaba prohibido. Vallejo se quedó solo. El régimen de incomunicación no le permitía caminar por el patio.

Oh las cuatro paredes de la celda.
Ah las cuatro paredes albicantes
que sin remedio dan al mismo número.
Criadero de nervios, mala brecha,
por sus cuatro rincones cómo arranca
las diarias aherrojadas extremidades.
Amorosa llavera de innumerables llaves,

si estuvieras aquí, si vieras hasta
qué hora son cuatro estas paredes.
Contra ellas seríamos contigo, los dos,
más dos que nunca. Y ni lloraras.
di, libertadora!
Ah las paredes de la celda.
De ellas me duelen entretanto más
las dos largas que tienen esta noche
algo de madres ya muertas
llevan por bromurazos declives
a un niño de la mano cada una.
Y sólo yo me voy quedando,
con la diestra, que hace por ambas manos,
en alto, en busca de terciario brazo
que ha de pupilar, entre mi dónde y mi cuándo,
esta mayoría inválida de hombre.

Los amigos del poeta se habían puesto a trabajar para librarlo de la prisión. Escribieron a Lima, Arequipa, Chiclayo, Cusco y a otros lugares. Reclamaron la adhesión de escritores, periodistas, artistas y universitarios. El primer pronunciamiento, emitido por la Federación Universitaria de Trujillo, iba a iniciar un gran movimiento de opinión en toda la república.

Levantada la incomunicación, el día en que iba a la cárcel para entrevistarse con el poeta, Orrego se encontró con el abogado Carlos Godoy y le preguntó:

—¿Cree usted, doctor, que con este movimiento lograremos sacarlo pronto?

El hombre de leyes lo miró por encima de los anteojos.

—He leído el expediente. Y no sé, no sé. Lo han armado diabólicamente. Va a ser una tarea difícil. Muy difícil.

15

Te voy a llamar Mirtho

Dos días después de haber conocido a César, a las cuatro y quince minutos de la tarde, Zoila Rosa descansaba sobre una de las ramas de la higuera cuando percibió un ruido seco a su espalda. Era como si alguien hubiera caído en el jardín, pero no volteó a mirar.

La persona, o el ave que había llegado volando, pareció levantarse. Hizo ruidos sobre el pasto y la llamó por su nombre. Ella no se dio por entendida. Un instante más tarde, César Abraham Vallejo subía por el árbol hasta encontrar la rama preferida de Zoila Rosa.

—¿Crees que alcance para los dos?

—Eso espero.

—¿Y si se parte?

Vallejo sonrió sin contestar mientras Zoila Rosa extendía la mano hacia una rama próxima para señalarle otro lugar donde sentarse.

Tomó un higo de una canasta y se lo ofreció.

—No, gracias. Tendría pesadillas.

Ella sonrió y puso el higo junto al libro que estaba leyendo.

—Yo siempre he tenido sueños extraños, pero no creo que tengan nada que ver con los higos.

—Supongo que soñaste conmigo después de conocerme.

Zoila Rosa hizo como si no escuchara.

—Son sueños que tengo y se repiten desde hace dos o tres años —relató la muchacha.

—¿Crees que significan algo?

Ella lo miró asombrada.

—Por supuesto, ¿y tú, no?

—Bueno, no me he puesto a pensar en eso.

Ella volvió a sonreír.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿no es cierto?

Ahora fue Vallejo quien no contestó.

—Son sueños extraños en que me veo caminando por Trujillo, por estas mismas calles. La gente es diferente y viste ropas extrañas. A veces me encuentro con alguna amiga y la veo muy vieja.

—¿Y tú?

—Yo no envejezco en el sueño. Sigo siendo la misma. En realidad no puedo decir eso porque yo no me veo. Tampoco la gente me ve.

Vallejo miró a uno y a otro lado del gran patio. La pared que había escalado se hallaba a unos diez metros.

—¿Temes que ellos vengan? ¿Crees que van a llamar a la policía?

—¡Oh, no! En realidad, estaba apreciando el patio de tu casa.

—Mis tíos no suelen venir jamás. Durante todo el día, viven en sus dormitorios. Sólo caminan para salir a la calle. Para ellos, este patio y este árbol son invisibles.

Recalcó:

—Son míos. Solamente míos.

—No lo dudo —dijo Vallejo. Después con duda, agregó:

—No parecías asombrada cuando llegué aquí.

—¿Tenía que estarlo?

—Ahora, eres tú la que parece demasiado segura de sí misma.

—¿Crees que mi sueño significa algo? O, más bien, ¿crees que los sueños son anuncios? Tal vez yo llegue a vieja, muy vieja. Tal vez sobreviva a todas las personas que conozco. Tal vez llegue a saber todo lo que va a ocurrir en el mundo.

—Sería un privilegio doloroso.

—Estoy de acuerdo. Sería un funesto privilegio. Eso es lo que siento y lo que temo.

—¿Y me puedes decir por qué estabas tan segura de que yo vendría?

Ella lo quedó mirando.

—Te has enamorado de mí – proclamó solemne.

Él tragó saliva y cambió de tema.

—Los caballos parecen existir independientes del tiempo. Un caballo está solo en la montaña, y permanece en ella durante un siglo.

Vallejo quiso pensar en los caballos y los imaginó en la noche. Los caballos salían de la oscuridad y se encontraban al borde de la luz, bajo nubes oscuras y relucientes con los ojos como tizones, incendiando la noche.

Sin embargo, no podía eludir el tema y preguntó:

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Y tú?

—¿Yo?... Yo creo que también —lo miró fijamente.

En los ojos de César se encendió una luz oscura.

—Creo que yo también... —reafirmó la chica del árbol.

Él quiso acercarse para tomarla de las manos o besarla, pero aquello era imposible porque se hallaban sobre ramas diferentes y cualquier movimiento en falso podía provocar una caída. Ambos sonrieron.

—¿Has soñado conmigo?

Ella hizo como si tratara de recordar.

—Intento soñar contigo. Quiero soñar contigo. Quiero saber si estás en mi futuro.

Se hizo silencio.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Tienes tú también sueños extraños?

—¿Puedo saber por qué? ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Sí.

—¿Por qué me lo preguntas?

—No sé. Pensé que no ibas a tener una respuesta y que la inventarías. Me gusta que inventes historias.

—Sí. Tengo sueños extraños. Extraños, porque se repiten, porque son obsesivos. Están en algunos de los poemas que has leído.

—Lo sabía.

—Todo el tiempo es el mismo sueño. Sueño que he logrado escribir el poema que he estado buscando pero cuando ya lo he escrito y pretendo leerlo se hace oscuridad en mi vida. Soy recluido en una cárcel asquerosa, sin luz. Únicamente, las ratas pueden leerlo.

Zoila Rosa lo seguía con asombro y tristeza.

—Eso es sólo un sueño.

Vallejo la miró y continúo contando.

—A veces sueño que salgo de esa cárcel. Sueño que navego por un mar de intenso color azul. Sueño que el barco me saca de la cárcel y me lleva lejos, muy lejos, y soy tremendamente feliz porque he escrito el poema.

—Me preguntas por qué quiero saberlo todo acerca de ti. Quiero saberlo porque te amo – dijo Zoila Rosa. Sin advertirlo, ambos habían bajado ya del árbol y él la tomaba de la mano mientras le contaba.

—¡... y navego. Navego en el sueño!

Ella se juntó más a él. Sus ojos intensos parecían estar viendo el sueño que narraba.

—Entonces estoy libre y siento que puedo ejercer mi libertad de la forma más intensa. Siento que puedo construir la poesía que siempre he ansiado construir.

Ahora, se besaban.

Un bramido vino desde el cielo. Durante esos meses en Trujillo, el viento corría por las calles, se colaba en las casas e invitaba a la gente a recordar. El viento estaba en el norte, en el sur, en el este y en el oeste. Les traía el fresco aroma del mar y, por ratos, el jadeo de los caballos en la sierra y sus cascos con herradura hoyando los caminos de piedra.

Se hacía tarde. César sintió que en toda mujer había una madre afanosa de escuchar nuestras pesadillas.

—Otras veces, vuelve ese sueño nefasto. Estoy preso y lo estoy para toda la vida. Crueles enemigos han logrado meterme en la prisión y los jueces han decidido que no voy a salir de ahí jamás... y después, el barco me lleva muy lejos, pero no hay barco de retorno.

—No tienes por qué temer. Ahora estoy contigo.

Ya era la hora en que la familia se reunía a rezar. Lo comprendieron los jóvenes. Sin decir palabra, se despidieron. Vallejo se acercó a la pared y dio un salto. Antes de hacerlo, ya habían quedado en una cita. Se verían otra vez junto al árbol.

César y Zoila Rosa se vieron varias veces en la higuera pero luego de un mes se reunieron en la calle, en la Plaza Mayor. Los jueves por la noche había retreta y todo Trujillo se congregaba allí. Las personas de clase baja se reunían en el centro de la plaza junto a la pila colonial y, a pesar de ser las más numerosas no se movían de allí y se sentían prohibidas de pasar hacia los otros espacios de la plaza. Al núcleo central, le seguían unos jardines y después de aquellos, venía otro paseo circular por donde transitaban las clases medias. Las espaciosas veredas alrededor de la plaza eran el paseo de los vecinos importantes. Los estudiantes y los intelectuales como Vallejo y sus amigos podían transitar por los tres caminos.

—Zoila Rosa. Zoy la Risa. Zoy la Rosa. Zoy la Rusa, Zoy la Raza. Zoy la Misa. Zoy la Moza. Zoy la Musa. ¡Cuántos nombres! Prefiero llamarte Mirtho.

—¿Mirtho?

—Porque sus hojas son perennes y perpetuas.

—¡Mirtho! Es un nombre bello y por completo loco. Ya lo siento mío.

—Te pertenece desde antes de que nacieras. Durante el siglo pasado, Gerard de Nérval escribió un soneto para ti. Pero no lo recuerdo.

Al otro jueves, llegó con un libro de Nérval, y leyó

Yo pienso en ti, divina encantadora, Mirtho,
en el fiero Pausílipo, brillante de mil fuegos,
en tu frente inundada de claridad de Oriente,
en las uvas mezcladas con oro de tu trenza.

Fue asimismo en tu copa donde embriaguez bebía,
y en el rayo furtivo de tus ojos risueños,
cuando a los pies de Iaco alguien me vio rezando,
pues la Musa me ha hecho un hijo más de Grecia.
Yo sé por qué el volcán se ha abierto allá de nuevo...
Ayer tú lo tocaste con tus ágiles plantas.
cubriendo el horizonte de súbitas cenizas.
Desde que rompió un duque tus ídolos de arcilla,
siempre, bajo los ramos del laurel de Virgilio,
se unen al mirto verde las pálidas hortensias.

—¡Mirtho, Mirtho! Gracias por darme ese nombre.

—Ahora tienes que usarlo.

Lo usó. Con ese nombre, ella firmaría después algunos poemas.

Mientras caminaban por la plaza, se encontraron con Víctor Raúl. Iba acompañado de su hermano Agustín, e insistía en contar lo que había visto en el Cusco.

Por su parte, Vallejo recordaba las voces de los hombres forzados a servir en la mina, empujados a los socavones profundos y condenados a olvidar la luz caliente del sol. Los había visto salir de allí decrépitos cuando no habían cumplido veinte años, y sintió que miles de voces aullaban bajo la tierra, pero que nadie las quería escuchar.

En ese instante apareció Antenor Orrego y se les juntó.

—Estábamos hablando de que en nuestro país hay mucha gente que trabaja sin ver el sol.

—¡Gente! Los patrones no los tratan como seres humanos. Hay una protesta, un terrible dolor, que tal vez algún día explotará. Por ahora, esa protesta todavía es dolor. Es llanto, todavía.

No tan sólo había dolor en el Cusco o en Quiruvilca. A pocos kilómetros, en las haciendas azucareras que rodeaban Trujillo, los obreros cortaban la caña desde la madrugada hasta la noche y recibían salarios ínfimos. Cuando surgía una mínima acción de protesta, el prefecto enviaba a los grupos policiales y militares para acallarlos a balazos. Heridos y muertos había por doquier entonces. Las mujeres eran entregadas a los soldados que las violaban y luego rapaban para marcarlas como prostitutas. Las casas miserables eran saqueadas y después entregadas al fuego. Bien lo sabía César.

—Creo que llego en el momento apropiado para leerles esto —dijo Antenor.

Desde un nuevo periódico llamado “Libertad”, Antenor había lanzado una serie de artículos en los que llamaba a los trabajadores a sacudirse del abuso. Juan Espejo, Federico Esquerre y Carlos Manuel Porras laboraban con él. Ante la protesta de los terratenientes, el prefecto Temístocles Molina Derteano, a quien apodaban “Chumbeque”, dio la orden de clausura. El último ejemplar contendría una “Protesta ante el país” que firmaban Orrego y Espejo:

“Queremos pedir a voz en grito, puestas las manos en nuestro corazón, justicia para los millares de infelices trabajadores que son hoy las víctimas anónimas de la explotación y de la bala homicida de la fuerza; queremos vocearla a todos los vientos para que se nos escuche; queremos que nos escuchéis, vosotros compañeros de la prensa, que ejercitáis las mismas actividades espirituales que nosotros y que como nosotros estáis expuestos a ser perseguidos por decir la verdad y defender la justicia.”

La siguiente vez en la higuera, la conversación estuvo dominada por el futuro.

—¿Crees que alguna vez habrá un cambio?

—Lo creo.

—¿Cuándo?

César no pudo responder porque no lo sabía. Se hizo silencio.

—Yo quiero saberlo. Me muero por conocer el futuro. Debe ser por eso que ahora ya no me dan miedo esos sueños en las que me convierto en vieja.

—Nunca vas a serlo.

—Lo dices porque me amas.

—No sé. Tal vez lo digo porque compartimos muchas cosas. Tal vez, porque estás completamente loca.

Vallejo se asomó a la ventanilla que daba al patio, pero ya estaba algo oscuro. Leyendo todo el tiempo en su celda, no había reparado en la hora. De todas formas, aguzó la vista y se acercó más a la ventanilla.

—¿Qué es lo que busca?... Lo que busca ya no está allí —bromeó Navarrete—. ¿Busca la vid? ¿el pozo artesiano?... Quizás usted no se ha dado cuenta de que ya se está borrando todo. Son casi las siete.

También se habían borrado los guardianes y la mayoría de los internos. Sin embargo, todavía no era la hora en que los presos debían recluirse en sus celdas.

Los únicos que quedaban en el patio eran los "sobrevivientes". Vallejo los alcanzó a divisar que estaban de pie e inmóviles. Parecían fantasmas. Andaban en grupo siempre y eran muy silenciosos. Procedían de las haciendas del valle del río Chicama. Los apresaron en alguna de las expediciones punitivas que hizo la fuerza armada para supuestamente descubrir anarquistas.

—Parecen estatuas, ¿No?

—No hablan ni siquiera entre ellos —observó Vallejo.

—¿De qué hablarían?

Vallejo calló.

—Sí. ¿De qué hablarían? ¿Hablan los muertos en el cementerio?

Vallejo continuó observándolos. Trataba de descubrir algún movimiento entre ellos. Uno de ellos se reclinaba sobre la pared del frente. Todos los otros se habían quedado detenidos con la cabeza mirando hacia lo alto.

Navarrete dijo sin mirar a Vallejo:

—No saben ni siquiera de qué los acusan. La mayoría de ellos no han sido ni siquiera sentenciados. Los jueces se han olvidado de ellos.

Luego pareció adivinar el pensamiento de su compañero de celda:

—¿Por qué lo hacen? Se pregunta usted por qué están inmóviles. Es su manera de estar muertos, señor Vallejo. Y de olvidarse de que están muertos. Trabajan todo el tiempo. Trenzan esteras y hacen petates. Venden sus productos los domingos. Eso les da algún dinero para mantener a los suyos. Sus mujeres vienen el domingo.

Calló otra vez y volvió a hablar.

—Les dicen "los sobrevivientes" porque en verdad lo son. Me parece que fue el año 12. Una famosa medianoche, los soldados se metieron en todas las haciendas y cayeron sobre las familias. Muchos obreros pasaron directamente al sueño de la muerte. A los otros los trajeron a la cárcel.

Navarrete hablaba a borbotones.

—Estos por lo menos salvaron la vida. Hay otros que murieron, pero no murieron. Los hicieron desaparecer. Se los llevaron para interrogarlos, y nunca volvieron a ser vistos.

Parece que los llevaron al desierto, y allí los quemaron vivos. En todo caso, sus familias conservan la esperanza de que regresen... o de encontrar sus restos.

Llegó la noche y borró también el patio y el cielo. En la celda, no habían prendido la lámpara. La voz de Navarrete salía de la nada.

—Le explico. Cuando fueron a reclamar sus cadáveres, los soldados contestaron que los hombres habían huido, y desde entonces no se sabe nada de ellos. Le repito: murieron y no murieron. La gente dice que vagan por los arenales sin voz y sin cuerpo. Dicen que sus almas dan vueltas y más vueltas alrededor del mundo. Dicen que sólo descansarán cuando sus restos sean sepultados.

Calló e intentó seguir observándolos. Aunque todo estaba ya muy oscuro, podía advertirse que no se habían movido y que seguían mirando hacia lo alto.

—Están como si esperaran ver pasar a los suyos por el cielo. ¿No le parece?

No hubo respuesta a su comentario. Después, todo se sumergió en la nada, pero una hora más tarde, prendió la lámpara y preguntó:

—¿Usted cree, señor Vallejo, que los ricos y sus soldados van a seguir siendo los dueños de la situación hasta el fin del mundo?

No contestó el interpelado. Había vuelto a la mesa, y estaba demasiado ocupado en escribir un poema o una carta. Parecía no escuchar, pero a Navarrete eso no lo incomodó porque en los diálogos de cárcel no es muy necesario que la otra persona participe. Más bien, se asomó a la ventana y dirigió su mirada hacia la Cruz del Sur y vio que la Luna Llena ascendía lenta. Con ella habló.

—Fui leyendo la Biblia y curando gente de casa en casa, pero a veces sentí mucho miedo. Me pensaba emisario de un Dios burlón, sordo al dolor de los pobres.

Dijo que había visto pasar varios gobiernos, y aseguró que los civiles importantes, de esos regímenes, los doctores, fingían creer que nada de ello ocurría y que todo aquello era cosa del pasado.

—Dicen que ahora reina el estado de derecho, decían, y no tienen problema en estrechar las manos ensangrentadas de los asesinos.

Dijo que dos cosas había eternas en el Perú, y eran la crueldad y la cobardía. Después, repitió la pregunta sobre los ricos y los soldados, pero tampoco en ese momento obtuvo respuesta.

César Vallejo leyó en voz alta el poema que estaba escribiendo:

—“Ya va a venir el día. Ponte el alma...”

En el patio, ya se borraba la imagen de los “sobrevivientes”, pero seguían de pie e inmóviles.

16

Mirtho sueña que desaparece

Sueños de julio de 1917

1) Un búfalo parado sobre un promontorio. Araña la tierra con sus patas y brama.

2) Una roca frente al mar y sobre la cual el sol descansa.

3) Un águila llevándose su presa.

4) Hombre y mujer conduciendo a un niño de cada mano.

5) Estampida de potros salvajes. Los preceden varios heraldos vestidos de negro.

6) Hombre poderoso con un látigo en la mano derecha. Delante, van dos esclavos encadenados.

7) Un hombre de pie, sin cabeza, o cuya cabeza está cubierta por un lienzo negro.

8) Un hombre y una mujer, de pie, volviéndose las espaldas.

9) Una rosa blanca se pierde en un sueño y reaparece en el sueño del día siguiente.

10) Una mujer cantando en la Luna.

Habían decidido apuntar sus sueños y buscar todas las interpretaciones posibles. Mirtho todavía no había mostrado el papel con los suyos, pero estaba ojeando la lista de César.

—No es necesario que los lea todos. Ya encontré el sueño que se refiere a nosotros.

—¿Te refieres al sueño número cuatro?

—¿Al cuatro? ¿Por qué tendría que pensar en ese sueño?

—Digo. Es un decir...

—No te hagas ilusiones. Tú y yo no vamos a tener un niño.

—¿Dos niños? ¿Tres? ¿Muchos más?

—Ninguno.

—¿Entonces?

—Me refiero a éste que has apuntado aquí con el número ocho: Un hombre y una mujer, de pie, volviéndose las espaldas. Esta clarísimo.

—¿Temes que nos separemos?

—¿Temer? Quiero decir que nos vamos a separar, y cuanto antes mejor.

—¿Quieres decir que no me quieres?

—Todo lo contrario.

—Pero no tiene sentido.

—¿Es necesario que todo tenga sentido?

—¡Dios mío! Mirtho, no te entiendo.

—He descubierto que estoy enamorada de ti, y que tú también lo estás de mí. Eso es terrible y no puede seguir así. Tenemos que terminar.

Frente a un silencioso César Vallejo, la chiquilla añadió que no podían dejarse llevar por el amor, y que el amor era una forma de la locura.

—Desde niña, pensé que yo nunca me iba a casar. Me fascinan los caballos salvajes porque son libres. No puedo convertirme en una esclava del amor. Terminarías cansándote de mí. Me despreciarías.

—No puede ser. No puede ser. Esta conversación no es real. Es una pesadilla.

Pero la insistencia de Zoila Rosa Cuadra lo convenció de que ella decía la verdad y le hizo pensar que así iba a ser toda su vida: una derrota permanente o la súbita destrucción de lo que amara. Sus sueños eran siempre heraldos de lo nefasto. Siempre anticipaban un desastre cuando estaba por llegar a algún lugar deseado o, como en este caso, cuando amaba a una mujer maravillosa.

Dejaron de verse. César escribió:

"Sí. Su vientre, más atrevido que la frente misma; más palpitante que el corazón, corazón él mismo. Cetrería de halconados futuros, de aquilinos parpadeos sobre la sombra del misterio. Quién más que él! Adorable criadero de eternidad... Vientre portado sobre el arco vaginal de toda felicidad, y entre el intercolumnio mismo de las dos piernas, de la vida y de la muerte, de la noche y el día, del ser y el no ser.

Oh, vientre de la mujer, donde Dios tiene su único hipogeo inescrutable, su sola tienda terrenal en que se abriga cuando baja, cuando sube al país del dolor, del placer y de las lágrimas. A Dios sólo se le puede hallar en el vientre de la mujer".

Pasaron dos semanas de aquella separación. Vallejo salía del Colegio Nacional de San Juan donde era preceptor de primer año de primaria. Se había detenido a conversar con dos de sus pequeños alumnos. De pronto, escuchó una voz conocida.

—¿Así serán los niños que tendremos?

Era Mirtho.

—Saluden a la señorita. Preséntese como caballeros.

—Me llamo Alfredo Tello Salavarría.

—Yo soy Ciro Alegría —dijo un coloradito pecoso.

Los niños comenzaron a reír, y ya se escapaban cuando Mirtho detuvo al que estaba más cerca de ella.

—Ciro, Ciro, espera... Dices que te llamas Ciro Alegría, ¿no?

—Ése es mi nombre.

—¿Me podrías presentar a tu maestro?

Los niños corrieron.

—Le pedí que nos presentara porque parece que no me conocieras, César. Hace tiempo que no vas a buscarme.

—¿Quieres decir que...?

—No quiero decir nada. ¿Me vas a acompañar, o prefieres dejarme sola?

Mirtho lo había estado esperando a la salida del colegio. Se reconciliaron y dos semanas más tarde, se separaron. Comenzó a ocurrir todo el tiempo. Cuando César iba a buscarla, no sabía cómo iba a encontrarla, si encantadora y apasionada o si decidida a romper. Entre el amor y la amargura, escribió tres poemas: "El poeta a su amada", "Setiembre" y "Estrella vespertina".

Amada, en esta noche tú te has crucificado
sobre los dos maderos curvados de mi beso;
y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado,
y que hay un viernes santo más dulce que ese beso.
En esta noche rara que tanto me has mirado,
la Muerte ha estado alegre y ha cantado su hueso.
En esta noche de Septiembre se ha oficiado
mi segunda caída y el más humano beso.
Amada, moriremos los dos juntos, muy juntos,
se irá secando a pausas nuestra excelsa amargura;

y habrán tocado a sombra nuestros labios difuntos.
Y ya no habrá reproches en tus ojos benditos;
ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura
los dos nos dormiremos, como dos hermanitos.

La vida se alternaba entre días buenos y días lobos. Del 15 de julio de 1917 data una carta que entonces lo llenaría de ánimos.

"Sus versos me han parecido admirables por la riqueza musical e imaginativa y por la profundidad dolorosa. Conocía algunas composiciones de su pluma, habiendo preguntado por usted en más de una ocasión, con el sentimiento de no haber practicado la prosa, pues sus poesías se prestan para un estudio maestro... Reciba mi sincero aplauso de S. S. José María Eguren."

Se trataba nada menos que de Eguren, un poeta limeño al que los jóvenes de "la Bohemia" consideraban un maestro. Con diez años más que el mayor de ellos y tan raro como Vallejo, había inaugurado una lírica diferente en la América hispana. Un vocabulario sutil expresaba en su obra visiones etéreas y remotas, plenas de sugerencias nórdicas y desnudas de la ornamentación del modernismo.

La Reforma, 21 de julio de 1917

José María Eguren, el vate inimitable de "La canción de las figuras" ha enviado a César Vallejo la carta que transcribimos y que da muestra de la fama y trascendencia que comienza a cobrar la obra de nuestro coetáneo.

Parte de este triunfo nos pertenece porque fue en La Reforma donde César A. Vallejo hizo las primeras revelaciones dolorosas de su talento.

Aun recordamos el efusivo calor con que estrechamos la mano del joven poeta, al entregarnos el primer original de sus versos, que denunciaban, ya desde entonces una poderosa y fuerte individualidad literaria". (A.O.E)

En el mismo ejemplar del periódico, se publicaba el poema "El pan nuestro" que Vallejo acababa de escribir.

Se bebe el desayuno... Húmeda tierra
de cementerio huele a sangre amada.
Ciudad de invierno... La mordaz cruzada
de una carreta que arrastrar parece
una emoción de ayuno encadenada!
Se quisiera tocar todas las puertas
y preguntar por no sé quién; y luego
ver a los pobres, y, llorando quedos,
dar pedacitos de pan fresco a todos.
Y saquear a los ricos sus viñedos
con las dos manos santas
que a un golpe de luz
volaron desclavadas de la Cruz!
Pestaña matinal, no os levantéis!
¡El pan nuestro de cada día dánoslo,
Señor...!
Todos mis huesos son ajenos;
yo tal vez los robé!

Yo vine a darme lo que acaso estuvo
asignado para otro;
y pienso que, si no hubiera nacido,
otro pobre tomara este café!
Yo soy un mal ladrón... A dónde iré!...

—¿Recuerdas, César, el sueño número 7 de tu lista?

—No lo recuerdo, querida Mirtho. Ni he guardado la lista. La lista también pertenece a un sueño.

—Te olvidas que yo la tengo. Escucha, dice: "Sueño 7: Un hombre de pie, sin cabeza, o cuya cabeza está cubierta por un lienzo negro."

—No me digas que...

—Sí. Le he encontrado una explicación.

—¿Qué hago yo o que hace mi cabeza cubierta con un lienzo negro?

—Nada. Sólo que el hombre no eres tú.

César dio un suspiro de alivio pensando que ésta no era otra despedida de Mirtho. Sus amigos le habían aconsejado paciencia y recordar que la chica sólo tenía quince años.

—Un hombre con la cabeza cubierta por un lienzo negro es un desconocido y un imposible. Es el hombre que me está buscando.

Mirtho, convertida de nuevo en Zoila Rosa Cuadra, le explicó que la historia de amor entre ellos tenía que terminar. Amaba, le dijo, a un ser imposible, y ese imposible no era César.

—¿Lo conozco?

—Ni siquiera yo lo conozco.

Lo amaba desde siempre, tal vez sin necesidad de conocerlo. César aceptó la explicación como quien acepta sin condiciones ni pactos previos, la vida o el sol, el sol o la muerte.

Los días lobos apenas habían comenzado. Un suelto periodístico atacó al poeta y a sus amigos.

La Industria, 25 de julio de 1917

LA JUSTICIA DE JEHOVA
J.V.P

No sabes, señor, que allá en Trujillo, se han confabulado diez o doce individuos para llamarse poetas, genios, talentos y bohemios...

Vallejo... ese hombre, Señor, entona himnos a la "verde alfalfa", tal vez el instinto arranque de regresivo apetito familiar... asegura con la mayor frescura que "las carretas van arrastrando una emoción de ayuno encadenada". Quiere también ser panadero y llevar en su corazón un horno... Quiere vivir tocando todas las puertas, que sus huesos son ajenos y que él es un ladrón...

Por fin, Clemente Palma, el más importante crítico literario de Lima, lo vapuleó sin misericordia.

En la capital del Perú, es usual que se maltrate a la gente del interior. Hay desprecio contra quienes están más próximos al mundo antiguo y andino. Para muchos en Lima, el pasado prehispánico es sólo un estorbo.

Hay, además, antagonismos raciales. Clemente Palma, por su origen entre blanco y mulato, despreciaba a los indios y a los "provincianos". "Conocí la sierra a través de mis sirvientas serranas", era su frase, y fue repetida en diversas épocas, por

literatos que ansiaban ser considerados “blancos” y que su obra olvidable pasara a la historia por ese supuesto mérito social.

Alguien, que firmó con las iniciales de Vallejo, envió el texto de “El poeta a su amada” a la revista en que trabajaba Palma. Solicitaba sus comentarios, y el crítico oficial de Lima los derramó:

Variedades, Lima 22 de septiembre de 1917

Correo Franco

Señor C.A.V.- Trujillo.

También es usted de los que vienen con la tonada de que aquí estimulamos a todos los que tocan de afición la gaita lírica o sea los jóvenes a quienes le da el naipe escribir tonterías poéticas más o menos desafinadas o cursis. Y la tal tonada le da margen para no poner en duda que hemos de publicar su adefesio. Nos remite usted un soneto titulado “El poeta a su amada”, que en verdad lo acredita a usted para el acordeón o la ocarina más que para la poesía.

Amada: en esta noche tú te has crucificado
sobre los dos maderos curvados de mis besos!
Amada: y tú me has dicho que Jesús ha llorado
y que hay un viernes santo más dulce que mis besos.

¿A qué diablos llama usted los maderos curvados de sus besos? ¿Cómo hay que entender eso de la crucifixión? ¿Qué tiene que hacer Jesús en esas burradas más o menos infectas?...

Hasta el momento de largar al canasto su mamarracho no tenemos de usted otra idea sino la de deshonra de la colectividad trujillana, y de que si se descubriera su nombre, el vecindario le echaría lazo y lo amarraría en calidad de durmiente en la línea del ferrocarril a Malabrigo.

En su diario personal de aquella época, Antenor Orrego escribió:

“Las palabras de Palma se esgrimieron como bandera de victoria para los detractores del poeta. Se las comentó en todas las formas. Se las reprodujo en volantes... Los versos de Vallejo quedaban, según ellos, liquidados como poesía. ¡Qué lejos estuvo Palma de pensar que las únicas palabras de “Correo Franco” que iban a pasar a la posteridad, venciendo su anónimo y natural destino, casi con el rango de inmortales, eran precisamente éstas, bajo la égida del poeta, con las que le había descalificado y ultrajado! ¡Ironías inesperadas y afiladas de sarcasmo que improvisa, a veces, el hado arbitrario y travieso de la vida!”.

Mirtho, o Zoila Rosa, se había convertido en una adicción. Se alejaba y volvía, y él no podía hacer otra cosa que aceptarla un día y al otro día aceptar el final inevitable de la relación entre los dos.

—No deberías hacerlo.

Fue ella misma quien le dio el consejo. Insistió en que deberían separarse cuanto antes, a menos que César se resignara a esperar con ella el tiempo en que los pasos del desconocido llegaran desde lejos hasta ellos.

Insistió:

—No podemos separarnos porque estamos metidos dentro del mismo destino.

La respuesta de Mirtho no se hizo esperar:

—No lo dudo. Cada cual es el destino del otro. Pero el destino más profundo de cada uno es destruir al otro. Es la maldición del amor.

Se separaron. Vallejo soñó muchas veces en el búfalo parado sobre un promontorio, arañando la tierra con sus patas y en el águila llevándose su presa. Soñó que el búfalo le anunciaba, con un grito de bestia herida, un destino doloroso. Soñó que

el águila se lo llevaba arriba, más arriba, a alturas de vértigo. Soñó que emprendería un vuelo del que nunca iba a descender.

Se encerró en el pequeño departamento del Hotel del Arco, y de allí salió una semana después con varios poemas nuevos.

Flaqueó a ratos y parecía a punto de desfallecer, pero no podía detenerse. De ninguna forma lo haría frente a compañeros que confiaban en él y esperaban verlo producir una poesía más alta que la de Rubén Darío. La noche siguiente a la del rompimiento, tenía una reunión de lectura a la que no podía faltar. Estuvo presente. Les leyó "Para el alma imposible de mi amada" y "El tálamo eterno". Quiso hacerlo con una voz desprovista de emociones y lo logró. Nunca lo habían visto más frío ni más sereno. Sin embargo, al final, varios estaban lagrimeando.

—No sé qué me pasó —trató de explicar después Alcides Spelucín—. O más bien no sé qué nos pasó. No sabíamos que ya se había producido la ruptura. Creo que fue la poesía. Nos dejó en un estado tal de recogimiento y de mutismo que la articulación de una palabra admirativa habría sonado a una profanación.

Antenor Orrego, sin embargo, no estaba del todo contento. Quería que Vallejo avanzara mucho más. Que se fuera más allá de la influencia modernista de Herrera y Reissig.

—No quiero cortarte, hermano, los ímpetus de la creación, pero acepto estos poemas como ejercicios. Todos esperamos más, mucho más de ti.

—Lo sé, Antenor, hermano. Todo lo acepto de ti.

—Hay que hacer como César —añadió ante el grupo—. Para romper la ley y quebrar las reglas y normas tradicionales, es preciso someterse antes a ellas, dominarlas con habilidad y verdadera maestría y rigor técnicos.

Vallejo se había sentado y miraba al suelo.

—Quiero decir algo más. Lo que yo llamo ejercicios son poemas extraordinarios. Quizás ya pertenecen a un libro. Pero ese libro debe preceder a otro en el que rompas por completo con la poesía del pasado.

—¿Qué valor tiene para ti la expresión poética? —preguntó Vallejo saliendo de su mutismo.

Orrego lo pensó bien antes de contestar. Sus amigos lo acusaban de dar discursos en vez de conversar. Al final lo hizo así. A su manera.

—La función del poeta y del artista en general es, sobre todo, una función expresiva y su único instrumento para realizarla es la forma. Todos los hombres, o por lo menos muchos de ellos, pueden tener la intuición o la emoción poética, pero sólo el poeta es capaz de trasmitirla. Allí donde los demás callan, el poeta habla, tiene el poder misterioso de hablar y de hablar con belleza. Este poder de hablar es poder de crear formas porque sin ellas nada puede expresarse.

Vallejo miró entonces hacia el techo.

—Cuando era niño —dijo— le prometí a mi maestro que inventaría palabras. Creo que me he pasado toda esta parte de mi vida buscando la palabra perdida.

Los días lobos siguieron amontonándose.

Una noche volvía solo a su cuarto en el Hotel cuando, fue asaltado por unos veinte individuos. No eran delincuentes ni pretendían robarle, sino jóvenes animalescos que se sentían ofendidos por la presencia de los intelectuales en la pacata ciudad. Los tipos lo agredieron tijera en mano tratando de raparle la frondosa melena. No habían contado con la fuerza misteriosa que a veces sacaba César quien se defendió hasta caer al suelo casi muerto, pero con la cabellera intacta. Varios amigos llegaron en esos momentos y su presencia espantó a la pandilla.

17

Inventar o errar

Salomé Navarrete se afeitaba frente a un pequeño espejo colgado en la pared de la celda. De pronto, dejó de observarse la quijada, alzó los ojos y se encontró con su pelo. De tan descolorido, parecía blanco. Cuando entrara en la cárcel, era de un azabache brillante.

—¡Cómo son las cosas, señor Vallejo!... El año se ha ido sin sentirse... Sólo falta una semana para que termine 1920, y ya llevo cinco años aquí.

No hubo comentario.

—Digo... El año ya se fue. Hay un gobierno y una Constitución diferentes de los que regían cuando llegué a este infierno. Me acuerdo que cuando me traían, el abogado me dijo: “No te preocupes, en una o dos semanas, se aclaran las cosas, y sales libre”.

Se recortó un centímetro de patilla.

—¡Cómo ha pasado el tiempo!

Vallejo escribía sentado junto a la mesa. Dejó la pluma y lo observó. Recordó que, en una semana más, cumpliría dos meses en el encierro. Tampoco él tenía noticias.

Era como si ambos hubieran permanecido en esa celda y en esas mismas posiciones desde hacía una eternidad. Dios, mientras tanto, había fundado el mar y dibujado los astros y las montañas. Después, movió los brazos como un director de coro y creó el canto de los pájaros... Los muros de la prisión también crecieron.

—Dígame si estoy errado, señor Vallejo. Antes, el tiempo duraba más tiempo.

No le importaba el mutismo de su compañero.

—Tiempo... tiempo... tiempo... ¿Se acuerda cuando pasó el cometa Halley? Fue en 1910, ¿no? Comenzó a cruzar el cielo en febrero. En noviembre, todavía le veíamos la cola.

Vallejó recordó de súbito:

—En 1917 dijeron que el cometa no se había ido del todo. Viajaba a velocidades de vértigo, pero su rabo era largo. Tan largo que siete años después de que la cabeza pasara cerca de nosotros, todavía la Tierra estaba en peligro.

A comienzos de 1917, los astrónomos anunciaron un desastre cósmico. Una oleada de meteoros colisionó con Júpiter. Debido a ello, una región entera, más grande que la América terrestre, había sido borrada del mapa. En el caso de que ese planeta hubiera estado habitado por seres inteligentes, el choque habría significado la catástrofe de la civilización.

Pero allí no terminaba la historia. Sólo una porción de los asteroides había caído sobre Júpiter. El resto continuaba su marcha silenciosa e infernal por los espacios y una noche, debían de pasar flotando sobre la Tierra, o estrellarse contra ella. No se sabía en qué lugar caerían.

La noticia apareció en todas las primeras páginas de los diarios. Algunos especulaban que los meteoros eran rocas flamígeras desprendidas de la rauda cola del Halley. Ocho años habían vagado por los abismos del cielo. Tenían que caer el 24 de septiembre. Nadie sabía dónde.

En mayo de ese año, la bailarina suiza Norka Rouskaya escandalizó Lima. Acompañada por periodistas y amigos, bailó semidesnuda la Danza Fúnebre de Chopin en el interior del Cementerio Presbítero Maestro. Sus compañeros terminaron en la cárcel. Entre ellos se encontraban el poeta Abraham Valdelomar y el ensayista José

Carlos Mariátegui, un joven de 26 años quien acababa de ingresar al Comité de Propaganda Socialista y pronto se convertiría en el primer teórico marxista de América.

El 17 de septiembre, cuando todos hablaban del fin del mundo, Norka llegó a Trujillo para actuar en el teatro "Ideal". Paderewski, Grieg, Saint Saenz, Chopin y Schubert formaban su repertorio. La gente abarrotaba el teatro y, a falta de butacas, muchos presenciaron el espectáculo de pie.

Sin embargo, antes de comenzar, la bailarina pidió la palabra. "Los ricos se han convertido en vampiros y dominan el mundo" —señaló y agregó— "Si esto es así, danzaré en honor de la catástrofe que está por llegar".

Los jóvenes de la "Bohemia" la aclamaron. En "La Reforma", Antenor Orrego escribió que "esta mujer transparente danza sobre luces traídas de otro espacio". José Eulogio Garrido la llamó "hada incorpórea". Óscar Imaña le declaró su amor en un poema:

"Desciende y vuela. Vuela el velo.
Duerme, se suspende y levita.
Y dice la verdad porque la escuchó en el cielo."

Las piernas de Norka, sus palabras rebeldes y el entusiasmo de los jóvenes artistas fueron castigados por "La Opinión Pública" con un editorial lapidario: "Como en Lima, Norka Rouskaya nos ha mostrado que la desvergüenza no conoce límites. Si eso es arte, el arte debe desaparecer. Los artistas e intelectuales de la llamada bohemia de Trujillo son decadentes, amorales, viciosos, licenciosos, disolutos, livianos, obscenos, lujuriosos, calaveras, impúdicos, indecentes, incastos, escandalosos y crápulas". El director, Apolonio Moreno, reveló que había revisado el diccionario "y no hay adjetivos suficientes para calificar tanta impudicia".

Los criterios de Moreno eran, por desgracia, compartidos. Muchos en la pequeña ciudad rendían culto a un versificador llamado Víctor Alejandro Hernández, y todo lo que se alejara de la rima ortodoxa era sedicioso. Los que no leyeran las "Florecitas de San Francisco" resultaban sospechosos de herejía y de malas costumbres. Quienes no dedicaran un poema al Supremo Gobierno, eran llamados ácratas terroristas. En Lima, ese año, un grupo de oficiales del ejército dio una golpiza al joven pensador José Carlos Mariátegui, inmóvil en su silla de inválido. Cuando se pavoneaban de su hazaña, alguien comentó que esa bravura no la habían exhibido frente al invasor chileno. "Aquí también, en Trujillo, hay que lanzarse al ataque contra el arte pecador y deshonesto. Nuestra ira es santa" —bramó, al final de su nota, el director de "La Opinión Pública".

Entonces, el grupo de bohemios se puso a la obra. "El Arte responde: Música para el fin del mundo", tituló "La Reforma" a un concierto de piano que ese periódico organizaba. A pedido de Orrego, Carlos Valderrama lo ofrecería en el teatro "Ideal" el 24 de septiembre, la noche del anunciado desastre cósmico. "Hay que crecer en medio de la tragedia —dijo el editorial. "El arte es la expresión más trascendente. El hombre se hace hombre con el arte. Sólo es arte dura más que la muerte" —aseguró rotundo.

—Lo que me propones es *épater le bourgeois* ¿No es verdad? —preguntó Valderrama.

—Estás en lo cierto —repuso Antenor Orrego.

—¡Acepto!

El joven músico trujillano trataba de juntar el arte musical andino con los acordes clásicos. Había compuesto algunas obras maestras que trascendieron el ámbito local para ser aclamadas en escenarios internacionales tan exigentes como el "Carnegie Hall" de Nueva York.

Aunque era tan joven como el resto de sus compañeros, ya era dueño de una obra fecunda. Destacaban entre sus creaciones de entonces la marcha “Los Peruanos Pasan” y la ópera ballet “Inti Raymi”, “Tristeza Andina” e “Idilio incaico”. No hacía otra cosa que componer. Con sus amigos en cualquier cafetería, ponía sus manos sobre la mesa y hacía como si tocara piano. Cuando Antenor Orrego lo encontró, tomaba un café con varios amigos y tocaba el consabido piano invisible:

Primer movimiento.
Ellos cierran los ojos, yo los abro
Segundo movimiento.
Intensidad, ritmo, contrapunto,
color, tono, tensión, equilibrio, contraste.
Do, re. Do, re. Do, re, mi, fa, sol, la, si.

Valderrama levantó las manos del piano imaginario para repetir:

—¡Acepto!

Dar un concierto clásico el día del fin del mundo era una invitación irresistible. Sabía que su gesto no iba a ser popular. Apolonio Moreno y los suyos llamaban a rezar en las calles y aseguraban que la catástrofe era un castigo divino contra la impiedad y el anarquismo.

—La verdad es que no me disgusta que algunos me llamen amoral, vicioso, licencioso, disoluto, liviano, obsceno, lujurioso, calavera e impúdico.

Lo acompañaría la soprano Andrea Yannuzzi que había llegado a Lima dos meses antes y se había trasladado de inmediato a Trujillo.

Andrea había nacido para salvar al mundo. Lo supo desde niña, pero la pasión se lo impidió, una pasión tan intensa como letal por un siciliano que emigró a Nueva York y que tal vez murió en una reyerta de criminales.

En 1910, se convirtió en una de las favoritas de la Scala de Milán y en protagonista de la resurrección de los compositores de comienzos del Siglo XIX operada por entonces, hasta convertirse en la intérprete por excelencia de las protagonistas femeninas de Donizetti y Bellini. Las notas de Turandot y Puccini corrían por su sangre.

Sin embargo, de un momento a otro, desapareció del escenario. Con el corazón devastado y un nombre supuesto, desembarcó en Buenos Aires en 1915. Pero el tango, "un sentimiento que se baila”, la hizo resucitar. En 1916, durante el gobierno radical de Hipólito Irigoyen, volvió a cantar y a ser “la Yannuzzi”. Su amiga íntima, la también cantante lírica Regina Pacini, quien después se casaría con el presidente Marcelo de Alvear, la liberó de la depresión e hizo que la invitaran al espectacular teatro Colón. En 1917, Andrea estaba en gira por el Perú. Cuando los “bohemios” de Trujillo le propusieron “salvar al mundo”, aceptó de inmediato.

El 24, día en que se produciría la colisión, muchos visitaron iglesias para ponerse en paz con su alma. Los ricos se llenaron de provisiones y los pobres bailaban en la calle. Algunas madres precavidas sacaron del baúl los cirios benditos con que sus hijos hicieran la Primera Comunión. Sólo aquellos podían dar luz en medio de la oscuridad definitiva.

La hora final se aproximaba. De acuerdo con las estimaciones científicas, a las diez y quince minutos de la noche, hora del Perú, las estrellas del Apocalipsis comenzarían a estrellarse, una tras otra, sobre la superficie terrestre. El lado del planeta que no recibiera los impactos quedaría sumergido en una noche que duraría

cuatrocientos años, pues hasta entonces no habría de desvanecerse el humo de la destrucción.

En el “Ideal”, la noche comenzó con Puccini.

"E lucevan le stelle.../e olezzava la terra.../stridea l'uscio dell'orto.../e un passo sfiorava la'arena." (Y las estrellas brillaban, y un olor dulce subía de la tierra, mientras la puerta del jardín crujía, y un paso rozaba la arena). Andrea musitaba el inicio de *Addio alla vita* mientras el teatro la escuchaba con silencio religioso y, en la calle, la gente se preguntaba en qué lugar del mundo comenzarían a caer los astros errantes.

"*Monde nouveau, tu m'appartiens!"*, de la ópera de Meyerbeer, cantaba la Yannuzzi cuando ya eran las nueve y treinta de la noche, y a las diez, muy cerca de la hora en que debía ocurrir la catástrofe, Valderrama y Yannuzzi interpretaron otra vez a Puccini: "*Nessun dorma! Nessun dorma!"* (Que nadie duerma. Que nadie duerma); y un rato después añadía:... *"guardi le stelle che tremano/d’amore e di speranza"* (observa las estrellas que tiemblan de amor y de esperanza...).

Desde las diez, los espectadores tenían sus relojes en la mano. Esperaban la hora fatal. A las diez y media y a las once, nada ocurría. El concierto continuó.

La Tierra se salvó el 24 de septiembre de 1917. De alguna forma inexplicable, los astros flamígeros llegaron hasta muy cerca de nuestro planeta, se detuvieron un instante y luego cambiaron de rumbo. Se fueron, dando botes, a hundirse y perderse en los océanos del universo y en los abismos de la nada.

En vez de zozobrar en el miedo, Trujillo escuchó aquella noche el piano de Carlos Valderrama y el timbre brillante y el alto registro de Andrea Yannuzzi. A las once de la noche, aquellos volvieron a correr la hoja de Puccini: *"Dilegua, o notte! Tramontate, stelle!/Tramontate stelle! All'alba vincero! Vincero! Vincero!”* (Vete ya, oh noche, y se escondan las estrellas porque en la mañana, al alba, voy a vencer, voy a vencer...).

“Lo diremos en una metáfora que no lo es tanto. Valderrama y Yannuzzi, en Trujillo, centro del mundo, hicieron las veces de sacerdotes universales y congregaron en una sola voz toda la esperanza humana. El papel de la música es precisamente ese: juntar a todos los hombres en una sola nota y descubrir en esa nota nuestro origen divino”.

“La Reforma” lo dijo. Sus contendores callaron.

En la edición del domingo, Alcides Spelucín dedicó a Vallejo un poema cuyas imágenes recordaban la experiencia cósmica:

«¡Empápate en la lumbre de lo desconocido,
y así, goteando estrellas del húmedo vestido,
irás dejando un rastro de luminosidad!»

César había sido uno de los principales organizadores del concierto, pero no acudió al Teatro “Ideal”, ni se había dejado ver desde entonces. El 24 por la mañana había recibido una misiva de Zoila Rosa: “El día del fin del mundo quiero ir contigo al concierto. Espérame a las seis en la bodega de la esquina de tu casa”.

Había en la esquina del Hotel del Arco una minúscula bodega con un mostrador, una mesa, dos sillas y algunos sacos de arroz donde se sentaban los que no conseguían otro asiento. Vendían café y pisco, y cerraban a medianoche. Aquella noche no hubo parroquianos. Vallejo consiguió una silla y reservó la otra. Pidió un café tras otro, y la muchacha no llegaba. No llegó jamás.

Triste, se quedó dormido. El generoso dueño no le pasó la voz. Cuando despertó a las once, sólo había en el mundo una lluvia lenta. Podía escuchar los latidos de su

corazón. El perro del tendero estaba tumbado y lo miraba con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras. César extendió la mano para acariciarlo. Ágil, el perro se levantó y comenzó a olisquearlo.

No hacía viento. La tierra despedía un doloroso aroma de lluvia. Dos días después, César mostró a sus amigos una composición lírica que traspasaba las fronteras del lenguaje racional, distorsionaba los niveles fonéticos y llegaba por ratos a la pura representación onomatopéyica:

"999 calorías,
Rumbbb... Trraprr... rrach... chaz..."

—Lo que tengo que decirte ya fue dicho —sentenció Orrego al leer el texto—. Lo dijo Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar: En América Latina, inventamos o erramos.

18

La portentosa muerte de María

En octubre de 1917, Francisco Xandóval regresó de Ascope, donde había estado trabajando durante un año, y en Trujillo, lo primero que hizo fue buscar a César. Quería revelarle la verdad sobre María.

El hermano menor de María, había trocado en X, la S de su apellido y firmaba así los poemas que ya comenzaba a publicar en los periódicos. No necesitó de mucho tiempo para convertirse en un lírida asombroso, de quien Orrego escribió que era "dueño de pávidos y embrujados poderes mediumnímicos".

—¿Cuándo la viste por última vez? —preguntó Francisco.

Vallejo bajó la cabeza y se dedicó a explorar con la vista la mesa del café como si buscara allí la respuesta.

—No hubo última vez...

¡Cómo olvidar aquél septiembre! Ya había transcurrido más de un año y también había pasado con velocidad la alucinada historia de Mirtho, pero César continuaba viéndose en el noveno mes de 1916, con María a su lado. Todavía escuchaba el palpitar de ese tiempo.

La muerte había caminado con botas por el mundo en 1916. Los alemanes no necesitaban balas para matar. Bastó con que usaran gases tóxicos en Iprés para que la gente saliera de sus casas derramando sangre por la nariz. Miles de soldados y civiles habían quedado en los suelos de Bélgica. No se pensaba ver atrocidad mayor. Sin embargo, en Verdún se ensayaba ese año, la guerra del desgaste. Los altos mandos estaban seguros de que la guerra no tenía solución. Entonces alguien tuvo la idea de intercambiar difuntos. Cada bando enviaba muy temprano en la mañana miles de muchachos que no debían regresar por la tarde. Las nuevas armas, las granadas, los lanzallamas, los tanques y el gas no dejaban ni siquiera cadáveres. La victoria sería de quien quedara con soldados. Seiscientos mil cayeron en un mes sin que ninguno de los dos bandos lograra avance significativo alguno.

Uno de esos días de noticias temibles, estaba con ella en una reunión del grupo. Se hablaba sobre la guerra y Víctor Raúl dijo que, recién ese año, el siglo XIX estaba falleciendo. María lo corrigió:

—Más bien, toda la historia humana está comenzando a morir —dijo.

La recordaba. La recordaría siempre.

—¿Recuerdas que tosía? ¿Que estaba a punto de perder la voz? Te marchaste con ella, y supongo que la dejaste en casa cerca de la medianoche. Ella no durmió por la tos y la fiebre. Mis tíos estaban furiosos y aseguraban que eso le ocurría por llegar a medianoche. Temprano, yo tenía que salir a Chimbote. Había conseguido un puesto de trabajo allá, pero quise quedarme para ayudarla. Mi hermana me aseguró que vería al médico. "Anda, nada más, hermanito. Trabaja un poco porque vamos a necesitar algún dinero", me ordenó. Yo me quedé un rato más a su lado. Le hablé de nuestros padres, de ti, del futuro. Le pedí que se pusiera bien cuanto antes, que se cuidara. Le pregunté si te había hablado de su posible enfermedad. "Siempre he querido que César me ame... no que me tenga lástima", me dijo y me pidió que nunca hablara contigo de todo esto. Creo que dos o tres días más tarde, cuando yo estaba ausente, mis tíos la pusieron en uno de esos carros que van a la sierra de Otuzco. Estoy seguro de que quiso avisarte, pero no le dieron tiempo. ¿O lo hizo?

—Sí, lo hizo. A su manera...

Vallejo no podía olvidar la carta extraña que declaraba el final de su relación, y recién ahora comenzaba a entenderlo todo.

Francisco seguía narrando. Según le contaron sus tíos, el médico descubrió en María una tisis muy avanzada, y sugirió su traslado hacia un pueblo de la sierra, tanto para evitar los contagios como para que el clima benigno mitigara sus fiebres.

—¿Todo este tiempo has estado sin saber nada de ella? No me extraña. Mis tíos la enviaron lejos apenas les fue posible para librarse de ella. Después, como es su costumbre, se sumieron en el silencio. No querían que los vecinos se enteraran. Tú sabes que ellos consideran a la tuberculosis una enfermedad vergonzosa.

—Tengo que ir a verla.

—No lo hagas. Por todo lo que hablamos aquella noche, sé que María Rosa no aceptaría que fueras a buscarla.

Vallejo insistió.

—Ella nunca quiso que la consideraras una enferma. No quiere que la veas en ese estado. ¿Comprendes?

Comprendió. Decidió esperar, pero no todo el tiempo.

Verano, ya me voy. Y me dan pena
las manitas sumisas de tus tardes.
Llegas devotamente; llegas viejo;
y ya no encontrarás en mi alma a nadie.
Verano! Y pasarás por mis balcones
con gran rosario de amatistas y oros,
como un obispo triste que llegara
de lejos a buscar y bendecir
los rotos aros de unos muertos novios...
Ya no llores, Verano! En aquel surco
muere una rosa que renace mucho!

El primero de noviembre de 1917, César partió a la sierra. Su viaje tendría dos etapas. En la primera, iría a Otuzco para buscar a María Rosa. Le rogaría que lo dejara permanecer a su lado. Se pasaría los días y las noches contándole historias. Si todo eso resultaba imposible, continuaría hacia Santiago de Chuco.

Eran resecos días de verano en la costa, pero la naturaleza de las montañas no suele coincidir con el llano. Los campos y las quebradas estaban enlodados por las lluvias. El camino se alargaba y parecía refunfuñar contra quienes lo pisaban. El barro marrón y áspero lo tornaba lento y pesado. Las colinas estaban rojas y amarillas, doradas y azules, con un destello como el que se producirá el día del Juicio Final. Abajo, el mundo estaba colmado de una neblina azul que se elevaba sobre los campos abiertos.

Preguntó por ella en el pequeño pueblo, pero nadie le supo dar razón. Otuzco estaba rodeado por aldeas y casuchas donde se guarecían los enfermos. Las más fáciles de hallar eran las que correspondían a los ricos. Aquellos vivían sus últimos días en una prolongada fiesta, lánguida pero suntuosa. A veces, subía gente de Trujillo para gozar con ellos de unos días amables y generosos, plenos de bebida y de recuerdos. Hacían bromas unos y otros, y los enfermos se preparaban para el último viaje. Los tuberculosos pobres tenían que acomodarse en cuartos alquilados y pocilgas oscuras como ataúdes. Era como si ya estuvieran bajo tierra y su nombre se hubiera borrado de la cruz de madera. Resultaba muy difícil llegar hasta ellos.

Por eso, nadie pudo decirle dónde se hallaba María Rosa. Más bien, le aconsejaron seguir su viaje, no fuera a enfermarse también. Pero César insistió. Durante una semana recorrió pueblos cuyos nombres parecían haber sido inventados por los pájaros. Huadalgal, Charat, Sanchique, Mache y decenas de chozas donde descansaban seres esqueléticos. Preguntaba, y escuchaba la respuesta consabida. Dormía a la intemperie, escuchaba la queja del viento y percibía la alegría de los rayos del sol.

Lo único que le molestaba eran los mosquitos. Se dijo, sin embargo, que cuando encontrara a María no habría mosquitos, ni suciedad, ni pobreza.

Una noche creyó verla. Sintió que se acercaba hasta la hamaca donde él dormía. Y toda su cara era miel para su boca, aunque por ratos se tornara por completo blanca y dejara de verla. Sus largos y ligeros brazos lo acariciaban. No le hablaba, pero eso no era necesario. Aunque no la tocaba, podía sentir sus extremidades palpitando, percibía sus pies ligeros y luminosos, veía sus muslos elásticos y generosos, escuchaba su voz de dulces acentos flotando en la neblina. El mundo amanecía impregnado del olor de las hojas del naranjo.

Encendida como un fuego incesante, la silueta de María cruzaba ante sus ojos una y mil veces. Por ratos, se detenía a mirarlo, pero no le hablaba. En otro momento, lo invitaba a seguirla. Presintió su abrazo, su olor y su beso, pero no la vio. Quizás, ella se sentó a su lado para cuidarlo y rogarle que no la siguiera buscando. No la vio. No podía ver a nadie porque ardía en fiebre.

El médico que lo atendió diagnosticó una malaria y le aplicó fuertes dosis de quinina. César despertó y volvió a dormir muchas veces, y soñó que soñaba y que no quería despertar.

—Tenga usted presente que si vuelve a dormir, lo más probable es que no despierte jamás.

—Tengo necesidad de morir, doctor —eso fue lo que dijo, o tan sólo pensó que decía. Acaso entendió que la necesidad de morir es honda e irresistible y a veces, más imperiosa aun que la de existir.

—Despierte usted, César. No se me duerma. Nadie tiene necesidad de morir.

—Nadie tiene necesidad de nacer.

—¡Qué cosas extrañas dice! Por favor, aquí tiene estas pastillas. Tómelas con un vaso de agua.

Por fin, César salió del sopor, pero no encontró a María. A su lado el médico le explicó que ya estaba fuera de peligro, pero que tenía que salir de Otuzco cuanto antes. Además, debía continuar con el tratamiento porque una malaria larvada podía repetirse dentro de uno o diez años, o acaso más, y llevarlo a la muerte.

El 20 de noviembre reanudó su viaje por Agallpampa, Julcán, Hierbabuena hacia Santiago de Chuco. Después volvería a Trujillo. Por fin, tomaría el vapor “Ucayali” rumbo a Lima la última semana de 1917.

En febrero del año siguiente, Francisco Xandóval consiguió que sus tíos le dieran el paradero exacto de María. Algo le decía que el desenlace se aproximaba. Luego de varias horas de viaje y una penosa caminata llegó a la aldea donde estaba su hermana. Cuando alcanzó a verla, la joven había ingresado en esa suerte de éxtasis que acompaña a algunas personas en el último camino.

El médico le informó que se había hecho todo lo posible, pero que el final era cosa de horas. En ningún momento, María Rosa había tenido esperanza alguna de sobrevivir. Otuzco, en los primeros contrafuertes andinos, era una colonia climática que sólo hacía más llevaderos los últimos días de los enfermos.

—Francisco... Francisco... ¿Eres tú?

—Soy yo, hermanita.

—¿Estás seguro?

—¿Seguro?

—¿Seguro de que esto no es un sueño?

Callaron ambos. Xandóval tomó entre sus manos la diestra de su hermana. Ella durmió cerca de una hora.

—Lo he visto. ¿Sabes?... Es un Señor triste y bueno, vestido de terno negro. Bajó del cielo sin que lo acompañaran los ángeles.

Miró a Francisco. Examinó el cuarto. Observó a través de la ventana. Hacía todo lo posible por no cerrar los ojos.

—No me dejes, hermanito. No quiero estar sola. No permitas que el sueño me lleve. No vayas a dejar que me vaya, ah.

Francisco quiso saber si le iba a dejar un mensaje para César.

—¿Quieres que le diga algo?

Los ojos de ella se iluminaron.

—¿Algo? Dile todo. Todo. Dile todo a César. Dile que todo este tiempo lo estuve viendo.

—Lo sé, María Rosa. Estoy seguro de que él también lo sabe.

—No sabe algo.

—¿Qué?

—No sabe que es un poeta eterno.

Le hizo una seña para que abriera una pequeña caja de cartón. Allí encontró algunos poemas de César y sus misivas. Era, junto a unas cuantas ropas, todo lo que había traído de Trujillo y lo que releía todo el tiempo. El resto de sus papeles sufrió el duro escrutinio de su tía. “Adefesios”, dijo la señora y los arrojó al fuego.

La chica durmió un rato y despertó otra vez. Ahora, no parecía recordar al señor triste y bueno de terno negro. Dudaba:

—¿Crees que hay algo?

—¿Algo? ¿Algo, dónde?

—Algo detrás de todo esto. Detrás de detrás.

Mientras Francisco pensaba en su respuesta, los ojos de María ya estaban viendo lo que hay detrás de detrás. Sus mejillas eran casi transparentes, pero una súbita llama rosada las encendió. Miró con tranquilidad a su hermano, y comenzó a irse. El cuarto se colmó de un olor a hojas de naranjo o de limón. El alma de María dio una cuantas vueltas por el dormitorio, husmeó los papeles que dejaba, contempló su cuerpo con cariño, se dirigió hacia la puerta entreabierta, y por allí se fue. Tal vez caminó unos diez metros antes de subir a las alturas. Al maliciar la presencia de esa alma, los pacientes que descansaban junto a la puerta se hicieron a un lado para darle paso, y comenzaron a rezar. Tal vez entonces ya no sintió el suelo bajo sus pies. Tal vez voló en ese momento. Los que miraban la cumbre de la montaña dijeron después que el cielo se tornó color violeta y se abrió, y que por allí escapó del mundo una paloma blanca.

Como si hubiera visto al espíritu, una enfermera que había estado lejos llegó corriendo desde la posta, entró en la casa y se acercó a cerrar los ojos de la difunta.

—Usted es su hermano, ¿no es cierto? ¿Ve? Eso es todo lo que pasa, y pasa rápido.

*****

Al borde un sepulcro florecido
transcurren dos marías llorando,
llorando a mares.

El ñandú desplumado del recuerdo
alarga su postrera pluma,
y con ella la mano negativa de Pedro
graba en un domingo de ramos
resonancias de exequias y de piedras.
Del borde de un sepulcro removido
se alejan dos marías cantando.

La otra María, su madre, murió el 8 de agosto de 1918, y César no pudo estar presente en los ritos funerarios porque entonces se encontraba en Lima. En octubre, decía en una carta a su hermano Manuel:

"Yo vivo muriéndome... En este mundo no me queda nada ya. Apenas el bien de la vida de nuestro papacito. Y el día en que esto haya terminado, me habré muerto yo también para la vida y el porvenir, y mi camino se irá cuesta abajo... Así paso mis días huérfanos, lejos de todo y loco de dolor..."

*****

—¡No hay duda! —repetía Navarrete—. Antes, el tiempo duraba más tiempo. Pero su compañero de celda no pudo comentar. En ese momento, alguien dio dos golpes secos sobre la puerta. Después intentó abrirla.

—Rumbbb... Trraprr... rrach... chaz...

El candado daba problemas. Por fin, cedió:

—¡Vallejo, acompáñeme!

El poeta se levantó de la silla y miró a su compañero. Siempre temía que lo mandaran de vuelta al "Infierno."

—Le encargo mis papeles, señor Navarrete.

—No se preocupe. No va a pasar nada. Pero por supuesto que los cuidaré.

—¡Venga pronto!

Obedeció. Atravesaron los prolongados corredores, y caminaron por en medio de conversaciones y secreteos. Descendieron una escalera y entraron en el camino subterráneo que conducía a la Sala de Meditación.

Pero no se detuvieron en ninguno de los Infiernos. Pasaron junto a sus puertas y volvieron a tomar otra escalera. Entraron en una oficina donde estaba sentado un caballero. Aquél se levantó para saludarlo.

—Señor Vallejo.

—Doctor Godoy.

El abogado del poeta advirtió que el gendarme se había quedado a unos metros de ellos. Había decidido estar presente mientras durara la entrevista. Descansaba sus hombros contra la pared e intentaba prender un cigarrillo. Era un hombrón gordo y despernancado.

El abogado no dijo palabra. Le bastó con mirarlo a los ojos.

El gendarme sostuvo el cigarrillo entre los labios y bajó la mano derecha hacia la pistola de reglamento.

—¿Qué hace allí? ¡Salga de aquí, de inmediato!

Al hombrón se le cayó el cigarrillo. Alcanzó a decir con voz ronca:

—Tengo instrucciones...

Pero el doctor Godoy no lo dejó continuar. Sin decir palabra, levantó el índice y mostró la puerta.

Incrédulo, el gendarme apagó el cigarrillo con el pie y se puso en posición de atención.

—¡Lárguese!

El soldado levantó la mano y saludó en forma militar. Dio media vuelta y se alejó a toda prisa.

—Señor Vallejo, quiero que sepa siempre que es un honor para mí representarlo.

—Gracias, doctor. ¿Hay esperanzas?

—Déjeme contarle algo. Como usted sabe, hemos pedido la nulidad de la instrucción. Hay motivos suficientes para eso. El juez instructor es un verdadero artista para suplantar documentos. Inventó un promotor fiscal y un actuario. Falsificó las firmas de dos dignos ciudadanos. Todo lo actuado por el juez es aberrante y nulo. Sin embargo, nuestra petición ha sido denegada.

—¿Y ahora? ¿Hay esperanzas, doctor?

—Se lo diré después. Primero, quiero que me cuente todo lo que ocurrió en Santiago.

Denuncia del Promotor Fiscal Rodolfo Ortega

El promotor Fiscal Rodolfo Ortega dirige al Tribunal Correccional la siguiente denuncia:

"Que en el proceso seguido contra Vicente Jiménez, Héctor Vásquez, César Vallejo y otros, por varios delitos ante el Juez Instructor Ad-hoc, Sr. Dr. Elías Iturri, el suscrito actuó como Promotor Fiscal y asistió a la mayor parte de la diligencias, pero la VISTA FISCAL, emitida como tal, no la firmé, ni la emití a la vista del proceso, sino que los interesados, indudablemente, han falsificado mi firma y falseado el mérito del informe, porque cuando yo fui al Juzgado con el objeto de informarme del proceso ya el Juez Iturri había ido a Trujillo, sin que el suscrito, repito, hubiese emitido la vista ni menos firmado.

Por consiguiente protesto enérgicamente por la falsificación que se ha hecho y espero que el Tribunal tenga presente este hecho escandaloso para los fines del proceso aludido. Es justicia, Santiago de Chuco, 30 de Octubre de 1920. Firmado Rodolfo Ortega.

Denuncia de Víctor M. Guerrero

Por escritura pública ante el Notario de Trujillo Gerardo Chávez, declara:

Primero: Que fui a Santiago de Chuco en calidad de amigo del Dr. Elías Iturri y que no encontrando este señor persona de confianza, me nombró actuario en la instrucción por incendio del establecimiento de los señores Santa María y otros delitos a pesar de haberle hecho presente mi ninguna versación en asuntos judiciales.

Segundo: Declaro que yo no he intervenido en ninguna diligencia, como actuario del proceso referido, pues a veces he entrado y he salido del Juzgado únicamente como amigo del Dr. Iturri, sin intervención en las diligencias que él practicaba.

Tercero: Declaro que no he escrito ninguna diligencia del proceso.

Cuarto: Declaro que las firmas puestas en la diligencias del expediente, las puse en él el segundo día que llegamos a Trujillo con el Dr. Iturri, en casa de éste y cuyo número ascenderían a un crecido número, algunas de ellas hice en Santiago de Chuco.

Quinto: Declaro que este documento lo firmo en honor a la verdad y en defensa de mi reputación. Ante el Notario Gerardo Chávez que firma y sella el 19 de setiembre de 1921.

Resolución del Tribunal

Reabierta la audiencia el Señor Presidente manifestó que el Tribunal había resuelto DECLARAR SIN LUGAR EL PEDIDO DE NULIDAD, lo cual consta por separado y dispuesto que se abra instrucción contra el Juez Ad-hoc Dr.Elías Iturri, por el delito de suplantación que se denuncia, después de los cual se suspendió la audiencia, para continuarla al día siguiente.

El abogado le leyó las denuncias de Ortega y de Guerrero, y luego la absurda decisión del Tribunal. Vallejo no podía creer lo que escuchaba.

—¿Sabe usted lo que es esto, señor Vallejo?

El abogado no esperó la respuesta. Alzó el cuaderno del expediente con la mano izquierda. Con la otra lo fojeó con velocidad como hacen los cajeros de banco con los fajos de billetes.

—¡Basura! ¡Todo esto es basura!

Dejó el cuaderno cosido a mano sobre la mesa. Repitió:

—¿Se da cuenta usted, César?... Al supuesto promotor fiscal, le han falsificado la firma. El supuesto actuario declara que no tiene versación en asuntos judiciales, que no ha intervenido en ninguna diligencia y que el Dr. Iturri lo ha sorprendido. El extraño doctor Iturri administra justicia en su propio domicilio y hace firmar a sus amigos...

Otra vez levantó el expediente y releyó la resolución del tribunal.

—... Y en mérito de todo esto, van a abrir instrucción contra Iturri... pero declaran sin lugar nuestro pedido de nulidad. ¡Es una contradicción!... ¡Una contradicción aberrante! Hay una mano negra, o varias, detrás de todo esto.

El doctor Godoy repitió su pedido:

—Deseo, señor Vallejo, que me cuente todo lo que ocurrió en Santiago de Chuco el primero de agosto de 1920. Cuéntemelo desde el comienzo de las fiestas del Apóstol en julio... No, no... espere, quiero saber más. Hábleme del Alférez Carlos Dubois y de los Santa María. Cuénteme en orden o en desorden, pero cuéntemelo todo. Pero, antes de todo eso, quiero pedirle un gran favor...

19

Margarita, la de Las Azulas

El doctor Godoy desenvolvió con cuidado un pequeño paquete, y de él extrajo el libro “Los heraldos negros”.

—¿Sería tan amable de firmármelo?

El poeta se quedó asombrado. Este abogado, que no deseaba cobrar por sus servicios, había tenido la fineza de adquirir el libro, y ahora lo halagaba pidiéndole una dedicatoria. Tomó la pluma y comenzó a hacerlo.

—En Chepén, mi pueblo, tiene usted una legión de admiradores. Y también admiradoras... mis dos hijas van a saltar de alegría cuando les lleve los heraldos.

*****

César había pasado en Lima los años 18 y 19. Siguió estudios de Doctorado en Letras en la universidad de San Marcos. Conoció a los poetas Abraham Valdelomar y José Marían Eguren, y al venerable iconoclasta Manuel González Prada. Los tres eran las figuras mayores de la literatura peruana, y sintieron por Vallejo inmediato afecto. La relación con Luis Alberto Sánchez habría de iniciarse en esa universidad, la más antigua de América. Poco después, conoció a José Carlos Mariátegui. La estrecha amistad entre ambos habría de hacerse permanente por las coincidencias ideológicas.

Trabajar en el “Colegio Barrós” le permitió hacer frente a las dificultades económicas y juntar algún dinero para pagar la impresión de “Los heraldos negros”. La obra llevaba a manera de prólogo la frase bíblica “Qui pótest cápere capiat”. Acompañado por Juan Espejo Asturrizaga, quien después contó la historia, el autor dejó los primeros ejemplares de la obra en la librería “La Aurora Literaria”, en la calle Baquíjano 758. Luego ambos se apostaron en la puerta a conversar. No había pasado media hora cuando un sacerdote entró en el establecimiento y compró el libro. Era el primer ejemplar.

Se fueron luego al correo donde César depositó un sobre con el libro dedicado a su padre. Caminaron hacia un bar del centro, y allí escribió la dedicatoria para Antenor y los muchachos de Trujillo:

“Hermanos: Los heraldos negros acaban de llegar y pasan con rumbo al Norte, su tierra nativa.

Anuncian de graneados que alguien viene por sobre todos los himalayas y todos los andes circunstanciales, detrás de semejantes monstruos azorados y jadeantes, suena por el recodo de la aurora un agudísimo y absoluto Solo de Aceros.

¡Paremos la oreja! Confesión: y al otro lado: el buen muchacho amigo, el sufrido Korriskoso de antaño, el tembloroso ademán ante la vida.

Y si alguna ofrenda a este libro he de hacerla con mi corazón, ésa es para mis queridos hermanos de Trujillo”

César

Lima, de 1919

No iba a quedarse en Lima. A fines de ese año, perdió su trabajo. Las dificultades económicas arreciaron y se aliaron con algunos problemas personales. En los últimos días de ese año, escribió:

“En un auto arteriado de círculos viciosos

torna diciembre que cambiado
con su oro en desgracia. Quién lo viera:
diciembre con sus 31 pieles rotas
el pobre diablo...”

El 30 de abril de 1920 llegó de regreso a Trujillo. Al saltar al muelle de Salaverry, recordó el sueño fatídico de su hermano Miguel: “César, hermanito, estando vivo vas a conocer el infierno. Para ser poeta, hay que haber caminado por el infierno”.

Le faltaba el infierno para cumplir su destino.

El 2 de mayo de 1920, César viajó con su amigo Juan Espejo Asturrizaga a Santiago de Chuco. Antes de regresar a Trujillo el 3 de julio, vivieron dos meses de visitas, bailes, recitales y fiestas, y todo habría sido después un recuerdo hermoso, de no ocurrir dos hechos fatídicos.

El primero fue enterarse de que el Alférez Carlos Dubois era el nuevo jefe de la guarnición de Santiago. Recordó que era todavía un niño, cuando, de paso hacia Huamachuco, lo vio por primera vez en Quiruvilca, y lo había vuelto a encontrar en el mismo asiento minero cuando era ayudante del juez. En ambas ocasiones, Dubois estaba vinculado a algún crimen. El hombre debía pasar ya de los cuarenta años de edad, pero continuaba en el mismo grado militar. Lo vio en todas partes, y le pareció eterno y maldito.

El alférez se arreglaba las puntas del bigote en la iglesia y en la sala consistorial del municipio. Hacía sonar sus botas brillantes en el mercado y en las casas de los vecinos importantes. Se quitaba el quepí y hacía una reverencia ante el paso de las santiaguinas bellas. Entraba en la cantina, pero no bebía; sólo espiaba a los otros beber. Quizás se emborrachaba a escondidas. No parecía dormir nunca. Caminaba lento, pero seguro, como caminan las arañas. Le pareció que ese hombre iba a tener algo que ver en su vida, y que iba a ser espantable.

El otro hecho fatídico ocurrió una noche a fines de mayo. El escribano del juez de crimen fue a la casa de la familia para hablar con él.

—¡Vete, Cesítar! —le dijo de entrada, pero la voz le salió ronca y borrosa; y Vallejo le contestó que le agradecía la visita, pero no le había entendido.

El escribano era pequeño y peludo, y había sido empleado auxiliar en la escuela de don Abraham Arias. Caminaba siempre con las manos en puño como si estuviera preparándose para una pelea de box. Su nombre era Salomón Díaz, pero los niños en la escuela lo llamaban “el sabio Salomón”.

Nada más al verlo, el hombre comenzó a gimotear:

—Cesítar, Cesítar... te ruego que te vayas cuanto antes.

Hizo un ruido con la garganta, y aclaró la voz:

—¡Corres peligro, niño! ¡Vete de Santiago!

Luego tomó el pañuelo y se sonó, y le pidió que no fuera a contar a nadie lo que iba a revelarle. Añadió que prefería hablar sin testigos, por lo que Juan Espejo se retiró.

César le rogó al Sabio Salomón que se calmara, y le ofreció una copa de pisco. También él se sirvió.

—¡Un crimen! ¡Ha ocurrido un crimen!

Cuando se aseguró de haber sido escuchado y de que no había nadie en la casa, el hombre se desbordó.

—¿Te acuerdas de Margarita Calderón? Era una pastorcita que estudiaba en la escuela contigo. Estudiaba en los grados inferiores cuando tú ya habías llegado a quinto. Vivía en lo alto, en Las Azulas, y llegaba caminando desde allí. Don Abraham le daba desayuno y almuerzo para que pudiera estudiar.

¡Cómo no recordarla! César dijo que la recordaba como si la estuviera viendo. Alguna vez, conversó con ella en Las Azulas, un lugar donde había lagos y garzas, y las garzas se tornaban azules en febrero.

—Sólo llegó al cuarto grado, y a la muerte de don Abraham, se retiró.

—¡La misma, Cesítar... Ella ha sido la víctima! Unos campesinos que pasaban por esas alturas la encontraron muerta en la puerta de su casa, y acudieron al juez para denunciar su hallazgo. Tuvimos dificultades para hacer la diligencia. En nuestro trabajo, hemos visto muertes, pero pocas tan crueles como ésta.

Calló un instante, y luego, para darse valor, se bebió la copa.

—¡La mataron varias veces, César!

La encontraron desnuda y petrificada por el frío extremo. El juez comprobó que había muerto de ahorcamiento, pero que después la había despanzurrado.

Hablaba mirando el interior de la copa, y contó que el asesino había colocado el cadáver de la muchacha sobre una silla en la puerta. Una soga la aseguraba contra el respaldar, y tenía la cabeza levantada en una mueca atroz. La sangre había atraído a los buitres y, cuando los hombres de la ley llegaron, ya le habían devorado los ojos, y sobre su cuerpo se alzaba y descendía una bandada de aves de rapiña con sus aleteos malditos y sus miradas rojas.

César recordaba a Margarita, y era una agonía escuchar a Salomón, pero no entendía por qué él tenía que marcharse.

—¿Y el asesino? ¿Se sabe quién es?

—Sabemos quién es, pero es como no saberlo...

Sólo hubo un testigo del crimen. Era el hermano menor de Margarita, un chico de 13 años, a quien consideraban retrasado mental. Cuando le preguntaron qué había pasado o qué había visto, no respondió. Ni siquiera miró al juez instructor. El magistrado insistió, y el muchacho alzó la cabeza y le clavó los ojos en la frente como si mirara a través de él.

—¿Tienes hambre? A lo mejor, tienes hambre...

No hizo gesto alguno.

Le pusieron un plato de sopa enfrente, y el niño no pudo resistirse. No había probado alimento desde hacía dos días, cuando se produjo el crimen.

Devoró cuanto le pusieron. Luego cerró los ojos, y habló con una voz que ya no era de él, como si fuera un santo.

Describió al hombre que atacó a su hermana, dijo que era verde y que sus pies brillaban.

—¿Verde?

—¡Verde! ¡Verde! ¡Verde!

Juez y escribano intercambiaron una señal de impotencia. No hubo más preguntas, pero el niño entre frases entrecortadas había comenzado la historia. Nadie pudo detenerlo entonces. El escribano tuvo que escribir con toda la velocidad que podía.

Contó que arriba, en la montaña, Margarita estaba apacentando dos vacas cuando ocurrió lo que ocurrió. Quería llevar sus animales a un lugar más tibio. Tenía una covacha de paja cerca, y solía meterlas allí cuando la temperatura descendía. De pronto, apareció junto a ella un tipo a caballo.

—¡Hola, Margarita! ¡Hola, Margarita! ¡Hola, Margarita!

Al llegar a esta parte de la historia, el niño no hacía sino repetir:

“¡Hola, Margarita! ¡Hola, Margarita! ¡Hola, Margarita! ¡Hola, Margarita! ¡Hola, Margarita! ¡Hola, Margarita!”

El juez le acarició la cabeza, y pensaba terminar allí cuando el testigo miró hacia lo alto, y habló como si estuviera escuchando una revelación.

El hombre verde descabalgó. Se le acercó por atrás y quiso tomarla por la cintura. Sus ojos eran verdes como los de las arañas. Caminaba como las arañas. Bajó de una telaraña. Tal vez llegó volando, y gritó:

—¿Por qué me tienes miedo?... No te voy a hacer nada.

Margarita soltó las vacas, y echó a correr. El hombre gritó otra vez:

—¿Quieres ver cómo cazo potrancas?

Subió al caballo para perseguirla. Corrió, saltó, voló, jugaba con ella, se le adelantaba y hacía como si no la viera, y volvía a buscarla.

El niño vio a su hermana huyendo por la puna, y divisó al hombre persiguiéndola. El tipo a caballo reía a carcajadas y le lanzaba una cuerda como se laza a las bestias para domarlas. Era mucho más veloz. Trotó y voló. La sofocó. La derritió. La venció por el cansancio. Cuando Margarita ya no podía correr, logró enlazarla por el cuello. Desde el caballo, le gritó:

—¡Ahora es la hora, chola de mierda!... No quisiste por las buenas...

—¡Lárguese!

—Con blanco vas a estar. No con indio pulguiento.

Jugaba con el lazo. La tenía laceada por el cuello. La hizo caer. Salió a cabalgar por el monte con ella a rastras. Se quedó con ella en el monte varias horas.

El niño era ojos solamente. Por ratos, la lengua no le respondía. Dijo no haber visto nada de lo que pasó afuera, pero observó al hombre cuando entró en la casa. Como a medianoche, llegó con ella a rastras. La tenía laceada por el cuello, pero Margarita no caminaba.

El hombre la arrastraba como un peso muerto. Por fin, la dejó tirada a la entrada de la casa, y fue en busca de aguardiente.

—¡Mierda! Estás bien dura —gritó. Paralizado, el niño no atinaba a acercarse a su hermana. Pero, ante el juez y su ayudante, contó que Margarita ya no era de carne. De madera eran su cuerpo, sus brazos y sus piernas, dijo.

—No te podrás quejar. Ni siquiera te he tocado. Sólo te he apretado el cuello.

Después la puso frente al fogón para calentarla. Para que se ablandara, la dejó allí. Él siguió emborrachándose.

El niño declaró con voz de santo que, un rato más tarde, Margarita volvió a ser de carne, pero su alma había volado hacia la luna. Estaba enrollada y muerta. Cuando se ablandó por completo, el hombre la volvió a vestir. Después la puso de pie, y con un brazo asiéndola de la cintura la hacía caminar al estilo de los militares:

—Un, dos. Un, dos. Un, dos. ¡Marcha, pues cojuda!

La tumbó sobre la cama. Se tiró encima de ella y empezó a besarla y a mordisquearle los senos. De repente, se detuvo.

—¡Así, no!... Estás muy dura.

Se bajó los pantalones. A ella, le quitó la ropa. La calentó otra vez junto al fogón y, cuando la sintió blanda, le abrió las piernas.

—¡Qué rico, qué rico! —comenzó a gritar—. ¡Me gusta verte así!

La mordía.

—Apuesto que es la primera vez que se lo das a un blanco.

La volteaba y la ponía de rodillas y de espaldas. Pero no logró entrar en ella, y se puso furioso.

—¡Mierda! Me has hecho la brujería.

Intentó varias veces, y también él estaba blando.

El hombre se puso a llorar. Después se calmó y tuvo una idea. Borracho el hombre, la levantó e hizo como si bailara con ella.

—Muerta. Muerta. Muerta —le cantaba al oído—. Oye, pareces de madera, de piedra, de hielo... Ya no te llamas Margarita. Ahora, te llamas muerta.

Detuvo el baile y le sonrió con la dentadura deslumbrante:

—¡Mírame!

Con la mano derecha, le levantó el rostro, y probablemente la difunta lo miró. Luego, bajó otra vez la cabeza y pudo ver la mano del hombre hundida sobre su estómago. El puño entró y salió de allí varias veces, y al final cayó un cuchillo al suelo con una reventazón de vísceras.

El niño observaba paralizado al hombre que daba órdenes a los muertos. La luna se le metía por la boca, por la nariz y por los ojos.

—Si hablas, carajo, ya sabes lo que te pasa...

El hombre arregló el pelo de Margarita y la sentó en la banca de fuera de la casa. Tomó un lápiz de labios y le llenó el cuerpo de dibujos obscenos. Con el frío, ella volvió a ser de madera y de color morado.

—¿Lo conocías? ¿Quién era el hombre?

El niño respondió que las garzas azules se hicieron invisibles y que la laguna parecía haberse secado y que el cielo estaba al revés.

El niño dijo lo que dijo, y era difícil entenderle. El escribano le rogó:

—¡Mira que ya nos vamos a ir! Si no nos dices quién era ese hombre, no habrá cómo encontrarlo.

—¡El alférez. El alférez. El alférez. El alférez. El alférez. El alférez. El alférez. El alférez. El alférez. El alférez! —hablaba con las manos, con los ojos, con los dedos. Se le aclaró la voz, y volvió a hablar con voz de santo, de uno de esos santos condenados a muerte.

Preocupado por las palabras del niño y por el hecho de que aquellas no eran pruebas suficientes, el juez de crimen volvió esa tarde a Santiago, y estaba tratando de pensar de qué manera proceder cuando le abrieron la puerta de la casa a golpes. Era el alférez Dubois, y sus botas brillaban como espejos.

—Los gendarmes y las fuerzas armadas son instituciones sacrosantas de la patria —le recordó al juez. Añadió— Sé que ha estado usted haciendo una investigación sobre un crimen, y quiero suponer que no hay mala intención de su parte. Sé que ha entrevistado usted al hermano de la víctima, un anormal.

No dijo cómo lo sabía, pero advirtió:

—No quiero que de esta oficina salgan chismes inaceptables. Los gendarmes como los militares defendemos a la patria. Usted no nos puede juzgar. A nosotros nos juzga un tribunal especial. ¿Sabe usted eso? ¿Es usted pro-chileno? ¿Es usted un terrorista, un comunista bolchevique? Los bolcheviques han triunfado en Rusia. ¡No aquí! ¡Nunca jamás! Nuestra institución no los dejará entrar, ni salir.

Golpeó sobre la mesa varias veces mientras hablaba y, cuando el escribano Salomón quiso salir, lo detuvo:

—Tú, también. Estás advertido.

Después se puso más tranquilo:

—Por supuesto que puedo ayudarlo a encontrar a los culpables. Usted sabe que yo respeto y colaboro con la autoridad judicial. Si usted nos autoriza, señor juez, buscaremos en el pueblo a toda la gente que haya llegado de fuera hace poco, a los intelectuales, a los bolcheviques. En cuestión de horas, le traemos al culpable.

El escribano terminó de contarle los acontecimientos, y era como si el alma se le hubiera salido.

—¡Vete, Cesítar, cuanto antes de Santiago! ¡Tú y tu amigo, váyanse cuanto antes!. El alférez va a comenzar a buscar gente a quien acusar, y todos sabemos que te tiene entre ojos.

Otra vez, el sabio Salomón enronqueció:

—Me ha pedido el juez que te lo cuente como si fuera cosa mía.

César Vallejo recordó lo que había ocurrido al ciego Santiago en Quiruvilca. Sabía que el escribano tenía la razón y, sin embargo, no quería creer que hubiera nacido en un tiempo y en un país sin justicia. Esa misma noche, la del 3 de julio, partió con Juan Espejo de regreso a la Costa. Todo el camino, miró las montañas y no creyó que existieran. Las sombras se enfriaron entre los árboles y la noche cayó sobre el mundo. Todo era como si no fuera.

Poco después, el expediente fue archivado. La pastora se convirtió en polvo, aire y agua bendita, y también en un recuerdo que nadie se atrevió más a recordar en voz alta. El niño desapareció. Cuando el escribano Salomón fue a buscarlo para llevarlo a vivir con su familia, no lo encontró. Se supo que los gendarmes se lo habían llevado. Semanas más tarde, reconocieron su cabeza entre los restos que varios puercos devoraban en un corral del pueblo.

El 4 de julio, los dos amigos retornaron a Trujillo. Sin embargo, casi dos semanas más tarde, César viajaría otra vez a Santiago, esta vez solo. A Juan Espejo Asturrizaga, eso le pareció extraño y peligroso.

—Hay agitación en Santiago. Desde que cambiaron al subprefecto Santa María y pusieron en su lugar a Ladislao Meza, hay agitación. Los ricos quieren recuperar el poder que tuvieron antes. Mejor es que no vayas.

—¡Justamente por eso voy! —respondió César. Después, aclaró:

—Temo por mis hermanos. Algo les puede pasar.

—Esa bestia de Dubois anda suelta. ¡No vuelvas!

—Razón de más para ir. Siempre he pensado que los poetas están sobre el mundo para barrer a las bestias. ¡Recuerda, Juan, hermano! Eso fue lo que juramos cuando se produjeron masacres en las haciendas azucareras. Pero no voy a enfrentarme con él. No tengo fuerzas para eso. ¡Algún día!

20

Invulnerable y eterno

César Vallejo llegó el 22 de julio a Santiago. Era muy de noche y no le respondieron cuando hacía sonar las aldabas de la casa paterna. Insistió, pero detrás del crujido de la madera, no había sino enorme silencio y santo olor de humedad. Dejó su maleta escondida en un lado secreto del portal y salió a dar una vuelta por Santiago.

Encontró la iglesia abierta, y entró. Una lechuza aleteó espantada, buscó la puerta y se fue. A pesar de que había comenzado la fiesta religiosa, tampoco había gente en ese recinto. Parecía que todos se hubieran ido a bailar. Ni Santiago el Mayor se encontraba allí. Al parecer, habían conducido su estatua a alguna fiesta de velación. El templo estaba envuelto por una luz como la de la Luna, solemne, triste y sin origen preciso.

"La creación entera ha salido" se dijo César.

El joven tomó asiento en una banca con respaldar, y apoyó la cabeza. Pasó la noche metido entre algunos sueños y muchos recuerdos. Después volvió a quedarse mirando el aire.

Cabeceando allí, César se preguntaba qué fuerza tremenda lo había hecho regresar a su tierra.

En el viaje a Santiago, se había detenido en Huamachuco para visitar a su hermano Néstor que ejercía el cargo de juez de primera instancia. Varios amigos suyos, que trabajaban en el Colegio San Nicolás, lo invitaron a dar un recital.

Había un grupo de jóvenes que escribían poesía. Le hicieron mil preguntas, le pidieron autógrafos y le obsequiaron con el primer número de "Fiat Lux", una revista que habían editado y cuyo director era su amigo Santiago Gastañaduí.

En el editorial, se denunciaba que los extranjeros concesionarios de Quiruvilca no pagaban ni la concesión por el dominio de la tierra ni los impuestos debidos al Estado.

Habían convertido la tierra en un agujero negro y humeante. Los humos de sus chimeneas mataban al ganado y destruían las tierras de cultivo. Hombre que entraba en el socavón, no salía vivo. El ejército levaba indios y se los vendía a los gringos. Los poetas de "Fiat Lux" se declaraban en guerra contra los "asesinos de indios".

—Así debe ser la juventud —proclamó Vallejo. Hay que ser valientes. En ciertas ocasiones, excluirse de la rebelión, es convertirse en cómplice. Antes que permanecer estacionarios, hay que protestar, hay que pelear. Hay que cometer aunque sea un crimen.

Ya eran las seis de la mañana cuando los recuerdos se le fueron volando y despertó en el banco de la iglesia. Santiago el Mayor estaba de vuelta en su templo. Los fieles que lo habían llevado, pensaron que César había bebido en alguna fiesta y no lo despertaron.

Entonces, César se supo de veras en casa. La tierra original llenaba su pecho de emociones y recuerdos disímiles. Recorrió las dos cuadras que había desde el templo hacia su casa y apareció en la puerta. Era maravilloso tener una familia como la suya. Sus hermanos y su anciano padre se alegraron mucho de verlo otra vez en tan corto tiempo. Por la tarde, recorrió las calles con sus conocidos de toda la vida. Vallejo y su amigo inseparable Antonio Ciudad eran excelente bailarines. Ambos se metían en medio de las comparsas y se pasaban el día bailando. Las chicas rivalizaban por bailar con ellos.

La gente recordaría aquellos días de la fiesta como un tiempo inolvidable. El cielo se tiñó de un azul intenso como jamás se había visto antes. Los árboles se pintaron de un verde refulgente. La ciudad fosforescía de noche como si hubiera guardado la luz y el calor del día. En el cielo, Marte comenzó a brillar como estrella de primera magnitud y era casi del tamaño de la Luna.

Al final de las festividades, el primero de agosto, César decidió despedirse pues al día siguiente, debía de partir para Trujillo. Muy temprano, entró en el cementerio para visitar por última vez a sus difuntos amados.

Al caminar, se dijo que la tierra era santa. Se imaginó metido dentro de una tumba, y eterno. Se dijo que es en nosotros, y no en otra parte, donde se halla la eternidad del universo, el pasado y el futuro, el cielo y el infierno.

Pensó que, bajo la santa tierra, dormían con los brazos en cruz por toda la eternidad los hombres, las mujeres y los niños de Santiago. Los concibió cansados de los tristes andares de la tierra. Los imaginó transmutados en hueso, en arena y en estrellas. Los conjeturó tomados de la mano y volando todos juntos hacia la Luna. Los vio silenciosos y tristes girando con el planeta en torno de los otros mundos por el tiempo que deja de ser tiempo y por el tiempo que no tiene fin.

Cuando muere alguien que nos sueña, muere también una parte de nosotros. Lo supo cuando sus pasos lo llevaron hasta la lápida que buscaba: MARIA DE LOS SANTOS MENDOZA DE VALLEJO. Ocho de agosto de 1918

“El Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido para traer la Buena Nueva a los pobres, para anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver. A despedir libres a los oprimidos y a proclamar el año de la gracia del Señor" (Lucas 4,18-19).

Habían crecido líquenes sobre el cemento. La argolla oxidada desaparecía en ese verdor. César acarició la piedra y permaneció absorto como si estuviera escuchando una canción llegada desde muy lejos.

Caminó silente por todo el camposanto. Se pasó la mañana visitando a los nuevos difuntos, aquellos que se habían ido durante el tiempo en que él se hallaba ausente.

Al fondo, una cruz tosca recordaba que allí reposaba Margarita Calderón, la pastora asesinada por Dubois a comienzos del mes de junio. En el hoyo de al lado, manos piadosas metieron una bolsa de lona con los restos del cuerpo de su hermanito que pudieron ser hallados.

César permaneció de pie un largo rato frente a estas tumbas. Su cabeza miraba hacia el cielo. Tal vez levantaba la vista para buscar justicia allá arriba. Tal vez, para comerse las lágrimas.

Antes de salir, volvió a la tumba de su madre, y leyó otra vez el Evangelio de Lucas.

Decidió salir del cementerio, pero se lo impidió el ingreso de una procesión fúnebre. El féretro era seguido por un grupo de músicos viejos. Le pareció que llegaban de otro pueblo o de otro tiempo porque no conocía a nadie.

El cajón era cargado por cuatro hombres vestidos de negro. Detrás, aparecían los probables familiares. Todos miraban hacia el suelo como si contaran sus pisadas.

Se hizo a un lado para dejarlos pasar, y tuvo que esperar un rato más porque en ese momento llegaron otras personas que se habían retrasado en el camino. Eran mujeres que lloraban, pero tenían que correr de vez en cuando tras de sus hijos

pequeños. Los chiquillos, por su parte, seguían a la banda de músicos y hacían gestos como si estuvieran tocando la trompeta o el tambor.

Una de las mujeres dejó abandonada por un momento la canasta de flores. De ello aprovecharon los chicos para repartirse los geranios y las rosas. Mientras sus padres, presenciaban atentos el entierro del cajón, los niños cortaron los tallos hasta hacerlos muy pequeños y comenzaron a jugar a que se ponían las flores entre la sien y la oreja.

Las trompetas emitían notas estrepitosas. Eso era extraño en ese lugar y a esa hora. Más extraño aún fue que los dolientes pasaron al lado de César como sin verlo.

No era invisible para todos. Un niño llegó hasta él y comenzó a saltar hasta llegar con la mano a su solapa. Quería insertar en ella una rosa blanca. El poeta tomó la flor que se le estaba ofreciendo y se la puso. Después quiso agradecer, pero el niño ya había desaparecido.

Algo le hizo pensar que ya había vivido aquella escena y que la rosa blanca acaso iba a volver a él en otros tiempos de su vida.

En esos momentos, alguien volvió del pasado, y él no podía creer en lo que veía. Era Rita, la andina y dulce Rita de junco y capulí. No la veía desde 1913 cuando se despidió de ella para siempre junto al tren de la estación de Menocucho.

—¡Rita! ¡Imposible! Nos despedimos para siempre... Debes tener ahora 22 años...

La muchacha se puso el índice derecho sobre los labios.

—¡Cállate!... No se debe decir la edad de las damas.

Parecía tener prisa, pero una mirada de César la detuvo.

—Tengo una pregunta.

—Dila, o calla para siempre.

—¿Estoy soñando? —preguntó César.

—¿Qué te hace pensar que estás soñando?

—Tú. Tú y yo. Se suponía que no íbamos a vernos nunca más.

—No existe nunca más. Tú mismo me lo has dicho.

—Te suponía en Lima o en algún país extranjero.

—Me llevaron a Lima, pero estoy en la hacienda desde hace tres meses.

—No te he visto en las fiestas.

—No estuve en ellas. No querían mis padres. Tampoco yo.

—¿Tampoco tú?

—Tampoco, pero ya te contaré por qué. Hay algo urgente que debo decirte.

—¿Algo urgente? Entonces debo suponer que has venido a buscarme...

—Eso.

—Salí temprano de casa de mi familia. Vine para ver la tumba de mi madre, y despedirme de ella.

—Y yo llegué a tu casa, y pregunté por ti. Me dijeron que deberías de estar aquí.

La procesión de dolientes ya se había marchado. El cielo brillaba como si fuera de cristal. Olía a leños humeantes. Parecía no haber más gente en el mundo. Era el escenario perfecto para un sueño.

—Quisiera saber una cosa —dijo Rita—. ¿Sabes tú de dónde salen los sueños?

Esa pregunta le hizo pensar que ella era un sueño jugando con él. Lo pensó un instante. De inmediato tuvo conciencia de que ella realmente existía porque podía escuchar y sentir junto el rumor húmedo de su respiración. Un pájaro comenzó a silbar y otro le contestó al otro lado del camposanto.

—Pero no he venido, César, para que hablemos de los sueños. He venido para advertirte que corres peligro. Un gran peligro.

Él la tomó de la mano y la condujo hasta un lugar donde nadie podía verlos.

—¿Por dónde comenzar?... Mejor no comienzo. Es mejor que te ausentes cuanto antes, y que adviertas a varios amigos tuyos que tengan mucho cuidado.

Antes de que ella continuara, Vallejo pareció leerle la mente.

—¿El alférez Dubois?

—Sí. El alférez Dubois.

Había ido a la hacienda Julcán varias veces. Llegaba sin ser invitado, y el padre de Rita se veía obligado a recibirlo. Era adulón. Era insistente.

Al principio, el señor Uceda lo supuso el típico hueleguisos tratando de hacer amistad con los poderosos. Sin embargo, había algo más. Llevaba obsequios para Rita y le lanzaba miradas de cortejo. Era evidente que andaba tras de la rica heredera.

—Poco antes de la fiesta, fue a hablar conmigo y con mi padre. Le pidió permiso a mi padre que yo lo acompañara en el palco para la corrida de toros.

Miraba a los ojos de César.

—Y yo me negué, por supuesto. Tuve que darle una excusa para que mi padre no sintiera que ofendía al visitante... Ni aunque fuera el último hombre del mundo, saldría con él.

—¿Y Dubois?

—No se dio por ofendido. Se rió en mi cara y me aseguró que insistiría.

—Por eso no viniste a Santiago ninguno de los días de la fiesta.

—¡Claro!... Le dije que me sentía mal de tan sólo ver a los toros y, aunque él no me creyera, tenía que ser coherente. Pero lo que te tengo que contar es algo peor.

César la tomó de la mano, y ella se asió a él.

—Antes de anoche, llegó a la hacienda y le contó a mi padre que en el pueblo iba a producirse una revuelta. En realidad, quería congraciarse con él y demostrar que era muy importante. Le contó que los gendarmes estaban muy descontentos con las autoridades porque no les pagaban sus sueldos. “No voy a poder contenerlos, Señor Uceda”, le dijo. “Y usted sabe... cuando estos jóvenes se me desbanden no les va a bastar con el subprefecto. A lo mejor les hacen justicia también a una serie de disociadores y bolcheviques que andan por Santiago. Usted sabe. Lo gendarmes son gente con un profundo amor a la patria”. Dio varios nombres. Citó el tuyo. No sabía que yo escuchaba. No sabe lo que hubo entre nosotros.

—¿Lo que hubo?

—Lo que hay, César. ¿Te acuerdas de lo que te dije en Menocucho hace siete años? Te dije que lo nuestro ocurre en un tiempo, pero ese tiempo no transcurre... Pero no hablemos de eso. Tengo que regresar a la hacienda, y tú debes advertir a tus amigos. Por favor, ten mucho cuidado.

Vallejo sabía que Rita estaba en lo cierto y que no había tiempo que perder.

—¡Adiós! —dijo ella. Se dio la vuelta y caminó. Comenzó a desvanecerse.

—Adiós! —respondió César Vallejo y agregó— ¿Dónde estabas tú antes de que yo te soñara?

*****

A las siete de la mañana del último día de noviembre de 1920, se escucharon balazos en la cárcel. Eso era raro porque los presos no disponían de armas de fuego, y sus reyertas eran dirimidas con puñales o martillos. Los guardias comenzaron a correr por el patio y a ordenar que todo el mundo se recluyera en sus celdas. Desde la suya, César tenía un excelente punto de observación, y pudo advertir que el fuego venía de los altos.

Parapetado en el armero, tras de una ventana, un hombre disparaba. Iba a ser muy difícil detenerlo porque allí se guardaban todos los fusiles del penal. Además, extrañamente, los gendarmes no respondían el fuego.

El hombre salió a la puerta de su guarida, y nadie le disparó.

—¡Cúbranse... Cúbranse que vienen a atacarnos...! —gritaba.

En ese momento, se le pudo reconocer. Era un individuo que deambulaba por la prisión vestido con un rotoso uniforme de gendarme. Había pertenecido a las fuerzas del orden, y había enloquecido después de una masacre de campesinos en la que le tocó participar. Todo el tiempo pensaba que los muertos resucitaban, y hablaba con ellos. Les pedía perdón y les explicaba que sólo había obedecido órdenes. Hablaba solo. Era un loco manso. En vista de que no había sanatorios, fue recluido en la prisión.

Sus antiguos colegas lo querían y respetaban, y tenía libertad de desplazarse por toda la cárcel. Aprovechando de eso, ahora se había apoderado del armero, y disparaba.

A gritos, el hombre explicó que disparaba contra centenares de difuntos que querían asaltar el cuartel.

—¡Por favor, cúbranse! —rogó a los otros gendarmes—. Son los obreros de la hacienda Chiclín. Han salido de sus tumbas, y vienen a reclamarnos el hecho de que quemáramos sus viviendas.

Volvió a disparar. Cambiaba de arma con rapidez apenas se le agotaban las balas. No se molestaba en cargar. Los pocos presos con ventana hacia el armero contemplaban silenciosos la escena. Los gendarmes estaban muertos de miedo. Uno de ellos se metió en la celda de Vallejo, y temblaba. Entonces, se oyó la voz del alcaide Cipriano Barba:

—¿Qué está viendo, sargento?

—Son los campesinos y los anarquistas. Están escalando las paredes y se nos van a echar encima.

—¿Necesita refuerzos?

—Sí, por favor. Envíeme refuerzos.

—Se los enviaré. Soy el comandante. ¿Me reconoce?

—Sí, mi comandante, pero apúrese por favor.

—¿Algo más?

En el fragor de su combate imaginario, el hombre se moría de sed.

—Mándeme agua también, mi comandante.

—Iré yo mismo a llevársela —dijo don Cipriano. Sabía que ninguno de los gendarmes se atrevería a hacerlo.

Un rato después, por la escalera de caracol, subió el alcaide hasta la armería. Iba con un vaso de agua en el que había disuelto un cocimiento de belladona mezclada con azafrán y alcanfor que se solía aplicar al enfermo.

—Estoy subiendo. No vaya a disparar. ¿Me reconoce?

—¡Sí, mi comandante!

Sin mirarlo, le aceptó el agua y se la bebió en unos cuantos sorbos. Señaló las murallas norte y occidental de la cárcel, y dijo que de allí venían los atacantes.

—Ahora, bajaré y voy a mandarle los refuerzos. Quédese usted de vigía. Eso sí, no vaya a disparar.

—¡Comprendido, mi comandante!

Don Cipriano bajó, y ordenó a los gendarmes que continuaran replegados y esperaran. Una hora después, el hombre no daba señales de vida.

—Los atacantes se retiraron. Hemos capturado a varios —gritó desde abajo el alcalde, y repitió:

—Es hora de que usted baje.

No bajó porque entonces ya dormía plácidamente. Fue fácil sacarlo y recluirlo en una celda. Al día siguiente, no recordaba su combate imaginario y daba vueltas hablando solo.

Sin embargo, se cansó de vivir. El seis de diciembre, el hombre se colgó de una viga. Ante la protesta del Pato Negro, la cabeza del occiso no le fue vendida. Estaban abriendo la morgue de Trujillo en la cárcel, y el hombre fue colocado sobre una mesa de mármol. El médico legista y los aprendices de abogado participaron en una sesión en la que el cadáver fue desollado. El ayudante del legista, serruchó la cabeza, le extrajo los sesos y los colocó en un frasco con formol. Las otras vísceras también le fueron extirpadas. Los demás restos fueron colocados en un costal y llevados a una fosa común del cementerio público. El día de la inauguración de la morgue, un señor de barba recorrió las instalaciones de la cárcel. Después, se ordenó que los presos formaran en el patio para escucharlo.

Se hallaban presentes el Alcalde de la ciudad y el Prefecto del departamento, además de un grupo de notables. La primera autoridad de Trujillo explicó que el señor de barba había llegado en barco desde Lima y representaba al Ministro de Justicia y Culto. Añadió que por fin el siglo veinte estaba entrando en el país. Por fin, aseveró que la morgue recién inaugurada sería fundamental para la justicia forense y para las ciencias médicas cuando la primera Facultad de Medicina de Trujillo abriera sus puertas en la universidad.

Por su parte, el representante del ministro arengó a los presos con un discurso sobre los adelantos de la ciencia en el Perú... a pesar de la incomprensión de muchos.

Se refería a la Iglesia Católica. El Arzobispo de Lima había condenado la creación de morgues por considerar ello una interferencia de la autoridad laica en los dominios sagrados de la muerte. Ningún sacerdote había asistido a la inauguración.

—Ustedes van a ser los pioneros del progreso, los hombres nuevos, los paradigmas de la modernidad —dijo el de barbita mientras señalaba con su bastón a uno y otro grupo de presos. Añadió— sepan ustedes que sus cuerpos servirán para el avance incontenible de las ciencias en el Perú por encima de nuestros envidiosos vecinos del continente. Un día, que no está lejano, los estudiantes de Medicina, los jóvenes del mañana, se preguntarán quiénes ofrendaron generosamente sus cuerpos por la ciencia, y los recordarán a ustedes. Esta cárcel es y será un monumento vivo al progreso y a la ciencia. Para siempre.

21

Arde Santiago

El 13 de julio de 1920 comenzó en Santiago de Chuco la fiesta del Apóstol. Llegaron en desfile los comuneros de los caseríos cercanos. Portaban banderas y estandartes. Los de Conra y Pueblo Nuevo lucían pantalones de lona blanca sujetos con fajas anchas de vivos colores. Los de Chambuc, Huamada y Congoyape estaban orgullosos de su traje negro y del poncho habano que reposaba sobre el hombro. Las mujeres casadas exhibían la dignidad de su estado, vestidas de negro con sombreros blancos encintados de azul. Las chicas solteras dejaban ver que estaban disponibles con sus miradas retadoras y sus vestidos de percal de vivos colores y flores en las trenzas.

De todos los extremos de la ciudad, convergieron las hermandades religiosas. También llegaron de los distritos próximos. Competían en traer más gente, mejor música y payas más bonitas. Había que honrar al santo patrón de la ciudad. Su imagen barbada y triste iba temblando sobre los hombros de los devotos y echaba ojeadas a los balcones desde donde le arrojaban flores y serpentinas. Algunos vecinos comentaban que ya estaba cansado de tanta ceremonia.

Durante las tres semanas de festejos en su honor, el Apóstol visitó casa por casa los barrios de Santa Rosa, San Cristóbal, Santa Mónica y San José. Tenía que entrar en las viviendas de sus compadres y de sus amigos y presidir allí las libaciones en su honor. Algunos decían que también iba a entrevistarse con sus queridas.

Las fiestas comenzaron el 13 de julio e iban a terminar el 2 de agosto. Tanto trabajo lo obligaba a designar un representante. Mientras la estatua principal, del tamaño normal de una persona, descansaba en el templo, el “inter”, de medio metro de estatura, lo reemplazaba en los compromisos menudos.

El 14 comenzó el novenario y se prolongó hasta el 22. Era un tremendo honor ser nombrado novenante, y pagar alguna de las nueve misas. Se lo disputaban los vecinos rumbosos y aquellos que esperaban una gracia especial del patrón de la ciudad.

El 23, día de la antevíspera, todo fue danza en el pueblo. Plenas de color y movimiento, las comparsas aparecían en cada esquina, y se unían a los celebrantes.

Con túnica y sombrero a la pedrada, los payos guapeaban constantemente al público y hacían sonar los cascabeles de bronce que disimulaban bajo las rodillas. Las payas, en vez de bailar, se deslizaban. Estaban en un lugar y en otro al mismo tiempo.

Los turcos lucían turbante y sombrero de palma. En la mano derecha, empuñaban un espadín y en la izquierda un pañuelo blanco.

Las máscaras de los negritos eran gigantescas ese año. No se podía nadie imaginar mujeres más bellas que las quiyayas de falda negra y blusa blanca. Bailaban lentas y con parsimonia a los acordes de una caja y bajo la atenta mirada de un hombre disfrazado con una capa negra.

El Quishpe Cóndor se entrometía en cualquier grupo de danzantes. Mostraba sus alas emplumadas a las mozas y las invitaba a dar un vuelo por los cielos.

El 25, día central de las fiestas, se escucharon veintiún camaretazos producidos con pólvora de fuegos de artificio. Después, la diana dulce de una sola trompeta rasgó los cielos de Santiago de Chuco.

Entonces, el párroco del pueblo avanzó hasta la piedra del Chorro Chico. Iba provisto de una botella de agua bendita. Levantó la casulla con unción e introdujo la cabeza por la abertura del centro. Subido sobre la enorme piedra, repitió el bautismo de la ciudad como cuatro siglos atrás lo había hecho el padre Francisco de Asís Centurión:

—Yo te conjuro, ciudad, ¿quieres ser cristiana?

La gente reunida gritó:

—¡Sí. Sí quiere!

—¿Renuncias a Satanás, a sus vanidades y a sus pompas?

—¡Sí. Sí renuncia!

Llenó de agua bendita el recipiente y siguió lanzando gotas hacia el norte y el sur, el este y el poniente.

—¿Estás segura de lo que dices, ciudad pagana?

—¡Sí. Sí está segura!

—¿Aceptas al rey de España?

La gente dudó un instante.

—¡Tu abuela! —gritó una voz bronca.

El párroco dejó de leer la hoja de donde sacaba la fórmula ritual, y observó al hombre que había lanzado el grito.

—¡La abuela del rey de España! —se corrigió el tipo.

—No lo tomes así —le llamó la atención el alcalde de la ciudad, Vicente Jiménez—. Lo que el padre está recitando es solamente una fórmula muy antigua. Se usaba en la época de la Colonia.

—Pero, don Vicente. Estamos en el Perú, no en España...

—Por eso mismo —añadió el alcalde quien tenía fama de conciliador—. Por eso mismo, mejor que sea así. Mejor que sea rey, y no presidente. Los reyes hoy son reyes de cartulina como los reyes de la baraja... Por eso, rey lejano es menos dañino que presidente próximo.

Calló el de la voz bronca. La gente reunida aprovechó del silencio para gritar en coro:

—¡Sí. Sí. Sí. Claro que lo acepta!

—Por lo tanto, yo te bautizo. Te llamarás Santiago. Y llevarás De Chuco, por apellido. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Payas de iris y quiyayas bellas,
mostrando brillos de oro en sus danzares,
fingen a lo lejos un temblor de estrellas.
¡Luce el Apóstol en el ara luego,
y es entre inciensos, cirios y cantares
el moderno Dios-Sol para el labriego...!

Todas las tardes de julio, el cielo se puso rojo intenso, y los lugareños pensaron que la procesión iba a ser mágica y el tiempo de las siembras más mágico aún. Por fin, dando inicio a las festividades, la imagen del barbado apóstol irrumpió en las calles de la ciudad. Salió en andas de la iglesia de la plaza principal y tardó casi dos horas en dar vuelta a la Plaza de Armas. Los devotos avanzaban lentos al ritmo de la banda de música... Dos pasos adelante, uno hacia atrás. Dos pasos hacia adelante...

La música era nostálgica y triste, aunque, por ratos, pícara y sensual. Al fin, las trompetas dejaban un sonido largo y penetrante que se perdía en las cordilleras.

Melancólicas músicas en honda
palpitación triunfal, suspiran bellas
y las almas indígenas entre ellas
tiemblan dichosas en gallarda ronda.
Los balcones se pueblan como naves;

bulliciosos los aires son de seda;
vuelan los globos cual lumíneas aves.

Mientras los músicos tocaban en uno y otro costado de la Plaza de Armas, Santiago el Mayor parecía temblar. Sus ojos miraban con curiosidad y temor a los lugareños. Pero ello no era obstáculo para que en los bares, los devotos consumieran abundantes bebidas alcohólicas.

La noche del 31 de julio, recorrió la ciudad una procesión no acostumbrada en esos días. Cristo oscuro y yaciente, dentro de un catafalco de vidrio, fue llevado por las calles en una carreta tirada por caballos. Una cofradía lo acompañaba descalza y vestida de negro.

Mucha gente lloró al paso de la triste figura del Salvador del Mundo cuya sangre era cada vez más abundante y cuyas lágrimas rodaban una a una y le inundaban la barba. De pronto, los cargadores ladearon el anda y lograron que la imagen de Cristo levantara la vista y mirara hacia el segundo piso de la casa de la familia Santa María.

—¡Está saludando!

—¡Bravo, bravo! —gritaron dos mujeres desde una ventana. Después, un grupo de hombres se asomó a la ventana contigua, y aclamó al Salvador del Mundo.

Allí, en la residencia de la familia Santa María, todavía no comenzaba la cena. Sin embargo, los patos y los cerdos eran paseados en bandejas de metal para que los invitados conocieran el menú que los esperaba.

Una escalera de mármol precedía el gran salón de la familia. Dos columnas dóricas al fondo le conferían un aspecto venerable. Como Mayordomo de la fiesta, Carlos Santa María estaba obligado a pagar la música, los fuegos artificiales y algunas comilonas para el pueblo. Los devotos ahorraron todo el año y depositaron en la tienda del Mayordomo una cantidad considerable que cubriría los gastos.

Ello no excluía que Santa María hiciera recepciones particulares, y ésta era una de ellas. La ofrecía al Alférez Carlos Dubois quien, hacía sólo tres meses había llegado al pueblo para hacerse cargo de la guarnición de gendarmes.

Cuando observó al alférez en el enorme espejo pavonado del salón, Carlos Santa María sintió que podía entenderse con ese hombre. No era su doble. No era idéntico a él, ni se le parecía, pero era igual a lo que él hubiera querido ser. Era alto, blanco, limeño y rubio, y lucía un bigote lacio con dos puntas afiladas. El dinero era lo único que los diferenciaba.

—Sueldo miserable, el estos cachacos —comentó con su hermano Alfredo—. Un joven de buena familia como Dubois debía estar en Lima al frente de un regimiento. ¡Lástima que sea sólo un blanco pobre!

También Dubois lo divisó en el espejo, pero sus miradas no se encontraron porque ambos eran discretos y recelosos. Dos personas que se miran en el espejo son delgadas y transparentes, y dejan de existir en el mundo de las tres dimensiones. Es fácil que se escondan el uno del otro.

—¡Serrano de mierda, si tuviera tu plata...! —murmuró Dubois—. Lo escuchó el sargento Benítez, uno de sus subordinados, y sonrió.

—¡Pero no la tiene, mi alférez!... Dicen que es el más rico del pueblo. Y ahora, además de eso, el mayordomo de la fiesta. Hay que imaginarse todo el dinero que habrá juntado la gente durante un año. Me cuentan que hasta la mina ha puesto plata. ¿No cree usted que le va a sobrar algo?

El alférez no hizo caso.

—¡Y encima se queja!... Se queja de que el gobierno de Leguía le haya quitado la subprefectura. Y ahora el subprefecto es Ladislao Meza, uno de sus peores enemigos. ¡Tiembla ante ese viejo tarado y sordo!

—Pero nadie le ha quitado su plata —replicó el sargento Benítez y levantó la mano derecha para mostrar las columnas espléndidas que daban entrada al salón.

—¡Qué va!... Santa María dice que es una víctima del gobierno.

Al llegar al poder, el presidente Augusto B. Leguía en 1919, anunció que con él se iniciaba una "Patria Nueva". Hizo una virulenta crítica contra las instituciones y valores prevalecientes en el Perú desde la época de la Colonia y aseguró que a partir de ese momento todo cambiaría. Se proclamó defensor de la raza indígena y dijo que impulsaría leyes destinadas a cambiar la triste situación de los hombres del Ande. Sus arengas —repetidas por las nuevas autoridades regionales— lograron ganar la adhesión de miles de campesinos que vivían bajo la opresión de las haciendas. En un congreso regional de quechuas y aymaras se le dio el título de Wiracocha.

Las ideas sustentadas por Leguía eran la expresión peruana de un fenómeno que recorría el continente. Una revolución antifeudal había sacudido México durante una década. Millones de muertos y haciendas arrancadas a sus detentadores habían precedido al reparto de la tierra. En Argentina, el ascenso a la presidencia del maestro de escuela Hipólito Irigoyen y el triunfo del Partido Radical cancelaban el dominio de las viejas oligarquías plutocráticas. En Chile, la elección de Arturo Alessandri tenía ese mismo sentido revolucionario.

Por desgracia, las proclamas de Leguía se quedaron en palabras. La influencia conservadora y clerical terminó por limar las garras de los rebeldes. No se tocó a los dueños del país, y el régimen fue copado por los representantes del gran capital y las finanzas extranjeras. En las localidades serranas del interior, la expresión del primer impulso radical del leguiísmo fue la remoción de las autoridades regionales.

Carlos Santa María no se había curado de la emoción que sufriera cuando de repente por un escueto telegrama se le ordenó poner a disposición la oficina ante el nuevo subprefecto. Tal vez estaba pensando en eso cuando se miró en el inmenso espejo del comedor, y otra vez se encontró con el alférez.

Dos personas en el espejo son como dos peces. Se cruzan, pero no se tocan en las múltiples dimensiones del agua. Cruzan lentos la vida, pero no se encuentran. Todavía no estaba a solas Santa María con su huésped de honor.

Como buen dueño de casa, Carlos Santa María lo había dispuesto todo a la perfección. No tenía que esforzarse en hacer atenciones a nadie porque los sirvientes se encargaban de eso. Los criados llenaban las copas de sus invitados antes de que aquellas se vaciaran. Todavía no había empezado la cena.

Caminaba de uno a otro lado, y llegó hasta el espejo donde otra vez se encontró con la imagen de su huésped principal. Estaba tan cerca que podía lanzarle el resuello, y lo hizo, y el espejo se nubló. ¿Existirá el alma? —se preguntó. Y se respondió que sin alma no habría imagen en el espejo. Pero allí estaba Dubois y le hacía una reverencia con la cabeza.

Le devolvió el saludo.

—¿Se divierte, alférez?

Por toda respuesta, el alférez le hizo otra reverencia. El ruido de las conversaciones le impedía oírlo.

—¿Se divierte, alférez? —volvió a preguntar.

El alférez respondió con un gesto. Pero Carlos Santa María no pudo entenderlo a causa de las gafas con espejo del militar que impedían verle los ojos. Resolvió comenzar con bromas.

—Dicen que ha venido a mejorarnos la raza, alférez.

El hombre reaccionó:

—Si usted cree en esos chismes...

—Digo, es un decir. Me refiero a que un oficial joven, de buena familia, podría casarse con una santiaguina de apellido y de polendas. A eso me refiero. Eso se llama mejorar la raza. ¿No le parece?

Esta vez, el alférez sonrió. Había pensado que se refería a su pasión por cazar indias, pero se equivocaba.

Se despidieron con una inclinación de cabeza. El dueño de casa fue a saludar a otros invitados. Después, se quedó a solas con su hermano Alfredo, quien era amigo y compañero de juergas del alférez.

—¿Hablaste con Dubois? —le preguntó.

—Hablé. Ya te lo he dicho. Hace una semana que hablé con él, y está de acuerdo.

—¿Cuánto?

—Eso tienes que discutirlo con él. Convencerlo.

—¿Convencerlo?

—Ya esta convencido, pero quiere que le hables... sobre el monto.

—¿Cuánto?

—¡Ya te lo dije! Eso depende de lo que decidan ustedes, pero ya me dijo que está dispuesto.

Por eso, lo había invitado a cenar la noche del 31 de julio junto a los ocho gendarmes de la guarnición.

Uno a uno, aquellos subieron la escalera de madera del comedor haciendo sonar sus botas mucho más de lo preciso. Se habían bañado y afeitado, y ensayaban estrambóticos gestos de cortesía para estar a tono con la familia que visitaban.

El alférez no terminaba de arreglase las puntas del bigote y se miraba con frecuencia las botas. Aquellas brillaban porque eran de charol, y sólo las usaba para ocasiones especiales. Sus anteojos oscuros con armadura de oro le conferían marcialidad y dureza.

Los sirvientes seguían repartiendo copas de pisco y cigarrillos a los presentes. Sin embargo, antes de aceptar, los soldados miraban a su jefe para encontrar aprobación.

—En la fiesta de Santiago, no hay disciplina que valga, sino felicidad —proclamó Santa María que trataba de hacerlos sentirse bien.

—¡Felicidad, sí, pero también disciplina! —corrigió Dubois—. No quisiera contradecirlo —añadió— pero nuestro sagrado ejército es fruto de la disciplina y el amor a la patria.

—No exagere, alférez —respondió Santa María sonriendo. Se estaba mirando en el espejo de los anteojos de Dubois.

El Apóstol Santiago pasó junto a la ventana de los Santa María. Las mujeres arrojaron flores sobre él. En la sala, comenzaron los brindis. Se brindó por Bolognesi, por Grau, por el glorioso ejército y por la gendarmería del Perú. Se alzaron los vasos por las autoridades departamentales y por la salud del Supremo Gobierno. Se tomó un traguito por el arzobispo de Trujillo y otro por el Papa Benedicto XV. Por último, llegó la comida, y todos enmudecieron por cerca de una hora. Sólo se escuchaban los prolongados sorbidos a la sopa y la batalla de los tenedores para dejar los platos por completo vacíos.

—Señores soldados: la carne que están comiendo es la carne del Manchado. Es ese toro que embistió al torero en la primera corrida —explicó el anfitrión.

Se oyeron gritos y bufidos de aplauso. No se les entendía porque hablaban con la boca llena.

—¡Mastiquen. Mastiquen bien, jóvenes... porque esto da vigor. Vigoooooor!

Guiñó el ojo y repitió la palabra vigor.

Los gendarmes masticaron y masticaron.

Antes de volver a los tragos, Santa María dio unos golpecitos sobre la copa y todos callaron.

—Voy a hacer un brindis —dijo— por Santiago de Chuco, una ciudad que el Supremo Gobierno mantiene en el olvido.

El alférez asintió con un movimiento del rostro.

—Muy bien, muy bien —gritaron los soldados mientras eructaban y miraban adormecidos a su alrededor.

—Una ciudad —continuó Santa María— a la que se ha despojado de sus legítimas autoridades. No es bueno que yo lo diga, pero no me caracterizo por la falsa modestia. En la época en que yo era el subprefecto, ¿a quién dejaron de pagarle sus sueldos?

De súbito, los gendarmes dejaron de eructar.

—Si faltaba dinero, yo lo sacaba de mi propio bolsillo, pero nunca dejaba en el hambre ni la ignominia a los dignos custodios del orden...

—¡Bravo!... ¡Bravo, carajo! —gritó uno de los hombres de armas, pero los ojos del alférez le ordenaron que callara.

—¿Y ahora? ¿Ahora, qué?... Yo me pregunto, y les pregunto, señores gendarmes: ¿Hay un subprefecto que los escuche?

Los gendarmes estallaron en risas porque era conocido que el nuevo subprefecto, Ladislao Meza, era sordo.

El mayordomo de la fiesta no se quedó en las alusiones.

—Vayan y hablen con el sordo Ladislao Meza. ¡Vayan y cóbrenle el sueldo que les tiene atrasado!

—¡Vamos, vamos ahora! —gritó alguien.

Los hombres de Dubois comenzaron a gritar. No se entendían. Dos sujetos subidos sobre una mesa intentaban improvisar discursos.

—¿Y el alcalde? ¿Qué nos dice del alcalde? ¿Qué nos dice de ese fantoche?

—No hablemos de él. No es el momento. Todavía no es el momento —los detuvo Santa María—. Esta noche es noche de diversión.

La mesa en que estaban subidos los pretendidos oradores se rompió. Los hombres se fueron al suelo entre risas y burlas. Un violinista arrancó los primeros acordes de un huayno de la región.

Ahora, todos bebían y gritaban. Santa María y Dubois, sentados en la mesa principal, dialogaban en tono discreto. Ya estaban de acuerdo. Había que acabar con las autoridades del pueblo.

—Recuerde, don Carlos, que no lo hago por egoístas deseos personales. Lo hago movido por el amor al país y a mi tropa.

—El subprefecto Meza... ¡Ese sordo de mierda!

—No escuchará la bala. No se dará por enterado.

—¿La bala? ¿Qué bala?

Rieron.

—¡No, alférez! ¡Qué bonito es hacer negocios con usted!

—Le repito que esto no es un negocio. Lo hago movido por el bien de mi troparespondió el alférez, y repitió algunos de los aspectos del plan. Después de que cayera Meza y quizás algunos de sus allegados, los gendarmes intervendrían para

imponer la paz social en Santiago de Chuco. Apresarían al alcalde y a algunos otros vecinos a quienes acusarían de ideólogos anarcosindicalistas, socialistas, bolcheviques... lo que fuera. Si se resistían, tendrían que ultimarlos. Habría que tomar el telégrafo desde temprano. Desde allí, se enviaría comunicaciones al Supremo Gobierno sobre la conspiración que heroicamente habían debelado el alférez y sus hombres.

El violinista se acercó más a la mesa y continuó atacando tonadas de la Costa que el alférez Dubois aplaudía entusiasmado. Siguieron charlando y no se cuidaron ya de ser escuchados. El alcohol hacía sus efectos.

—Es necesario que los muchachos estén bien aleccionados.

—De eso, no se preocupe.

El violinista repitió numerosas veces un valse que al parecer le traía a Dubois algún recuerdo pegajoso.

—El adelanto que me ha entregado me parece bien. Pero mañana, apenas terminen las acciones, necesito todo el dinero que me corresponde.

—Tampoco se preocupe de eso, alférez.

El dinero provenía de los ahorros que los fieles habían depositado en la tienda de Santa María. Durante todo el año, se había acumulado una verdadera fortuna.

—Usted envía la tropa a proteger mi tienda. Después, diremos que algunos revoltosos ingresaron en mi establecimiento, y se llevaron la plata... Ustedes impidieron que llegaran a más...

La procesión estaba pasando otra vez. Una tras de otra se balanceaban las imágenes del Patrón Santiago, de Jesús Crucificado y de la Virgen. Junto a la puerta de los Santa María, una mujer había instalado una venta de incienso. El incienso devoraba todos los olores y parecía convertir a las personas en santas.

—No se preocupe, don Carlos. Mañana, arde Santiago.

*****

Quienes conversaban con el alférez Carlos Dubois tenían la impresión de que habían hablado con un cuchillo.

El militar era delgado y metódico. Muy temprano, despertó a los gendarmes y les repitió lo que se tenía que hacer. Por la tarde, se situó en una bodeguita, a una cuadra del cuartel. Al sonar las tres en el reloj público, la tropa comenzó a lanzar tiros al aire.

Como estaba convenido, Dubois dejó que pasara un buen rato, y avanzó silencioso hacia el cuartel. Allí se reunió con los soldados que seguían haciendo fuego. Abalearon las casas, los árboles e incluso la torre de la iglesia. Lanzaban mueras contra el subprefecto y el alcalde. El segundo paso consistía en salir por las calles y ultimar a quien se les pusiera delante. A las autoridades se les daría caza y era probable que se les aplicara un expeditivo ajusticiamiento.

Entonces, ocurrió lo inconcebible. Ladislao Meza, el viejo y sordo subprefecto de la provincia, decidió hacerles frente. No tenía siquiera una pistola, ni sabía manejar armas de fuego, pero confiaba en que su presencia impondría respeto. Se arregló la ropa, se alisó el saco y puso la corbata en el sitio preciso, y decidió salir a la calle. Cuando estaba en la puerta, se encontró con un grupo de civiles. No eran muchos, ni estaban armados. Héctor Vásquez, Benjamín Ravelo y José Moreno llegaron primero. Tras de ellos aparecieron los hermanos Vallejo con Manuel Antonio Ciudad.

—Venimos a acompañarlo, señor subprefecto —lo saludó César Vallejo. No somos gente de armas, pero aun así, siempre seremos superiores a las bestias.

—Entonces, señores, no hay más que decir. Acompáñenme a la plaza porque voy a detener a los gendarmes.

Nadie replicó. Un momento más tarde, el grupo de caballeros apareció por la esquina noroeste de la plaza. Vestían con elegancia y avanzaban con la cabeza erguida como si las balas fueran tan sólo de fulminante.

La tropa no supo reaccionar. Pararon el fuego. El cabo Lucas Guerra lanzó una mirada inquisitiva y miedosa a Dubois.

—No seas idiota. ¡El subprefecto ya mordió el anzuelo!... ¡Lo que yo no presentía era que iba a venir con tantos cojudos —dijo Dubois y llamó al cabo a su lado. Lo llamó a un lado. Algo le dijo en secreto. Ambos sonrieron.

Entonces el silencioso y metódico alférez se tornó conciliador y parlamentó con el subprefecto Ladislao Meza.

—¿Qué quieren? —inquirió Meza.

—Usted sabe.

—Se les ha dicho que el dinero está por llegar. Usted lo sabe.

Los hombres de la tropa continuaban en actitud de combate, pero la voz de su jefe retumbó calle abajo.

—Señores... —repitió—. Señores. Señores gendarmes, han escuchado lo que está diciendo el subprefecto. Ya ven. Tienen que ser pacientes y esperar un poco más.

—¿Esperar? ¿Cuánto tiempo vamos a esperar a que nos paguen nuestros salarios? ¿Un mes? ¿Un año?

—¡No, tanto no! Pero espérense un poquito —dio una pitada al cigarro.

—No finja, alférez. Sabemos que usted está confabulado con ellos. Ya lo sabemos.

—¿Qué dice?

—Usted me ha escuchado.

—Acérquese pues, subprefecto. Hablemos. La gente inteligente se entiende hablando.

El subprefecto caminó hacia el alférez, pero aquél dio cuatro pasos atrás y siguió tratando de confundirlo.

—¡Sordo de mierda!

—¿Qué dijo?

—¿Qué dije? Quiere usted saber qué dije.

—Sí. Me interesa saberlo.

Antonio Ciudad se dio cuenta de que el alférez Dubois estaba tratando de ganar tiempo y de atraer al subprefecto hacia el grupo rebelde. Advirtió las señales que se cruzaban entre los soldados y su jefe. Entonces cubrió con su cuerpo al subprefecto y quiso sacarlo del campo visual de los gendarmes.

—¡Cuatro pasos a retaguardia! ¡Fuego! —gritó Dubois.

El cabo Lucas Guerra levantó el arma y apuntó.

La explosión se escuchó en todo Santiago de Chuco. Era una detonación fuerte y tórrida como si de repente el cielo se hubiera abierto y un rayo del Apóstol hubiera bajado para cercenar la vida de alguien. No cayó el subprefecto. Dos cabos gruesos de sangre oscura y dos más delgados se elevaron como serpientes desde el cuello de Antonio Ciudad y describieron una trayectoria curva para aterrizar borboteando. Un boquete grande como un puño apareció entre un vómito de coágulos en el lado opuesto del herido. Fue tan tremendo el impacto que el hombre continuó protegiendo con su cuerpo al subprefecto pero su cabeza que ya no estaba con él, rodó hacia la izquierda con los ojos muy abiertos.

—¡Bravo, carajo!

Del lado de los gendarmes se escucharon gritos de entusiasmo. El asesino vio saltar el fulminante quemado y se dispuso a recargar el cilindro, pero el grupo del

subprefecto estaba fuera de la vista. De un momento a otro, había pasado una tribu de nubes negras y Santiago de Chuco había oscurecido. El cuerpo de Antonio Ciudad cayó lento junto a su cabeza. El sol se puso. No había luna, y todo el universo se sumió en el silencio.

—¡Acaben con todos! ¡Con todos de una vez! —ordenó Dubois, y su gente avanzó. Ahora, el subprefecto y los hermanos Vallejo estaban en la mira de los fusiles.

—¡Fuego!

Entonces, ocurrió algo portentoso. Los gendarmes disparaban, pero eran ellos los que caían. Fue cosa de segundos. Los hombres de Dubois comenzaron a recibir disparos desde donde menos lo esperaban. El alférez buscó con la vista al francotirador y descubrió que había alguien más sigiloso aún que él. Era Pedro Losada, un indio prieto a quien había conocido y aprendido a temer durante el tiempo en que estuviera en Quiruvilca. Era indio pero lo llamaban Negro Losada, y estaba disparando contra los gendarmes asesinos.

Lo vio entrar en el escenario. Daba el cuerpo como si estuviera revestido por un escudo invulnerable. Dubois había instruido a los gendarmes para que dispararan a matar. En vista del excelente armamento con que contaban, pudieron haber realizado este propósito. La intervención de Losada cambió el curso de los acontecimientos.

El Negro le había arrebatado el arma a uno de los hombres de Dubois y, con ella, se abrió paso a balazos. Al cabo de una hora, los gendarmes Lucas Guerra y Julio Ortiz cayeron muertos. Dubois se dio cuenta de que no tenía nada que ganar si continuaba en el cuartel y, sin que lo advirtieran sus hombres, aprovechó la momentánea oscuridad y se alejó. Más tarde, al verse sin jefe, el resto de sus hombres huyó por los techos.

Pero, ¿adónde podía ir el alférez? Todo parecía estar perdido. ¿Adónde? se preguntó, y la respuesta le llegó rápido... A buscar a Carlos y Alfredo Santa María. Al fin y al cabo, ellos debían tener alguna estrategia para salir del apuro. Corrió tres cuadras hasta la casa, contigua a la gran tienda de abarrotes, y entró. Tan sólo se abrió paso. Tomó el callejón y empujó la puerta de la oficina.

—¿Y usted de dónde viene?

No hubo respuesta

—Quiero saber de dónde viene.

—Pregúnteme adónde voy.

—¿Adónde va?... ¿adónde va?

—Esa sí es una buena pregunta. Estoy yéndome a mi casa, o más bien me estoy yendo hacia la Costa y sería recomendable que ustedes hicieran lo mismo.

—Quiere usted decir que...

—Sí. El subprefecto se salvó.

—El muy hijo de puta.

Santa María sabía desde el principio para qué lo buscaba el alférez, pero lo disimuló. Trataba de ganar tiempo.

—Eso significa que el pueblo viene para acá. Tengo las armas abajo. Tenemos que irnos con ellas. No podemos arriesgarnos a que se subleve la indiada, y se vaya con ellas.

—Usted sabe para qué vengo.

—Lo sé, lo sé. Pero, primero, baje a la armería. No puede andar con una sola pistola.

—Soy hijo de puta, pero no idiota. ¿Qué quiere? ¿Que entre a la armería? ¿Y después, qué? Usted cerrará la puerta con llave

—Entonces, ¿a qué ha venido?

—A recibir la mía. A recibir mi parte... A recibir la parte que me corresponde del dinero.

—¿Su parte? ¿Qué parte? ¿Acaso, hizo lo que tenía que hacer?

—No es momento para discutirlo. Además tengo una pistola —el alférez apuntó a la cabeza de Carlos Santa María.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Hablo castellano, ¿no?

—¡Qué tal hijo de puta!

—Hijo de puta o no, quiero mi plata. Usted no quiere, por supuesto, que vaya a ver al juez y le cuente que el hombre más rico de la ciudad, el mayordomo de la fiesta, me contrató para organizar un motín, matar a las autoridades y quedarse con todo el dinero.

—Esa pistola me pone nervioso. Bájela. Le voy a dar el dinero, pero no tiene que matarme. Ambos estamos metidos en este negocio.

Logró convencerlo. Después, tomando todas las precauciones necesarias, extrajo del escritorio una bolsa de cuero y se la mostró.

—Supongo que le bastará con esto.

—Por ahora —dijo Dubois.

—Ahora, será necesario que nos escondamos.

—¿Que nos escondamos juntos? ¿Y ahora quién soy yo? ¿Su dama de compañía? ¿Su escolta? Ante todo, no creo que sea bueno quedarse en Santiago. La gente está furiosa, los gendarmes mataron a Ciudad. A Antonio Ciudad.

—¿Los gendarmes?

—Los gendarmes.

—No creo que hayan sido los gendarmes, sino un gendarme escogido por usted, pero no es mi negocio. En todo caso, esa sí es una buena noticia. Tenemos que salir cuanto antes.

Tenemos que irnos juntos.

—¿Tenemos?

—¡Sí, tenemos!

—¿Podemos salir por el techo? ¡Salga usted, primero, con su gente, don Carlos!... Yo me quedo protegiéndoles las espaldas.

Uno a uno, comenzaron a subir hacia la claraboya de la oficina.

Los Santa María escaparon. Los acompañaba un grupo de gente armada. No siguieron camino hacia el centro de la ciudad porque no eran ni héroes ni locos, ni querían ir a reunirse con su Hacedor.

El alférez se quedó media hora más. Buscaba y rebuscaba los cajones del escritorio y los colchones de las camas. Quería ver si encontraba más dinero. Tan sólo decidió salir cuando advirtió que allá arriba, por encima del techo se dibujaba un resplandor anaranjado brillante. No supo en ese momento si la casa ardía o si el demonio lo estaba llamando.

Mientras tanto, el Alcalde de Santiago de Chuco, Vicente Jiménez, y el Subprefecto Ladislao Meza se reunían en el local de la municipalidad para discutir las medidas que debían tomar frente a los graves sucesos. La edad avanzada había hecho estragos en ambos. El subprefecto era casi por completo sordo y el alcalde caminaba con dificultad apoyándose en un bastón. Por confesión de un gendarme apresado, se supo que ambos iban a ser asesinados. Los salvó el heroísmo de Antonio Ciudad y la oportuna intervención del Negro Losada.

Nadie sabía lo que podía venir luego. Por eso, era necesario informar a las autoridades políticas del departamento y pedirles que enviaran refuerzos militares. Entre

el grupo de ciudadanos que habían estado al lado de las autoridades en los momentos más críticos, se hallaban los hermanos Vallejo. El subprefecto Meza les preguntó por César.

—Tiene que venir aquí en cualquier momento —respondió Manuel Vallejo—. Está enfurecido. Usted sabe lo cercano que era con Antonio Ciudad. Ha ido con un grupo de jóvenes a buscar al asesino Dubois, y dice que lo traerá ante el juez.

—¡Dubois...Dubois!... Ese hombre debe de haber volado. Fue él quien ordenó disparar, y se moría de risa cuando mataron a Antonio, pero en el momento difícil abandonó a sus soldados. Se dio media vuelta y se largó. En plena balacera, tan sólo se veía el destello trasero de sus botas escapando.

—Tiene usted razón. César no lo va a encontrar, y vendrá pronto. ¿Usted lo necesita, señor Meza?

—¡Por supuesto! Deseo que su hermano redacte nuestros informes —respondió el Subprefecto.

22

Las luminosas botas del alférez

Muro noroeste, muro antártico, muro este, muro doble ancho, alféizar, muro occidental: Tras de una ventana, César Vallejo observaba una tras de otra las paredes altas y amargas de la cárcel de Trujillo, y se le ocurría pensar que al aire de allá afuera era más suave y luminoso.

Recordó otra vez aquella tarde del primero de agosto, y se vio con la camisa y las manos manchadas de sangre. La cabeza de su amigo Antonio Ciudad se había hecho trizas a su costado. Lo golpeó otra vez el tiroteo que parecía salir de todos lados. Divisó al Negro Losada emergiendo triunfante del cuartel. Respiró el olor de incienso de la iglesia anunciando a la divinidad y a la desgracia.

Un rato más tarde, escuchó las campanas tocadas a rebato. Supo que llamaban al pueblo a perseguir a los criminales, y otra vez su memoria los persiguió.

—¡Se van por los techos!... ¡No hay que dejarlos escapar! —escuchó otra vez la voz de los vecinos.

—¿Y Dubois? —preguntó.

—¿Dubois?... Tiene que estar en casa de los Santa María.

Corrió en esa dirección. Había mucha gente frente a la puerta. Estaba cerrada.

—¡Ya no hay nadie. Dubois y los Santa María han escapado juntos!

No todos lo creían. Del grupo de gente frente a la casa, salían gritos hostiles.

—¡Dubois asesino! ¡Asesino, asesino!

César se dio cuenta de que uno de los balcones estaba abierto y era accesible si escalaba por la ventana más grande. Se dirigió hacia allí. Trataron de impedírselo.

—¡No, César, no. Ese hombre está armado!

Logró introducirse en la casa y avanzó por un gran salón de recepciones. Se moría de calor y de cólera, pero corría como si fuera una sombra tras de un cuerpo. Tuvo un repentino *déjà vu*. Recordó el Evangelio de Lucas que leyera en la lápida de su madre y se supo indestructible. Pensó que duraría mucho tiempo y que esta escena sería recordada por gente de otras épocas. Presintió que alguien se ocultaba en la oficina al fondo del salón, y hacia allí se encaminó. Por las bisagras, escapaban nubes de humo.

Empujó la puerta, y no encontró a nadie. La caja de seguridad había quedado abierta. Levantó la vista y se dio cuenta de que la claraboya había sido levantada. Se subió sobre una mesa y saltó hasta ella. Se balanceó y llegó al tejado.

Vio llamas. Salían enloquecidas de todos los costados. Se dijo que Dubois debía estar esperándolo tras de una torrecilla y avanzó en esa dirección. No estaba armado e iba a tener que vérsela a solas con un criminal sin escrúpulos, pero continuó.

Una repentina bola de fuego devoró en segundos el lugar al que se dirigía. Se le enrojecieron los ojos. El pelo se le chamuscaba. Todo el tejado estaba envuelto en llamas. Los cristales estallaban con estrépito. De pronto, una forma humana salió de allí. Era el alférez, aunque parecía un ánima del infierno. Iba envuelto en fuego. César lo quedó mirando y ya no intentó detenerlo. Supuso que el hombre iba a tener una muerte atroz en ese mismo instante, pero no fue así. El alférez incandescente continuó caminando hacia él y pasó por su lado. Avanzó de vuelta hacia el lugar donde estaba la caja de caudales y entró allí para sacar algo que se le había olvidado. Era una bolsa de cuero de las que se usa para cargar monedas de oro. La levantó y tomó el camino de vuelta. Todo en él ardía. A unos pocos metros, volteó para mirar al poeta y le sonrió con tristes ojos de difunto. Por fin, llegó hasta la pared de la calle y, desde allí, saltó. Nadie

corrió hacia él. Lo creyeron un tronco en llamas. Supusieron que iba a derretirse. De él emergían humo y cenizas.

Por su parte, César estaba inmovilizado. No podía creer lo que había visto. Ya no quedaba mucho espacio por donde escapar. Podía escuchar las sacudidas y crepitaciones de los pisos de roble y después le pareció oír los ladridos de la llama. Ya se veía la estructura de la casa como un castillo de fuegos artificiales. Pronto, se dio cuenta de que había llegado hasta un corral vacío, y saltó hacia la calle San Martín. Por allí se dirigió a la subprefectura.

Muro noroeste, muro antártico, muro este, muro doble ancho, alféizar, muro occidental. Seguía mirándolos. Giró la cabeza y se encontró con la mirada de su compañero de celda.

—No encontrar a ese hombre fue una gran frustración —le dijo como si creyera que sus recuerdos estaban a la vista.

Salomé Navarrete esbozó una mueca parecida a una sonrisa.

—¿Y ha tenido otras frustraciones?

—¡Muchas!... pero, en este momento, la mayor es no poder terminar este libro.

—¿Ha escrito muchos libros hasta ahora? ¿Cuántos?

—El año pasado, en Lima, publiqué "Los heraldos negros"

—¿Y está contento con ese libro?

—Sí. Lo estoy. Pero, ¿qué le puedo decir?

Quería expresarse en un lenguaje más accesible para que lo entendiera el curandero. De pronto, monologó. Dijo que la sociedad del Perú solamente concebía a los poetas como payasos adorables.

—¡...Y yo no me veo así!... La palabra, para ellos, es sólo ornato: un jardín verdecito con arbustos recortados para simular animalitos. Yo quiero devolver la palabra a los hombres.

—¡La palabra, la palabra!... Haga como nosotros los curanderos, amigo Vallejo. ¡Amánsela, primero!

En "Los Heraldos negros", Vallejo había mezclado el simbolismo con una sombría y trágica observación del mundo. Sin embargo, sus poemas conservaban la tersura de las formas clásicas. En la prisión, le decía a Salomé Navarrete que ansiaba producir una revolución en la poesía, e ir incluso más allá de eso.

—Hay que transformar las palabras si es necesario. ¿Si es necesario? ¡Qué digo! Siempre es necesario.

—¡Amánselas, primero, don César! ¡Haga lo que yo le digo!

—¿Amansarlas?

—Sí. Eso es lo que hago con las enfermedades. Amansarlas. ¡No crea! ¡No siempre es fácil curar! A veces, hay que pasarse un día o una noche observando a la enfermedad. Hay que decirle palabras dulces. Hay que pedirle que salga, que se deje ver.

Le reveló sus técnicas.

La primera consistía en observar el movimiento de las cosas.

—El amanecer, el anochecer, el vuelo de las abejas, los cambios de la luz, los movimientos de esta mecedora.

Don Salomé era capaz de observar todos estos fenómenos naturales durante horas y escudriñar sus mínimos detalles. A veces, un pájaro volaba desde el norte para traerle los secretos de las plantas que curan.

La segunda técnica era la observación atenta de las estrellas en las noches.

—Converse con ellas. Alábeles su movimiento por los cielos. Pero no hable. ¡Piénselo!

El tercer camino consistía en dormir luego de estas experiencias. El sueño siempre tenía una respuesta.

—Si no tiene una respuesta... ¡hable directamente con Dios!

Siento a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece.
Con él anochecemos. Orfandad...
Pero yo siento a Dios. Y hasta parece
que él me dicta no sé qué buen color.
Como un hospitalario, es bueno y triste;
mustia un dulce desdén de enamorado:
debe dolerle mucho el corazón.

Los Santa María huyeron en sus propias mulas. Era bastante de noche cuando llegaron hasta el alto de la salida a Huamachuco desde donde podía divisarse el pueblo. Pero no alcanzaron a ver la luz de las lámparas de gas. Un solo globo de fuego se levantaba cerca de la plaza de armas. Se fue tornando rojo y azul, verde y amarillo, plomo y encarnado otra vez. Subió a los cielos y bajó, y volvió a subir.

—¡Es un infierno!

—¡Es mi casa! —clamó Carlos Santa María.

A Carlos Dubois le sobraba dinero, pero no tenía una bestia. El alférez caminaba a toda la velocidad que podía con una pistola y con la pesada bolsa de cuero repleta de brillantes libras de oro. Su cuerpo estaba intacto. El poncho y el grueso chaleco que llevaba le habían evitado sufrir quemaduras. Logró salir de Santiago y corrió varios kilómetros. Luego se apartó del camino principal y avanzó por una quebrada. Encontró una cabaña abandonada y se metió en ella. Un montón de paja le sirvió de lecho, y exhausto se tendió a descansar.

No dormía. Por un agujero del techo vio pasar la cola de la Vía Láctea. Después la Luna comenzó a surcar los espacios desmesurados de la noche. Sin embargo, no había luz suficiente como para utilizar el espejito que siempre llevaba consigo, y se palpaba el bigote y las cejas para saber si no se le habían chamuscado. Todo estaba en su sitio, pero no era su día de suerte.

Unas nubes pasaron bajo la Luna, y a él le parecieron cadáveres flotando. Después miró hacia el umbral de la puerta. Un grupo de hombres surgió del suelo, pero él no los creyó hombres. Sólo, sueños.

Una voz le preguntó:

—¡Oiga! ¿Qué hace allí?

No iba a contestar porque no se contesta a los sueños.

La voz insistió:

—¿Y usted? ¿Quién es usted? —repitió la pregunta, y el fugitivo se vio obligado a responder.

—¿Yo?... ¿Que quién soy yo? Soy vendedor de alimentos para el ganado.

—¡Ah!... vendedor...

Recuperó la calma. Decidió inventar:

—Estaba en la feria de Santiago cuando comenzaron los balazos, y he tenido que salir a esconderme.

—Vendedor, ¿no?

—Vendedor. Sí, vendedor.

Dubois confiaba en que no lo reconocerían. Un chullo gigantesco casi le tapaba la cara.

—Bonitas botas.

—Gracias.

—No sabía que los vendedores usaran botas de charol.

Dubois se miró las botas. El resplandor de ellas y su bigote afilado habían sido siempre su máximo orgullo. En la única foto de él que se conserva, el blanco y negro de la superficie está cruzado por la luz resplandeciente que emana de sus botas. En la mano derecha tiene una espada de reglamento y está levantándola. Se nota que ha movido la mano muy rápido. Su bigote afilado, destinado a asustar indios y a conquistar doncellas, ha quedado un poco disparejo con el movimiento del aire.

—¡Bonitas botas!

—Son buenas —admitió.

—¡Sí!... Las mías, en cambio, no aguantan más caminos.

Dubois observó los pies de los hombres enfundados en yanques. Sólo el que hablaba estaba calzado, pero sus botas tenían grietas. Era el más viejo.

—¡De muy buen cuero!

Pensó que eran bandidos. Tal vez, ladrones de ganado.

—¿Y me puede decir cuánto le costaron?

Dubois tenía la boca reseca. Respondió:

—No... no lo recuerdo...

—Ah... no lo recuerda.

—Creo que me las regalaron.

—¡Bonito regalo!... ¿Le pagaron por algún trabajo sucio?

Dubois sintió que estaba sometido a un interrogatorio como los que solía hacer él. Calculó que luego el hombre se pondría duro. No fue así. El hombre comenzó a hablar de los caminos que había recorrido en las sierras del norte peruano.

—Las botas son lo esencial para el caminante. Estas que llevo se las quité a un muerto, pero ya me han servido bastante tiempo las pobres.

Era evidente que el hombre quería quitarle las botas. Para el alférez, aquellas eran la parte más brillante de su atuendo y le resultaba duro desprenderse de ellas. Sin embargo, si no las entregaba voluntariamente, los tipos iban a acercársele y, a lo mejor, descubrían la bolsa con el dinero. Decidió no resistirse y comenzó a quitarse la bota del pie derecho.

El otro frunció los labios y escupió

—¡No lo haga!... Solamente, estaba apreciando sus botas, mi alférez.

Eran arrieros. No eran de la ciudad, pero lo conocían bien. Toda la gente de los alrededores había oído hablar de Dubois y de sus abusos. El hombre que le hablaba se le acercó más.

—¡Ahora, levántese! —ordenó.

El alférez quiso sacar su arma de reglamento y apuntar con ella, pero se convenció de que iba a ser una estupidez. Ellos estaban armados con machetes y eran muchos. No pasó mucho tiempo sin que estuviera fuertemente atado por los brazos y los pies. Lo sacaron de la cabaña y lo ataron a un poste.

—Aquí se va a quedar.

—¿Y ustedes? Me van a dejar así.

—Vamos a ir al pueblo a la fiesta.

Una chispa de felicidad brilló en los ojos del alférez, pero pronto murió.

—Vamos a traer aquí a las autoridades. Queremos saber por qué se esconde usted y de qué lo acusan.

Miró de soslayo la bolsa de cuero con el dinero. Los hombres no habían reparado en ella. Quiso decir algo. Lo interrumpieron cuando apenas había pronunciado una palabra.

—No, no se preocupe. No se va a quedar solo, solito, patrón. Lo va a acompañar Alberto.

Alberto era un mozo de veinte años, fuerte, muy sólido y más duro que el alférez. También estaba armado de un machete y acariciaba la cabeza de un perro de ojos babosos.

—No tenga miedo, patrón. Él será una buena compañía.

Entre ir y volver con alguna autoridad, los indios iban a tardarse más de dos horas. Ese tiempo era tal vez el único que le quedaba sobre este mundo antes de ir a contemplar el cielo. O el infierno. Cuando ya estaban lejos, quiso hacerle conversación al muchacho. Lo miró.

—¿Cómo dijeron que te llamabas?

El muchacho no respondió.

—Creo que Antonio. Antonio o Alberto. Da lo mismo ¿no te parece?

El muchacho acariciaba la cabeza de su perro.

—¿Qué crees que harán conmigo?

El muchacho parecía mudo, pero le respondió haciendo un signo con la mano. Sus dedos se elevaron a la altura de la garganta y luego cortó el aire.

—¿Pero de qué se me acusa? Repito: ¿de qué se me acusa? —insistió ante el joven que le miraba fijamente a la parte superior de la frente.

—Ustedes ni siquiera me conocen. No tienen por qué odiarme.

Pero sí tenían por qué odiarlo. El bigote y el espadín del alférez Dubois también habían corrido por los campos cercanos a Santiago de Chuco violando indias jóvenes, saqueando las casas de sus padres y ocasionando varias muertes. Los indios no podían denunciarlo porque de hacerlo, habrían sido considerados como revoltosos e insubordinados.

—¿Qué es lo que se supone de mí?

El muchacho perseveraba en su mutismo.

—¡Están locos!

El perro lanzó dos ladridos como si quisiera responder al alférez.

—Ven aquí y hablemos. Acércate. Tenemos muchas cosas para hablar.

El joven lo recorrió con la vista de la cabeza a los pies. Se detuvo en las botas fascinado por ese resplandor que era más agudo que las llamas de un incendio y más brillante que la luz del sol.

—¿Ves ese maletín de cuero? El que está frente a ti. Tráelo por favor. Acércamelo.

El muchacho rió de buena gana.

—No te fías de mí. ¿No te fías de mí?

El muchacho movió la cabeza en signo negativo.

—Entonces ábrelo. Tiene un cierre relámpago. Ábrelo, y verás que te voy a hacer una buena propuesta.

El joven advirtió que Dubois estaba bien atado al poste y por lo tanto no había ningún peligro en obedecer. Tomó el maletín de cuero, corrió el cierre relámpago y centenares de resplandores, tan agudos como las botas brillantes del alférez, lo cegaron. Eran libras de oro.

—¿Y ahora, confías en mí?

Otra vez, dijo con la cabeza que no.

—No seas imbécil. Esta puede ser la oportunidad de tu vida. ¿Tienes una novia? ¿Piensas casarte?

El muchacho sonrió e hizo un gesto negativo con el rostro.

—Pero querrás ir a la Costa.

El alférez se dio cuenta de que había acertado. Describió las maravillas de las tierras del litoral donde todas las oportunidades están dadas. Sólo es necesario ser un hombre con imaginación, un hombre resuelto a triunfar.

Le echó una mirada brillante

—Como tú, muchacho. Como tú, Alberto, Antonio o cómo te llames.

El muchacho hizo con los ojos un gesto de pregunta.

—Conozco un lugar ¿sabes? Un lugar donde encontraremos un cajón de muerto lleno de monedas como éstas. Nos lo repartiremos, muchacho, y entonces tú me dejas ir. Pero es necesario que lo hagas cuanto antes porque esa gente ya está por volver.

Partieron. Cada uno montaba una mula, y parecían dos arrieros del camino. Se metieron en una intersección de las montañas y avanzaron hasta que se los tragó la nada. Cuando ya habían recorrido unos veinte kilómetros y se encontraban en el camino hacia Huamachuco el alférez, que iba adelante guiando volvió y advirtió que el muchacho no le perdía el rastro.

Entonces bajó la velocidad del trote de su mula y lo esperó en una esquina. Lo que no sabía el muchacho era que el alférez todavía llevaba, aparte de la pistola que le habían quitado, una pistola de reglamento metida dentro de uno de los bolsillos.

—Creo que nos hemos perdido. Espera un momento —dijo el alférez— y comenzó a observar el abismo como si abajo hubiera un mapa dándole señales. El muchacho se descuidó y el alférez se le acercó un poco más. Después, alzó el brazo derecho y puso la pistola en la sien del joven. La mula relinchó e inició un trote veloz pero sin su jinete quien cayó de espaldas con el cráneo reventado y los sesos al descubierto. El alférez bajó a cerrarle los ojos y a arrebatarle el maletín de cuero con las monedas que tenía bajo el brazo derecho. También le quitó una bolsa con hojas de coca. Se lo quedó mirando. Se preguntó si el joven había hablado alguna vez en su vida. Después subió sobre la mula y desapareció de la historia.

Poco tiempo después, el nombre del alférez Dubois, sindicado por el Juez de Santiago de Chuco como autor intelectual de la muerte de Ciudad desaparecería del expediente judicial. El Fiscal que lo investigó dijo que el ciudadano muerto en Santiago presentaba una herida entre las cejas. Tanta puntería era inconcebible entre los soldados de Dubois, señaló. Dejó entender que Ciudad se había suicidado.

No se volvería a ver en Santiago de Chuco el bigote delgado del alférez. Un día, sin embargo, las botas brillantes chocaron la una contra la otra, respetuosas, frente a un superior. En tono dócil, solicitó otro destino, y lo obtuvo.

23

La firma de Losada

Se les había pasado la hora. El abogado debía salir de la prisión y encaminarse cuanto antes a su casa.

—Le agradezco por todo lo que me ha contado, César. Ahora lo veo todo muy claro. Todo fue una provocación y un crimen. Es evidente que los Santa María conspiraron con Dubois. Pero lo más increíble es lo que hicieron después... Se comunicaron con las autoridades judiciales de Trujillo e hicieron valer sus influencias. De la noche a la mañana, la Corte Superior nombró a un juez ad hoc que deshizo todo lo actuado por el titular. Parece increíble que el nuevo juez enjuicie a los denunciantes. De un momento a otro, ustedes dejan de ser las víctimas y pasan a ser los inculpados... Su pobre amigo Ciudad con un balazo en la cabeza aparece prácticamente como un suicida. ¿En qué momento se dio cuenta usted, César, de que estaba perseguido?

—El 25 de agosto, Héctor Vásquez fue a mi casa para decírmelo, y yo no se lo podía creer. Tenemos que escapar, insistió. En la madrugada pasaré por ti... ¿Estás loco? ¡Nos convertiríamos en perseguidos!, repliqué. ¡Ya lo somos!, me respondió Héctor...

—Hay algo que, sin embargo, me confunde. Usted me ha contado que Pedro Losada se abrió paso entre los gendarmes, se apoderó de un arma y logró debelar el complot. ¿Estoy en lo cierto?

—¡Correcto!

—Eso es lo que me confunde, César. Vengo de la Corte y he revisado otra vez el expediente. El escribano acababa de coser un documento que lo compromete directamente a usted. Es la confesión del mismo Pedro Losada.

—¿Losada?

—Como usted sabe, está preso en Santiago de Chuco. En la confesión, afirma que usted distribuía las armas. Según él, fue usted quien le proporcionó la pistola para matar a los gendarmes. ¡He visto su firma sobre la confesión!

—¿Dice usted que ha visto la firma de Losada?

—¡La podría recordar!

—Ese documento es falso, doctor Godoy.

—¿Falso?

—¡Falso!

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Usted dice que ha visto la firma de Losada. Pedro Losada es analfabeto.

Nunca, en toda su carrera, había presenciado tanto fraude el doctor Godoy. El juez y la otra parte, los delincuentes que lo habían urdido, estaban seguros de que gozarían de impunidad. Si él no actuaba de inmediato, el poeta que estaba frente a él era hombre muerto.

—Sepa usted, señor Vallejo, que voy a pelear. Pelearé como si, en vez de ser el abogado, fuera la víctima. Pelearé con todos los medios a mi alcance. No hay otra forma de hacerle frente a los criminales.

Se hizo el silencio. Godoy se dio cuenta de que Vallejo había aprendido a esperar siempre sin esperanza.

Continuó el silencio como si estuvieran conversando entre mudos. Después de un rato, el abogado habló:

—Ya sé que ustedes avanzaron inermes hacia los gendarmes. Ya sé lo que ocurrió después. Pero algo más que necesito saber. Cuando se incendiaba la tienda de los Santa María, ¿qué hizo usted?

—¿Y usted, qué habría hecho?

—Lo mismo —replicó el abogado y se retiró.

Recurso de César Vallejo de fecha 15 de diciembre de 1920

César Vallejo, detenido en la cárcel, por los sucesos de Santiago de Chuco, con el debido respeto, expone: Que el Tribunal Correccional no ha tenido oportunidad todavía de examinar este proceso; pero estamos seguros de que cuando lo estudie, adquirirá la convicción de que ha sido generado sólo por las pasiones políticas, prontas a las calumnias i a otras manifestaciones de la delincuencia, cuando falta en sus agentes el elemento morigerador de la honradez moral.

A esto exclusivamente se debe nuestra complicación inmotivada de los desgraciados sucesos de Santiago de Chuco. Nuestros opositores en política creyeron llegada la ocasión propicia para denunciarnos como criminales, atribuyéndonos la responsabilidad de aquellos sucesos; exhibiéndose como delincuentes, a ciencia cierta de que no lo éramos ni lo hemos sido nunca, porque felizmente, estamos conformados de muy distinta manera, pues hemos nacido no para mal, i es prueba de esto nuestra vida regida siempre que los austeros principios de la justicia i el respeto al derecho ajeno.

"NO HA LLEGADO PARA NOSOTROS TAMPOCO LA OPORTUNIDAD DE OCUPARNOS DETENIDAMENTE DE AQUELLA INSTRUCCIÓN I DE PONER DE MANIFIESTO NO SOLO LAS INCORRECCIONES, SINO LAS INFRACCIONES DE LA LEY QUE SE HAN COMETIDO EN SU ACTUACIÓN: HAY TIEMPO PARA ESTA TAREA SALVADORA DE NUESTRA PERSONALIDAD, A LA VEZ QUE REPARADORA DE LA JUSTICIA I DE LA MORALIDAD SOCIAL".

El Juez de Instrucción encontró, según su criterio, causas determinantes de nuestra detención, i la dictó, creyendo tal vez que así llenaba satisfactoriamente su misión. Discutir si en realidad esa causa existió, queda igualmente reservada para mejor ocasión, ya que nuestro propósito es que el proceso toque término i que se expida el fallo a que hubiere lugar.

Pero por ahora, i aun cuando al auto de detención no se nos ha comunicado en ninguna forma desde que fuimos presos, i por tal motivo es perfectamente procedente la QUEJA por detención arbitraria, de cuyo recurso hicimos uso ante el Tribunal Correccional; nuestro ánimo no es reproducirlo por el presente, en el que solicitamos nuestra libertad incondicional, y subsidiariamente, bajo fianza; i para conseguirlo, se ha de servir el Tribunal Correccional tomar en cuenta las siguientes consideraciones estrictamente legales:

Sentado este axioma, pasamos a fundamentar nuestra petición: por lo mismo que los sucesos que tuvieron como teatro la ciudad de Santiago de Chuco, fueron varios i de naturaleza tan compleja, no es posible, legalmente, que en el expediente corran actuaciones precisas i categóricas que importen la acusación de los denunciados y las pruebas o declaración de su culpabilidad.

Basta recordar que el asalto de la casa de los señores Santa María se realizó por una muchedumbre, que no hizo otra cosa sino protestar de la muerte que la tropa sublevada dio al honrado vecino de Santiago de Chuco, señor Antonio Ciudad, momentos antes. I ni cabe decir que esa muchedumbre realizó el asalto, porque de autos consta que a esa casa penetró únicamente el Subprefecto y las personas que el designó; i que no se faltó a nadie i menos se cometieron actos de violencia con sus moradores.

En un suceso o acontecimiento de esta índole y con tales características, no sólo es difícil sino imposible, señalar individualmente a los autores de los delitos denunciados por Santa María, delitos, que por otra parte, no se cometieron y que se inventaron únicamente con un fin preconcebido: el de perdernos para alejarnos de Santiago de Chuco, de la acción en la política de esa provincia. I por lo que hace al incendio, nadie puede, honradamente, designar a su autor o autores, por mucho que haya sido el empeño de los acusadores para hacer recaer sobre nosotros la responsabilidad de otro delito.

Tenemos conocimiento que los testigos a quienes se apeló por parte de los denunciantes, han incurrido en tan notables contradicciones, que sus testimonios no pueden estimarse como verídicos, ni mucho menos. I es natural que así sea, si se tiene en cuenta que no es tarea fácil adiestrar a más de treinta personas, para que depongan uniformemente; i esto que no sería posible tratándose de testigos a quienes hubiere constado algo de lo ocurrido, resulta simplemente utópico con personas buscadas ex-profeso para faltar a la verdad i conseguir por tan inmoral medio el plan político preparado, de antemano, aun que para

esto haya sido propicio escarnecer a la justicia, agraviar la majestad de la ley y mancillar sin el menor escrúpulo la reputación de muchos hombres de bien.

Con un proceso cuyo aspecto leal era el que dejamos anotado, cabe afirmar que el Juez Instructor no tuvo elemento legal de criterio para decretar la detención de los acusados, invocando únicamente la contradicción que dice haber advertido en las instructivas de los mismos, i en el mérito que a su juicio pudiera haber arrojado cualquiera otra diligencia. Si esas contradicciones existen, no pueden ser sino de detalles, ya que no es posible suponer que alguno de ellos se haya declarado delincuente y verdaderamente responsable.

Parece Sr. Presidente, que la detención se dictó a raíz de la instructiva de uno de los acusados, don Pedro Oscar Losada.

Pero al respecto debemos llamar la atención del Tribunal, que Losada ha manifestado no haber rendido tal declaración, puesto que tres días después de la fecha que aparece actuada, se ha dirigido por medio de un recurso al Promotor Fiscal don Rodolfo Ortega, significándole que se encontraba preso en la cárcel de Santiago de Chuco i que no obstante los días transcurridos, no se le había tomado la instructiva. I ese recurso lo remitió el Promotor, con el oficio respectivo al juez instructor, llamando su atención y haciéndole en forma urgente.

24

**Es posible me persigan hasta cuatro
magistrados vuelto. Es posible me juzguen Pedro.
¡Cuatro humanidades justas juntas!**

Héctor Vásquez fue a buscarlo temprano y le recordó que debían escapar de Santiago de Chuco.

—¿Listo?

—Listo. Pero, ¿de veras crees que es necesario? Si nos vamos, estamos confesando que somos culpables.

—¡Vamos!

—Espera, tengo algunos papeles que llevar.

—No tenemos tiempo que perder.

—Un momento, nada más.

—Vas a llegar tarde a tu propio entierro.

—No son ni las dos de la mañana. Creo que nos estamos anticipando mucho.

—Los arrieros nos esperan. Sin ellos, nos perderemos.

Montaron a caballo y avanzaron. Se les unieron dos arrieros. Quizás, en vez de avanzar, dejaron que las bestias trotaran por los caminos hacia las profundidades de la tierra. Dejaron que la distancia los tragara y que los cercara una noche densa, apelmazada de nubes. Durante horas, sólo habló el camino y el monótono repicar de las herraduras sobre las piedras. Vientos fantasmas y fuegos fatuos se les cruzaron, pero los perseguidos no suelen tener ojos, ni oídos, sino una velocidad vehemente.

*Es posible me persigan hasta cuatro
magistrados vuelto. Es posible me juzguen pedro.
¡Cuatro humanidades justas juntas!*

Cabalgaron a lo largo de las cordilleras, por encima y por debajo de los puentes, bajo el frío y por encima del calor. Cabalgaron por la puna en donde los caballos se retrasaban mientras las estrellas trataban de reunirse en torno de la negrura. Cabalgaron por esas oscuridades donde se oyen campanas y se adivina que son las campanas de los muertos. Siguieron el trote como si estuvieran dando vuelta en torno de la redonda tierra oscura y continuaron hasta que comenzaron a confundirse con los caminos blancos de la Vía Láctea. Si alguien los hubiera visto desde lejos, los habría creído hombres perseguidos por las estrellas. De lejos sus sombras parecían atravesar la sombra de la Vía Láctea.

No se encontraron con sus perseguidores porque habían tomado caminos que no conducían a Trujillo. Se toparon con pequeñas caravanas de enfermos, andrajosos y miserables, indios y mestizos, que emigraban de Quiruvilca. Hombres y mujeres, y niños famélicos avanzaban en hileras, tambaleándose a veces y amontonando sus pequeñas pertenencias sobre burros y mulas huesudas. Se detenían a beber agua en los pequeños vertederos de las rocas y avanzaban por los matorrales para conseguir alguna comida. A pesar de que el hambre los desesperaba, apenas tuvieron aliento para desearles los buenos días. Sabían perfectamente que los gendarmes ni siquiera los tomarían en cuenta, y si indagaran por ellos no sabrían qué decir porque muchos de ellos habían dejado el alma ausente habitando las espantables minas de Quiruvilca.

Aquellos habían sido echados de la mina por viejos, enfermos o mutilados. Se iban a la Costa. Tenían la fortuna terrible de conocer su destino y de saber incluso el día de su muerte, pero consideraban mejor que aquélla llegara a buscarlos en la libertad y no en el cautiverio negro de un socavón. Muchos se quedarían en el camino atacados por algún brusco paludismo. Los mosquitos costeños se alimentarían de sus venas y les dejarían con todo el cuerpo colorado. Un día después, conocerían la tembladera y los fríos de la muerte. Otros, los sobrevivientes, entrarían a Trujillo por la Portada de la Sierra, entre Trujillo y la hacienda Laredo, para terminar pidiendo caridad por el amor de Dios a la puerta de alguna iglesia.

Los que se iban a las grandes haciendas azucareras del valle de Chicama tendrían que emplearse en oficios subalternos. Pobres, más que los más pobres de la tierra, harían mandados para los trabajadores de Casagrande, de Roma, de Laredo. Sus mujeres harían los servicios de cocina y sus hijos varones esperarían la hora en que la patria los llamara como movilizables para ir a servirla en las fronteras peligrosas.

—¿Llegaste a hablar con el nuevo juez?

—No. ¿Y tú?

—Lo vi de lejos —respondió Vásquez. Añadió—. Pero supe que interrogó al subprefecto de la peor manera. Se pasó dos días y dos noches con él. El pobre viejo estaba sin comer, y le hacían más y más preguntas. No respetaban su edad. El hombre permanecía de pie mientras el juez y el secretario miraban los papeles.

—¿Qué le dijeron?

—No sé.

—¿Qué les dijo?

—No sé.

—Y tú ¿llegaste alguna vez a conocerlo? Me refiero, al juez.

—Sí.

—¿A conocerlo, lo que es a conocerlo?

—Fue mi compañero en la universidad de Trujillo —respondió Vallejo.

—¿Crees que es honesto?

—No estoy seguro.

—¿No estás seguro?

—No creo que sea honesto. No creo que pueda ser honesto. No creo que quiera ser honesto.

—¿Es verdad que fue abogado de la hacienda Casagrande?

—Sí. Apenas salió de la universidad, comenzó a trabajar con ellos.

—¿Y todavía no estás seguro?... ¿No sabes acaso lo que hacen los abogados de esa empresa?... Justifican todos sus crímenes. Justifican cualquier represión sangrienta contra los peones. Hunden en la cárcel a los infelices que se atreven a protestar contra la hacienda.

Los ojos de Vallejo titilaban en la oscuridad como los ojos de los caballos. Ya en el camino costeño, cuanto habían cesado las ondulaciones de los Andes, aceleraron la marcha. El viento parecía haberse quedado atrás y, en el espacio vacío y plano de la Costa podía sentirse y presentirse hasta el aliento de los animales. Cabalgaban con el sol del crepúsculo envolviéndolos y convirtiendo al mundo en una estrella de color rojo. Cuando llegaron cerca de la hacienda Laredo se separaron. A partir de ese momento, César Abraham se dirigió caminando por las huertas y caminos de herradura hacia la casa de su amigo Antenor Orrego, en Mansiche al oeste de Trujillo.

Llegó a la puerta de “El Predio” cuando ya era media noche. La puerta se abrió apenas quiso dar golpes sobre ella. Lo estaban esperando.

—¡Antenor!

—¡César!

—¿Cómo?... ¿Cómo supiste que llegaba a esta hora?

—Me llegó tu mensaje. Aunque no hubiera llegado, Julito y yo hemos estado esperándote.

Julio Gálvez Orrego, sobrino de Antenor, estaba en la cocina preparando un café.

—No quiero molestarlos —dijo César.

—Te quedarás aquí todo el tiempo que sea necesario. Aquí terminarás de escribir tu libro.

Bebió a sorbos lentos el café que le ofrecían. Le pareció que el mundo cambiaba otra vez para bien suyo. El aire le trajo bramidos marinos, batir de alas y conversación de pelícanos.

Se quedó tres meses.

25

Soñar que vas a caballo

Vallejo le temía a la noche. De niño le habían dicho que dormir es aprender a olvidar la luz del día hasta cuando nos toque olvidarla para siempre. La primavera de 1920 fue fría y nublada, y la noche llegaba a veces sin pasar por el día. Era el momento en que las pesadillas se acercaban a su cama.

El sueño más obsesivo lo hacía evocar su fuga hacia la Costa. Una noche, como las otras, soñó que cabalgaba en dirección del mar sin detenerse, y nunca terminaba de llegar. Se hundió el sol, se hizo la noche, salió la luna y llovieron las estrellas. César apretó los dientes.

Cerca ya de Trujillo sintió un estrépito a sus espaldas. Volvió los ojos y, entre las imágenes de su sueño, descubrió una docena de jinetes que venían tras de él desde el horizonte como los heraldos negros que nos manda la muerte.

Cabalgaban afilados e implacables, y no iban a detenerse hasta alcanzarlo. Decidió escapar. Eludió la lluvia de estrellas, vadeó ríos turbios, ascendió cerros feroces, cruzó valles verdes y se deslizó sobre desiertos amarillos. Lo devoró el susto. Relinchó el caballo. Los perseguidores estaban siempre a la misma distancia.

—¡César, César!... ¡Ey... César!

Pensó que había estado huyendo todas las noches de su vida y decidió entregarse. Bajó la velocidad, pero los jinetes hicieron lo mismo.

Se detuvo a esperarlos y recordó que siempre había sido así. Tenía 28 años, y todo el tiempo en la vida le había ocurrido un desastre cuando estaba por llegar a algún lugar deseado, cuando amaba a una mujer maravillosa, o cuando iba a encontrar la palabra que da el ritmo secreto de la poesía.

—¡Bienvenido! Toda la vida hemos estado cerca de ti, pisándote los talones —dijo uno de los perseguidores.

—Bienvenido al Infierno —aclaró la voz.

Entonces sintió que ya no tenía cuerpo sino sombra. Asustado, intentó hablar o gritar. Su garganta emitía sonidos que no llegaban a ser palabras.

—¡Despierta, César. Estás gritando!

Dio vueltas, se revolcó, trató de correr, pero las sombras no lo querían dejar. Por fin, abrió los ojos. Había gritado tanto que en las habitaciones de abajo, sus amigos despertaron, treparon la escalera y corrieron hacia su cuarto. Julio y Antenor estaban junto a su cama. Uno de ellos lo tomaba por los hombros y lo agitaba para que despertara por completo.

Ya no estaba en medio de un sueño maldito. Había vuelto a la realidad y despertaba en su habitación de “El Predio”. Se hallaba en el pueblo de Mansiche, a pocos kilómetros de Trujillo, allí donde su amigo Antenor le había dado albergue. Recordó que había llegado en agosto.

—Otra vez lo mismo. Otra vez estabas gritando, César.

Levantó la cabeza, y encontró a sus amigos.

—Pero esta vez me alcanzaron.

—Sigues soñando, hermano. Eran sombras. ¡Sombras! —lo tranquilizaba Antenor Orrego.

—¿Sombras? Eran tan reales... eran más reales que ustedes.

Julio aconsejó:

—¿Te alcanzaron? Debías haberles resistido.

—¿Para qué?

—¿Para qué? ¿Cómo que para qué?

—Todo el tiempo van a estar allí en medio de mis sueños. Siempre van a estar custodiándome.

Antenor Orrego abrió la puerta, y el viento salino de la madrugada entró de sopetón. Si todavía había sombras escondidas, la corriente de aire frío terminaría por espantarlas, pero volverían a la noche siguiente. Hacía tres meses que refugiara a Vallejo, y casi todas las noches, la pesadilla venía por él. Julio Gálvez, su sobrino, prefería tomar el asunto en broma.

—¿De qué te quejas? Mete a la pesadilla dentro de un saco. Después la atas bien y la echamos al mar.

—Julito tiene razón. Todo lo que te atormenta lo puedes convertir en poesía —aseveró Orrego—. Además, algún día, esas sombras se volverán famosas.

—Ahógalas, hermano —Julio le estaba ofreciendo un vaso de agua. A través de la ventana, se veían el cuello y la quijada de Rocinante, el caballo que vivía con ellos y los ayudaba a comprar comestibles en la ciudad. La perra Emma ladraba distante como si quisiera asustar al sol que ya se estaba metiendo por la ventana.

—Mira lo tranquilo que luce Rocinante. Mañana iré con él a Huanchaco, y traeré unos cangrejos. Una buena sopa de cangrejos te hará bien- insistió Julio.

Pero Vallejo no se dejó convencer por la bondad de sus amigos. Llevaba tres meses en esa casa y no podía salir ni un momento a la puerta porque la policía lo buscaba.

—Algo quieren decirme estos sueños. Quizás ya he sido localizado, y en cualquier momento, van a venir por mí.

No había muchos vecinos próximos a la pequeña vivienda de Antenor Orrego, en el camino entre Trujillo y el mar. No existía allí el peligro que podía esperar en alguna casa de la ciudad. Se lo recordó su amigo.

—Freud dice que los sueños son expresiones del inconsciente. Tal vez, problemas no resueltos en la infancia. Pero no son anuncios. No, por favor, no te preocupes.

—Me la tienen jurada. Si me apresan, no vuelvo a salir de la cárcel.

—No va a ser así, César. Espera una semana más aquí escondido con nosotros, y ya verás que todo cambia.

—¿Sabes lo que dicen? Que si la policía llega a detenerme, ellos harán lo imposible para que me pudra en la cárcel. Pueden incluso contratar un sicario para matarme en la prisión. Allá es más fácil.

—Te repito que no va a ser así. El juicio comenzó contra ellos. Fueron ellos los que armaron la revuelta. Son ellos los que deben una muerte. No sé cómo han hecho para que ahora la acción judicial se haya vuelto contra los denunciantes. Tienen influencias, pero eso no les valdrá todo el tiempo. La evidencia está de tu lado.

—¿Tú crees? ¿Tú crees eso, hermano?

Antenor no respondió.

—Gracias, Antenor, pero la cárcel está repleta de infelices que pasan largos años sin ser juzgados, y si llegan hasta el juicio oral, si es que sobreviven hasta entonces y si, por ventura se les declara inocentes, se ven envueltos en otro juicio, y después en otro. Tú lo sabes.

—Lo sé, lo sé. Por algo soy periodista. Pero eso no va a ocurrir ahora contigo. Estamos en el siglo veinte. Quédate con nosotros, hermano.

—No me gustaría comprometerte. Ya le he enviado un mensaje a mi abogado, y la próxima semana voy a cambiar de refugio. Nadie va a sospechar que me escondo en

el centro mismo de Trujillo, y menos en la casa de Andrés Ciudad, justo al lado de donde vive el prefecto. Si logro entrar allí, podría esperar todo el tiempo hasta que este asunto se resuelva.

Una ráfaga de viento abrió otra vez la ventana, y allí estaba Rocinante. Dormía de pie y con los ojos abiertos. Parecía un caballo dibujado por un niño. A su lado, Emma, la perra, fingía dormir, pero sus orejas en punta mostraban que estaba atenta a las conversaciones en la casa. De pronto gruñó.

—Nos está cuidando. ¿Te das cuenta?

Emma gruñó de nuevo y volteó a mirar a sus dueños.

—Con ella a nuestro lado estamos protegidos contra los gendarmes y contra las sombras.

La perra gruñó otra vez, y otra vez pasó el día y llegó la noche. Y en la noche, el mismo sueño continuó. Esta vez, los heraldos negros ya estaban frente a él.

Otra vez, lo atrapó una pesadilla diferente. Sabía que estaba metido dentro de un sueño y quería despertarse, pero no podía. Cuando pudo hacerlo, se levantó. Corrió hacia el comedor, y encontró a Antenor leyendo un periódico.

—Acabo de verme en París —le dijo— con gentes desconocidas y, a mi lado, una mujer también desconocida. Mejor dicho, estaba muerto y he visto mi cadáver. Solamente la mujer desconocida lloraba por mí. Mi madre levitaba en el aire y me alargaba la mano.

—¿En París? ¿Cómo sabías que era París?

—¡Era París! Yo sé que era París. Llovía en el cementerio.

—¿Has soñado que morías en París...?

—No. No lo he soñado. Estaba despierto. He tenido la visión en plena vigilia y con caracteres tan animados como la realidad misma. Creo que voy a volverme loco.

De nuevo se hizo de día y después de noche y otra vez llegó el día, y lo malo es que siempre llegaba la noche. Por fin, transcurrió toda una semana sin que la pesadilla acudiera a buscar a César. Entonces, el seis de noviembre, muy temprano y a tientas porque no había luz, dobló la colcha que había estado usando y alisó la almohada, entró en el baño y después de pasar un rato allí, buscó en el ropero su terno negro. Luego, se lustró los zapatos hasta que éstos comenzaron a reflejar la luz de la madrugada y, por fin, frente al espejo, se probó una corbata amarilla y luego otra, color concho de vino, pero sintió que no iban con él ese día. Descubrió que todo dependía del largo de la corbata y de la forma del nudo, y por fin se sintió contento con la de color concho de vino. No quería hacer ruido para no despertar a sus amigos y bajó la escalera en puntillas, pero cuando llegó al primer piso, encontró a Antenor en la cocina preparándole un café.

—Una vez más, César, te ruego que no te vayas.

Por toda respuesta, Vallejo lo miró con tristeza y lo abrazó sin decir palabra. Ya estaba frente a la puerta el Ford negro que lo conduciría hasta su escondite en la ciudad. El carro había sido conseguido por su amigo José Eulogio Garrido, y el chofer era de entera confianza.

—Suba por atrás. Tiéndase en el piso.

Emma lanzó un gañido dulce. Después ladró varias veces como si quisiera dar consejos al que se marchaba.

El chofer hizo sonar la bocina, y su mugido resonó en el desierto. El hombre estaba muy orgulloso, y la hizo sonar otra vez. El ulular se encaramó entonces sobre los altos templos de la milenaria ciudad de Chan Chan, allí cerca.

—Tiene buen volumen. ¿No le parece? —dijo mirando hacia el asiento de atrás como si no supiera que su ocupante estaba tendido en el suelo.

—Usted sabe lo que es este carro, ¿no?

Vallejo no contestó, pero el hombre inició una descripción embelesada del vehículo.

—Es un Ford del año catorce, o sea de hace solamente seis años. Tiene el motor en V. Sí, señor. Nada menos que el motor en V. Ha sido comprado en Ascope. La casa D´Angelo lo importó. Fue traído en barco desde Estados Unidos.

Tal vez era algo sordo y suponía que los ruidos del pavimento tenían algo que ver con la voz de su pasajero.

—Del año catorce. Después de la guerra, se discontinuaron. No creo que se vuelva a producir una máquina como ésta.

Para dar énfasis a sus palabras, hizo sonar el escape.

—¿Se da usted cuenta? Esto es poder. Sí, señor. Poder.

Vallejo tenía que llegar a una hora exacta a la casa donde lo esperaban. Corría peligro de ser detenido.

—Al entrar en la guerra, los americanos aplicaron esta tecnología a los tanques.

No había manera de persuadir al conductor de que acelerara.

—Este carro es un tanque. Sí, señor. Un tanque de guerra.

César extrajo de la relojera de su pantalón un Longines tres estrellas que su padre le había obsequiado. Eran las seis y cuarenta y cinco de la mañana, y por los saltos que daba el carro todavía estaban en el campo y no entraban aun en la ciudad.

—Oiga —dijo el chofer.

—Oiga —repitió deteniendo el carro para que Vallejo lo mirara. Era un negro alto y bien afeitado.

—Oiga, usted. Apunte bien lo que le voy a decir para que no se le olvide. El automóvil desplazará al barco en este siglo que comienza. Nadie viajará en vapor, sino las mercaderías. La gente podrá llegar a Lima por tierra, y por tierra también se podrá viajar hasta los Estados Unidos... Claro que allí habrá que tomar el vapor para ir a París, pero será por un trecho más breve.

César le rogó que se apresurara.

—Recuerde lo que le estoy diciendo y cuando pase el tiempo me dará la razón. En el mundo, no habrá sino autos y vapores, pero el auto llegará mucho más rápido a todas partes.

Vallejo no respondió para evitar que una conversación innecesaria los mantuviera detenidos. Entonces, el chofer volvió arrancar y, durante unos cinco minutos, dejó de hacer la apología del automóvil.

Pero no podía estar mudo por mucho tiempo. De repente, dejó de mirar la carretera para observar al pasajero que iba tendido en el piso junto al asiento de atrás.

—Oiga. Se supone que no quiere que se fijen en usted. ¿No?

Un bache hizo saltar el vehículo.

—Debería vestirse como cualquier cristiano

Terminaron de pasar las ruinas de Chan Chan, pero el carro no entró todavía a la ciudad. En vez de ello, el chofer dio una vuelta y se dirigió hacia el mar.

—Le digo que con ese terno negro y esa melena, usted puede ser un anarquista o un poeta. Se van a fijar en usted.

El carro avanzaba saltando por una carretera recién afirmada. Hacía mucho ruido y el hombre gritaba.

—Su amigo me dijo que usted está perseguido, o algo así. No, hombre, no se preocupe. Para callar, me pagan.

Siguió hablando.

Vallejo le preguntó si ya estaban en Trujillo.

—¿Mío? No, de ninguna manera. Ni soñar con ser dueño de un carro así. De todas maneras, el patrón está metido en sus negocios. Además, no me hace demasiadas preguntas.

Dieron varias vueltas antes de tomar el rumbo definitivo. Cuando eran las siete de la mañana y un minuto, el carro se detuvo frente a una puerta abierta en la calle San Martín 422. Era un lugar muy seguro. Al lado, vivía el prefecto, y enfrente, un canónigo muy respetado. Por allí ingresó César Vallejo.

Fue recibido por un criado que le enseñó la habitación que le estaba reservada y abrió para él un ropero de cedro. Después, lo llevó a conocer la casa.

—La señora está fuera, pero llegará a mediodía. Las niñas volverán del colegio por la tarde. El doctor Ciudad viene a la una. Me pidió que lo atendiera y que le ofrezca lo que usted necesite. El doctor piensa que tal vez a usted le gustará pasar un tiempo en la biblioteca.

El primer patio estaba empedrado. En el segundo, había una fuente y un bebedero para caballos. Atravesaron el comedor principal y Vallejo pudo advertir que la mesa de caoba tenía patas de garra de león. La sala principal ostentaba un mobiliario del siglo XIX. Era una típica casa colonial trujillana.

El poeta se quedó en la biblioteca aislado por completo del resto de la casa. A la una de la tarde, escuchó los pasos de su anfitrión.

—César, está usted en su casa.

Andrés Ciudad había pasado la mañana entre la Corte Superior de Justicia y su oficina jurídica atendiendo diversos asuntos de esa índole.

Vallejo comenzó a disculparse, y dijo que no quería causar incomodidades.

—Recuerde, César, que soy yo quien lo ha invitado a venir. Era usted el mejor amigo de mi hermano cuya memoria defiendo cuando lo patrocino a usted. Además, no va a estar mucho tiempo. Ya verá que en una semana conseguimos que se levante la orden de detención.

Conversaron un rato. A la una y media, entraron al comedor donde los esperaba la esposa del Ciudad. Fue un almuerzo breve.

Al final, dijo la señora Ciudad:

—César, para nosotros es un honor tenerlo en casa. Para mis hijas, será una inmensa alegría. Quieren conocer a un poeta... A un gran poeta... Ellas han organizado un lonche en su honor. A pesar de que será solamente entre nosotros, nos han exigido vestirnos como para un banquete. Caballeros, les dejo solos. Recuerden que a las seis nos vemos en el comedor.

Transcurrió la tarde. A las seis, entró Vallejo en el comedor. Vestía todo de negro. Su camisa blanca tenía puño doble. Saludó a las niñas. Elisa, la menor, corrió hasta el jardín y allí cortó una rosa blanca. Avanzó hacia él y se empinó para ponérsela en el ojal.

—A usted le queda muy bien.

César se sintió feliz y pensó que esta escena se repetía. Así exactamente y con una rosa del mismo color en la solapa vestía en la foto que se tomara con sus amigos en el agasajo al poeta Parra del Riego. Tuvo la corazonada de que la rosa blanca iba a aparecer muchas veces en su vida.

El abogado y su familia usaron ese día solamente una delgada puerta falsa que daba a la calle Independencia. Nadie más que Vallejo entró ni salió por la puerta de San Martín durante todo el día, y sólo los vientos de noviembre con sus aullidos pugnaban por colarse. Las ventanas de la casona estaban guarecidas por rejas de hierro forjado. Dos pétreas columnas daban marco a la puerta. El tallado y el decorado eran barrocos, y la madera procedía de Nicaragua. Era una entrada colmada de esplendor y provista de

dos aldabones coloniales que terminaban en una pequeña sirena de bronce. La casona había pertenecido al arzobispo Juan Benedicto Mora en el siglo XVII y, en aquella época, bastaba asirse a uno de los aldabones para gozar del derecho de asilo. En el siglo XIX, había sido el centro del poder insurgente cuando el Libertador Simón Bolívar estableció en ella su cuartel general. Ese día, después de que ingresara Vallejo, no se iba abrir a nadie, y no se abrió. Además, nadie pidió entrar. Aquella arquitectura era imagen del poder y la seguridad. La soberbia puerta barroca permaneció cerrada hasta las 6 de la tarde en que, sin tocar los aldabones, nueve gendarmes comenzaron a dar golpes de comba sobre la colosal madera hasta que la derrumbaron, e irrumpieron a balazos mientras preguntaban a gritos:

—¿Dónde está Vallejo?

26

El otro sueño de Mirtho

El 6 de noviembre de 1920, Zoila Rosa Cuadra soñó que el siglo veinte había pasado de sopetón junto a ella, y se había convertido en una anciana. Ya no era la ágil colegiala llamada Mirtho por el poeta Vallejo, todos sus amigos habían muerto y ella misma caminaba con dificultad por las calles de Trujillo.

En la pesadilla, la rondaba un aire viejo.

Sabía que estaba soñando e intentó despertar. Cuando por fin lo logró, su tía Isabel estaba frente a la cama:

—¡Sal, hijita, y pasea! —le recomendó su tía Isabel como remedio contra las pesadillas. Añadió que el problema de esos malos sueños se debía al hecho de vivir en esa mansión antigua, cercana a la muralla colonial de Trujillo.

—En los dormitorios, en las ventanas, en el comedor, en los pasillos, viven las almas en pena... A todos nos ocurre en estas casas viejas... —le explicó.

Las paredes medían más de un metro de ancho.

La otra tía, Margarita, era moderna.

—¡Cómo le dices esas cosas, Isabel!... Esos son cuentos. Estamos en 1920 y éste es el siglo del progreso.

—Te digo que se nos pegan las penas.

—Mil novecientos veinte, hija. Esto es mil-no-ve-cien-tos-vein-te, y ya es seis de noviembre.

La tía Isabel frunció los labios y con ellos señaló el espejo:

—Mira. Mira bien. Hay penas hasta en el espejo. Y si te fijas bien, el espejo palpita.

Las dos tías estuvieron de acuerdo en que un paseo le sentaría bien a Zoila Rosa, y ella recordó que esa tarde debería verse con José Eulogio Garrido.

Se dirigió al centro de Trujillo. Caminaba como si anduviera metida dentro de un sueño. Llegó a la Plaza del Recreo y se fue como flotando por toda la calle del Progreso en dirección de la Plaza Mayor. Avanzó por en medio del silencio, frente a jóvenes que la saludaban con piropos. Le decían que todo era un sueño en ella, su cuello largo, casi transparente, su mirada de un azul cambiante, su silueta precisa y perfecta, y, por fin, su manera de caminar sin verlos como si anduviera en efecto metida en cuerpo y alma dentro de un sueño.

Las mujeres bonitas, jóvenes y de buena familia deben fingir que no ven a la gente. Así le habían aconsejado las dos tías, y por eso ella ni siquiera miraba a los costados. Ser elegante es obligatorio, le habían dicho y le habían dado otro consejo que seguía al pie de la letra. Consistía en levantar los ojos y la nariz despectiva como si, ocho kilómetros al oeste, en la playa de Buenos Aires, algo allá lejos, se estuviera pudriendo.

Zoila Rosa seguía los consejos, pero en todo lo demás escandalizaba a su familia, sobre todo en su afición por las novelas de moda y en su amistad con el grupo de los bohemios de Trujillo.

En la esquina de la calle Colón se encontró con su amiga Hermelinda Melly que había pasado la tarde leyendo en la biblioteca de la Liga de Artesanos. La coincidencia no las asombró porque siempre se encontraban sin darse una cita.

—Hasta este momento, no existías. Yo te acabo de inventar —bromeó Zoila Rosa.

—En cambio, yo te estoy soñando.

Continuaron el camino juntas por la calle principal. Llegaron hasta el Palacio de Iturregui, y se detuvieron por un breve instante. Lo hicieron para observar a través del gran portón abierto, los saltos que daba el sol, esa tarde de noviembre, al reflejarse en los cristales del edificio del siglo XVI e impregnar de oro la albura de las paredes coloniales.

—Me hace recordar al sol de “Como el sol”.

—¿Como el sol?

—Como el sol. Como el sol —repitió Zoila Rosa. ¿Leíste el aforismo de Antenor Orrego?... Lo publicó el domingo en “La Reforma”.

Hermelinda negó con la cabeza, y su amiga extrajo de la cartera un recorte periodístico. Leyó:

“... Ni el tiempo ni el espacio son obligatorios. Puedes estar aquí y allá en el mismo instante. En este tiempo y en el que viene, según lo exija tu deseo. Como el sol”.

—Es así como me siento —comentó Zoila Rosa—. En una y otra época. Al mismo tiempo, en un tiempo y en el otro.

Añadió:

—Tengo sueños horribles, ¿sabes? Sueño que llego a ser muy vieja.

—Eso no es horrible.

—Sí lo es... cuando te ves decrépita a fines de este siglo.

Avanzaron hacia la Plaza Mayor. Zoila Rosa iba a encontrarse en la pila colonial del centro con José Eulogio Garrido quien le tendría noticias de César. Pero todavía faltaba una hora para eso, y quiso matar el tiempo conversando con su amiga.

Llegaron hasta la plazoleta de la iglesia de los Mercedarios, y escogió una banca.

Hermelinda no se sentó. Adujo que iba a entrar en la iglesia.

—Te he pedido que me acompañes. Por favor, quédate un rato más conmigo.

—Oye, ¿cuánto tiempo hace que tienes esos sueños?

—Semanas. Meses...

—Aguarda un momento. Dices que te ves a finales de este siglo. Tal vez puedas averiguar las cosas que van a suceder.

Esta vez, Zoila Rosa levantó los hombros. ¿Para qué le interesaba a ella conocer el futuro? Lo pensó un momento. Quería enterarse si César Vallejo iba a salir airoso de sus problemas judiciales. Aunque su relación amorosa con el poeta había terminado tiempo atrás, seguían siendo amigos. Muy amigos.

Además, quería saber si el mundo iba a reconocer a Vallejo algún día como un poeta genial. Se quedó callada.

—¿Sabes lo que estaba leyendo en la biblioteca de la Liga de Artesanos? —preguntó Hermelinda, pero Zoila Rosa parecía en otro mundo.

—Es terrible, ¿sabes?... En el sueño, me rodean personas maravillosas pero de otro tiempo. Se supone que son mis descendientes. Me tratan como a una reina vieja.

—Leía “La máquina del tiempo” de H.G. Wells... —insistió Hermelinda.

—Si tuviera una máquina como esas, no la usaría. Estoy escarmentada con los sueños que tengo.

—Un hombre avanza en la máquina por todo el siglo veinte. Hay inventos asombrosos, un poco infantiles para ser creíbles. Después de dos guerras horrorosas, vuelve la paz y la gente vive en el socialismo.

Zoila Rosa había conseguido su propósito. Su amiga, sentada junto a ella, le hablaba de Wells y no tenía cuándo detenerse. De pronto, hizo una pausa y se levantó para irse.

—Te he pedido que me acompañes. Le podrías preguntar a José Eulogio qué es lo que piensa sobre la máquina del tiempo.

Zoila Rosa había dado en el blanco. Para ella, no era desconocido que el narrador había tratado una vez en vano de enamorar a Hermelinda.

—Podría... Claro que podría hacerlo. Pero bueno, la cita no es conmigo —respondió mientras se soltaba riendo de la mano de su amiga que deseaba a toda costa continuar con ella. Un rato después, se hundía en la oscuridad del templo cuyo convento había servido de sala de procesos al Tribunal del Santo Oficio en la época de la Colonia.

Zoila Rosa se levantó de la banca y continuó su camino. Todavía no era la hora pactada, y su amigo no había llegado. Entonces, se dio cuenta de que estaba detenida frente al Bar Americano en la esquina de Progreso con la Plaza Mayor. Aunque no era dable que una señorita entrara ni mucho menos echara una ojeada a ese lugar, se plantó en la puerta y miró hacia adentro como si buscara a un amigo.

Los parroquianos no hicieron el menor gesto de que les molestara ser observados, o tal vez ni siquiera la advirtieron. El Bar Americano era en ocasiones, un establecimiento elegante. Otras veces, no pasaba de ser una barra soñolienta en la que se congregaban holgazanes, conversadores, héroes de cantina, fracasados, o universitarios que leían en silencio y de rato en rato espiaban para ver qué mujer bonita pasaba frente a la puerta.

Salía mucho humo de allí, pero la joven lo toleró sin problemas. Había un espejo detrás de los camareros, pero lo velaba el humo. Un hombre ñato y de ojos soñolientos miraba hacia la puerta, pero no la vio, o tal vez sí. Después llegó un camarero y depositó una copa de guinda en la mano derecha del tipo, pero aquél continuaba mirando hacia la puerta como si la reconociera.

—¡Qué raro! —dijo el ñato por fin—. Me pareció ver a una anciana que aparecía y desaparecía allí bajo el umbral de la puerta.

El hombre estaba borracho, pero a la muchacha no le hizo mucha gracia el comentario, de modo que abandonó la contemplación del bar, y continuó su camino hacia la esquina.

Desde allí pudo distinguir por fin a José Eulogio. Era siete años mayor que ella, y Zoila Rosa lo consideraba misterioso y brillante, pero sobre todo, buen amigo. Durante los últimos meses, había sido portador de las cartas que Vallejo le enviaba desde su escondite.

Cuando las miradas de ambos se encontraron, ella deseó que el sol no se moviera y que todo el tiempo fuera el mismo tiempo, ese tiempo. Mil-no-ve-cien-tos-vein-te, como decía su tía. Lo deseó con todas sus fuerzas, y cometió el error.

Le habían dicho que las mujeres bonitas, jóvenes y de buena familia no se apresuran aunque el rey del mundo las esté esperando, pero no se pudo contener y, en vez de continuar deslizándose, cruzó la calzada corriendo. En Trujillo, podían transcurrir dos o tres horas sin que alguna carreta o uno de los cuatro vehículos motorizados existentes en la ciudad se asomaran a la Plaza de Armas, y con esa confianza, la joven corrió hasta el otro extremo de la pista.

Sin embargo, en ese momento, aunque el sol no pareciera moverse, el tiempo cambió, y decenas de carros veloces inundaron la pista y la acorralaron como moscones zumbantes. Trató de esquivarlos, y quiso volver a la acera, pero un vehículo negro, brillante e inmenso frenó de golpe frente a ella.

—Vieja estúpida —gritó el chofer y, eludiéndola, continuó su carrera.

Las piernas no la sostenían. Se vino a tierra.

—Es doña Zoila Rosa Cuadra —comentó alguien a su lado— ¡Cómo pueden dejar que salga sola! ¡A su edad!

Mientras la ayudaban a levantarse, alzó la vista y trató de distinguir el centro de la plaza, pero allí no estaban más ni José Eulogio ni la pila de la Colonia sino un descomunal monumento de mármol que nunca antes había visto, y sobre él un hombre desnudo, también de piedra, que hacía equilibrios sobre una bola de bronce.

—Nada menos que doña Zoila Rosa Cuadra de Castillo —dijo el señor que la estaba levantando, y una mujer, que probablemente era la esposa, la abrazó con cariño:

—No se preocupe. Vamos a llevarla a su casa, pero tiene que prometernos que no volverá a salir sola. ¡Cómo se le ocurre!

La llevaron a casa. Una de sus nietas la recibió en la puerta y la acompañó hasta el dormitorio.

"Pero ni el tiempo ni el espacio son obligatorios. Puedes estar aquí y allá. En este tiempo y el que viene, según lo exija tu deseo" —tal vez repitió antes de quedarse dormida.

Tiempo Tiempo.
Mediodía estancado entre relentes.
Bomba aburrida del cuartel achica
tiempo tiempo tiempo tiempo.
Era Era.

Al día siguiente, alta la mañana, despertó, pero no sabía si estaba despierta o si todavía andaba metida dentro de un sueño. Sobre la cama de altos barandales en la que habían transcurrido las noches de sesenta años de matrimonio, diez de separación y cinco de viudez, doña Zoila Rosa Cuadra de Navarrete se dijo que los días eran blancos, interminables e idiotas. Pensó que su casa parecía más tumba que casa.

Tendida por completo no estaba. Más bien, se hallaba sentada a mitad de la cama en una especie de trono colmado de almohadones. En esa posición, solía dormir porque sus hijos temían que se ahogara cuando yacía tendida por completo.

Frente a ella habían puesto un inmenso televisor a colores.

—Señoras y señores —decía desde la pantalla un hombre muy simpático— dentro pocas semanas se acabará 1999 y entraremos en el año 2 mil. Un nuevo siglo y un nuevo milenio están llegando. Las profecías están de moda. En Europa circulan de nuevo las profecías de Nostradamus. En los Estados Unidos, hablan de un caos cibernético. Se dice que las computadoras no podrán reconocer el dígito dos. Eso hará que los bancos destruyan sus archivos, que las tiendas desconozcan a sus consumidores, que se interrumpa la dotación de alimentos, que las ciudades se paralicen y que se pierda el rumbo de los jets, de los barcos y de los trenes subterráneos.

—A ver, ¿cómo me llamo?

Al pie de la cama, se lo preguntaba con amor y con dulces ojos de perro, una mujer delgada. Aquella había abierto las persianas de la ventana para dejar que se filtrara un sol gelatinoso.

—A ver si me reconoces. A ver quién soy, cómo me llamo.

—¿Cómo te llamas?

—Sólo tienes que abrir bien los ojos y mirarme. Dicen que soy el vivo retrato de ti cuando eras joven.

—¡Que pretensión! —dijo a media voz la anciana Zoila Rosa.

Su nieta no la escuchó. Un sol aguado terminaba de filtrarse por entre las persianas, se estiraba como un gato sobre la alfombra, daba un salto y se subía a la cama.

—Con toda esa luz, ya puedes verme bien. Abre bien los ojos. Los ojos más lindos de Trujillo en los dichosos años veinte.

Rosa Mercedes le suplicaba recordar que ambas eran abuela y nieta. Doña Zoila Rosa ni siquiera la miraba.

—Acércate, hijita, ¿quieres?

La joven se le acercó.

—Un poquito más.

La mujer delgada se acercó, pero eso no le bastaba a doña Zoila Rosa quien insistía en que se acercara mucho más.

—Mírame a los ojos.

Rosa Mercedes algo asustada, acató la orden y le observó los ojos como si fuera un oculista. Pero se sintió mareada y navegando en un color azul atlántico.

Cuando ya la tenía como hipnotizada, doña Zoila Rosa decidió hacerle una pregunta.

—Es muy secreta.

—¿Qué pregunta?

—Oye hijita, ¿por qué crees que no te reconozco? ¿Crees que soy una idiota o que tan sólo me he reblandecido?

Rosa Mercedes rió aliviada, y se dijo que esa era de verdad su abuela, y que su sentido del humor no iba cambiar jamás.

—Idiota, no. Tan sólo un poco ida, como he sido siempre. Pero no se lo vayas a contar a tus tíos. Es un secreto entre nosotras.

La chica no pudo contener la risa y prometió ser discreta.

—Me gustaría que me peinen.

—¿Y qué crees que vamos a hacer? Ya he llamado a la peluquera y no tardará en llegar para que te ponga guapa.

—¿Y a qué hora llega esa mujer?

—No tarda en llegar, abuelita, pero aquí te traigo el espejo para que te mires y decidas qué clase de peinado le vas a pedir.

Se acercó al espejo que le ofrecía la muchacha, pero no encontró por ninguna parte a la mujer de ojos bellos que se suponía ser. En vez de eso, el azogue le devolvió la imagen de una elefanta anciana con los ojos azules, aunque la verdad es que no era ni inmensa, ni fea. Cuando andaba por los cincuenta, la gente la comparaba con María Félix y, ahora, era una anciana tan dulce y delgada como un espíritu.

—Debes admitir que tenemos la misma nariz.

Doña Zoila Rosa no se atrevía a observar su propia nariz porque le daba la impresión de que la suya crecía y crecía como la trompa de una elefanta.

Su coquetería le hacía temer un aumento muy grande de peso y volumen debido a los cuidados exagerados que recibía. Era normal que se sintiera así porque desde que cumpliera los noventa, sus hijos la tenían recluida en la casa familiar para evitar que saliera a la calle y se perdiera, y la hacían recibir cariños y cuidados en un mundo que comenzaba en el centro de su cama y trono, y terminaba en los altos barandales de bronce.

Quince mil personas poblaban Trujillo en 1920. En el año dos mil, pasarían del millón. En vez de las decenas de millares de carros del futuro, muy pocos vehículos motorizados circulaban por la ciudad entonces, y su paso era precedido por el humo y el estrépito de los motores, el traqueteo de las ruedas sobre las pistas adoquinadas y la admiración de las personas que no terminaban de considerarse habitantes del siglo veinte.

En pleno desierto costeño y a unas diez leguas del mar, la ciudad fue fundada por los conquistadores españoles con el trazo perfecto de un tablero de ajedrez. El cuadrado está inserto dentro de un círculo alto y amarillento, una muralla de seis puertas que, al iniciarse el siglo veinte, todavía se cerraban de noche y abrían al alba.

La urbe se halla a medio camino entre las pirámides del Sol y de la Luna y la milenaria Chan Chan, acaso la ciudad más grande del mundo en los días de Jesucristo. Pero tanto en los años veinte como al final del milenio, Trujillo ha seguido siendo Trujillo, y hay momentos en que parece que nadie poblara sus calles lentas y conventuales. En las noches de luna, resplandece la fachada de las iglesias barrocas y salen a caminar los recuerdos y los días muertos.

Uno a uno, sus hijos se habían casado y habitaban en urbanizaciones modernas. Su nieta, Rosa Mercedes, y vivía en un departamento del Golf, pero la visitaba todos los días. La casona del centro de Trujillo había quedado casi vacía, y además de doña Zoila Rosa, lo único que se movía eran las dos muchachas que la atendían, las agujas del reloj viejísimo, dos gatos y los sueños que le enviaba el recuerdo innumerable.

"No vive ya nadie en la casa. La sala, el dormitorio, el patio, yacen despoblados. Nadie ya queda, pues que todos han partido.

Y yo te digo: Cuando alguien se va, alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las viejas, por que sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombres. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Una casa vive únicamente de hombres, como una tumba. De aquí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Sólo que la casa se nutre de la vida del hombre, mientras que la tumba se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida.

Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos se han quedado en verdad. Y no es el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos. Y no es tampoco que ellos queden en la casa, sino que continúan por la casa. Las funciones y los actos se van de la casa en tren o en avión o a caballo, a pie o arrastrándose. Lo que continúa en la casa es el órgano, el agente en gerundio y en círculo. Los pasos se han ido, los besos, los perdones, los crímenes. Lo que continúa en la casa es el pie, los labios, los ojos, el corazón. Las negaciones y las afirmaciones, el bien y el mal, se han dispersado. Lo que continúa en la casa, es el sujeto del acto."

—Idiota todavía no estoy, hijita. Pero no les cuentes a tus tíos. En la vida, casi siempre, es mejor pasar por idiota.

Rosa Mercedes suspiró aliviada, pero no del todo, porque si bien ahora charlaba con su abuela, y aquella estaba vivaz y sonriente, había momentos en que parecía cruzar de una orilla a la otra, desde esta vigilia hasta el mundo de los sueños.

—Oye, Rosa Mercedes hazme un favor. Deja que me escape un rato. Quiero salir a la calle y no me gustaría que le avises a ese viejo de tu abuelo.

—¿Y se puede saber, adónde piensas ir?

—A reunirme con José Eulogio que debe estar esperándome.

Rosa Mercedes prefirió no interrumpirla. Su abuelo había muerto hacía quince años, y varios años antes que él, José Eulogio Garrido. La dejó hablar y relatarle con extraordinaria coherencia algunos sucesos ocurridos en 1920 que condujeron a la prisión al poeta César Vallejo, pero cuando la historia se tornaba más interesante, llegó la peluquera.

Entonces doña Zoila Rosa fue conducida desde la cama hasta una silla de madera donde la recién llegada le acomodó algunas toallas en torno del cuello.

—¡Qué maravilla! Tiene usted un cabello de sueños.

Los años habían tornado su cabello plateado y luminoso, y la peluquera se pasó una hora repitiéndole que sólo en sueños había visto una cabellera como esa. Se lo dijo tanto que por fin la anciana cerró los ojos y cayó dormida. Seca.

*****

Entonces, cruzó la pista que separa las calles Progreso y Mariscal de Orbegoso del centro de la Plaza Mayor, y al alzar la vista, otra vez pudo divisar el verde bronce de la pila instalada allí desde la época de los virreyes y las gotas de agua que saltaban desde el surtidor como si fueran mínimas estrellas transparentes.

—Lástima, Zoila Rosa, pero no le tengo noticias —musitó José Eulogio a su lado.

Se adelantó a la pregunta, y le dijo que no sabía cuál era la suerte de Vallejo en esos momentos. Omitió contarle que aquella mañana, Vallejo había salido de su escondite porque eso todavía debía ser guardado en secreto.

Dieron vueltas en torno de aquella plaza, la más grande del Perú, y por fin, decidieron sentarse en una banca que daba frente a la municipalidad, en el ángulo opuesto a la catedral.

—No se preocupe. Ya tendremos noticias. Estoy segura de que pronto César va a solucionar sus problemas.

—Lo siento mucho.

—Cambiemos de tema. También vine para reunirme con usted y para que me lea sus historias. Léame, por favor, el relato que me había prometido la última vez que nos vimos.

—¿No se va a asustar?

—¿Asustarme? ¿Por qué?

—Mi personaje se llama Zoila Rosa.

La historia era sucinta y se revelaba en tres páginas mecanografiadas con tinta azul. En la Zoila Rosa del relato, convivían dos personas que se ignoraban recíprocamente. Una de ellas, ya muy anciana, soñaba con terquedad en un período de su vida comprendido entre los quince y los veintidós años. La otra era una joven que, de un día para otro, despertaba convertida en una vieja matrona, su cabeza posada sobre perfumados almohadones y su mundo limitado por altos barandales de bronce, y a lo mejor pensaba que aquello era un sueño espantoso.

—Por favor, José Eulogio, ¿es eso lo que le desea a esta amiga suya?

—No está terminado. En realidad, no es un cuento. Es la síntesis de una novela que, tal vez, va a escribirse sola.

—¿Y en qué tiempo transcurrirán las acciones? ¿En nuestros prosaicos años veinte o al fin del siglo cuando todos ya estemos muertos?

En ese momento, se oyeron varias detonaciones, y un grupo de personas comenzó a correr en diagonal desde la esquina de la iglesia matriz hacia donde el lugar donde ellos se encontraban. Entonces Garrido abrazó a la joven para protegerla con su cuerpo de algún posible riesgo, pero no fue necesario que lo hiciera.

En el otro lado de la plaza, un grupo de gendarmes conducía a empujones a un hombre, y eso había ocasionado el alboroto de los muchachos. En su intento por dispersar a la gente y dejar el camino libre, uno de los hombres armados hizo disparos al aire.

Luego de un momento, la plaza quedó casi vacía y ya nada entorpeció la acción de los uniformados.

Desde donde la pareja se hallaba, todavía no se podía distinguir por completo la escena, pero cuando los gendarmes llegaron a la pila del centro, se dieron cuenta de que conocían al caballero vestido de terno negro. Aquel conservaba el porte erguido a pesar de que tenía las manos unidas hacia delante del cuerpo. Los guardias estaban gritándole todo el tiempo que acelerara el paso, pero él continuaba el camino a ritmo normal como si paseara. No era necesario que lo esposaran, pero lo habían hecho, y ni aun así perdía su dignidad.

Cuando la pareja lo reconoció, el silencio de la plaza comenzaba a ser ahuecado por un ulular característico. Eran los vientos de San Andrés que en noviembre se meten en la vida de la gente, hurgan las casas, exploran el recuerdo y se hacen dueños del mundo. El tiempo puede pasarse de frente sin que uno sienta otro sonido que estos aires con voz de perro.

El reloj de la catedral marcó las 6 de la tarde del 6 de noviembre de 1920, y el hombre de cabello negro, frente ancha, cejas pobladas, ojos pardos, nariz roma, boca grande y labios delgados continuó avanzando como si fuera el guía de los gendarmes. Vestía de negro impecable como si saliera de un banquete. Llevaba una rosa blanca en la solapa. Era César Vallejo. Al llegar a unos diez pasos de sus amigos, hizo un gesto a Eulogio como si tratara de sonreírle, y quiso decirle algo a Zoila Rosa.

Las manos de Vallejo estaban aprisionadas. El metal de los grilletes lanzaba destellos rojizos contra el sol moribundo de la 6 de la tarde del 6 de noviembre de 1920.

—No tienen derecho.

—¿Quién es usted?

José Eulogio se había adelantado hacia los gendarmes y trataba de impedir con su menudo cuerpo que aquellos continuaran avanzando.

—¿Y tú? ¿También tú eres un incendiario?

—¿Yo? ¿Sabe usted quién soy yo? Yo soy José Eulogio Garrido. Soy director de “La Industria”. Soy amigo de César Vallejo, y no pueden ustedes llevarlo de esa manera. El no es un delincuente.

El capitán de los gendarmes se contuvo. Le sorprendían los ánimos y el coraje con los cuales Garrido, pequeño y cojeando, se había acercado a ellos. Hizo una seña a su subordinado para que se apartara, e intentó justificarse:

—Llevamos al señor Vallejo a la cárcel porque hay una orden judicial contra él.

—Pero no pueden llevarlo de esa manera. No pueden ustedes ponerle esposas. Le repito que él no es un de-lin-cuen-te.

El capitán reaccionó:

—Las reglas para tratar a los detenidos las ponemos nosotros, no usted.

Zoila Rosa se acercó al grupo:

—Lo que está diciendo José Eulogio es cierto. No pueden llevar a César de esa manera. ¡De ninguna forma!¡No se lo vamos a permitir!

El capitán de los gendarmes se quedó asombrado. No había tenido oportunidad de hablar con una mujer tan bella y de tanto carácter. Cambió de tono.

—Sólo cumplo órdenes, pero sepan que se me ha instruido para ofrecer al señor Vallejo un tratamiento especial.

—¿Especial? ¿Especial y con grilletes?

—Especial, sí. Especial. Es un profesional y un poeta.

—Entonces, déjenos acompañarlo.

—No estoy autorizado, pero allí está. Salúdenlo, si quieren. Después, él viene con nosotros.

Se acercaron. César dio dos pasos hacia ellos e intentó abrazarlos pero recordó que tenía las manos esposadas.

—Díganle a Antenor lo que acaba de ocurrir. Por favor, díganle que he sido detenido en casa del doctor Andrés Ciudad y que me llevan a la cárcel.

—Se lo diremos ahora mismo. No te preocupes, César.

—Bueno, ya se saludaron. Tenemos instrucciones de que el detenido no hable con nadie, pero estoy haciendo una excepción con ustedes.

El capitán se interpuso entre Vallejo y sus amigos. Repitió:

—Ya se saludaron. Ustedes se quedan aquí.

—Confía en nosotros, César. Haremos lo que nos has pedido.

El grupo se había detenido en la esquina de la Plaza Mayor, donde se juntan las calles Progreso y Diego de Almagro. Dos gendarmes tomaron de los brazos al detenido, y lo obligaron a que avanzara.

Desde la esquina, Zoila Rosa y José Eulogio siguieron con la mirada a su amigo hasta el instante en que éste ingresaba en la cárcel.

Caminaron de vuelta hacia la banca de la plaza donde habían estado conversando.

—Me voy a reunir con Antenor y con otros amigos a las ocho. Antes de ese momento, Antenor es inubicable. Si usted desea, la acompaño a su casa.

—Tenemos poco más de una hora para conversar. Déjeme hablar con usted —suplicó Zoila Rosa, y añadió—. No sé si lo que acabo de ver es parte de la realidad o parte de un sueño maldito que a veces me llega.

Una luna enfermiza inauguraba la noche del 6 de noviembre. Todo era real, pero algo le quitaba precisión al escenario. La plaza y la pila eran reales, y las personas también. Sin embargo, todo a Zoila Rosa le parecía un sueño.

José Eulogio había recuperado el aire gentil y amable y le sonreía:

—Está bien —le dijo—. Sabíamos que esto iba a ocurrir pero ignorábamos el momento. César ha estado escondido durante todos estos meses. Quizás ahora las cosas terminen de manera diferente. Acaso todo se arregle de una vez. Confío en que la justicia llegará para él.

—¿De veras confía usted en la justicia?

—En la justicia, no. Confío en César.

Los jóvenes del grupo literario creían en el destino, y pensaban que ya lo conocían. Reunidos por la noche en las ruinas pre-hispánicas de Chan-Chan, César Vallejo, Víctor Raúl Haya de la Torre, Alcides Spelucín, José Eulogio Garrido, Federico Esquerre, Macedonio de la Torre, Oscar Imaña, Juan Espejo y otros más, se quedaban a veces silenciosos.

“Era como si quisiéramos adivinar entre las ruinas fantasmales de ese pasado, toda la tremenda responsabilidad de la tarea que nos aguardaba.”, dijo Antenor muchos años más tarde.

—No, no creo en la justicia, pero creo en el destino de César —repitió con cierta fuerza Garrido.

—Prométame algo, José Eulogio.

—¡Prometido!

—Prométame que nos veremos de nuevo. Prométame que nos veremos otra vez así como estamos ahora, así de jóvenes.

Zoila Rosa penetró en el primer patio de la casona solariega que habitaba.

27

La mecedora de don Salomé

Un enérgico recurso presentado por el doctor Godoy ante el Tribunal Correccional puso fin a la incomunicación que pesaba sobre César Vallejo. El abogado reclamó, además, que se le diera explicaciones sobre ese trato infamante. Nadie pudo dárselas. Se habló de que alguien había falsificado la firma del presidente de la Corte, pero nadie investigó ese hecho. Otros señalaron que el poeta había sido recluido en una celda infernal y luego prohibido de comunicarse con el mundo exterior por gendarmes corruptos y pagados con sobornos. Si esto era cierto, se hallaba en permanente peligro.

De todas formas, a partir de los primeros días de diciembre, pudo recibir visitas. El sábado 17, a las 8 de la mañana, llegaron sus amigos Crisólogo Quesada y Julio Gálvez. Le llevaban una propuesta.

—La idea es de Crisólogo, y todos lo apoyamos. ¡Tienes que participar en el concurso!

—¡Repite lo que has dicho! ¿Que participe en un concurso de poesía cuyos jurados son mis enemigos? ¡Ustedes están locos!

—No tan locos. Según las bases, la identidad del concursante está protegida por un seudónimo.

—Pero descubrirán mi estilo, y tratarán de ponerme en ridículo. Lo están intentando todo el tiempo.

—¡César!... No estás diciendo la verdad.

—¿Qué dices?

—Digo que no estás diciendo la verdad. Que tú puedes escribir en el estilo que se antoje. Podrías usar el estilo de Víctor Alejandro Hernández, y convertirte en el mejor poeta cursi de la ciudad.

—¡Gracias por el elogio! ¡Espero que lo sea! Pero, ¿qué va a pasar si escribo como el mejor poeta cursi de Trujillo?

—¡Y tú me lo preguntas!... Escribirás como él, pero mejor. Y te darán el premio creyendo que eres él.

Los tres rieron. Vallejo calló por un rato.

—La idea no es mala. Pero, el jurado suele abrir los sobres identificatorios para saber quiénes participan en el concurso.

—¡En cuyo caso, no encontrarán tu nombre!

—Háganme entender esto. Parece que me estoy volviendo viejo.

—Claro... En el sobre identificatorio, tampoco irá tu nombre. Puede ir el mío, por ejemplo. ¡Sería un honor! —dijo Julio—. Claro que si ganamos, de inmediato tomo un barco y me voy a Europa... Desde allí, te puedo mandar postales.

Festejaron la ocurrencia.

—¿Cuáles son las bases, si se puede saber?

—La más importante es la que establece el premio. Son mil soles, hermano. ¡Mil soles!... El equivalente a tus sueldos de profesor durante todo un año.

Vallejo se quedó silencioso. Esa cantidad podía servirle de mucho. Aunque el abogado hacía su trabajo sin cobrarle, varias deudas se le habían acumulado. Además, tenía que seguir pagando su departamento en el Hotel del Arco.

—¡Acepto! —dijo, casi gritó.

—Tranquilo, hermano. Todavía no conoces las bases del concurso —se burló Quesada.

—¡De todas formas, acepto!

—Aquí están. Te las leo —acotó Julio Gálvez. Extrajo de su maletín un ejemplar de “La Industria”.

El concurso se llamaba “Fabla de Gesta: Elogio al Marqués”. La municipalidad de Trujillo lo convocaba en honor de José Bernardo Tagle y Portocarrero, Marqués de Torre Tagle. Este personaje representó al Perú en las Cortes de Cádiz en 1815 y, el 29 de diciembre de 1820 proclamó en Trujillo la independencia del Perú, siete meses antes de que lo hiciera Lima.

—Torre Tagle lo merece... Gracias a él, Trujillo, la ciudad fidelísima, la preferida de los reyes de España, resultó la primera en proclamarse libre del dominio peninsular —afirmó Vallejo. Después, quiso conocer los requerimientos técnicos.

—¿Y la extensión?

—Son sesenta cuartetos.

—¡Sesenta cuartetos!

—Sesenta cuartetos, querido César. Doscientos cuarenta versos. Alejandrinos, por supuesto. No te olvides, por favor, que se trata de un cantar de gesta.

—¡Un momento! El aniversario es de aquí a dos semanas. Se van a cumplir cien años el 29... Pero eso significa también que el plazo para la presentación de los poemas debe estar muy cerca.

—¿Cómo lo adivinaste? —Crisólogo fingió asombro.

—¿Y el plazo, entonces...?

—Es el lunes. Así que date prisa. Te quedan dos días.

—Necesitaré documentarme.

—¡Y para qué estamos los amigos! —exclamó Julio—. En este maletín, traigo los “Anales del Departamento de La Libertad en la época de la Independencia”. El libro de Nicolás Rebaza es la mejor información sobre esa época histórica.

—Léeme la lista de los miembros del jurado, por favor.

—Todos son abogados. Pertenecen al estudio del doctor Ignacio Meave. Son gente que se ha quedado atrasada en los comienzos del siglo diecinueve. No han llegado siquiera al Romanticismo, No han leído aún a Gustavo Adolfo Bécquer. Lo consideran un rebelde peligroso... Te leo sus nombres. El primero, Julio Víctor Pacheco, quien preside el jurado.

—¡Julio Víctor Pacheco!... ¡Basta! ¡No sigas leyendo...! Nos atacó en un artículo publicado en “La Industria”... Decía que yo entonaba himnos a la verde alfalfa...

—... y tal vez el instinto arranque de regresivo apetito familiar. ¡A-pe-ti-to fa-mi-liar! —acotó Crisólogo que se sabía la nota de memoria.

—¡No le falta sentido del humor! —sonrió Vallejo. Después agregó decidido:

—Participaré en el concurso, y lo ganaré. Él tendrá que otorgarme el premio.

—¡No se hable más! El lunes, venimos por el poema.

—Un momento. Un momento... Mi seudónimo será Korriscoso, como el personaje de Eça de Queiroz. Y tú, Julito, tienes razón. Tú me representarás porque eres un recién llegado a Trujillo, y ellos no te conocen. Cuando abran el sobre, se hallarán con tu nombre, y no habrá ningún problema.

—¡Entonces, nos vemos, César!... Tenemos que irnos porque seguramente quieres trabajar desde ahora. ¡Au revoir, César!

—¿César? ¡No me llamo César! Desde hoy hasta el lunes, soy Víctor Alejandro Hernández, el poeta mimado de Trujillo. Escribiré en su estilo trasnochado, pero creo que haré un buen poema.

—¡Hasta el lunes, entonces, César. Perdón, Korriscoso. Perdón, doctor Víctor Alejandro Hernández.

—¡Váyanse cuanto antes porque tengo que comenzar a escribir!

*****

A las 2 de la tarde, llegó Salomé Navarrete. El día anterior, la Corte le había dado permiso de salida durante 24 horas para que asistiera, acompañado de dos gendarmes, al velorio de su esposa. Regresaba del cementerio.

—¡Lo siento. Lo siento mucho, don Salomé!

—¡Gracias!! Gracias, amigo Vallejo!... Estuvimos juntos durante cuarenta años. ¡Cuarenta años! No nos separamos nunca sino cuando me trajeron a la cárcel —narró el viejo curandero. Agregó:

—Ella no perdió nunca la esperanza de verme otra vez en libertad.

Vallejo callaba. No sabía qué decir.

—La esperanza, señor Vallejo. Eso cuesta muy caro. A ella le costó vivir como vivió. Aguardarme noche tras noche. Maldecir los días, los meses y los años. Maldecir cada minuto al tiempo por no devolverme a su lado.

Quizás, Vallejo murmuró:

—¡Tanto amor, y no poder nada con la muerte!...

—¿Cómo dijo?

—Nada. Estaba pensando.

—También, yo. Estaba pensando que la esperanza es una maldición.

Todo estaba en silencio. No se escuchaba el griterío de los presos y sus familias en día de visita. El mundo giraba cada vez más lento.

—¿Sabe que ya me había acostumbrado a la cárcel? Es como acostumbrarse a ser invisible. Acostumbrarse a ser un asiento vacío en la casa de uno. Cuando vi a mis hijos y a mis nietos, sentí cuánto les faltaba. ¡Cuánto les voy a faltar...!

—¿Cuándo exactamente va a verse su caso?

—Ahora es más mía que antes. Ahora ella es un recuerdo. Ahora está conmigo mucho más de lo que nunca estuvo. Al final, uno es solamente dueño de lo que se le muere...

—Le preguntaba por su caso.

El hombre no interrumpía su monólogo.

—A ver... A ver, dígame. ¿Para qué tanto vivir? ¿Para qué? ¡Para qué!

Vallejo quería distraerlo e insistió:

—¿Cuándo va a verse su caso?

—¡Cuándo!... ¡Cuándo!... ¿Sabe usted algo del suyo, amigo Vallejo?... No, por supuesto. Los que venimos aquí, ya estamos muertos.

—¡Perdone por la pregunta! No quise...

—¡Muertos!... Cuando la vi dentro del féretro, no sabía quién de los dos había muerto primero.

Junto al lecho de Navarrete, había una mecedora. Se la había obsequiado un carpintero preso en gratitud por haberlo curado. Allí fue a sentarse.

No habló más. Se balanceaba rítmicamente. Tenía la cabeza en alto mirando la claraboya en el techo de la celda. Vallejo pensó que, a pesar de todo, lo único vivo en ese hombre era la esperanza. Acaso también, la paciencia. Ignorado por los jueces, sólo era un hombre, un hombre solitario en una sala de espera, un hombre solo frente al mundo. No se daba cuenta de los muros que lo rodeaban desde hacía cinco años. No se daba cuenta de nada. La mecedora podía comenzar a elevarse y elevarse, atravesar la claraboya y llevárselo volando hasta el cielo. Tal vez, él no lo hubiera sentido.

Dejó de mirarlo. Escuchó que tarareaba una canción de la Sierra. Su voz era remota y suave. Después de un rato, dejó de tararearla, pero continuó emitiendo un sonido entre la garganta y la nariz. Parecía el zumbido de una abeja. Así se fueron pasando las horas de la tarde del sábado, y después las de la noche, y después las del domingo.

*****

A la una de la tarde del lunes 19, llegó el abogado de Vallejo.

—Las noticias no son mejores, César. La verdad es que no entiendo el expediente. Como usted sabe, en nuestro sistema procesal, el juez instructor investiga, formula sus conclusiones y las eleva a la Corte. En esta causa, hay dos jueces instructores y sus actuaciones son, por completo, diferentes.

El Juez Instructor de Santiago, José Martínez Céspedes encuentra responsables al Alférez Dubois y a sus gendarmes en los hechos sangrientos del primero de agosto y ordena su detención definitiva. Sin embargo, la Corte nombra juez ad-hoc al doctor Elías Iturri, y éste acaba convirtiendo a las víctimas en culpables. No tan sólo eso. Al final, incluye entre los culpables al propio juez instructor que inició la causa.

Vallejo quiso interrumpirlo, pero Godoy continuó.

—Sí, ya sé lo que usted quiere decirme. El doctor Iturri ha fraguado los documentos y ha inventado personas. Todos los sabemos. Sin embargo, ha hecho un trabajo fino, y sus conclusiones parecen incontestables.

—¿Incontestables?

Godoy no respondió a la pregunta.

—Ahora, lo más importante, César. Usted no estaba incluido en este proceso. Usted era un testigo. Ahora, resulta un saqueador y un promotor de los sucesos.

—¡Pruebas, doctor. Pruebas!

—No hay pruebas. Sólo papeles y patrañas...Voy a leer, César, pero antes, como su abogado, le ruego a usted que me cuente cuál fue su participación y dónde se hallaba en el momento del incendio.

Resolución expedida por el Juez Instructor Martínez Céspedes

El Juez Instructor José Martínez Céspedes, expide la siguiente resolución:

Santiago de Chuco, agosto 5 de 1920.

Resultando de lo actuado, motivos fundados para suponer que el Alférez Carlos Dubois, los cabos César Pereira, Jesús Mendoza, sargento Luis Bardales y gendarme Fernando Calderón son responsables de los delitos que se juzgan, estando a lo dispuesto en el artículo sesentidós del Código de Procedimientos en Materia Criminal, decrétase la detención definitiva de los referidos acusados, para cuya captura se oficiará al Subprefecto.

Denuncia de Carlos Santa María al Tribunal Correccional de la Corte Superior de Justicia de la Libertad Trujillo

Con la intervención del abogado Dr. Saniel Chavarri, Carlos y Alfredo Santa María, exponen:

Que sólo el día de hoy, 10 de agosto de 1920, mis defendidos han logrado comunicarse conmigo, a pesar de que han venido buscando la manera de hacerlo desde la noche del primero de agosto de 1920, en que tuvieron lugar los luctuosos acontecimientos de Santiago de Chuco que han producido la ruina de dos familias honradas, que a fuerza de trabajo y constancia, durante muchos años, consiguieron formar un modesto capital y alcanzar sólido prestigio comercial en la ciudad de su residencia, en la provincia de Santiago de Chuco, en la ciudad de Trujillo y el departamento.

La referida noche, según me comunica el señor Santa María, un grupo de personas encabezadas por el Juez Dr. José Martínez Céspedes y su hijo, el Alcalde de Santiago de Chuco, Vicente Jiménez, Héctor M. Vásquez, Albano Vásquez, doctor César Vallejo, don Manuel Vallejo, don Víctor Vallejo, Dr.

Aurelio Calderón Rubio, Benjamín Ravelo, Marcos Paredes, José Moreno Rojas, Octavio Delgado, Telésforo Paredes, Francisco Vásquez Pizarro, Manuel Jesús Sánchez Aguilar, Demetrio García, Pedro Peláez, Nestor Medrano y el conocido por el Tribunal y los Juzgados de esta provincia Pedro Losada, asaltaron los establecimientos comerciales de propiedad de Carlos Santa María , rompiendo las puertas y penetrando ellos todos los asaltantes, armados con rifles y carabinas, con el propósito de victimar a los señores Santa María y su familia y robar los establecimientos asaltados.

Más tarde como a las doce de la noche, después de haber saqueado cuanto objeto les fue posible, los asaltantes aprovechando de treinta y tantos cajones de kerosén que existían en los depósitos del Sr. Santa María, prendieron fuego a las propiedades de éste. Al mismo tiempo que mantenían un nutrido fuego de fusilería.

Mientras tanto el Subprefecto de la provincia, Ladislao Meza, no acudía a prestar garantías, porque se encontraba en esos momentos casi secuestrado en la casa de Héctor Vásquez, haciéndole creer que en la ciudad reinaba completa calma y tranquilidad, y aprovechándose de la fuerte sordera que padece la mencionada autoridad y que la fuerza pública había sido desarmada con antelación.

Más tarde, haciéndose, los asaltantes dueños de la población, sembraron el pánico y atacaron sucesivamente las oficinas de la delegación de minas, telégrafo y teléfono, escapando milagrosamente los funcionarios de ser victimados.

Cuando el Subprefecto se dio cuenta de la situación, los hechos estaban consumados y no pudo prestar ninguna garantía porque quedó con tres gendarmes mal armados que no le prestaban apoyo alguno.

Como consecuencia de estos luctuosos sucesos los señores Santa María han perdido en cheques circulares, metálico, mercaderías y muebles robados y edificios incendiados la suma de 20 mil libras peruanas, cuando menos.

Nombramiento de un Juez Ad-hoc

Ante la solicitud del abogado de Carlos Santa María, Dr. Saniel Chavarri, el Tribunal Correccional de la Libertad de Trujillo, en uso de la facultad que le confiere el art. 44º. del Código de Enjuiciamiento en Materia Criminal, nombró Juez Ad-hoc al Dr. Elías Iturri Luna Victoria, que con fecha 16 de agosto de 1920 acepta el cargo y ofrece viajar de inmediato a Santiago de Chuco para cumplir con la mayor puntualidad el encargo conferido por el Tribunal Correccional de Trujillo.

Auto Ampliatorio del Juez Ad-hoc.

En efecto, con fecha 24 de agosto de 1920 el Juez Ad-hoc, amplía la instrucción contra Héctor Vásquez, Vicente Jiménez, Marcos Paredes, Telésforo Paredes, Oscar Jiménez, Nestor Medrano, Francisco Vásquez Pizarro, Octavio Delgado, CESAR VALLEJO, Manuel Vallejo, Benjamín Ravelo, Pedro Losada, Manuel Melendez.

28

El cancerbero cuatro veces al día maneja su candado

—Buenas —dijo don Salomé mirando la claraboya. Adivinaba que su compañero, en la cama del otro extremo de la celda, ya había despertado.

—Buenas —respondió César Vallejo.

—Buenas —repitió el viejo curandero. Su voz sonaba remota y suave. Como si el tiempo no hubiera transcurrido, retomó el tema del que habían hablado algunos días antes.

—Tiene usted razón en dudar de las palabras, amigo Vallejo. Yo dudaría de todo lo que se escribe. La letra no puede copiar el habla. No puede imitar los gestos, el tono de la voz, el acento, la mirada, el movimiento de las manos. La palabra es una torpe imitación de todo eso, y todo eso es la lengua de los hombres.

—¿Usted qué haría?

Don Salomé no aceptaba interrupciones. Siguió la línea de su discurso.

—Los animales se entienden mejor que nosotros, y ellos no hablan. Piense usted en una bandada de gaviotas viajando miles de kilómetros a lo largo de nuestra costa. Día y noche, vuelan sin mapas y sin palabras. ¿O las tienen?... No, no, a lo mejor me equivoco, señor Vallejo. ¡Explíqueme usted, por favor!

Pero tampoco estaba pidiendo la opinión de Vallejo. Continuó:

—¿Hay una palabra que sea igual a lo que representa? Y yo le respondo que no. Definitivamente, no. No existe esa palabra.

—¿Usted qué haría? —insistió Vallejo.

—¡No sé!... Tal vez inventarla... ¿Sabe lo que yo haría?... Sostendría la pluma... y dejaría que corra. Dejaría que mi mano escriba por mí. Como las aves. Las aves no piensan en la palabra vuelo. Las aves dejan que sus alas vuelen por ellas.

El tiempo no existe en la cárcel. Vallejo se sintió autorizado para tomar otro tema.

—Toda la vida he tenido la sensación de que la muerte estaba sentada frente a mí mirándome. No pensaba que quería llevarme, sólo que estaba frente a mí. Y que, más bien, quería decirme algo.

—¿La muerte?

—La muerte. Sí, como si la muerte supiera todo lo que estaba por ocurrirme y como una madre cariñosa estuviera dispuesta a contármelo. La muerte me avisó todo lo que estaba a punto de ocurrirme aquella noche en casa de Antenor. No me anunció que iba a ser detenido. No. Fue mucho más allá, más allá. Me hizo verme acostado en un ataúd y rodeado de gente extraña en París con aguacero. Una mujer extraña y bonita lloraba a mi lado.

—Doctor, ¿cree usted que existe el cielo?

—No me llame doctor.

—Usted ha ido a la universidad. Yo no. ¿Cree usted que existe el cielo?

—¿Usted, no?

—Quizás sí. Es necesario creer que existe el cielo cuando el infierno está tan cerca de uno.

—Tiene razón. Es necesario.

—¿Es necesario? ¿Cree usted que es necesario?

—Creo que puede creer lo que se le dé la gana.

—A veces creo que de repente va a venir una luz desde aquí arriba —miró el techo— y nos va a hacer hablar todas las lenguas de la tierra.

—Eso se llama el Pentecostés —le recordó Vallejo—. Me asombra que pueda imaginarlo dentro de esta celda.

—He visto el Pentecostés varias veces. La última fue a los dos años de encarcelado cuando quise matarme. Había tomado un veneno y me quedé dormido. Soñé que escapaba de la prisión y que los gendarmes me perseguían. De súbito, el cielo se abrió y alguien desde arriba me dijo: "Salomé, toma ese camino el de la derecha". ¿Me das consejo, Señor?, pregunté yo. ¿A mí? ¿A mí que soy de los malos. "No hay malos ni buenos, Salomé" me informó Dios. "Sólo hay hombres". Entonces, tomé el camino que la voz me indicaba, y mis perseguidores tomaron el otro. Para ellos no se abrió el cielo.

El anciano señaló con el dedo la claraboya en el techo de la celda:

—A veces siento que de allí va a venir un día una luz y me va a llevar... A lo mejor, tras de esa luz, estará mi compañera.

Chirrió la puerta y entró la luz. César Vallejo y su compañero entornaron los ojos mientras se acostumbraban al resplandor del mediodía. Entró el alcaide de la prisión.

—Déjenme aquí con ellos. Vargas, tráeme una silla.

Se la trajo su ayudante. El alcaide tomó asiento a horcajadas en la silla con la puerta abierta.

—He venido a saludarlos. Mejor dicho, he venido a saludarlo a usted, licenciado.

—¿A saludarme?

—A saludarlo.

—Ya lo hizo.

—No sea usted mal educado. He venido a saludarlo porque usted es todo un señor licenciado. Yo he trabajado y vivido en esta cárcel muchos años y sé que a veces algunas personas importantes, los políticos y los profesionales, pasan por aquí, pero luego la tortilla se vuelve y la situación cambia. Así que le pido a usted que cuando la tortilla se vuelva, se acuerde de mí, licenciado Vallejo.

Guiñó el ojo derecho.

—Cualquier cosa que usted desee. Papeles, lapicero, una mesa, lo que quiera. Mándeme avisar.

Parecía haber engordado aún más desde el día anterior. Estaba mucho más obsequioso y amable. Llevaba la misma ropa durante toda la semana porque no había salido de la cárcel en todo ese tiempo. Se sentía orgulloso de ser tan importante, e iba muy pocas horas a su hogar.

—No se olvide, licenciado. No se olvide de mí cuando esté en su reino. Ustedes, los políticos viven altas y bajas. Cuando esté en las altas, acuérdese de mí.

—No soy político.

—Como si lo fuera. Usted es escritor. Acuérdese de mí cuando escriba. Sáqueme siquiera una poesía.

—Cumpliendo con mi deber, señor licenciado, aquí nadie tiene que decirme nada. Me han venido a hablar para que lo trate mal. Usted sabe bien quiénes... Pero, recuerde que, mientras esté yo aquí, ésta es su casa...

El hombre continuaba hablando. Le había traído unos bizcochos que César más tarde compartiría con su compañero de celda.

El alcaide se levantó, inclinó cabeza, dio la vuelta y se fue hablando solo.

El cancerbero cuatro veces
al día maneja su candado, abriéndonos
cerrándonos los esternones, en guiños
que entendemos perfectamente.
Con los fundillos lelos melancólicos,
amuchachado de trascendental desaliño
parado, es adorable el pobre viejo.
Chancea con los presos, hasta el tope
los puños en las ingles. Y hasta mojarrilla
les roe algún mendrugo; pero siempre
cumpliendo su deber.

No había pasado media hora. El alcaide volvió a toda prisa:

—Tiene visitas, señor Vallejo. Ya ve usted. Aunque no sea día de visitas, sus amigos son mis amigos... y pueden pasar.

Eran Antenor, Crisólogo Quesada, Alcides Spelucín y Julio Gálvez Orrego.

—¡Buenas noticias! —dijo este último mientras agitaba un sobre con el membrete de la Municipalidad de Trujillo.

Vallejo no podía imaginar cuáles podrían ser las noticias en esas circunstancias. No podía tratarse del juicio. Según el doctor Godoy, el juez le había arrancado a Pedro Losada una confesión que también lo inculpaba.

—¿Te acuerdas del concurso de poesía convocado por la municipalidad de Trujillo?

Antes de que Vallejo respondiera, Quesada aclaró:

—¡El de Torre Tagle, César. El de los cien años!

—¡Concurso! ¡Concurso! ¡Cómo no voy a recordarlo!... ¡Sesenta cuartetos! ¡Doscientos cuarenta versos alejandrinos! ¡Ya deberían haber dado la noticia de los resultados y no la han dado! ¿Qué pasó? ¿Lo han declarado desierto?

Antenor Orrego carraspeó. Los demás callaron. La noche anterior habían estado en la sesión solemne del municipio en que se rindió homenaje al Marqués de Torre Tagle. La sala consistorial estaba abarrotada de gente, y podía distinguirse a los miembros del jurado en la primera fila de bancas. Estaban eufóricos. Aplaudían con fuerza y se ponían de pie a cada instante. Lo hicieron cuando se anunció al presidente del jurado. Julio Víctor Pacheco tuvo que rogarles guardar silencio para decir unas palabras. Manifestó que el resultado del concurso era una muestra de que en Trujillo se cultivaba verdadera poesía, y no esas peligrosas innovaciones fruto de cerebros enfermos. Según contó, el jurado no había tenido mucho trabajo porque entre la composición premiada y el resto de trabajos presentados había un abismo insuperable. Dijo, además, que desconocía el nombre del ganador porque había firmado con seudónimo, pero que, en un momento, se abriría el sobre identificatorio.

Llamó al Notario Fernando Chávez que se encontraba dentro del público, y le rogó que él mismo identificara al ganador. Chávez, que se encontraba al fondo, avanzó hasta el escenario y abrió el sobre...

—¿Qué pasó entonces? ¿A quién le dieron el premio?

—¡Tú eres el ganador, César! —gritó Julio. Se corrigió.

—Mejor dicho, lo ha ganado Korriscoso. Mejor dicho, lo he ganado yo. Me han dado este sobre con las felicitaciones del Alcalde. Me invitan a cenar esta noche, y allí recibiré el diploma y el sobre con el dinero...! Son mil soles, César!

—... Y apenas, Julito haya cambiado el cheque, “La Reforma” y “La Industria” publicarán la noticia... Entonces diremos quién es el verdadero ganador —concluyó Orrego.

29

El juez interroga

En Santiago de Chuco, Pedro Losada era un ciudadano sin problemas. Luego de un pasado cuestionable, había abandonado los negocios delictivos. Ya no era un asaltante. Ahora, se consideraba un jubilado, y el dinero le confería respetabilidad. Ello ha sido siempre normal en el Perú donde muchos delincuentes pueden ascender a puestos políticos de alto rango y, si alcanzan la ancianidad, son considerados por la prensa como venerables patriarcas a la hora de su entierro.

Quizás Losada había sobornado a un juez o a la policía. Cualquier acción penal contra él había ya prescrito. No pesaba sobre su cabeza ninguna orden de captura y se abstenía de cometer fechorías. Vivía tranquilo y parecía haber escogido la ciudad como una segura plaza de jubilación. Era socio de Héctor Vásquez en un negocio de ganado.

Sin embargo, el día en que los gendarmes se amotinaron, adivinó que aquella era una táctica del Alférez Dubois para cometer algún robo. Lo conocía desde Quiruvilca, y sabía que usaba de su investidura para fingirse honorable.

Su rápida intervención echó al traste los propósitos de Dubois y salvó la vida del alcalde y del subprefecto. Al día siguiente, se presentó ante las autoridades con uno de los gendarmes al que había atrapado. Aquél confesó que había actuado acatando las órdenes del superior, y declaró que las órdenes del superior se cumplen sin dudas ni murmuraciones, y que el único responsable es el superior que las imparte.

El 25 de agosto, la instrucción dio un vuelco, y el nuevo juez convirtió a los testigos en culpables. Cuando fueron a darle la noticia, Losada se aprestó a huir, pero en su estilo. Anduvo con tranquilidad por el centro del pueblo. Se abrió camino entre el olor de boñiga y las plumas de aves en revuelo del mercado hacia el corral municipal donde tenía una mula preparada. La tomó de la rienda y caminó con ella hacia los confines del pueblo. No sabía que lo esperaban.

—Alto —sintió en la nuca el cañón de una pistola—. Date la vuelta.

—¿Me lo dice a mí?

Era uno de los gendarmes llegados con el nuevo juez. Losada se encogió de hombros y extendió las palmas de las manos en signo de inocencia.

—Será mejor que la tires al suelo.

Bajó los brazos.

—¿Al suelo? ¿Al suelo, qué?

—Te he dicho que la tires al suelo... ¡La pistola, carajo!

Metió la diestra en el chaleco y arrojó la pistola.

—Date la vuelta.

No tenía alternativa.

—Ven aquí.

Lo hizo.

—Un momento, no te acerques tanto. Levanta las manos.

Unas horas más tarde se encontraba a disposición del Juez Ad-hoc, doctor Elías Iturri Luna Victoria.

—Tenía ganas de conocerte. He oído hablar mucho de ti.

—¿Ésta es una visita social?

—¿A cuántos hombres has matado?

—Pregúnteselo a los que dicen que he matado gente.

—Eres muy contestador. Esperemos que lo seas en la instructiva. Ya te pasarán a mi despacho. Ahora estás en manos de los gendarmes. Ellos también te van a investigar. Tienen sus propios métodos, ya lo verás.

Losada sabía lo que las investigaciones policiales significaban. Era casi imposible resistir la tortura. Levantó los ojos y se quedó aguaitando el cielo.

—¿Qué miras?

—Estaba mirando.

—Me dicen que eres brujo. ¿Es cierto?

—¿Me puede explicar lo que tengo que hacer o decir?

—¡Decir la verdad! ¿Es verdad o no que incendiaste la casa de los señores Santa María?

—¡No!

—¿Es verdad que asesinaste a varios gendarmes por órdenes del subprefecto?

—¡No!

—¿Es verdad que todo estaba planeado? ¿Que Antonio Ciudad y César Vallejo te dieron el arma?

El hombre se quedó silencioso.

—¿Qué respondes?

—¿Qué respondo a qué?

—A lo que te estoy preguntando.

—¿Usted es el juez?

—Las preguntas las hago yo.

—¿Y quién le paga a usted?

—¿Es verdad que al fracasar la conspiración del subprefecto, Antonio Ciudad se desesperó y se dio un balazo en la frente?

—¿Y a usted lo llaman juez? ¡Juez!

—No pareces muy colaborador. Pero los gendarmes te convertirán en una persona servicial. Ellos tienen sus propios métodos.

Los zapatos blancos del doctor Iturri Luna Victoria se habían hundido en el rojizo barro de Santiago para llegar hasta la choza donde mantenían preso a Losada. Fue allá otras veces, pero no habló con él. Sólo lo hizo con el nuevo jefe de la gendarmería.

—No. Parece que no se ablanda.

—¿No se ablanda? Tal vez su cooperación no sea tan necesaria como parece. A lo mejor no sabe ni siquiera firmar.

Se lo mostraron desde una ventana. Habían introducido los dedos del preso entre las bisagras de la puerta y tiraban de aquella con violencia.

—Ya estás muerto. Ya estás muerto, hijo de puta —murmuró.

Lo escuchó aullar de dolor.

—Hijo de puta, ya estás muerto.

Los aullidos se fueron acallando.

—¡Ya estás muerto...!

*****

Las torturas no lo doblegaron. Pedro Losada se negó de plano a involucrar a las autoridades en los sucesos de Santiago. Varias semanas del “tratamiento especial” lo dejaron medio muerto en una celda vacía. La ventana tenía barrotes, pero no vidrios. Estaban seguros de que el frío congelante de las sierras acabaría por matarlo lentamente.

El juez Iturri encontró una forma expeditiva de lograr la confesión.

—¡No les dije!... Ese hombre no sabe firmar. Pero alguno de nosotros puede hacerlo por él.

—¿Y qué hacemos con este hombre? No puede permanecer en nuestro poder por más tiempo. Puede enterarse el pueblo, y no queremos otra algarada contra nosotros.

—Será huésped de la cárcel pública. Ahora mismo, dicto el auto de detención. Apunte, escribano. Y no se olvide en el momento de coser el expediente que este auto debe ir después de la declaración instructiva firmada por Losada.

—¿Firmada?

—Digo. Es un decir.

Todavía no le tocaba. El Negro Losada sobrevivió.

El abogado defensor de Vallejo pidió que el Negro Losada, en quien se basaba toda la acusación, compareciera ante el tribunal superior de Trujillo.

Antenor Orrego le transmitió esa noticia a Vallejo:

—El Tribunal Correccional de Trujillo ha ordenado que lo traigan a Trujillo.

—Pero, ¿cómo? No entiendo cómo el tribunal se ha animado a traerlo. Hemos demostrado hasta la saciedad que todo el proceso es una farsa, y sin embargo, los vocales no han declarado su nulidad, y yo permanezco preso.

—Se lo debes a un pajarito.

No lo pensó mucho rato.

—¿Mirtho?

—Sí. Pero ella no quiere que lo sepas. Habló con su tío que, como tú sabes, fue alguna vez presidente de la Corte y todavía conserva sus influencias. Eso sí, ella le prometió que si sales, no te volverá a ver. El viejo habló con los vocales. Los conminó.

—¡Bravo! ¡Bravo! La supuesta declaración de Pedro Losada es la única arma de los Santa María. Además, se puede confiar en él. El Negro es de los nuestros.

—¿De los nuestros?

—De los nuestros. ¿Te acuerdas, Antenor, cuando nos hablabas del perfecto bandido revolucionario?

—¿Que si me acuerdo? Estábamos leyendo “Sacha Yegulev” de Leonidas Andreiev. Sí, claro, ese es el tipo de héroe de las clases proletarias... el tipo de héroe que transforma al mundo.

30

Proletario que mueres de universo

Pedro Losada y los gendarmes que lo conducían a Trujillo salieron de Santiago de Chuco a fines de enero de 1921. En circunstancias normales, ese viaje debía durar ocho días, pero tardó mucho más. Aunque la orden escrita del teniente Octavio Cabrera señalaba que se le dejaran las manos libres, al prisionero se le ató los brazos y los pies. Dos gendarmes lo alzaron en peso y lo dejaron caer de vientre sobre el espinazo del caballo que dio un relincho. Al final, juntaron y ataron los pies y brazos del hombre bajo la panza del animal.

Los gendarmes llamaban "atrincado" al preso que conducían de esa manera. El hombre tenía que ir como peso muerto. La bestia sorteaba precipicios y trotaba sobre rocas y malezas, y la carga humana iba rozándose e hiriéndose por todo el camino. Además de seguridad extrema, aquélla era una forma de tortura que algunos presos no soportaban, y llegaban muertos a su destino.

Cornelio Romero, Manuel Meza y José Collantes eran los gendarmes encargados de la tarea. Salieron a eso de las cuatro de la mañana. Ante los continuos golpes en el vientre por el trote violento de la bestia, el Negro Losada quedó entre desmayado y dormido. Soñó que iban por entre nubes y que cabalgaba por una colina sin fin. Allá en lo alto, fulguraba la estrella hacia la cual se dirigía. Al roce con la hierba, sentía como si el suyo fuera un viaje entre luceros apagados y silenciosos cometas.

Cornelio Romero, jefe del grupo, jinete sobre un caballo pinto, tomó las riendas de la bestia que conducía al prisionero y empezó a caracolear por terrenos difíciles para que aquel despertara y sufriera. Las ramas le rozaban el cuerpo, pero Losada se mantenía con fiereza en medio del letargo. En su terco sueño, cabalgaba por colinas y se perdía en la espesura azul del universo.

Cerca del mediodía, Cornelio dispuso que el grupo se detuviera para almorzar y liberó de sus ataduras al prisionero.

—Si quieres, vete a orinar.

Losada contuvo las ganas y continuó tirado sobre la tierra, pero flotando en medio de sus gloriosos sueños. Cuando lo levantaron para terciarlo otra vez sobre el caballo, Cornelio Romero repitió la invitación.

—¡Vete a orinar, carajo. No seas terco!

Manuel Meza le dio un codazo al prisionero para advertirle que se cuidara, que le iban a aplicar la ley de fuga. El gendarme Meza era del mismo pueblo que el Negro Losada, y le tenía afecto. No lo sabía el oficial que lo nombró para su custodia. El Negro volvió a negarse a orinar, y subido ya sobre la bestia prefirió mojarse los pantalones.

Continuaron la marcha. El preso sentía que atravesaban por un laberinto de pinos y que, de rato en rato, los árboles lo saludaban con sus ramas. Pensó que su cuerpo se iba a partir, pero resistió y pretendió seguir metido en el sueño en el cual ya había traspasado la estrella de su propia muerte.

El grupo avanzaba por entre árboles siniestros que parecían preguntarles hacia dónde iban.

—¿Por dónde vamos? Éste no es el camino más directo hacia Trujillo.

—Tú, no hables, Meza —dijo Cornelio—. Cumplimos las órdenes que nos han dado.

—¿Y si se nos muere?

—¿Y si se nos muere? —preguntó también José Collantes.

—Verdad de Dios. Verdad de Dios que se nos puede morir, ¿no?

Bajo el silencio de la hora, sólo se oía un ladrido fatigado y distante. Bajaban por una loma color de sangre. La luna se alzaba por entre los árboles. Entraba la noche.

—Deténganse —ordenó el jefe—. Vamos a quedarnos en esa choza. Pediremos posada.

Se detuvieron.

—¡Hola!

—¿Hola? —dijo alguien desde la choza.

—¡Hola! —contestó Cornelio.

—¿Quiénes son ustedes y qué desean?

—Queremos posada. Somos gendarmes.

—¿Gendarmes? ¿Y cómo puedo saberlo?

—Trae la linterna y míranos.

—Bien —dijo la voz que salía de la choza— pero bajen sus armas.

Cornelio ordenó que los gendarmes bajaran las armas. El dueño de casa salió y les iluminó la cara con una linterna. Con él, venían dos perros que también observaban cuidadosamente a los gendarmes. Al final parecieron, darle la aprobación.

El dueño de casa fue con la linterna adelante mostrándoles el camino. Entraron en un amplio corral.

—No tengo otro lugar que éste.

Se aprestaron a dormir allí.

Bajaron a Losada de la bestia y lo desataron. Cornelio le invitó a fumar un cigarrillo.

—¿Qué? Te quieres hacer el amable.

—¡No!

—¿Y el cigarrillo a qué viene?

—¿No te puedo invitar?

—No, porque tú no fumas.

Cornelio hizo un gesto de sorpresa. Su jefe le había proporcionado los cigarros al partir. Él los había aceptado con desgano. Era evidente que el Negro lo había estado observando.

—¡Fuma, y no preguntes! —dijo con una sonrisa.

Trataba de entender al hombre que le habían ordenado matar. Tenía un deseo enfermizo: quería escuchar y saber un poco más cómo era su futura víctima.

—¿Y ahora? —preguntó el Negro.

—¿Ahora, qué?

—Sí. ¿Ahora, qué?

—¿Qué quieres saber?

—Ahora, me vas a matar. ¿No es cierto?

—¿Matarte?

—Te sientes generoso por haberme invitado un cigarro. Después, apuntas y... fuego.

Hizo un revólver con los dedos y apretó el gatillo.

Cornelio rió de buena gana.

—Tú sabes que la ley de fuga no se aplica así.

El Negro Losada sonrió y le dijo a Cornelio:

—Te mueres de miedo, ¿no?

Siguieron conversando. Otra vez, el preso interrumpió:

—¿Quieres decir que me queda algún tiempo de vida?

El gendarme asintió guiñando un ojo.

—Ves esa bolsa?

—¿Bolsa? ¿cuál?

—La que viene en la mula sin jinete. La que trae mis pertenencias.

—Ah, sí. Tu bolsa.

—Traigo dinero y quiero gastarlo con ustedes. Digo... antes de que me maten.

Al llegar a Huamachuco, como había aceptado Cornelio, el Negro Losada los guió al albergue de un amigo y probable socio suyo. Allí les brindó de comer y de beber, y luego los invitó a que fueran a un lenocinio.

—No creas que soy tan idiota —dijo Romero.

—¿Idiota?

—Idiota, sí. Lo que tú quieres es que nos metamos con las mujeres, y tú te escapas.

—Pueden hacerlo por turnos.

José Collantes y Manuel Meza sonrieron en signo de aprobación. Cornelio Romero no pudo oponerse. En el cuartel, era sospechoso de ser impotente.

—Está bien. Ustedes irán por turnos, pero yo no quiero estar con ninguna mujer. Ya lo hice con la mía.

Collantes y Meza se lanzaron miradas cómplices. Cornelio era conocido como soplón, como policía encargado de perseguir a los políticos. Las torturas que practicaban en sus interrogatorios eran tan atroces que ni ellos mismos se salvaban de sus efectos. Después de martirizar a muchos, comenzaban a padecer de impotencia.

—Dicen que se le para, pero... sólo para abajo —murmuró Collantes.

*****

Al día siguiente, estaban otra vez en camino. Iban con lentitud para no cansar demasiado a los animales. Podían conversar.

—Negro, ¿cómo te sientes? —preguntó Romero.

—Mojado ¿Y tú?

José Collantes y Manuel Meza estallaron en risas.

—Pronto te vas a mojar los pantalones, Negro.

—Puede ser. Nunca se sabe.

—Muchachos, éste va a ser un largo viaje. Y muy divertido.

Los gendarmes lo miraron y se miraron entre ellos.

—¿No lo crees Negro?

El Negro Losada iba atado a la bestia. No se pudo saber si sonreía.

Los gendarmes reiniciaron el viaje con excelente humor. Estaban llenos de entusiasmo y de cigarrillos. En Huamachuco, el Negro compró para ellos unas botellas de cañazo. A la salida del pueblo, un grupo de perros los seguían. Tomaron la carretera de la Costa. Después de cuatro horas, se sentaron y comieron.

Cruzaron un inmenso escenario en el que la única carretera, muy estrecha, parecía cortada al filo del abismo. Un kilómetro abajo, corría solemne el río.

Llegaron a una cima desde la cual se veía a lo lejos el resplandor del mar.

—Tengo ganas de orinar —dijo Cornelio. El animal, en que iba atado el Negro Losada permaneció detenido. Los ojos de la bestia miraban con atención la cara del gendarme como si le preguntaran qué venía después.

—¿Y ustedes?

Caminaron sobre la hierba.

Cornelio Romero se cercioró que no había ningún otro grupo de viajeros en las cercanías.

—Ahora, tú.

Losada sonrió.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Cornelio ordenó que desataran al preso.

—Tú tienes ganas de hacer tus necesidades.

El Negro Losada caminó cojeando hacia el grupo.

—Te estamos esperando.

—Quítate las botas.

El Negro no se las quitó.

—No las necesitarás para orinar.

—Si vas a hacer algo, hazlo de una vez. Si me vas a disparar, dispárame de frente —el Negro Losada miró a Cornelio a los ojos.

—¿Quién te ha dicho que hables?

—Te lo repito. Si quieres disparar, hazlo de una vez.

Cornelio no se atrevió a levantar el arma.

—Esas son cosas que se te ocurren. Queremos descansar. Después, nos serviremos un trago.

Los caballos masticaban la hierba. El viento daba vueltas en el vacío. Las estrellas del comienzo de la noche formaron escuadrillas en el arco del hemisferio y se lanzaron hacia las oscuridades del confín del mundo. El Negro pensó que su corazón tendría que ir a juntarse con esas estrellas en cualquier momento. Ello lo distrajo un instante, y dejó de mirar a los costados. Cornelio Romero se envalentonó, tomó el fusil, apuntó contra la cabeza de Losada y disparó.

Erró el tiro, y Losada siguió caminando. Cojeaba y corría hacia él al mismo tiempo. Romero hizo fuego dos veces más, pero el Negro estaba ya muy cerca de él y aunque desarmado, pretendía abrazarlo. El gendarme siguió disparando como loco hacia lados diferentes, como si tuviera miedo de que el alma del Negro se le escapara.

Losada llegó a abrazarlo, lo estrechó contra su pecho. Mientras tanto, el gendarme se caía de susto al verse abrazado por un difunto. El Negro Losada se quedó mirando su propia sangre. Se observó las manos y comprobó que estaban muertas. Dio algunos pasos y se dio cuenta de que era un muerto caminando.

Repuesto ya del susto y cerciorado por completo de que este hombre tirado en el suelo ni siquiera temblaba, Cornelio ordenó que lo levantaran, lo cubrieran con un poncho y lo ataran otra vez al caballo.

—Perdone, jefe. Nadie va a creer que le dimos la ley de la fuga. Los balazos están en su cara no, en su espalda.

—¿Y tú que crees? Que soy un idiota. El Negro no ha muerto aquí todavía.

Lo ataron al caballo y avanzaron por las punas de Machaytambo, hacia unas tierras de Andrés Espinola. Llegados a la casa, preguntaron a gritos:

—¿Don Andrés está? ¿Está don Andrés?

—¿Quién vive? —replicó una voz desde adentro.

—Gente de bien.

Andrés Espinola salió con los suyos y reconoció a los gendarmes.

—¿Qué traen allí?

—Ya lo verá.

El hacendado, todavía dudando se acercó hasta el caballo sobre cuya montura descansaba el cadáver.

—Es el Negro Losada.

—¿El Negro Losada?

—El Negro Losada.

—¿Lo han matado ustedes?

—Digamos que se nos escapó —corrigió Cornelio—. Digamos que se nos escapó, y se vino hasta acá para robar un caballo de la hacienda.

—Entiendo.

El hacendado añadió:

—Cualquier forma es buena para acabar con los enemigos del orden.

Los gendarmes callaron. No le habían entendido bien.

—Quiero decir que, a lo mejor, hay que matarlo de nuevo...

Todos rieron.

Dejaron caer el cuerpo en tierra, y Andrés Espinola que había salido con una pistola a recibir a los extraños participó de la segunda muerte de Pedro Losada.

El hacendado de Machaytambo levantó el arma que había traído consigo e hizo como si apuntara a una remota estrella. La bajó lentamente, e hizo puntería sobre el cuerpo inerte. Descargó todas las balas sobre el Negro como si quisiera estar seguro de que aquél estaba pasando de la noche a la nada, y lo mató varias veces.

Dictamen del Fiscal del Tribunal de Trujillo, doctor Francisco Quiroz Vega:

"En cuanto a Pedro Losada, cuya participación principal en el motín y en el incendio la considero probada, pido que, dejándose a salvo la acción civil, se corte la criminal que le corresponde en virtud de ser notorio el asesinato de que ha sido víctima en el Anexo Machaytambo de la provincia de Santiago de Chuco.

En cuanto a los gendarmes, poco después se dispone:

"El Tribunal Correccional de Trujillo, en la causa de evasión de Pedro Losada, establece las siguientes cuestiones de hecho:

Primera.- Está probado que los tres gendarmes enjuiciados fueron comisionados para trasladar a Pedro Losada de Santiago de Chuco a Trujillo.

Segunda.- Está probado que Losada venía amarrado de los pies a la cincha de la montura del caballo; pero con las manos libres, por haberlo así ordenado el Teniente Octavio Cabrera.

Tercera.- Está probado que Losada se escapó de sus custodios al subir la quebrada de Pachachaca.

Cuarta.- No está probado que hubo connivencia entre los gendarmes para facilitar la fuga de Losada.

Por tales fundamentos:

Absolvieron a los acusados presentes José Collantes, Cornelio Romero y al ausente Manuel Meza, acusados como cómplices del enjuiciado Pedro Losada."

A partir de ese momento el destino de César Vallejo estaba decidido. Muerto Losada, no había prueba alguna de que todo el expediente había sido armado por el juez Iturri con testigos y pruebas falsas, e incluso con una confesión firmada por un analfabeto. No había fuerza sobre la tierra que salvara a César Vallejo del diabólico expediente.

Pensó en su destino, y descubrió que todos los caminos lo conducían a la cárcel.

—Este debe ser el infierno que veía mi hermano Miguel.

Ya había comenzado el verano. Había fuego en el aire como un incendio que no se puede ver.

Todo estaba perdido. Sin embargo, la campaña por la libertad del poeta prosiguió. Desde el diario "La Reforma", un memorial suscrito por intelectuales y figuras prominentes de la ciudad demandó justicia. Los estudiantes multiplicaron sus comunicados y lograron la adhesión de todas las universidades del país. Los periódicos del norte peruano editorializaron en el mismo sentido. "La Industria" del 17 de diciembre de 1920 publicó un telegrama del ministro de Justicia, doctor Oscar C.

Barrós, quien pedía informes y solicitaba rapidez en los procedimientos a las autoridades judiciales.

La noche en que se enteró de la muerte de Losada, a César se le repitió el sueño que lo había atormentado en su escondite en casa de Orrego. Se vio cabalgando entre luceros a la luz incierta en que la noche está a punto de cambiarse en día. Se detuvo sobre una colina. Volvió los ojos y descubrió una docena de jinetes que venían furiosos tras de él desde todos los rincones del horizonte... como los heraldos negros que nos manda la muerte.

31

La campaña patriótica de Dubois

—¡Sí, señor. Aquí estoy en Huamachuco! ¡Nada menos que en Huamachuco! —monologó Carlos Dubois.

Apenas escapara de Santiago, había logrado que lo asignaran a Huamachuco, una ciudad mucho más grande y próspera. En la casa del Jirón Bolívar que ocupaba, terminó de lustrarse las botas y comenzó a arreglarse el bigote. Tardó media hora en depilarse las cejas. Habló con el espejo.

—Nunca llegué a teniente. No me dieron el ascenso. Eso está reservado para los cholos con plata o los negros con poder.

Se había lavado la cabeza y se la secó con violentas fricciones de la toalla para lograr que el cabello se le esponjara. Se miró los ojos verdes con orgullo.

—El Perú está cambiando. No hay sitio para los blancos. Pero el que es gente, es gente. Aunque a uno no lo reconozcan. En todo caso, aquí voy a hacer plata.

Era octubre de 1920. Se había dejado la barba, y le crecía rubia.

—El que es gente, es gente, se repetía.

—¡Buena plaza, Huamachuco! —lo felicitó el alcalde la ciudad cuando fue a hacerle la visita protocolar. Le insinuó que se casara con una joven de buena familia.

—No creo haber nacido para el matrimonio, señor alcalde. En el futuro, se verá. Se verá.

—Hay otras maneras de hacer plata —le dijo al espejo.

No le faltaba razón. Las botas le relampagueaban mientras esperaba en su oficina una gran visita. Douglas W. Harris, superintendente de las minas de Quiruvilca, estaría dentro de unos momentos con él.

Sabía algunas cosas de Mr. Harris. Todo el mundo decía que el gringo era un criminal escapado de Sing Sing. La empresa lo contrató porque gente así era la mejor para tratar con los políticos peruanos.

Así habían sido todos los superintendentes que Dubois había conocido. Recordó a Bud Grieve y pensó que no había pervertidos como él, y eso era asunto de familia. Según se murmuraba, su hijo, Humberto Grieve, había muerto hacía poco en una reyerta de homosexuales.

Eso sí, el gringo Harris se vestía bien, y había que recibirlo de la misma manera.

Sin embargo, cuando dieron golpes a la puerta, no apareció el superintendente sino un zambito alto vestido de negro.

—¡Gringo de mierda! —murmuró—. No se digna venir. Le basta con enviarme un emisario.

El enviado era limeño como él. Se le notaba de lejos porque, a pesar de su juventud, usaba bastón como estaba de moda en la capital.

—Alférez Dubois, es un gusto conocerlo. Me presento. Mi nombre es Enrique Armenteros y soy el jefe de relaciones públicas de la mina.

—¿Mister Harris no pudo venir? —Dubois masticó sus palabras. El otro hizo como si no lo hubiera oído.

Dubois repitió la pregunta.

—¿Mister Harris? Ah... las ocupaciones, usted sabe. ¿Podemos ir al punto?

El alférez no respondió. Estaba comparando sus cejas con las del recién llegado.

—Concretamente, necesitamos trabajadores para la mina... sangre nueva...

Quiruvilca se estaba expandiendo. Cada vez, necesitaba más gente que bajara a las entrañas de la tierra. Dubois lo sabía. Eso significaba que necesitaban un contratista... Lo buscaban a él...

Sonrió. Al gringo Harris, le perdonaría el desplante si la propuesta era buena.

—Sangre nueva, eso es lo que quiere mister Harris. La mina se está quedando sin gente. Ya no quedan indios en Quiruvilca. Se les mete en el hoyo, y un mes más tarde, salen con el vómito negro. Más trabajo cuesta enterrarlos. Como usted sabe, indio muerto vale más que vivo. Hay que pagarles el entierro, y darle algún dinero a la viuda...

—¿Y las comunidades?

—¿Las comunidades? ¿Qué comunidades? Los comuneros han abandonado su tierra, y se marchan a la Costa.

—¡Antiperuanos. Comunistas. No saben lo que significa la inversión extranjera!

—El juicio contra ese poeta Vallejo allá en Trujillo tampoco nos hace bien. En las universidades del país, los jóvenes se están levantando. Reclaman la libertad de Vallejo. Algunos llegan a decir que la mina le ha pagado al juez Iturri para que lo hunda en la cárcel... Ya se imaginará la cantidad de trabajo que tengo como jefe de relaciones públicas de la minera.

—¿Entonces?

—¿Entonces? ¡Usted lo pregunta! Mister Harris dice que la única persona capaz de hacerle frente a este problema es usted. Confía en que usted emprenda una campaña cívica en busca de voluntarios...

—¿Cuánto?

—Setenta por cabeza.

—¿Setenta? ¡Allí está la puerta!

—Noventa, alférez.

—Ciento cincuenta. Ni un solo sol menos.

Quedaron en cien. Fueron a la imprenta Torres para que les hicieran unos carteles llamando a los movilizables.

JOVEN, SALVA A TU PATRIA
LOS ECUATORIANOS SE ARMAN
JOVEN, DETEN A LOS INVASORES
LA PATRIA ESTA AMENAZADA
COLOMBIA SE NOS VIENE ENCIMA
CHILE SE ARMA HASTA LOS DIENTES

—No sé cómo hace las cosas Mr. Harris, pero aquí eso no surte mucho efecto. Si quieren resultados, déjenme trabajar a mi manera.

El superintendente de las minas quería que Dubois usara primero una operación de convencimiento. Según él, era mejor conseguir voluntarios para el “trabajo cívico” en las minas que reclutarlos a la fuerza.

En diciembre de 1920, el alférez Carlos Dubois, jefe de la comandancia de Huamachuco, inició una cruzada nacionalista. Antes de iniciarla, visitó la municipalidad y tuvo una reunión allí con los vecinos notables. Les reclamó su apoyo económico y moral. Les hizo ver que cualquier renuencia a cooperar podría ser vista como antipatriótica. Abrió el archivo del alcalde y depositó allí varios centenares de los volantes que le habían encargado.

—¡Guárdelos allí, señor alcalde!... y cuide de ellos. Ya son parte de la historia —proclamó.

Empujado por el frenesí del amor patrio, recorrió pueblos y comunidades indígenas reclutando jóvenes para ir a una posible guerra contra Ecuador y Colombia. Las pretensiones expansionistas de esos países- aseguraba- amenazaban la frontera del norte. En las plazas distritales, daba discursos encendidos en los que exhortaba a formar un contingente para salvar el honor del Perú y la integridad de sus fronteras.

Lo malo era que sólo lo escuchaban los notables y los maestros, quienes no querían ser acusados de comunistas o de traidores a la patria. Los jóvenes solían esconderse y ponerse a buena distancia del prócer.

El discurso se moderó.

—No todos están obligados a ir a los frentes de guerra —explicó el alférez—. Muchos serán destinados a cuidar las empresas que hacen próspero al país. Los jóvenes serán entrenados para formar una fuerza capaz de salvar la dignidad de la nación. Por ahora, no habrá guerra.

Añadió que el Supremo Gobierno no había tomado decisión alguna sobre ir a la guerra, pero cuando se decidiera, la heroica sangre huamachuquina, fogueada en mil combates, volaría a las fronteras, asaltaría trincheras y haría comer polvo al enemigo. A salvo los linderos del norte, habría que emprender la cruzada para recuperar los territorios arrebatados por Chile en la traidora guerra de 1879.

Aun hablando con moderación, nadie lo seguía. Entonces decidió conseguir patriotas a la fuerza. Bajo su mando, doce gendarmes fueron montaña arriba y montaña abajo. Invadieron siete comunidades. Enrolaron a los muchachos con sogas. Ejecutaron a los que se resistían. Golpearon a las mujeres que suplicaban por sus maridos y por sus hijos.

Caminaban y cabalgaban de día y de noche, envueltos por el sueño en las cordilleras y perseguidos por murciélagos en los posibles escondrijos de quienes rehusaban cumplir el deber patrio.

Avanzaron por lugares que parecían el fin del mundo. Eran terrenos fríos, secos e inhóspitos. De noche, se sentaban junto a alguna lumbre con las barbas crecidas y la ropa convertida en guiñapos y hablaban de las hambres que habían pasado. Una noche se devoraron los dos perros que llevaban. Dondequiera que iban, estaba situado el infierno.

Tenían reservado un burro viejo para comérselo, pero el animal resbaló en una quebrada. Asomados al abismo, lo vieron rodar y rodar hasta que su cuerpo se introdujo centenares de metros abajo en un agujero que quizás era la puerta de la otra vida.

Atravesaron un campo de flores extrañas y jugosas. Era de noche y se acercaron a palparlas. Cuando lo hacían, una banda de vampiros salió volando. Dubois no estaba dispuesto a retroceder.

Al descender una montaña, guiaban los caballos a pie. No había caminos allí, sino roca abrupta y algunos riachuelos de agua podrida. Trataban de evitar que las bestias se dejaran caer muertas de cansancio. Al final de la primera cruzada, llevaban 112 jóvenes. Varios habían escapado o muerto en el camino. El recuento lo hicieron cuando ya trotaban unas tierras atroces por donde circulaban aires negros, y arriba se dibujaban los cielos amarillos de Quiruvilca. Allí los entregaron.

Las cruzadas duraron cuatro meses desde el dos de diciembre de 1920 hasta el 8 de marzo del año siguiente. No podía quejarse Dubois. Si bien sus esfuerzos no habían sido comprendidos del todo, llegó siete veces a Quiruvilca y recibió pagos suculentos. Por su propia iniciativa y para animarlo a continuar en la campaña patriótica, los empresarios de la mina le llegaron a pagar el doble y el triple por cabeza. Por fin, el precio de cada “voluntario” llegó a trescientos cincuenta soles.

La tarea de reconstrucción de los países europeos luego de la Gran Guerra había elevado el precio de los metales en el mercado internacional. La mina, en consecuencia, tenía que multiplicar su producción. Se excavaron otros yacimientos y se encontró el cobre que era indispensable. Para ello, era necesario, trabajar de día y de noche y multiplicar la fuerza de trabajo.

En su campaña cívica, todo lo permitía el alférez, menos el engaño. Dos comunidades de indios desaparecieron del mapa por haber tratado de esconder a sus jóvenes. Los sobrevivientes de Tamboyauyo y Cerro Colorado no reconstruyeron jamás sus poblados después de que pasara Dubois. El alférez propició en esos casos las violaciones y el saqueo.

Los comuneros de Sausacocha escondieron a tres desertores, y Dubois se enteró.

Llegó hasta el pueblo en la madrugada. Hizo que su gente rodeara las casas y les prendiera fuego. Cuando la gente salía desesperada, los abaleaban.

Era una noche de luna. Bajo el cielo de porcelana, no había seres en movimiento y sólo se veían manchas rojas en el suelo.

—¡Todos están muertos, mi alférez!

—No tan muertos...

Ordenó disparar al suelo y a las rocas cercanas. Entonces, de uno y otro lado, salieron hombres y mujeres gateando. Algunos lograron escapar. A los sobrevivientes, los despojaron de la ropa, los raparon y los dejaron libres para dar una lección a los antiperuanos.

Los soldados se sentían felices durante los saqueos, pero habían comenzado a murmurar que el alférez no era justo a la hora del reparto de las utilidades. Ellos no recibían ni un sol del dinero que pagaba la mina.

—Como decía el sabio Raimondi, el Perú es un mendigo en un banco de oro —recalcó Dubois ante uno de ellos—. Si no progresamos —añadió— eso se debe a la desidia y a la falta de amor a la patria. Ábranse los caminos al comercio exterior, ábranse nuestras puertas a los inversionistas, ábranse nuestros tesoros al mundo. Aquí tenemos de todo, árboles prodigiosos, raíces medicinales, tierras pródigas, minerales preciosos. Todo brota aquí de la tierra. Todo nos predica amor al terruño.

Lagrimeaba. Estaba hablando en un alto del camino de regreso a Huamachuco. Llevaba el dinero que le habían pagado por su reciente contribución al desarrollo minero. Sólo lo acompañaba el sargento Rodolfo Pereira. El resto de los hombres había partido hacia una comunidad cercana.

—Pero el oro se queda en pocas manos, mi alférez.

Dubois hizo como si no entendiera la alusión y habló con amor de la madre tierra.

—La Mama Pacha, como la llamaban los incas, es redonda y generosa.

—Supongo que pensará compartir lo que gana. Nosotros nos deslomamos. Pasamos hambre, cansancio y riesgos.

—Eso se llama patriotismo.

—Nuestras familias están siempre en riesgo. La indiada ya no es tan ingenua.. Ahora mismo, estamos cerca de Sausacocha. Usted sabe que la gente de allí mató a un hacendado hace poco. Han dicho que si nos dan caza, nos harán vomitar la sangre de sus hijos. Están decididos a tomar venganza.

—¿Venganza? ¿Contra qué o contra quiénes?... Todo lo que hacemos es ayudar a sus hijos a ocupar un lugar honorable en la historia del Perú. El país sale ganando.

—Supongo que estará dispuesto a compartir el dinero, mi alférez.

—Supongo que no me estarás amenazando, ¿verdad, Chilico?

Procedente de Celendín, Pereira era un sargento joven. Había cumplido las órdenes de Dubois, pero no se sentía bien con la tarea que cumplía.

—No es nada personal, mi alférez. Los muchachos decidieron hablar con usted. Están cansados de andar por las sierras matando indios o enrolándolos. No se creen eso de que el dinero de la mina servirá para comprar armas y barcos de guerra. Están pensando en sus familias.

—Ah... entonces, ¿son todos?... ¡Qué falta de confianza! ¿Por qué no me hablaron antes del asunto? Los comprendo, hijo. Los comprendo. Apenas lleguemos a Huamachuco, voy con todos ustedes a mi casa, y abrimos la caja fuerte. Habrá para todos. Soy un soldado de la patria. ¿Supongo que te bastará con mi palabra?

El sargento hizo una señal de asentimiento con la cabeza y le dirigió una mirada tímida. Parecía un hijo pidiendo perdón.

Entonces, el alférez le dio mayor impulso a su caballo y pasó junto al subordinado. Le dio un golpecito en el hombro.

—Así me gusta, hijo. La franqueza ante todo. Ya nos arreglaremos en Huamachuco. Ahora, yo voy a ir un poco adelante, a unos cien metros. Estamos en tierra peligrosa, y yo tengo que ver si hay enemigo a la vista. ¡Ya ves... también yo asumo los riesgos. Los mayores...!

Una hora más tarde, podían vislumbrar la laguna de Sausacocha. Desde lo alto, recibían los reflejos del sol amarillo sobre sus aguas. Tuvieron que bajar de los caballos y caminar llevándolos por las riendas. Descendieron por senderos enredados trazados en la roca. Cuando llegaban, Pereira perdió de vista al alférez. Ese fue su error.

—¡Suelta la pistola!

No obedeció. Trató de ver de dónde salía la voz de su jefe. Venía de todas partes.

—¡Suéltala, te he dicho!

Un balazo silbó en las alturas. Pero no atravesó el corazón sino el brazo izquierdo del sargento. El hombre espantó al caballo y logró meterse tras de una roca. Había visto de dónde salía la detonación. Salieron dos más, pero no lo alcanzaron.

Pereira era hombre de sierras. Se conocía aquellos senderos a la perfección. Se deslizó hacia otra roca, y decidió tomar la iniciativa. Dejó que su jefe disparara otras dos veces. Calculó. Por fin, disparó una sola vez.

La detonación silbó por toda la montaña y por fin alcanzó las aguas. Por fin, se hizo el silencio.

Sentado sobre la arena, el alférez Dubois comenzó a morir. Una bala certera le había perforado los pulmones.

Perseguido y perseguidor estaban heridos, pero lúcidos. El único de los dos que tenía un arma en las manos era Pereira.

El dolor del alférez era por momentos insoportable.

—Oye, termina de una vez —gritó al hombre que lo había herido, aunque no lo podía ver.

Pereira no respondió.

—No tienes balas, ¿verdad?

El sol caía de parte a parte. Cortaba el mundo en mitades. Nada se movía.

—¿Y que tal si lo dejo aquí, alférez?

—Mi alférez. Se dice mi alférez.

—Voy a dejarlo aquí, mi alférez.

—¡Tu madre!

El alférez siguió sentado. De todas partes venían brisas de vida, pero él sabía que ya estaba muerto.

—Lo que quieres es que me muera, ¿no?... Hazlo de una vez...

—¿Por qué piensa así, mi alférez?

Dubois calló.

Pereira hizo un surco en la arena con el tacón de su bota.

—Usted decide, mi alférez —le hablaba, pero no se dejaba ver.

—¿Qué? ¿Vas a dejarme vivo?

—La verdad, no sé.

—¡Mátame de una vez!

—La verdad, no sé. Aunque usted no lo crea, no sé hacerlo. No sé matar a la gente que ya está muerta.

—¡Mátame, carajo!

—No lo voy a hacer, alférez.

—Eres un hijo de una concha tu madre.

Pereira comenzó a otear los horizontes.

—¿Me vas a dejar morir entonces?

Pereira no contestó.

—Es un lugar horrible para morir. Pero tú ya lo has decidido.

—¿Hay un lugar que no sea horrible para morir?

El alférez contempló a Pereira, y no pudo contener las lágrimas.

—Si no sabes qué hacer conmigo, déjame un tiempo.

—¿Eso es lo que usted quiere?

—¡Anda, déjame vivir un tiempo más!... Quiero agarrarle el gusto al infierno antes de irme...

Pereira lo vio ponerse saliva en los dedos y arreglarse las cejas. Después se hizo la señal de la cruz. Tomó por las riendas el caballo del alférez. Comprobó que los talegos con el dinero estaban allí. Alzó el arma, y se alejó.

El herido alzó la cabeza y con los ojos, velados por la sangre, divisó en el aire imágenes del pasado. Se vio en Santiago de Chuco, en Huamachuco, en Lima. Se vio en un desfile con el rostro mirando hacia la derecha. Se vio lustrándose las botas. Se vio vestido con uniforme de gala, pero nunca se vio con los galones del ascenso.

No murió. Pasó la noche con fiebres. El aire cándido de la laguna se las disipó por la mañana. Sospechó que su fin no llegaría aún. Sus sentidos se volvieron más finos. Podía escuchar todos los ruidos, las campanadas y las voces de la tierra. Escuchó los pasos de gente que se acercaba, y su esperanza le dijo que era un grupo de peregrinos piadosos. Cuando ya estaban cerca, vio que llevaban coronas de flores frescas. Iban al cementerio cercano a coronar a sus muertos. Cuando estuvieron frente a él, supo que eran comuneros de Sausacocha, y cerró los ojos.

—¡Alférez!

No respondió.

—¡Alférez!

Entreabrió los ojos.

—¿Nos recuerda, alférez, o ya nos daba por muertos?

Esperó. Uno de los hombres sugirió prenderle fuego.

—Se va a acordar de los muchachos que se llevó a la mina.

Los recién llegados discutieron.

—Mejor que nos diga dónde están los que capturó la semana pasada. A lo mejor, todavía están en Huamachuco. Ah, alférez. ¿Sabe dónde están los muchachos?

—No sé nada —alcanzó a decir.

—¿Esa es su última palabra? —le preguntó un viejo que parecía el líder.

—No sé nada. ¡Ni mierda!

Un tipo le pasó una cuerda alrededor del cuello.

—¿Se levanta?

Prefirió quedarse tendido. Pensó que la cuerda lo mataría en cuestión de segundos. No fue así porque tenía el cuello muy duro. Se vio obligado a levantarse y a seguirlos.

Lo llevaron hasta un pequeño bosque a orillas de la laguna.

—¿Quiere escoger el árbol?

—No hay que ahorcarlo. Mejor, lo llevamos al juez.

—¡Al juez!... ¡A nosotros nos colgaría!

—¿Quiere escoger el árbol? —alguien repitió la pregunta.

El más viejo reprobó esa decisión.

—Eso no es de cristianos.

—Entonces, no hay que hacer nada. Hay que dejarlo aquí y esperar que los buitres lo destripen.

—¿Usted, qué dice alférez?

No respondió.

—¿Quiere escoger el árbol?

Lo escogieron por él.

Hallaron uno bastante alto. Pasaron el otro extremo de la cuerda por encima de una rama gruesa y alta. Al hombre lo hicieron subir sobre una roca. La cuerda se tensó.

Los comuneros empujaron la piedra y el alférez comenzó a patalear. Abrió la boca y estiró la lengua. Su lengua era tremendamente larga. Sus botas brillaban a la distancia. Después de unas horas, sus piernas se encogieron como hacen las arañas al morir.

Durante semanas, el árbol del alférez atrajo buitres desde todos los costados de los Andes. Nunca se vio tantos. Era un milagro. Al pie del árbol brotó una flor rojísima y piadosa, de esas que suelen crecer donde hay ahorcados.

Tarde se enteró el juez instructor de Huamachuco. Cuando hizo que lo bajaran, el muerto semejaba una planta blanca colmada de musgo. Los periódicos del sábado 19 de febrero de 1921 consignan la noticia. La achacan a un problema de faldas.

*****

—No sé lo que me está ocurriendo, pero escribo, escribo y escribo... y creo que ya he encontrado lo que andaba buscando... No sé en qué continuará este juicio. Muerto Losada, me quedan pocas esperanzas, pero escribo y escribo.

Eran las cuatro de la tarde del sábado 26 de febrero. Vallejo quería conversar con su compañero de celda, pero aquél no hacía comentario alguno. El poeta siguió trabajando sobre la pequeña mesa que le servía de escritorio.

—No sé qué se debe hacer en estas circunstancias... Ha llegado un momento en que no me preocupo siquiera por mi suerte, pero escribo... ¿Qué cree usted que me está ocurriendo?

No halló respuesta. Volteó a mirar a Navarrete y lo sorprendió reposando sobre la mecedora. Sus ojos estaban muy abiertos. Miraba hacia la claraboya de la celda como si estuviera muerto y esperara que los ángeles bajaran a llevarlo. Desde arriba, se desparramaba una luz suave.

A las cuatro y quince, el alcaide empujó la puerta:

—Señor Vallejo, es necesario que venga de inmediato.

El poeta quiso arreglar los papeles que tenía sobre la mesa, pero no alcanzó a hacerlo.

—¡Venga!

Se levantó y lo siguió hasta la oficina. Allí se encontraba su abogado, el doctor Godoy. Lo acompañaban Antenor, Alcides y Julio.

—Los demás están en la calle esperando.

—¿Esperando? ¿Esperando qué?

—Esperándolo a usted —respondió el doctor Carlos Godoy. Añadió con tono más solemne:

—¡Señor Vallejo. Le traigo el auto de libertad!

—¿Libertad? ¡Libertad!

El abogado había cumplido su palabra. Peleó con todos los medios a su alcance. Peleó como si, en vez de ser el abogado, fuera la víctima.

Quienes ordenaron la muerte de Pedro Losada, no sabían que Godoy revertiría la figura. Según ellos, ya no había sino pruebas que incriminaban a Vallejo. El Negro no iba a presentarse ante el tribunal para librarlo de culpa. Pidieron que se le sentenciara cuanto antes.

Godoy hizo ver al tribunal que, si bien eso era cierto, tampoco había una confirmación de lo supuestamente dicho por Losada. Muerto él, no había tampoco prueba alguna contra el poeta.

—¿Quiere usted decir que voy a salir en libertad?

—¡Ahora! ¡Ahora mismo!

El alcaide Barba festejó la noticia:

—¡Siempre lo dije. Siempre lo dije!..., Señor Vallejo, permítame acompañarlo hasta la puerta. Y déjeme que mañana por la mañana le lleve personalmente la maleta al lugar que usted me indique. ¡Hágame ese honor!

Eran las cinco de la tarde. Vallejo hizo una señal con la mano a sus amigos.

—Espérenme un momento. Voy a despedirme de mi compañero de celda... Usted, señor Barba, gracias, pero déjeme ir solo a la celda, por favor...

Se encaminó a la celda. Empujó la puerta y corrió hacia la mecedora, pero Salomé Navarrete no estaba allí.

La mecedora se movía rítmicamente como si una persona acabara de levantarse de ella, o como si hubiera sido arrebatada hacia los cielos.

Miró hacia la claraboya. Estaba abierta. Los rayos del sol eran de un dorado intenso. Se internaban en la habitación, y la teñían. Cuando extendió las manos hacia ellos, sus dedos brillaban como untados con purpurina.

Expediente
Auto de libertad
Trujillo, 24 de febrero de 1921
Autos y Vistos:

De conformidad con lo dictaminado por el Sr. Fiscal a fojas 482, 507 y 535, DECLARARON: sin lugar la de Alejandro Cerna Rebaza defensor del acusado Héctor M. Vásquez, APROBARON los autos de fs. 386 vuelta del cuaderno corriente y fs. 152, que declararon no haber lugar a juicio contra los acusados Aurelio Calderón Rubio, José E. Moreno, Cristóbal Delgado, Manuel Jesús Sánchez Demetrio García, Víctor Vallejo y José Cruz, por el delito de incendio y otros; y contra Carlos y Alfredo santa María, Baldomero Jara, Masías D. Sánchez, César Puente, Telésforo Paredes, Héctor M. Vásquez y Sargento Luis Bardales por el homicidio de Manuel Antonio Ciudad y de los gendarmes Guerra y Ortiz. DECLARARON no haber mérito para la apertura del juicio oral contra los acusados Alférez Carlos Dubois y los gendarmes Fernando Calderón, César Pereira, Fermín Díaz y Jesús Mendoza por el mismo delito y contra los acusados José Hilario Ortiz Ramírez, José Moreno Rojas y Benjamín Lihón Rojas, por el delito de robo de cheques circulares; MANDARON QUE RESPECTO DEL ACUSADO CESAR VALLEJO, vuelvan los de la materia al Sr. Fiscal para que amplíe la acusación respecto a dicho acusado, por existir en contra las declaraciones de los testigos Baltasar Ravelo de fs. 186 vuelta, Manuel Ravelo de fs. 327 y Gustavo Pinillos de fs. 332 del cuaderno corriente, quienes lo sindican como participante en el asalto de las oficinas telegráfica y telefónica; SIN PERJUICIO DE PONERSELE EN LIBERTAD EN EL

DIA por cuanto la pena que le correspondería es sólo la de arresto mayor en segundo grado y se encuentra detenido desde el de noviembre último.

32

Zoila Rosa se pierde en el futuro

En Trujillo, algunos caminan por la Plaza Mayor, y piensan de súbito que están soñando. Las mansiones de otro tiempo, las paredes amarillas, las ventanas de enrejado barroco, las puertas colosales y las iglesias, silenciosas, austeras y soberbias, no pueden ser otra cosa que el escenario de un sueño. En la ciudad, la gente duda, y no termina de saber dónde comienzan la vigilia y la vida.

El 26 de febrero de 1921, Zoila Rosa salió la Plaza del Recreo, continuó por toda la calle del Progreso y llegó a la Plaza Mayor. Allí, creyó que alguien la llamaba por su nombre, pero era el viento que corría y parecía tener voz humana.

Torció a la derecha por la calle Mariscal de Orbegoso. Cuando pasaba por el Palacio Arzobispal, escuchó el sonido de bocinas de automóviles que ingresaban triunfales por el lado de la plaza que da a la cárcel pública. Sin que se lo dijeran, adivinó que festejaban la libertad de César Vallejo. Estaba al tanto de que la resolución judicial iba a salir en esos días.

Pensó en cruzar la pista y saludar desde el centro de la plaza a los manifestantes. Pero algo la contuvo. ¿Qué pasaría si al atravesar la calzada de los coches se encontrara de súbito en el futuro? ¿Qué pasaría si de repente fuera el año 2000? Sería entonces una dama vieja y respetable, pero habría dejado para siempre de ser ella. ¡Ella misma!

Sonrió ante un pensamiento tan pueril, pero continuó detenida en la calle y comprobó que no se equivocaba. César Vallejo acababa de recuperar su libertad.

—¡Vallejo! ¡Vallejo! ¡Vallejo en libertad! —gritaba un grupo de adolescentes, alumnos del poeta en el Colegio Nacional de San Juan. Los cuatro carros se habían detenido. En la esquina opuesta, pudo distinguirlo cuando bajaba de uno de ellos y se abrazaba con algunas personas. Estuvo a punto de cruzar y correr hacia él, pero algo volvió a contenerla.

Ya no era su enamorado. A lo mejor, había en el carro de Vallejo alguna joven.

No, eso no lo iba a soportar. Pero, ¿por qué? ¿No eran ahora tan sólo buenos amigos? No tenía lógica, pero no lo iba a soportar.

Recordó que había sido ella quien rompiera con él. Le prohibió pensar en un romance eterno. Le advirtió que ella amaba a un fantasma, sin siquiera saber quién era, y le avisó que el fantasma no era él.

—¡Dios mío! ¡Qué caprichos los míos! Enfrenté a César con un fantasma —murmuró y contuvo su avance hacia donde estaban detenidos los carros. Se preguntó:

—¿Y qué tal si él mismo es el fantasma que he estado esperando?

El portón de la catedral estaba abierto. Zoila Rosa entró para no dejarse ver por Vallejo. No lo volvería a ver en toda su vida.

Media hora más tarde, cuando calculó que los festivos compañeros de Vallejo no se encontraban ni en la plaza ni en las cercanías, Zoila Rosa emergió de la catedral, y se sintió feliz porque el Trujillo que había dejado al entrar seguía siendo el mismo. La centenaria pila heredada de los conquistadores españoles estaba allí vertiendo agua y vida. La gente se vestía con el mismo estilo de ella. Suspiró de felicidad al saber que no iba a despertar otra vez convertida en una anciana.

Después, presintió que todo lo que había visto y vivido sería historia un día, y le rogó a San Antonio, patrón de la buena memoria, que la ayudara a conservar y transmitir sus más recuerdos más preciados.

Algo había cambiado, sin embargo. El día continuaba siendo 26 de febrero de 1921, pero la velocidad del tiempo se aceleró. Se fue a dormir, y al día siguiente, le pareció que había pasado un mes.

De pronto, fue abril. Alguien le contó entonces que César Vallejo se había embarcado hacia Lima en el pasado marzo, y ella sonrió como si supiera desde siempre que no iba a verlo más.

De un momento a otro, fue 1923. En ese momento, Zoila Rosa ya estaba casada con un hombre encantador. A fines de ese año, se encontró con Alcides Spelucín en una exposición de pintura y conversaron largo rato. Por él se enteró que César había partido a Francia el 17 de junio de 1923 a bordo del vapor "Oroya". Lo acompañaba Julio Gálvez Orrego.

Según le contó Alcides, el "Chino" Gálvez había recibido una herencia, y decidió compartirla con su tío Antenor.

—Me han dejado dinero para un viaje en primera a Francia. En vez de ello, voy a comprar dos de tercera, y viajamos juntos.

Antenor se quedó pensativo.

—Siempre has deseado viajar a París. Ahora, podremos hacerlo juntos

—insistió Julio.

—Mejor que vaya César —dijo Antenor, y sacrificó su propio sueño europeo.

—En Lima, nadie se fijará en su obra. En Europa, sí. ¡Vamos, vamos al telégrafo!... Le diremos que partes con él en un barco a Francia.

Agregó:

—Allí lo está esperando el destino. Aquí, la cárcel.

El juicio se había reabierto por apelación de la familia Santa María. Nunca se volvería a cerrar. En la eventualidad de que Vallejo regresara algún día al Perú, la acción judicial y la calificación de terrorista recaerían sobre él.

Trujillo continuaba siendo el mismo sueño de siempre para Zoila Rosa, pero ya habían pasado diez años, y era Navidad de 1931. En años anteriores, Víctor Raúl Haya de la Torre había formado la Alianza Popular Revolucionaria Americana, APRA, un movimiento destinado a propagar por el continente la idea de la unidad de todos los latinoamericanos y de lograr en el país la nacionalización de tierras e industrias y la liquidación del feudalismo agrario.

Durante la Nochebuena, estaba sacando el pavo del horno cuando escuchó estallidos de metralla. Unos instantes más tarde, su esposo le comunicaba que el ejército había irrumpido en el local del APRA. Entraron por la cocina y ametrallaron a las mujeres que preparaban la cena pascual. Igual suerte corrieron después, sus compañeros y sus pequeños hijos. Había decenas de muertos y heridos.

Sucesivamente, se enteró de la prisión de Haya de la Torre y la persecución contra muchos de los amigos que había conocido al lado de César.

El 7 de julio de 1932, el pueblo de Trujillo se levantó contra la dictadura del comandante Luis M. Sánchez Cerro. Manuel "Búfalo" Barreto, un obrero de la caña de azúcar, capitaneó la rebelión. Machete en mano, los campesinos de Laredo se apoderaron de los cañones y tomaron el cuartel. Por desdicha, el Búfalo cayó atravesado por una bala al entrar. En el mando le sucedió el muy joven y valiente Alfredo Tello Salavarría. Zoila Rosa lo vio en la Plaza Mayor organizando la defensa de la ciudad y lo reconoció: era junto con Ciro Alegría, uno de los alumnos que más quería César Vallejo.

El ejército atacó la ciudad por aire, mar y tierra. Después, un tableteo de ametralladoras y un interminable tiroteo decretaron el sitio de Trujillo. Entonces, ocurrió algo que Zoila Rosa había leído en la biblioteca de la Liga de Artesanos en un

libro acerca de la Comuna de París. La gente izó banderas rojas en los edificios públicos y decidió vivir los únicos y últimos días de libertad y de socialismo entre las barricadas de una ciudad rebelde.

Para los trujillanos, el tiempo se detuvo durante una semana. Luego se aceleró otra vez. El ejército entró en la ciudad y, con él, la desolación y la muerte. Los soldados se metían en las casas. Al esposo de Zoila Rosa, le ordenaron quitarse la camisa para examinarle hombro. Como no tenía marca alguna, se dedujo que no había manejado un fusil y lo dejaron libre. Fusilaron a unos 5 mil apristas. La ciudad hasta entonces había tenido 20 mil habitantes.

Quiso saber qué le había ocurrido a Antenor. Leyó "La Industria", y encontró un aviso publicado por el filósofo:

"Por dificultades de máquinas, el diario El Norte no podrá salir. Se ruega a los lectores aceptar nuestras disculpas... Y esperar". Antenor Orrego, director.

—Nunca perderá el sentido del humor —se dijo. A partir de ese momento, al filósofo le esperaban doce años de prisión y persecuciones.

Desde 1936, cada día, los periódicos daban noticias sobre la guerra civil española. Leyó un artículo que Vallejo había escrito en Barcelona, donde trabajaba por la causa republicana. Supo que Julio Gálvez Orrego se había alistado en las Brigadas Internacionales para combatir contra el fascismo. Lo vio en una fotografía, vestido de miliciano, en 1937, acompañando a César en el Congreso de Escritores Antifascistas celebrado en Valencia.

"La Industria" le llevó tres meses después la trágica novedad de que Julio había sido fusilado. El mismo día, en la página judicial, se publicaba un exhorto llamando a César Vallejo a presentarse ante el juez. El documento fue enviado a las legaciones diplomáticas de París y Madrid para anunciarle que era requerido en su país. Diecisiete años después de los sucesos de Santiago, sus enemigos incansables habían logrado contra él una expeditiva orden de captura.

El sábado 16 de abril de 1938, vio una foto de Vallejo en primera página de "La Industria". Abajo aparecía una nota firmada por José Eulogio Garrido:

HA MUERTO EN PARIS EL POETA CESAR VALLEJO

La noticia ha llegado así de repente al abrir esta tarde un ejemplar de "El Comercio" llegado en avión de Lima.

Y así, sin tiempo para recoger nuestros recuerdos ni para darnos cuenta del suceso, en su desolada magnitud, no hacemos sino apresurarnos a transmitir la noticia cablegráfica que dice lacónicamente: "París 15.- Ha fallecido en esta ciudad el poeta peruano César Vallejo, quien recibió los auxilios de la religión del Abate Jamet. El martes tendrán lugar las honras fúnebres en la Iglesia de Santo Domingo"

Vallejo fue poeta de amplia curva eterna. Nació en Santiago de Chuco, provincia de este departamento. Y su nombre ya no es solo de ese terruño ni de la comarca sino del continente y del habla española, pese a quienes pensaran y dijeran todo lo contrario hace unos lustros aquí y en otras partes.

No nos queda tiempo para biografías ni para exégesis con la noticia dolorosa tan cerca de nuestros oídos.

Ni nos queda tiempo por el momento sino para preguntarnos si será una mentira del cable, para desear que solo sea una mentira del cable. Y no nos deja tiempo además para otra cosa el taladro pavoroso de la mala nueva.

Leyó después, en "El Comercio", más detalles sobre la muerte. Se enteró que las últimas palabras de César habían sido: "¡A España... me voy para España...!". Desde París, Toto Mould Távara, de la embajada peruana, escribía:

César Vallejo ha muerto

El Comercio, 1º de mayo de 1938, 2ª. Sección.

...César Vallejo tenía un alma angustiada, hermana de la de Beethoven. De un estoicismo de indio y de discípulo de Séneca, nunca se le escuchó una queja. Vallejo, como todos los espíritus que se asomaron a la profundidad del corazón humano, era un hombre bueno. En la educación del poeta, el cristianismo dejó una huella indeleble. Su inquietud posterior no borró este germen. César Vallejo ha sido uno de los más grandes poetas cristianos de América española...

En el cementerio de Montrouge, el poeta francés Louis Aragon leyó un mensaje en el que señalaba que Vallejo "no sólo fue un poeta, sino un combatiente por el socialismo".

El documento terminaba con la frase "La leyenda comienza".

Ese mismo año, Zoila Rosa encontró en una revista un dibujo del rostro de Vallejo hecho por Pablo Picasso. "Sabía que estaba retratando a un inmortal" —dijo el maestro—. Con un punzón y directamente sobre un esténcil, había dibujado tres retratos del poeta. "Un solo retrato no bastaría para retratarlo" —le explicó a Juan Larrea, quien le había proporcionado una fotografía póstuma. "Ese hombre ya había caminado por los infiernos".

En España, la guerra terminó en 1939. Un mes antes del fin, los combatientes republicanos del Frente de Aragón publicaron una edición del libro de Vallejo "España, aparta de mí este cáliz". Al ser aplastada la resistencia, las huestes de Franco hicieron una pira para quemar el libro del poeta comunista.

En 1941, Max, el hijo universitario de Zoila Rosa, volvió un día a casa con la noticia de que Ciro Alegría había ganado un concurso internacional de novela. Su obra, "El mundo es ancho y ajeno", describía la lucha de una comunidad indígena contra la explotación de los hacendados. Lo recordó también. Era el otro alumno que acompañaba a César cuando ella fue a amistarse con él. El libro dio la vuelta al mundo y su autor se convirtió en uno de los novelistas más famosos de América.

En 1945, terminó la Segunda Guerra Mundial. El resultado en América Latina fue la inauguración de una serie de gobiernos democráticos. En el Perú, decenas de miles de peruanos volvieron a caminar libres. Su amor por la justicia y su apuesta por el cambio social les había acarreado el odio de las tiranías, y con él, para muchos, la muerte; para el resto, la clandestinidad, la prisión o el destierro.

Uno de los que pudieron ver la calle fue Antenor Orrego. Se había casado con Carmela, hermana de Alcides Spelucín, y alquiló una casa al lado de la de Zoila Rosa. Las dos familias estrecharon lazos. Ese mismo año lo hicieron Rector de la Universidad Nacional de Trujillo.

En 1948, otra ominosa dictadura, la de un general semianalfabeto apellidado Odría, se apoderó del país. Al iniciarse la represión, Orrego se vio obligado a escapar de la ciudad.

—Voy a tener que salir. Voy a combatir en la resistencia —les confió a sus vecinos, antes de partir. Añadió— Ya tengo experiencia en esos trances... pero les ruego que, si es necesario, cuiden de mi mujer y de mis hijos.

En la Navidad de 1951, Carmela y los niños iban a pasar la Nochebuena en casa de Zoila Rosa. Sin embargo, no llegaron. Recién al día siguiente supo lo que había ocurrido.

Para Alicia Orrego, aquella fue la más infortunada y al igual la más feliz noche su vida. No se sentía bien debido a un intruso dolor de muelas que se le intensificaba al menor movimiento. Le faltaba además la sonrisa cariñosa y el beso cotidiano de su padre quien, una vez más y por razones que ella no comprendía, andaba huyendo de unos policías feroces. Aquellos habían entrado varias veces en su casa a buscarlo, y al no hallarlo se habían robado algunas de las escasas pertenencias de la familia Orrego.

Sin embargo, a las 10 de la noche, mamá llegó hasta el dormitorio de las chicas y les hizo una seña con el dedo índice contra los labios. Un instante después y ya en la sala, las niñas reconocían tras el sombrero ladeado y el crecido bigote, el rostro dulce y los ojos azules de su padre, quien había logrado burlar la vigilancia de los perseguidores para llevar al hogar un par de muñecas.

"¿Y qué muela le duele a esta otra muñequita?" —preguntó Antenor Orrego, y cuando Alicia le respondió que era una molar del lado izquierdo, su padre sonrió y comenzó a acariciarle la mejilla de ese lado. Un buen rato le estuvo haciendo ese masaje mientras mamá daba cuenta de las excelentes notas escolares de las chicas, la salud de los parientes y lo que la gente decía en las calles sobre el régimen dictatorial de Odría... Y súbitamente, la niña se dio cuenta de que la presencia de su padre y el masaje en la mejilla le habían borrado el dolor de muelas.

El tiempo siguió volando. En 1960, Teodoro Rivero Ayllón, Juan Paredes Carbonell y Eduardo González Viaña, del Grupo Literario "Trilce" visitaron a Zoila Rosa, y conversaron varias horas con ella. Le llevaron rosas, la trataron con amor. Querían que les hablara de Vallejo, pero se olvidaron del tema, y terminaron varias vasijas de té y un alfajor del tipo kingkong entre risas y chistes. Teodoro leyó un poema inédito de Francisco Xandóval.

—¿Y Pancho? ¿Por qué no vino con ustedes?

Se miraron. Teodoro bajó los ojos con tristeza. Tardó en decir:

—Está muy enfermo. No sale de casa.

—¿Enfermo? Díganle que no haga caso de los médicos. Díganle que los poetas no mueren.

Agregó:

—Sé que Antenor estuvo en Trujillo hace poco y que ustedes le hicieron un homenaje en el teatro Municipal. Me llamó por teléfono para saludarme y me habló muchísimo de ustedes.

Los muchachos callaban por timidez. Después probaron otro kingkong y se volvieron más locuaces. Tras de Zoila Rosa, había una reproducción de "Guernica".

—¿Quién de ustedes es el narrador?

Un muchacho peludo y flacuchento levantó los ojos y le dirigió la mirada con nerviosidad. Se había olvidado de todas las preguntas que llevara.

—Tú eres Eduardo, ¿no es cierto? Antenor me habló de ti, y me aseguró que tú escribirás la historia de esos días... me refiero a la época en que conocí a Vallejo... Y, ¿sabes?... Tengo algo para ti...

Se levantó y caminó hasta un pequeño mueble. Abrió un cajón, y allí a la entrada, estaba el papel en el que Vallejo había apuntado diez de sus sueños entre febrero y marzo de 1917.

—Freud lo maravillaba. César me pidió que de manera espontánea le sugiriera las posibles interpretaciones... y yo respondí de una manera perversa. No sé por qué lo hice. A veces pienso que tal vez era muy chiquilla. ¡A veces, no!... Creo que lo hice por celos. Presentía que él no iba a estar en Trujillo todo el tiempo. Tendría que crecer y crecer, e irse... Tal vez quería romper primero, antes de que lo hiciera él.

Aunque Eduardo no quería aceptar el documento que le ofrecía, ella lo introdujo en un sobre y lo puso sobre la mesa.

—Es para ti —dijo imperativa— ¡Guárdalo!

Siguieron bebiendo té y comiendo alfajores.

Zoila Rosa narró a los muchachos la historia de sus sueños juveniles.

—Me veía en el futuro, y me daba mucho miedo... José Eulogio Garrido interpretó mis sueños, y me dijo que yo viviría por lo menos hasta el año 2000.

La dama seguía hablando con Eduardo:

—Estoy segura de que escribirás la historia. Pero no seas olvidadizo. Cuando a mí se me pierde algo, le pido a San Antonio que me haga recordar dónde lo dejé. Encomiéndate tú también al santo, y no olvides tu promesa.

—¿Promesa?

El muchacho no recordaba haber hecho ninguna.

—¡Hagamos un trato!... Si tú y yo vivimos en el año 2000, y si entonces pasas por Trujillo, te ruego que me visites. Así, podremos confirmar si todo lo que soñé era cierto...

En 1965, Luis Felipe de la Puente Uceda, un joven abogado de Trujillo, se levantó en armas contra el gobierno. Acompañado por estudiantes, abogados, algunos médicos y campesinos, todos sin preparación militar, se lanzaron contra el ejército para construir una patria socialista. La contundencia de las armas y la dirección técnica norteamericana pudieron más que ellos. Un año le costó al gobierno ultimarlos. Zoila Rosa recordó que Luis Felipe era hijo de Rita Uceda, a quien César había llamado "mi andina y dulce Rita de junco y capulí".

Ultimaron a De la Puente, y lo enterraron en una tumba secreta. A su viuda solamente le enviaron su anillo de matrimonio, sus anteojos y un amarillento ejemplar de "Los Heraldos Negros", que era lectura del guerrillero en las cuevas donde acampaba...

En octubre de 1967, Zoila Rosa vio en la televisión la caída de Ernesto "Che" Guevara, el más famoso guerrillero socialista del siglo veinte. Entre los libros que encontraron en su refugio se hallaba "España, aparta de mí este cáliz".

El 20 de julio de 1969, una nave espacial circunvoló la Luna, y Neil A. Armstrong y Edwin E. Aldrin descendieron sobre ella. Zoila Rosa se pasó una noche frente a la televisión esperando el histórico arribo. En lo que llevaba de vida, la raza humana había saltado al aire y ahora ya llegaba a las estrellas. La primera vez que vio un avión fue el 26 de febrero de 1921. En el momento en que Vallejo era liberado, Elmer Faucett daba tres vueltas sobre Trujillo volando en un biplano Curtiss-Oriole.

Los meses se iban más rápido y los años volaban. En 1990, leyó en "El Comercio" de Lima, una nota sobre "Trilce". El autor hacía notar que la primera edición de ese libro de Vallejo tuvo 200 ejemplares. En esos momentos, las copias superaban los 20 millones y había sido traducido a casi todas las lenguas.

En los años 90, a Zoila Rosa, le pareció que la gente musitaba en vez de hablar con claridad. Tenía que rogarles que repitieran las palabras en voz más alta y que si-la-be-a-ran. Después, no pudo reconocer en la noche a quienes la saludaban. Por último, las líneas de los objetos se mezclaron. Ya no hubo una sino tres o cuatro lunas en los cielos. Las estrellas crecieron y se convirtieron en informes resplandores.

—Mamá, entiende, la vista te falla. No camines sola. Ten cuidado.

—¿Quieren decirme que estoy vieja? ¡No es cierto!

Con más velocidad todavía llegó el año 2000. Todos sus amigos habían muerto, y ella se preguntaba si de veras estaba viva. Quiso saber si se habían cumplido los pronósticos que la gente hacía sobre esa fecha al comenzar el siglo veinte. Pero después comenzó a olvidarse de los pronósticos.

Muerto su esposo hacía quince años, sus hijos la habían dejado al cuidado de dos empleadas en su vieja mansión de remembranzas coloniales.

Rosa Mercedes, su nieta preferida, iba de continuo a visitarla.

Varios años después, Rosa Mercedes conoció a Eduardo, uno de los miembros del grupo "Trilce". Los presentó Alicia Orrego. Cuando supo la conversación que una vez sostuvo con su abuelita, le preguntó:

—¿Y ya has escrito el libro?

Ante su respuesta negativa, hizo un movimiento con la nariz.

—Hmmm... —reprobó—. Para que te animes y lo hagas de una vez, te invito a su cumpleaños el próximo 19 de noviembre en Trujillo. Trae dos regalos porque también es el mío.

Aceptó.

Rosa Mercedes bromeó:

—No puedo asegurarte de que la encontremos porque a veces se escapa de casa diciendo que va a ver a sus amigos.

Mientras Rosa Mercedes le hablaba, Eduardo se entretuvo pensando que Trujillo es una ciudad en la que algunas personas descubren de repente que están soñando.

—Parece que no me escuchas. Te digo que a veces mi abuelita se escapa de casa para ver a sus amigos.

El invitado faltó a la cita. El 21 de noviembre, cuando llamó para disculparse, Rosa Mercedes le informó llorando que su abuelita había salido de casa, y no había vuelto más.

33

Con la mano en el aire

César Vallejo tomó el barco en Salaverry, el puerto de Trujillo, el 18 de marzo de 1921, a sólo tres semanas de conseguir su libertad condicional. Iba hacia Lima, y, tan colmado de sueños como él, lo acompañaba su amigo Francisco Xandóval.

En el cautiverio, Vallejo había completado "Trilce", un libro que publicó después en Lima cuando ya era septiembre de 1922. A una semana de impreso, atinó a pasar por la librería encargada de venderlo. Doña Inés, la generosa dama, esposa del dueño, le hizo una liquidación por dos ejemplares. Ninguno se había vendido, pero la señora fingía para que el poeta no se deprimiera.

En la capital del Perú, ese libro fue recibido en silencio por la crítica. Sin embargo, el prólogo de Antenor Orrego lo anunciaba como una revolución en la poesía castellana:

"La América Latina —creo yo— no asistió jamás a un caso de tal virginidad poética. Es preciso ascender hasta Walt Whitman para sugerir, por comparación de actitudes vitales, la puerilidad genial del poeta peruano. De esta labor ya se encargará la crítica inteligente; si no hoy, mañana".

La tirada de 200 ejemplares sólo suscitó indulgentes palmadas en la espalda cuando no risitas irónicas. Se lo contó en una carta a Orrego:

"El libro ha nacido en el mayor vacío. Soy responsable de él. Asumo toda la responsabilidad de su estética. Hoy y más que nunca quizás, siento gravitar sobre mí, una hasta ahora desconocida obligación sacratísima, de hombre y de artista, la de ser libre. Si no he de ser hoy libre, no lo seré jamás. Siento que gana el arco de mi frente su más imperativa fuerza de heroicidad. ¡Dios sabe cuánto he sufrido para que el ritmo no traspasara esa libertad y cayera en el libertinaje! ¡Dios sabe hasta qué bordes espeluznantes me he asomado, colmado de miedo, temeroso de que todo se vaya a morir a fondo para que mi pobre ánima viva...!"

El 17 de junio de 1923, de nuevo César Vallejo navegaba. Esta vez, iba rumbo a Francia. Cuando parten los barcos, les toma mucho tiempo llegar al horizonte y, por eso, el tiempo se detiene, y el puerto no tiene cuándo desaparecer. Los adioses son largos. Para el viajero que mira la costa, sigue siendo la misma hora durante muchas horas.

El "Oroya" zarpó a las 5 de la tarde, pero las imágenes de tierra no se borraron de inmediato. Lima y Callao tardaron horas en la retina de los viajeros hasta convertirse, por la noche, en una luz vibrante en la lejanía y después en un lucero muerto que por fin se evaporó.

Al día siguiente, solitario, en cubierta, el poeta auscultaba el horizonte. Ya la Costa no era visible, pero sí lo eran las azules siluetas de los Andes. A las diez de la mañana, apareció en la distancia el nevado Huascarán que incendiaba el cielo con un fuego blanco. Después, se borraron las montañas y, mar adentro, el barco tomó rumbo hacia la neblina, aceleró y comenzó a navegar en la nada.

Entonces, Vallejo sacó de uno de sus bolsillos para leerlos de nuevo los urgentes telegramas de Antenor Orrego. Su generoso amigo lo había urgido a aceptar la invitación que él y Julio le hacían para viajar a Francia.

TU VIAJE A PARIS RESUELTO STOP JULIO LOGRO CAMBIAR MI NOMBRE POR TUYO STOP HAZ MALETAS HERMANO STOP ANTENOR

A ese telegrama, había respondido César con una tajante negativa. Pero Orrego insistió:

URGENTE CESAR STOP VIAJA CON JULIO STOP YA ME TOCARA STOP NOS VEMOS EN PARIS STOP NO OLVIDES JUICIO REABIERTO STOP ANTENOR

El último decía solamente:

EN PARIS ESPERATE DESTINO STOP PERU LA CARCEL STOP ANTENOR

Vallejo se había resistido a aceptar el sacrificio del filósofo, pero después de dos telegramas, el tercero apelaba a la razón más temible. El juicio había sido reabierto, y se le estaba notificando a presentarse ante el juzgado de Trujillo con apercibimiento de detención. Cuando se dio cuenta de que la cárcel tenía otra vez la boca abierta para él, aceptó.

Salir del Perú era escapar de los infiernos. En alta mar, aspiró largamente como si quisiera alimentarse de libertad. Después, dobló otra vez los telegramas y los metió dentro de un único sobre. Dirigió la mirada al horizonte, y descubrió que el cielo se había tornado inmenso y emitía destellos de un azul obstinado.

Julio Gálvez Orrego, su compañero de viaje, no estaba con él en cubierta. Nada más al zarpar del Callao, había conocido a una española muy guapa, y no se despegaba de ella. Desde la noche anterior, ambos parecían haberse hecho invisibles.

Apenas se disipó la densa niebla, comenzaron a acercarse a las islas de Lobos de Afuera. Desde ellas, parecía salir unas voces fragantes que se confundían con los golpes y fragores del oleaje.

—Es un canto de sirenas —le explicó alguien a su lado. Vallejo lo miró de reojo. Sólo pudo notar que estaba vestido de blanco. El hombre agregó:

—Eso es lo que dicen los marinos.

El “Oroya” aceleró y se puso lejos del alcance de las sirenas que se desgañitaban llamando a los tripulantes.

Horas más tarde, una tempestad súbita bajó del cielo. La nave se alzó sobre una ola monstruosa y después resbaló hacia las profundidades. Dio un tumbo espeluznante, y volvió a saltar.

—¡En estos momentos, es cuando se ve el destino! ¿Verdad?

El poeta no estaba con ánimo para iniciar una conversación en esas circunstancias.

El viento hacía temblar la nave, y el agua estaba bañando el puente. El mar rompía con violencia sobre proa. Después de una brutal remecida, el “Oroya” se irguió orgulloso pero comenzó a resbalar a las profundidades. Frente a él una montaña de agua verde creció sin detenerse hasta llegar a los cielos.

—¿Lo ve? Es el destino. ¡No diga que no lo ve!

Las frases del extraño y la escena del barco frente a la ola gigantesca le parecieron un *déjà vu.* Volteó a mirar a su interlocutor.

—¡No se preocupe, señor! —le dijo el hombre de blanco—. El barco se encabrita cuando está saliendo del infierno. Pero, ya le digo: así es el destino.

De pronto, desde el fondo en el que se había sumergido, la nave comenzó a remontar la ola pavorosa. Poco a poco, subió aunque la cresta se hallaba todavía más arriba. Rugieron los motores y por fin, en la cima, se vieron al otro lado las superficies mansas del mar apaciguado.

El barco avanzó con suavidad hacia una interminable planicie de agua verde.

—¡Qué tal! —susurró Vallejo.

—¡Qué tal!, le respondió el extraño.

El hombre tenía anteojos oscuros y no se había movido de su silla en cubierta. Vestía terno blanco impecable. Llevaba una rosa blanca en el ojal. La diestra sostenía un bastón. No volteó hacia él cuando le devolvió el saludo.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó el tipo.

—No, señor. No lo recuerdo.

Vallejo se fijó que tenía la cabeza erguida y hablaba como si se estuviera dirigiendo a los cielos. Era un ciego.

—A mí, sí me parece que lo he conocido. Nunca olvido las voces.

Por toda respuesta, el poeta sonrió.

—Es posible que lo haya visto en un sueño —añadió el ciego.

La conversación le incomodaba a César.

—Permiso —dijo despidiéndose.

—¡No tan pronto! Conversemos un rato.

Se había mejorado el tiempo. Vallejo se resignó a quedarse de pie allí. El ciego prendió un cigarrillo. Dos columnas de humo salieron de su nariz y se perdieron en el aire.

—¿Cree usted en el destino? —el hombre se aferraba a ese obsesivo tema de conversación.

—¿Puedo preguntarle hacia dónde se dirige? —dijo Vallejo para cortar el discurso.

—¿Y usted? ¿Puede saber hacia dónde va usted? —respondió enojado el invidente. Añadió que no era cortés cortar las conversaciones.

No sólo el barco era un *déjà vu*. También lo era el ciego. El poeta extrajo de su bolsillo el reloj Longines, y eran exactamente las seis de la tarde. Todos los ciegos dan las seis —se dijo.

—El destino, señor, es un conjunto limitado de cartas. Seis o siete. Usted las recibe de joven. Después se le pierden o se le desordenan. En el futuro, las seis o siete cartas vuelven a aparecer y juntarse, y son siempre las mismas.

—¡Qué interesante! —repuso con humor el poeta que no quería ser calificado nuevamente de descortés. De pronto, tuvo la impresión de que ya había escuchado esa definición del destino.

—¿Interesante? ¿Sólo eso puede decir?... Usted ya está en el futuro. En este barco, todos navegamos hacia el destino.

El ciego se levantó de la silla, tomó su bastón con la mano derecha y lo levantó. Se alejó tanteando el aire.

A la tempestad de la mañana, había seguido una tarde resplandeciente y ya navegaban lejos de la Costa. Amainó el viento. Se suspendió el oleaje. Bajo el sol, se borraron los gritos de las aves acuáticas en las vastas y saladas lejanías del horizonte.

Un hombre y su hijo conversaban allí cerca.

—¿Qué es lo que hay allá al fondo?

—Mares. Solamente mares, hijo.

El niño, que estaba vestido de marinero, señaló el oeste.

—Me refiero a lo que hay detrás.

—Australia, el Asia...

—No, papá. Detrás del agua y el mundo —insistió el niño—. Allá donde todo es oscuro. ¿No se van allá las almas? ¿No se van allá las madres cuando mueren?

El padre no respondió.

Cuando el sol ya estaba oculto, Vallejo creyó escuchar campanas, y un dulce canto de mujer atravesó el silencio.

Era una voz armoniosa, y surgía en el vacío como la luna que se sostiene sin hundirse en las inmensidades. César, que estuviera cerca de ella durante toda su infancia, la reconoció pronto y cerró los ojos para continuar escuchando. Así estuvo hasta que salieron las primeras estrellas y se escurrieron entre sus lágrimas.

—¡Señor, señor!

César escuchó el llamado del niño vestido de marinero y volvió hacia él sonriendo.

—¿Yo?

—Sí, usted —repuso el niño que estaba junto a su padre. Avanzó con una rosa blanca y se la extendió al poeta.

—En algún momento, se le ha perdido esto.

Vallejo agradeció, y tomó la rosa. Después, buscó al ciego en cubierta, pero no estaba. Ni siquiera vio la silla en la que parecía mecerse. Era como si el cielo los hubiera absorbido.

Le habían informado que a medianoche estarían pasando frente al puerto de Salaverry. Entonces el poeta aguzó la vista un instante, pero recordó que así no vería nada. Recordó al ciego, cerró los ojos y comenzó a hurgar sus recuerdos. De esa forma, pudo ver las altas murallas de Chan Chan, los caminos empinados de la sierra, los balcones rojos de Santiago de Chuco y el fulgor señorial de la ciudad de Trujillo. Creyó escuchar las campanas de todas iglesias. Después, alguien abrió y cerró un candado muchas veces, y el poeta tuvo miedo. Pero escuchó una armónica y se vio en el centro de la plaza mayor, caminando en libertad con sus amigos. Por fin, volvió a verse en cubierta del barco. Ya se iba Trujillo hacia la nada. Vallejo decidió hacer adiós a lo que más había querido en el mundo, se asomó al puente de cubierta y se quedó con la mano en el aire.

Índice

1
Madre, me voy mañana a Santiago a mojarme en tu bendición y en tu llanto
2
Yo nací un día
Que Dios estuvo enfermo----------
3
Da las seis el ciego Santiago y ya está muy oscuro.----------
4
Quiruvilca: Los mineros salieron de la mina remontando sus ruinas venideras----------
5
Soñar con una escuela redonda----------
6
Son dos viejos caminos, blancos, curvos----------
7
Olor de sangre con miel de chancaca----------
8
¿Quién es César Vallejo?----------
9
Rita de junco y capulí----------
10
Trujillo es un espejismo----------
11
Tú no tienes Marías que se van----------
12
Un artista, señor, es un hombre sospechoso----------
13
La niña de la higuera----------
14
Dios mío, si tú hubieras sido hombre----------
15
Te voy a llamar Mirtho----------
16
Mirtho sueña que desaparece----------
17
Inventar o errar----------
18
La portentosa muerte de María----------
19
La otra Rita, la de las Azulas----------
20
Invulnerable y eterno----------
21
Arde Santiago----------
22
Las luminosas botas del alférez----------
23
La firma de Losada----------
24

Es posible me persigan hasta cuatro magistrados vuelto. Es posible me juzguen pedro.
¡Cuatro humanidades justas juntas!----------
25
Soñar que vas a caballo----------
26
El otro sueño de Mirtho----------
27
La mecedora de don Salomé----------
28
El cancerbero cuatro veces al día maneja su candado----------
29
El juez interroga----------
30
Proletario que mueres de universo----------
31
La campaña patriótica de Dubois----------
32
Zoila Rosa se pierde en el futuro----------
33
Con la mano en el aire----------

Índice----------